



SARAH WALL

Te necesito
esta noche
(need you tonight...)

Te necesito esta noche

Arch Wall

Información legal

Diseño de la portada: Xavier Guiamet
Fotografía de la portada: © Danil Nevsky/ Stocksy United
Primera edición: Marzo 2017
© 2017, Sarah Wall
Impreso en España – Printed in Spain
www.sarahwall.es
Todos los derechos reservados.

Agradecimientos

Empecé a escribir este libro hace unos 3 años. Mi padre había sido diagnosticado de una grave enfermedad y apenas le dieron unos meses de vida. Eso me sumió en una tristeza que no puedo describir y necesitaba una válvula de escape. Escribir e intentar ordenar esta historia en mi cabeza, a la que llevaba mucho tiempo dándole vueltas y no tenía el suficiente coraje de plasmarla, fue el método. Así que, mi primer agradecimiento va para mi padre, directamente al cielo. Siempre te llevaré en mi corazón.

A mi marido Xavier, mi alma gemela... por quererme y cuidarme tanto... por darme el apoyo y los ánimos necesarios para que esta novela salga a la luz; por crear la portada (que es preciosa) la revisión... por creer en mí y estar siempre a mi lado. Te amo, sin ti hubiera sido imposible, cariño. A mi hija Miriam, que es mi joya más preciada. A mi madre, por ser la mujer más fuerte que he conocido en mi vida.

Y no puedo olvidar a Laura Tost, cómplice desde el primer capítulo de esta historia, que me ha guiado y animado a seguir por el camino correcto cuando me ha surgido alguna duda con la trama. Sin tu apoyo guapa, hubiera sido inviable. ¡Gracias por tu amistad!

¡Os quiero!

«Que cuando el amor no es locura, no es amor»

(Pedro Calderón de la Barca)

Prólogo

Es 1 de enero de 2016, año nuevo. Miro por la ventana. Está lloviendo; llueve mucho para la época del año en que estamos y más donde nos encontramos. Me siento especialmente triste, no deberíamos estar en este lugar. Hoy nuestra vida debía empezar de cero a miles de kilómetros de aquí.

Echo la vista atrás y no entiendo como ha pasado todo tan rápido y ha sido tan intenso: una auténtica montaña rusa. Ahora pienso que puedo perderte en un sólo instante y eso me hunde.

Hace apenas un año mi vida cambió. Conocí el sabor del fracaso, de la decepción y del dolor. Era la risueña Celia con sus maravillosos treinta y seis años y su perfecto marido, su gratificante trabajo y sus locas amigas; pero el futuro me tenía preparadas muchas sorpresas. No podía imaginar todo lo que iba a suceder.

En esa época todo se desmoronó sin darme apenas cuenta. ¿Qué hizo tambalearlo todo y caer en barrena? Fui completamente feliz... un marido que se ganaba muy bien la vida, súper atractivo, profesional de éxito... yo era la envidia de todas mis amigas; Carlos era el hombre más sexi que había conocido, además de cariñoso, simpático y muy extrovertido. Tenía gancho, especialmente entre las damas.

También hago balance de este año y no todo ha sido negativo. He aprendido conocerme, a valerme por mi misma y a tomar mis propias decisiones, acertadas o no. Ya no soy la pequeña Celia, sutil mezcla de inseguridades. La que su madre manipula, la que intenta tener siempre la mente fría aunque el corazón caliente. Tan caliente que he caído en los mismos errores una y otra vez a lo largo de toda mi vida. La que tiene en cuenta a todos por encima de su felicidad.

Pero ahora soy otra persona, gracias a ti. Me has dado la seguridad y la fuerza que necesitaba.

Vuelvo a mirar por la ventana y el chaparrón se ha convertido en una leve llovizna. Sigo estando deprimida... en mi *play list* no dejan de sonar mis canciones favoritas, *I Was Born to Love You* de *Queen* suena en este momento. Una lágrima se me escapa tímidamente, recordándome todo lo vivido y lo mucho que nos queda por vivir. Sigo escuchando las canciones de mi lista de favoritos, todas ellas románticas, como si mi punto masoquista, que diría Anna, se hubiera multiplicado por mil... Escucho las letras con atención y las vivo en mi mente como si fuéramos tú y yo los protagonistas.

Tengo mucho tiempo para pensar estos días. No hago más que mirar al vacío y meditar... ¿Por qué iba a acabar todo ahora de un plumazo, con lo que hemos luchado por estar juntos? ¿Por qué? Tenemos todavía tanto por vivir...

Apareces en mi vida y la pones patas arriba para ahora dejarme. ¡No voy a permitirte! ¿Me oyes?

Porque este último año, no sólo toqué fondo. Has logrado que sienta de nuevo el amor, la pasión y el deseo infinito de pertenecerte. Porque Te Necesito Esta Noche.

Índice

[Información legal](#)

[Agradecimientos](#)

[«Que cuando el amor no es locura, no es amor»](#)

[Prólogo](#)

[1996 - Octubre 2014 \(1ª parte\)](#)

- [1. Celia: recordando. Esta es nuestra historia.](#)
[Carlos: recordando.](#)
- [2. Celia. La vida de casados.](#)
- [3. Celia. De la alegría a la desesperación.](#)
- [4. Carlos. El principio del fin.](#)

[Otoño - Invierno 2014](#)

- [5. Celia: la gran decepción.](#)
- [6. Carlos: la he cagado ¿la habré perdido?](#)
- [7. Celia: replanteándome mi matrimonio.](#)
- [8. Carlos. No puede ser cierto...](#)
- [9. Celia: se acabó.](#)
- [10. Mariola y Juan.](#)

[Primavera - Verano 2015 \(2ª parte\)](#)

- [11. Celia. Es hora de hacer planes.](#)
- [12. Buscando a Najib desesperadamente.](#)
- [13. Celia y Najib. Una escapada de ensueño.](#)
- [14. Celia. Olivia en peligro.](#)
- [15. Celia: la Escapada.](#)
- [16. Celia. Quizá el pasado sí vuelva...](#)
- [17. Celia. ¿Qué hago con mi vida?](#)
- [18. Celia. No es un domingo cualquiera.](#)
- [19. Celia. Poniendo las cosas en orden ¡pero la vida te da sorpresas!](#)
- [20. Najib. ¿Qué me ha hecho esta mujer?](#)
- [21. Celia. La marcha de Daniela y ¡Anna revolucionada!](#)
- [22. Daniela. Primer día en Somalia.](#)
- [23. Celia. Preparando el viaje a París.](#)
- [24. Celine. No hay nada mejor que ver sonreír a Najib.](#)
- [25. Mariola. ¿Qué nos depara el futuro?](#)
- [26. Daniela. La vida en el campamento.](#)
- [27. Celia. Algo pasa con Sonia.](#)
- [28. Celia. ¡Un respiro por favor!](#)
- [29. Daniela. Sintiendo al límite.](#)
- [30. Najib. La cosa se complica.](#)
- [31. Anna y sus estropicios.](#)
- [32. Celia. De vuelta en Barcelona.](#)
- [33. Anna. La Culpabilidad llama a mi puerta.](#)
- [34. Sonia: tengo miedo.](#)
- [35. Anna. Visitas inesperadas.](#)
- [36. Celia, el día a día y sus sorpresas.](#)
- [37. Daniela y Abdu.](#)
- [38. Jorge: todo lo veo borroso y no sólo por la resaca.](#)
- [39. Celia y su gran noticia.](#)
- [40. Celia. Preparativos navideños.](#)
- [41. Najib. Algo más que Dubái.](#)
- [42. Celia y Najib. Navidad dulce Navidad.](#)
- [43. Najib. Bahamas.](#)
- [44. Celia. Najib no aparece.](#)
- [45. Pierrard. Atando cabos.](#)
- [46. Celia. Sentimientos.](#)

Epílogo

Celia

Najib

Anna

Sonia

Daniela

1996 - Octubre 2014 (1ª parte)

1. Celia: recordando. Esta es nuestra historia.

Carlos y yo éramos felices. ¿Qué nos había pasado? Nuestro amor era indestructible, o al menos eso pensaba yo.

Soy una persona que cuando ama lo hace sin condiciones. Me entrego totalmente. Apenas había tenido un par de *novietes* antes que él y ninguno me caló tan hondo como Carlos.

Siempre tuvo un problema y es que le encantaba flirtear, ser el centro de atención, aunque para él fuera algo innato y sin intención; sin quererlo, más de una vez tuve que sacar a relucir mi mala leche en algún local, por alguna moscona/buscona que revoloteaba alrededor.

Odiaba entrar en un restaurante y que automáticamente todas las mujeres se quedaran boquiabiertas al verlo, sin disimulo; posiblemente todas deseando tirárselo sin ningún tipo de miramiento. Él no le daba importancia, es más, le gustaba gustar... estoy casi segura de que me ha sido fiel, excepto el último año.

Recuerdo muy al principio de nuestra relación cuando éramos unos salvajes. Teníamos las hormonas más que revolucionadas, no parábamos de hacer el amor. Nuestro sexo era apasionado y brutal; ahora hace más de cinco meses que no nos tocamos y apenas hablamos... ni siquiera hemos discutido. Simplemente la llama se está apagando y parece que los dos estamos soplando con fuerza para que eso ocurra.

Nuestro amor languidece, noto que muere y cada mañana me pregunto ¿qué nos ha pasado?

Mi madre le ama, mi hermana lo admira y mi padre lo tolera. A Juan, mi padre, sé que nunca le acabó de gustar la reputación de Carlos. Antes de casarnos, sutilmente me pregunto si estaba segura de lo que hacía. Ha sido la única vez que me he enfadado con él; un hombre que jamás se había inmiscuido en mis relaciones, de repente me advertía.

Carlos entre sus clases y sus conferencias no para por casa. Yo, entre mis guardias y mis consultas estoy tan cansada que intento evitar todo contacto y noto que él también lo hace. Pero la pregunta es... ¿cuándo fue que todo esto se hizo tan grande que ya no lo podemos parar? Hemos tenido horarios difíciles, sí, pero siempre encontrábamos un hueco para nosotros. Y nunca habíamos estado más de una semana sin hacerlo, ¡NUNCA!

Soy enfermera jefe en la planta de cardiología infantil del Hospital Central, aunque mi padre y mi madre, especialmente ella, querían que fuera neuróloga como papá; estoy acostumbrada a la presión y desgraciadamente a perder pacientes, aunque a esto difícilmente te acostumbras; el corazón es lo que tiene: Se intenta todo, se hace lo mejor que se puede y más. Y aunque estás cerca de tus pacientes las veinticuatro horas, aun así, muchas veces los pierdes. Aunque te preparen para ello nunca acabas de estarlo y menos en una planta infantil.

Siento como si estuviera perdiendo parte de mi vida. ¡No puedo luchar más! y sé que Carlos tampoco ha colaborado demasiado los últimos meses.

¿Qué nos ha ocurrido? ¿Qué ha sido del chico apasionado, dulce aunque con genio, detallista y siempre optimista que habitaba en él? Es su mismo cuerpo, pero su corazón piensa de distinta manera. Ya no le inspiro los mismos sentimientos de antes y quiero saber el motivo.

Carlos y yo nos conocimos en una fiesta organizada por mis padres donde se encontraba lo más selecto de la ciudad. Es una fiesta que mis padres organizan todos los veranos en nuestra casa en la zona alta de Barcelona. Sólo teníamos dieciocho y veinte años respectivamente; en aquel momento nos gustamos, eso era más que evidente... él no dejaba de mirarme y yo no dejaba de mirarlo... Ese cuerpo deportista, ese cabello ondulado y oscuro, esa piel morena y esos ojos color miel, indefinidos entre el verde y el castaño... ¿Cómo no mirarle? si es que

estaba para mojar pan y lo que fuera necesario mojar...

Yo estaba en plena selectividad para poder cursar la carrera de enfermería, mi auténtica vocación, en contra de la opinión de mi familia que me atosigaba para que siguiera los pasos de papá en medicina. Mi madre no dejaba de repetir que, al ser una chica con el expediente académico tan brillante, podía aspirar a «algo mejor». Mi vocación era enfermería y eso es lo que hice.

«¿Has visto a Carlos, nena?» Fue lo que dijo mi madre con los ojos como platos. «Ese es el chico que quiero para ti. Es guapo, tiene un futuro muy prometedor, su familia es de lo mejorcito de Barcelona y además somos muy amigos del Club. Qué lástima que ahora se marche a Estados Unidos a seguir con sus estudios»...

Mi madre es buena mujer, pero quizá demasiado entrometida e interesada. No me gusta escoger a las personas sólo por el maravilloso futuro que me puedan ofrecer... pero es mi madre, no la cambiaré.

Carlos se marchó al otro lado del charco, pero seguía sabiendo de él por los amigos comunes. No me gustó nada oír que una tal Charlotte le tenía más que pillado. No era mío, lo sé, pero lo deseaba y a veces incluso fantaseaba con lo que podríamos ser... ¡A imaginación no me gana nadie!

Ambos tuvimos nuestros rollitos y romances; él más que yo... por supuesto, él era el «rompe-bragas» de EE.UU. Que si Charlotte, que si Kayla, Hayley... un sinfín de chicas pasaron por su cama... y los rollos de Carlos salían en más de una charla.

Al cabo de unos pocos años la foto había cambiado. Yo ya estaba trabajando en el Hospital Central y Carlos lo hacía en una importante financiera americana, aunque lo que realmente le gustaba era la docencia. Volvió a Barcelona y empezó a dar clases en una reconocida Universidad consiguiendo un alto cargo en ella.

Intenté averiguar cuándo volvía a Barcelona y conseguí saberlo, pero no disponía de sus datos de contacto y, pese a que pregunté a varios amigos comunes siempre con disimulo y excusas, un día casualmente lo vi aparecer por la coctelería *Jims's*.

No era una habitual del *Jims's*, pero justo aquel día había quedado con Anna, una de mis mejores amigas. Anna todavía no había llegado —suele llegar la última a todos los eventos, es algo que la caracteriza— y allí estaba yo, esperando como una boba. Parecía que iba buscando rollo.

Ya llevaba dos copas cuando él entró por la puerta.

Carlos estaba más guapo que nunca con su polo blanco y sus tejanos... esa barbita de dos días... informal pero irresistible. Siempre ha tenido estilo. Sus brazos aún estaban más fornidos pero sin llegar a estar hinchados, culito irresistible...

Aunque le conocí de inmediato, me hice un poco la dura para mantenerle atento y que no viera cómo mis babas asomaban por mi boca sin remedio, como pasaba con todas. De hecho, cuando me dio los dos besos de cortesía en la mejilla, más que cerca de la comisura, diría yo, mi cuerpo sufrió una descarga eléctrica indescriptible y me ruboricé, estoy segura. Pero siempre se le puede echar la culpa a dos *Manhattans* que me había cascado esperando a Anna.

Tras nuestra cordial conversación y con la excusa de ir al baño, llamé a mi amiga Anna para cancelar nuestros planes y quedé en que ya le contaría el porqué.

Empezamos a hablar de los viejos tiempos. El plan se desarrolló a la perfección y cenamos en *Chez Pierre*. Para ser nuestra primera cita e improvisada no estuvo nada mal.

Tras la cena le sugerí que me dejara en casa y, como excusa, le dije que tenía turno de mañana. Era mentira, no quería caer a cuatro patas de buena a primeras, que es lo que

hubiera pasado. No quería que pensara que yo era como las demás, una «moja-bragas»; yo quería estar con él para siempre y no que a los dos días se cansara de mí. Quise mantenerle en vilo... crear un poco de intriga para llamar su atención, pero claro, también podía salir rana la jugada y no volverle a ver el pelo.

Al día siguiente volvimos a vernos y desde entonces, siempre juntos. Hasta ahora, que nuestros caminos parece que se separan.

Carlos: recordando.

Recuerdo la primera vez que la vi en aquella fiesta en casa de sus padres... era sólo una cría, pero con un cuerpo de mujer hecho para el pecado... Su cabello castaño caía por tus hombros formando pequeños remolinos hacia la espalda; bellísima con ese vestido de estilo ibicenco que marcaba sus púberes pero tentadores pechos... Con mi lujuriosa imaginación conseguía ver lo que se intuía al trasluz e imaginaba mis manos corriendo por su culito respingón... Su piel morena por el sol era de lo más apetitosa, era y es tan sensual...

Sentí deseos de llevarla a la parte de atrás de mi coche nuevo, echarle un *polvazo* y dejarla con los ojos en blanco... pero ni siquiera estaba seguro de que fuera mayor edad y, seguramente, era hasta virgen. Debía controlar mis instintos... Hubiera hecho una locura sólo con que se hubiera puesto remotamente a tiro.

Yo entonces iba de flor en flor, lo reconozco. Hablando en plata, me pasaba por la piedra a todas la que podía, pero tenía una norma: jamás les prometía nada, no jugaba con ellas.

Nos perdimos de vista unos años cuando fui a acabar mis estudios a Washington... Allí conocí a muchas chicas que me volvieron loco en su momento, pero ninguna era como ella, como Celia. Durante esos años anduve buscando su copia por todos los sitios donde iba. Nadie siquiera podía llegar a hacerle sombra. ¡Yo no quería enamorarme! Sólo quería follar, follar mucho y a poder ser con una tía diferente cada día.

Con Charlotte tuve una bonita aventura pero no puedo decir que estuviera enamorado... lo estaba de ella, de Celia, pero no lo supe hasta que la volví a ver... El resto de líos que tuve ni siquiera merecen una mención especial.

La vida a veces es un pañuelo: regresé a Barcelona ya para quedarme y a los pocos días la vi en aquella coctelería tomándose un *Manhattan*... parecía estar un poco piripi y es que Celia tiene poco aguante con el alcohol.

Estaba deslumbrante con ese traje negro con ese escote tan provocativo. Siempre tuvo buenos pechos pese a ser delgada.

Juro que la hubiera besado en la boca nada más verla. Juro que mi pequeño amigo empezó a enviarme señales al cerebro... ¡Dios! ¡En qué pedazo de mujer se había convertido! Era la mujer más bella y atractiva que había conocido jamás.

Creo que se hizo la tonta como si no me conociera...

—¿Celia?, ¿Celia del Valle? —dije impresionado ante ese ejemplar de hembra.

—Sí, soy Celia ¿te conozco? —me dijo poniendo cara de interesante, como si para ella lo habitual fuera quitarse los moscones de encima.

—Soy Carlos, Carlos Betancourt, ¿no me recuerdas?

¿No recuerdas como te miraba en casa de tus padres? ¿No recuerdas como mis ojos echaban fuego? —pensé.

—Ahhhh ¡sí claro! ¡Carlos! Perdona, qué despiste —dijo como recobrando automáticamente la memoria con todo lujo de detalles. El chico que se fue a estudiar al extranjero... ¿Hace mucho que andas por aquí?

—A decir verdad —respondí— sólo hace unos pocos días que volví a Barcelona, me han aceptado como profesor en la Universidad Internacional. Empiezo el próximo curso. Tú acabaste enfermería me han comentado ¿verdad? ¿Qué tal te va? —Pregunté lleno de curiosidad.

—Muy bien —respondió— soy feliz. Estoy en la unidad de Cardiología infantil del hospital Central. Estoy encantada aunque es duro, estresante, frustrante y maravilloso a la vez... es difícil de explicar... pero es mi auténtica pasión. ¿Esperas a alguien? Mi cita me ha dado plantón y tengo mesa reservada para cenar en *Chez Pierre*... Podríamos seguir charlando y recordando viejos tiempos.

Celia dijo eso de manera muy sugerente, con esos labios carnosos dignos de una diva del porno.

—Por supuesto, ¡me apunto! —contesté sin dudar— déjame hacer una llamada y estoy contigo enseguida.

Llamé enseguida a Roberto, amigo de toda la vida, para decirle que abortábamos misión, que no quedaba con él... Evidentemente prefería irme con ella... pasara lo que pasara sería mucho mejor que quedar con Roberto.

Chez Pierre es uno de mis restaurantes favoritos. Nuestra primera cita fue improvisada pero mágica... el lugar, la comida, la bebida y la chica perfecta. Mientras hablaba me miraba y yo, sólo quería estar dentro de ella...

La escuchaba, pero no podía apartar de mi mente las cosas que quería hacerle. Sin embargo pensé: esta no es como las otras, podría ser tu chica definitiva. ¡Tómalo con calma Carlos! me decía a mí mismo. Quizá era el momento de sentar la cabeza y dejar de ir de flor en flor. Nunca antes me había enamorado con pasión de nadie, no conocí a la chica idónea.

Solía salir por las noches y acabar con una distinta en mi apartamento: Celia no iba a ser el caso.

Quise llevarla a casa esa noche y hacerle el amor hasta el amanecer, pero me dijo que tenía turno de mañana y madrugaba, así que me quedé con las ganas de arrancarle la ropa con los dientes y saborearla entera... Esa noche me fui a dormir muy caliente y desperté todavía más excitado. Sólo una ducha fría calmó momentáneamente mi «calentura». La llamé a mediodía para vernos esa misma noche... y ya no nos separamos.

Desde entonces estamos juntos y hemos sido felices durante mucho tiempo, aunque ahora estamos pasando un grave bache... No sé qué será de nosotros ni si podremos superarlo.

2. Celia. La vida de casados.

Carlos y yo nos casamos hace ya diez años; nuestra boda fue maravillosa. Nuestros padres no hubieran permitido una boda relámpago o chapucera ¡hay que guardar las apariencias! No es fácil pertenecer a la alta sociedad y aparentar felicidad y abundancia cuando quizá es todo lo contrario.

Mi vestido era de las mejores diseñadoras de Barcelona, precioso y como no, escote palabra de honor —sabía que a él le encantaba—. Esa noche tras el fastuoso convite me hizo el amor apasionadamente en una preciosa suite del mejor hotel de la ciudad.

No dejaba de decirme a mí misma la suerte que tenía. Ni mis amigas tampoco, era algo que solían repetir constantemente... que había «pillado el mejor partido» de Barcelona. Por aquel entonces mis mejores amigas Anna y Sonia estaban ennoviadas y una de ellas a punto de casarse.

Decidimos ir de viaje de novios a Bali, precioso lugar. Nos alojamos en una bonita villa de Ubud. Recuerdo nuestras noches contemplando el cielo estrellado... cómo me desnudaba y nos amábamos en el *Bale*(1) del jardín tiernamente hasta el amanecer.

(1) *Cama balinesa que se utiliza en exteriores, como jardines, conocidas por su comodidad.*

Carlos tenía unas manos maravillosas, fuertes y definidas... unas manos que perfectamente podían volver loca hasta a la mujer más frígida del universo... sabía qué teclas tocar y cómo tocarlas.

—Celia, estás preciosa con este bikini blanco —dijo Carlos con los ojos llenos de deseo, mirándome mientras tomaba el sol— te haría el amor en la piscina, luego te llevaría al *Bale* y...

—No sigas hablando y ¡actúa! —respondí, notando ya como la braguita de mi minúsculo bikini se humedecía con el mero hecho de imaginarlo— ¡ven aquí y arráncamelos!

Era experto en volver loca a una mujer. Carlos había sido muy mujeriego y yo apenas había tenido dos parejas con las que intimé hasta el final, la más larga duró dos años. Él tuvo demasiadas conquistas tanto aquí como en el otro lado del mundo. Él me enseñó lo mejor del sexo y era además un gran maestro.

Me cogió entre sus brazos y me llevó hasta el sugerente *Bale*, me arrancó la parte superior del bikini y desesperadamente empezó a mordisquear mis pechos que reaccionaban a la pasión. Me volvía loca sólo de pensar lo que era capaz de hacerme...

Mientras devoraba mi cuerpo, la palma de su mano se deslizó hacia mi parte inferior...

—Quiero hacerte el amor y llevarte al infinito, pero vamos a esperar —decía mientras yo sollozaba de placer— quiero que esto dure hasta el amanecer —susurraba.

Eso era lo normal... estar tres o cuatro días encerrados en la villa amándonos, tocándonos y haciéndolo como locos. No nos cansábamos el uno del otro.

Los días fueron pasando y regresamos a Barcelona donde empezamos nuestra vida ya como marido y mujer.

Carlos era el hombre perfecto; no sólo era buen amante, era detallista y romántico hasta la médula. Pero como todo, hay que mantener viva la llama y uno solo no puede con todo. Soy consciente de mi error. Los errores se pagan, lo sé muy bien.

El matrimonio es cosa de dos... Si una parte muere, la otra morirá con ella tarde o temprano.

Anna solía decirme que si no se folla al menos tres o cuatro veces por semana en esta etapa de la vida, la situación está más muerta que viva. Y qué razón tenía...

Ella siempre fue la más lanzada de las tres... Tenía una colección de *follamigos* que era como para el Libro *Guinness* de los Récords. Según me decía, ella no quería atarse jamás, aunque lo hizo y así acabó...

De jovencitas junto con Sonia éramos unas «locas del coño» como Anna solía autodefinirnos: copas, marcha, salidas, viajes... de todo. Pero es cierto que la que más pillaba siempre era ella. También era la que más ganas le ponía...

Era experta en *ligoteos* y todo le valía: negros, blancos, asiáticos... no tenía manías. Si un día no se llevaba a alguno al catre se iba de muy mala hostia a casa. De eso doy fe porque más de un día la aguanté yo misma durmiendo en mi piso tras una noche de «caza infructuosa».

Yo nunca fui así, ni Sonia que por aquel entonces ya empezaba con su novio, aunque como cada jueves, quedábamos las tres en nuestra noche especial.

No juzgo a Anna, ni mucho menos, era soltera y podía hacer lo que le viniera en gana o, como diría ella, lo que le saliera del mismísimo potorro, pero yo soy el tipo de chica a la que no le gustan nada los rollos de una sola noche: surgió una vez y me sentí tan mal al día siguiente, que pensé que no me compensaba. Luego conocí a mis exparejas, que fueron más o menos duraderas y tras ellas, a Carlos, mi marido.

3. Celia. De la alegría a la desesperación.

—Carlos, ¡es positivo! —grité emocionadísima— ¡este mes sí! Mira qué dos rayas más bien definidas —le mostré el test de embarazo orgullosa— cariño, por fin voy a darte lo que más quieres.

Cometí el error de contarle a todo el mundo la buena noticia. Siendo enfermera sabía perfectamente que durante el primer trimestre un aborto espontáneo era de lo más normal, ¡pero estaba tan contenta! Y cumpliría el sueño de Carlos, que era ser padre.

Nuestras familias que se veían a menudo y, ahora aún más teniendo a los «nenes» casados, celebraron con el mejor cava que iban a ser abuelos. Mi padre abrió una caja de sus puros preferidos que ofreció a todo el vecindario compartiendo su alegría.

Llevaba unas diez semanas de embarazo y estaba trabajando con mis pacientes de la planta quinta, cuando noté que un líquido espeso y caliente corría por mis piernas. El dolor era insoportable, caí de bruces al suelo, desmayada.

Cuando desperté ya no estaba en la quinta planta sino en la séptima, ginecología.

Carlos cogía mi mano con los ojos rojos de haber llorado durante horas. Me besó la cabeza y me dijo:

—Hemos perdido a bolita, cielo —dijo con apenas un hilo de voz— pero tú estás bien mi vida; te han tenido que meter en el quirófano para detener la hemorragia. Menos mal que estabas trabajando, de lo contrario podría haber sido muchísimo más grave.

—Bolita... —susurré llevando la mano a mi vientre, que apenas en esas diez semanas ya se había transformado— nuestra Bolita, Carlos.

Empecé a llorar en silencio, con la mano de Carlos cogida y pegada al pecho.

—No llores cariño, lo volveremos a intentar en unos meses —dijo intentando calmarme—. El Dr. Soler dice que esta situación es muy común y que estás sana. En pocos meses nos pondremos manos a la obra. No llores mi amor, no puedo verte así... —besó de nuevo mis cabellos.

La verdad es que Carlos era un cielo. Me mimaba, me amaba, me cuidaba... era tan detallista y cariñoso...

En diciembre fue mi cumpleaños: me llevó por sorpresa a Roma y cenamos en un romántico restaurante.

—Carlos, eres de lo más tremendo —le dije cómplice— ¡y yo pensando que me llevabas a cenar con los amigos! Me encanta este sitio, mi amor.

—Por ti haría lo que fuera, Celia —me miraba enamorado— eres la mujer más maravillosa, cariñosa, fuerte y guapa que he conocido y te lo mereces todo y más.

—Gracias por estar siempre ahí, cariño —le dije tremendamente emocionada— sé que entre las clases y las conferencias no estamos demasiado tiempo juntos, pero siempre sabes encontrar la manera de sorprenderme. Te quiero —una lágrima de felicidad resbalaba por mi mejilla.

Tras la cena nos alojamos en un precioso hotel donde nos esperaba mi *Champagne* favorito y donde estuvimos toda la noche amándonos.

Este aborto junto con el que tuve unos meses después, me hicieron perder un poco la esperanza de ser madre y, sin darme cuenta, ya casi ni me sentía mujer. Tengo ovarios poliquísticos y eso dificulta las opciones de embarazo natural ya que mis reglas son raras.

Cuando más deprimida estaba, ocurrió lo de Marc y fue la gota que colmó el vaso.

El niño estaba muy, muy enfermo; el equipo se estaba preparando para lo peor, pues no es

fácil conseguir un corazón y menos el de un niño. Yo tenía la esperanza de que apareciera. Siempre creí en los cuentos de hadas... Cada día llamaba dos veces al organizador de la lista de espera de trasplantes; Marc era un paciente de «urgencia cero», es decir, el primer corazón que fuera compatible, sería para él.

Caí en una profunda depresión por culpa del maldito trabajo y mis problemas de salud, que tampoco ayudaron mucho; lo que pasó con Marc, «mi paciente favorito», fue muy difícil de encajar. Todavía recuerdo una de las últimas conversaciones con él cerca de la noche de Reyes, en la que me dijo que como regalo sólo quería dos cosas: que su madre dejara de llorar cuando fingía estar dormido y que le consiguiera un corazón nuevo... Le respondí que rezaba todos los días para que llegara ese corazón y, que estaba segura de que sus deseos se cumplirían y volvería a ser de nuevo un niño feliz.

Me quedé pasmada... sólo pude abrazarlo con fuerza mientras una lágrima resbalaba por mis mejillas. Marc era un niño muy listo y sabía perfectamente de su gravedad; cada día se sentía menos fuerte.

Lamentablemente ese corazón que tanto necesitaba y merecía no llegó a tiempo; Marc murió la noche de Reyes, esperándolo. Se durmió para siempre. Su madre y yo estuvimos a su lado hasta el final.

No pude reconfortarla como le prometí, ni tan sólo podía consolarme yo.

Al poco de su pérdida comencé a tener problemas de ansiedad y depresión... insomnio, culpabilidad... Aunque sabía que habíamos hecho todo lo humano y medicamente posible, no podía evitar sentirme como si le hubiera fallado.

Carlos me abrazaba por las noches; yo solía rechazarlo. No quería que me viera en ese estado. No aceptaba que estaba enferma, no quería admitir que la muerte de Marc me había afectado hasta ese punto. Carlos empezó a distanciarse debido a mi rechazo, motivo por el cual no le culpo.

A sus clases en la Universidad se añadían las conferencias que solía hacer a menudo por todo el país e incluso en el resto de Europa. Hasta que pasó lo inevitable fuimos la pareja ideal, la envidia de nuestro entorno.

Nadie pudo imaginar, ni yo misma, que todo acabaría así.

4. Carlos. El principio del fin.

Celia estaba cada día más triste. Entendía perfectamente que se sintiera mal; yo tampoco me sentía bien y ¡no me hacía caso! Le dije que debía ponerse en tratamiento o sabe Dios qué podría ocurrir...

Una tarde llegué a casa tras un viaje de unos días y me la encontré tumbada boca abajo en la cama. Vete a saber cuánto tiempo llevaba así...

—Ayer regresé de Praga, he estado tres días con sus tres noches fuera y ¡ni siquiera me has preguntado cómo me ha ido! —grité enfadado—. Yo también necesito que de vez en cuando estén por mí, ¿sabes? me siento solo, no sé si esto tendrá solución Celia. Me tienes a tu lado —dije totalmente convencido de que casi no me escuchaba— pero debes ponerte en tratamiento. ¡Ni siquiera has respondido a mis llamadas!

—Carlos, no lo entiendes —dijo, sin ni siquiera mirarme a la cara— sólo quiero dormir y olvidar. Las pastillas me dejan grogui —susurró.

—Creo que te estás confundiendo Celia —dije— no se trata de que tomes pastillas para dormir, sino de que acudas a un especialista que te saque de este pozo. ¡Que nos saque a los dos! Siempre te apoyaré, pero tienes que reaccionar y pedir cita con el psicólogo o quien sea que toque. Tienes que volver a ser tú, cariño.

Sus ojos habían perdido todo el brillo. Yo había perdido hasta la esperanza de volverla a ver bien.

No sólo fue la muerte de su paciente. Quizá los dos embarazos que acabaron en aborto no ayudaron en su estado psicológico. Las familias suelen ser muy coñazo con las parejas jóvenes que se acaban de casar...

—¿Los niños para cuándo? yo quiero ser una nana joven para que cuando vayamos al parque piensen que es mi hijo —decía Mariola, mi suegra.

—¿Nana? —respondía Celia— ¿no querrás que te llamen abuela?

—¡Ni en broma! —seguía Mariola— sé que técnicamente seré abuela, pero esa palabra hace mayor, nena...

Dios sabe que lo intentamos. Dos embarazos, dos abortos. Uno de ellos casi le cuesta la vida. Eso fue hundiéndola, lo sé. A mí también me afectó y me sentía culpable, pero ya no podía más.

Hacia tiempo que la nueva becaria de mi departamento, Claudia, me iba detrás: se me insinuaba descaradamente y se contoneaba como un pavo real en celo cuando pasaba por mi lado. Yo ya le dejé caer en su día que era tremendamente feliz en mi matrimonio —aunque era mentira a esas alturas— pero ella parecía no pillarlo porque me atosigaba continuamente por los pasillos o en mi propio despacho.

Las cosas no iban bien entre Celia y yo. Fui un tremendo gilipollas el día de la cena de despedida de Carmen, que se iba a trabajar a Alemania. Allí empezó todo.

Me agarré un pedo monumental, yo que apenas pruebo el alcohol.

Cuando acabó la cena, unos cuantos, los más marchosos, nos fuimos al *Event*, uno de los locales de moda de la ciudad. Entre los que fuimos se encontraba Claudia, que ese día realmente estaba preciosa: un vestido rojo muy corto y ajustado, sandalias de tacón... Estaba tan sensual... esos labios me estuvieron provocando toda la noche; sus miraditas llenas de fuego... Yo tampoco soy de piedra. Claudia es un pedazo de mujer. La típica que cualquier hombre quisiera tener bajo su cuerpo.

Nos acomodamos en el reservado V.I.P. del *Event* y poco a poco fueron yéndose todos

hasta que Claudia y yo nos quedamos solos... Lo único que sé es que cuando me quise dar cuenta nos estábamos morreando como si se acabara el mundo. Lo siguiente fue ir a su apartamento y echar un polvo como hacía meses que no echaba. En ese momento no pensé en Celia, ni en nadie. Fui un egoísta, sólo quería follármela contra la pared.

Ya sé que el alcohol no es excusa y me arrepentí al momento; pero tengo que reconocer que me sentía solo y muy «empujado» a estar en brazos de otra persona que además, me lo estaba ofreciendo todo en ese momento y no sólo en el plano sexual, también en el afectivo. Me daba el cariño que no sentía de mí mujer. Fui un «avaro sentimental...» Solamente pensé en mi propia felicidad y lo peor de todo es que sabía que eso podría costarme el matrimonio.

Me fui de su cama a la mía, junto a Celia. Esa noche y al cerrar los ojos me sentí muy, pero que muy cabrón. Por desgracia no puedo cambiar el pasado.

Los días fueron pasando y Celia se apuntó a terapia, sin embargo yo seguía viéndome con Claudia a escondidas. Se me fue de las manos durante casi un año.

Entre Celia y yo, aunque ella no sabía nada de lo de Claudia, las cosas aún estaban más frías. Yo había tirado la toalla y aunque parecía que ella seguía el tratamiento, se abrió una brecha ante nosotros difícil de cerrar. Al final ocurrió lo inesperado.

Mentí a mi mujer diciéndole que estaba de viaje, cuando en realidad estaba con ella, pero en esa escapada tomé la decisión de hablar con Claudia y tener la oportunidad de decirle que quería luchar por mi mujer y que no quería volver a verla; eso tras casi un año de nuestros encuentros. Reconozco que duró demasiado para ser un «rollo sin importancia». Pero tenía que acabar algún día y fue esa noche, en un hotel de las afueras en el cual, tras «hacerlo», le insinué que lo nuestro no tenía ningún futuro. Ella no reaccionó.

Ciertamente no tuve mucho tacto ese día. Habíamos practicado sexo hacía apenas unos minutos...

Nos veíamos como mínimo tres veces por semana. Lo hacíamos en el trabajo, en el coche, en un hotel... Era algo físico y salvaje, el típico aquí te pilló, aquí te mato. Pero yo quería y amaba a Celia con todo mi corazón y quería seguir con ella. A la mañana siguiente desayunando se lo dije claramente:

—Claudia —dije— quiero dejarlo. Debemos dejarlo. He sido un cabrón egoísta y no sólo con Celia, sino contigo. Y...

—Carlos no me hagas esto ¡yo te quiero! —dijo Claudia con los ojos llorosos— podemos seguir así ¡nunca te he pedido nada!

—No es justo tampoco para ti, Claudia —respondí— nunca dejaré a Celia.

—¡Eres un cerdo hijo de puta! —gritó— te vas a arrepentir ¡se lo contaré todo!

—Lo haré yo mismo Claudia —dije— se lo voy a contar. Quiero seguir con ella pero sin mentiras. Lo siento; espero que algún día podamos ser amigos...

Me fui dejando a Claudia con el corazón roto y yo, con la sensación de ser el *hijoputa* mayor del reino.

Al llegar al trabajo envié a Celia un mensaje:

«Celia, tenemos que hablar. Te invito a cenar en *Chez Pierre* (por los viejos tiempos). A las 20.30 allí ¿okey?»

Al rato contestó:

«Estoy de acuerdo Carlos, tenemos que hablar. Allí estaré sin falta.»

Planeé que tras la vuelta de mi viaje ficticio de dos días a Ámsterdam, cuando en realidad estaba con otra en mi propia ciudad, hablaría con mi mujer y le contaría la verdad. Sabía que ella era capaz de perdonarme si me explicaba con claridad...

Celia no es una mujer rencorosa y es capaz de olvidar lo ocurrido, lo sé, aunque el riesgo

existe y ahora me ha entrado un miedo espantoso a perderla.

Delante de todos soy el perfecto marido, pero en realidad soy un cabronazo sin escrúpulos y me doy asco.

En el pasado esto no hubiera supuesto un problema para mí. Fui un mujeriego, es verdad, pero en el momento en que prometí amor eterno a Celia, nunca más miré a otra mujer, hasta lo de Claudia.

Lo sé... no es excusa que me sintiera solo o que mi mujer ni me mirara a la cara. Pero ahora entendía que era un incomprensivo y que no sólo me había portado como un maldito bastardo, sino que también estaba en riesgo de que mi mujer me mandara a tomar por el culo por mi mala cabeza.

En vez de apoyarla me dejé llevar por mis más bajos instintos y no sólo la traicioné sexualmente, lo que es peor, sentimentalmente.

Celia podría olvidar un desliz, pero no estaba seguro de si podría perdonarme una aventura de meses...

Yo nunca amé a Claudia. Ni por un segundo la hubiera preferido a ella; sólo me calentaba en la cama, no era más que un cuerpo bello entre mis manos. Ningún sentimiento.

No sabía cómo iba a reaccionar Celia y me estaba encomendando a todos los santos porque, lo que sí quería era contarle la verdad.

No podía volver a casa y simplemente mirar a otro lado, como si esto no hubiera pasado.

Otoño - Invierno 2014

5. Celia: la gran decepción.

Poco a poco y tras semanas de trabajo psicológico iba superando mis problemas, pero Carlos seguía alejado de mí. Ciertamente yo no estaba muy comunicativa, seguro que yo era muy culpable, ¿pero es que alguien piensa que es fácil vivir sufriendo una depresión?

Ni siquiera salía con mis mejores amigas como teníamos por costumbre los jueves. Íbamos siempre al *Diverticco*, local emblemático en Barcelona para tomarnos unas copas. Yo no tenía ganas de nada; Anna y Sonia venían dos o tres veces por semana mientras estuve de baja, simplemente a abrazarme o animarme; sabían estar a mi lado sin exigir nada, simplemente entendiendo por lo que yo estaba pasando.

Un buen día me dije que se acabó: Pedí el alta voluntaria y volví a mi puesto de enfermera jefe. Mi trabajo era mi vida, era todo lo que había soñado desde pequeña. Volver fue la mejor decisión y poco a poco volvía a ser yo misma, pero Carlos... había cambiado.

Cuando empecé a sentirme recuperada él viajaba muchísimo más. Nuestros horarios eran totalmente incompatibles y lo encontré muy distanciado. Las pocas noches que pasaba en casa decía estar cansado o simplemente me evitaba. Me olí que algo ocurría. Llegó a pasar por mi cabeza que tenía algún rollo, aunque no quería creerlo realmente. El móvil siempre desconectado, no contestaba a tiempo a mis llamadas... Era todo muy raro.

Descubrí que estaba con Claudia por casualidad; Barcelona tampoco es tan grande ni tiene tantos escondites. Yo ya había detectado que esa zorra iba tras él meses atrás durante un cóctel que tuvo lugar en la Universidad. Carlos siempre parecía halagado cuando una mujer le «idolatraba» como Claudia, aunque no pasara de un simple coqueteo visual... En aquel evento vi cómo le miraba y cómo se le insinuaba descaradamente ¡y eso que yo estaba presente! No se cortaba ni un pelo. Siempre me pareció un pedazo de guarra roba-maridos... pero ese era exactamente el tipo de sentimientos que Carlos despertaba en el sexo opuesto...

Las mujeres no somos tontas y, aunque las últimas en enterarnos seamos nosotras, en este caso concreto yo lo noté. Percibía que algo no iba bien.

Carlos es el típico hombre que no puede pasar sin sexo más de una semana y nosotros llevábamos meses sin hacerlo.

Una noche las chicas me sacaron a la fuerza a tomar algo.

—Nena que te vas a oxidar —dijo Anna— nos vamos sí o sí. Soy capaz de sacarte en pijama si no te arreglas ¡pero ya!

—Cuca —Sonia siguió— estás muy *down*. Hay que tomarse unos copazos y reírse del mundo mundial ¡nuestras quedadas no son lo mismo sin ti!

Realmente tenían razón y dije que sí. Mis mosqueteras eran como hermanas para mí, siempre estábamos juntas en lo bueno y en lo malo.

Carlos supuestamente estaba en Ámsterdam en una conferencia y volvía al día siguiente. Estábamos sentadas en la terraza del *Diverticco* cuando vi pasar un taxi. Carlos y Claudia iban dentro.

No se estaban besando ni nada por el estilo, aunque ella tenía su cabeza apoyada en su hombro pero... si tu marido te dice que está en Ámsterdam y lo ves pasar en un taxi con un pedazo de zorra que sabes que lo busca... ¿qué piensas? Pues eso mismo pensé yo. Que llevaba unos cuernos como una catedral.

Apreté los dientes pero no dije nada a mis amigas. Me agarré un mosqueo de mil pares y no pugué ojo en toda la noche. Me la pasé llorando, furiosa, abrazada a mi almohada.

Fue al día siguiente cuando recibí el mensaje de Carlos diciendo que me invitaba a cenar y

que teníamos que hablar... ¡Ya lo creo que teníamos que hablar! Y quedamos en *Chez Pierre*, «por los viejos tiempos» me dijo el muy cabrón...

Ese día yo tenía fiesta. Aunque apenas dormí, quise estar espectacular; si me iba a dejar quería estar preciosa para que supiera lo que se iba a perder y ¿quién sabe? ¡A lo mejor era yo la que lo mandaba directamente a la mierda! Me compré un vestido precioso, como no, palabra de honor. Fui la peluquería, sesión Uva... y me maquillé. Hacía meses que no tenía ese aspecto.

A la hora convenida entré en el restaurante. Carlos ya estaba allí.

—Hola Carlos —le besé en la mejilla como si fuéramos dos conocidos— ¿qué tal por Ámsterdam?

—Hola Celia, estás ESPECTACULAR, preciosa es poco —remarcó mirando fijamente mi escote— ha ido según lo previsto, sin novedad. ¿Cómo estás?

Quiso besarme de nuevo, esta vez en los labios, pero le ofrecí mi mejilla.

—Bien —dije fingiendo tragarme la sarta de mentiras que me estaba contando— hoy aproveché el día para hacerme una reconstrucción.

—Ha valido la pena, sin duda —me miró fascinado— tenemos que hablar —dijo seriamente.

—Sí, es cierto. Tenemos que aclarar algunas cosas.

Comenzó diciéndome lo mal que lo había pasado los meses anteriores, lo solo que se había sentido, cómo yo le hice sentir, que me amaba y me echaba de menos, que quería que todo fuera como antes, bla, bla, bla...

—Celia, han sido muy difíciles para mi estos últimos meses —dijo compungido— no podía soportar ver cómo te consumías y encima me ignorabas por completo... Sé que ha sido duro para ti, pero también para mí. Celia, yo quisiera...

—¿Quisieras? —exploté— quisieras ¿qué? ¿Tirarte a la puta de Claudia mientras teníamos problemas?

No pude esperar más y lo solté sin calibrar las consecuencias. Estaba llena de ira.

—Iba a contarte ahora mismo esa parte —dijo sorprendido— no es lo que crees. Claudia y yo...

—¡Follábais! ¡Mientras yo estaba al borde del abismo! —elevé la voz importándome un pimiento el sitio donde estaba y que todo el mundo nos observara— ¡tú te tirabas a esa puta mientras yo me sentía morir! ¿Eso es lo que hace un marido comprensivo? ¿Te piensas que soy idiota, Carlos? ¡Sé sumar dos y dos! ¡No soy estúpida!

—No surgió como crees, Celia —interrumpió con calma contenida— ayer mismo rompí con ella porque te amo y quiero recuperar lo nuestro. ¡Lo juro!

—Carlos, no me jodas —le dije con ironía— ayer te vi en un taxi con ella cuando se suponía que estabas en Ámsterdam. ¿Cuánto tiempo se supone que ha durado todo esto?

—No creo que eso importe, Celia. Tampoco hace falta que alces la voz. Ayer te mentí, es cierto, quería romper con ella y ¡necesitaba una excusa!

—¿Cuánto tiempo? —volví a interrumpir elevando cada vez más el tono.

—Hace... casi un año, cariño. Juro que todo ha terminado. He pedido incluso que la trasladen de departamento.

—¿Para que no tengas tentaciones de follártela otra vez? —dije con sarcasmo—. No sé si quiero seguir escuchando tantas gilipolleces... Creo que lo mejor es que cojas tus cosas y estemos un tiempo separados...

—Celia, el problema es que precisamente hemos estado separados sin estarlo durante mucho tiempo. Perdóname... no volverá a ocurrir, no ha significado nada para mí. ¡Yo te amo Celia! nunca amaré a nadie como te amo a ti. Dame una oportunidad...

—Carlos ¡vete de casa por favor! Necesito procesar todo esto, asimilarlo, entenderlo. Vamos a darnos un tiempo para pensar con claridad. Necesito reflexionar... No creas que no te amo, seguramente no podré volver a amar en mi vida, pero cada vez que te miro te imagino tirándote a esa furcia... no puedo, no puedo... —sollocé—. Nunca pensé que me harías algo así ¡me has roto el corazón, Carlos!

Mis lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas y decidí levantarme y marcharme antes de que dijera algo de lo que pudiera arrepentirme, pues no sólo era mi dolor... También vi el dolor reflejado en sus ojos.

Cogí mi coche y aún no sé cómo logré volver, pues mis lágrimas apenas me permitían conducir. Al llegar le envié un mensaje:

«Carlos, mañana tengo turno de tarde, te agradecería recogieras lo que necesites mientras no esté en casa. Hablaremos en unos días. Dame espacio».

Me respondió con un escueto «de acuerdo».

6. Carlos: la he cagado ¿la habré perdido?

Tras nuestra cena en el restaurante me fui a dormir a mi apartamento de soltero, el que se suponía que tenía para almacenar trastos y no para follarme a otra.

Al día siguiente, sábado, como un zombi fui a recoger algunas cosas a casa, obedeciendo sus instrucciones: que no fuera a casa mientras ella estuviera allí. Decidí que, ya que lo había estropeado, al menos debía respetar su espacio y hacer lo que me había pedido.

Lo haría en la medida de lo posible, conociendo a Celia sabía que necesitaba estar sola, aunque eso iba a mortificarla todavía más.

Claudia me enviaba mensajes continuamente —tuve que bloquearla—. Entonces empezó a atacarme por correo electrónico y SMS. Lo más bonito que me decía es que era un cabronazo hijo de puta. Y es verdad, lo fui. Pero a ella nunca le prometí matrimonio, ni siquiera una relación más seria, era simplemente sexo... Nunca le dije que iba a dejar a mi mujer.

Sus primeros mensajes eran dulces:

«Carlos te necesito, echo de menos tus abrazos, tu compañía, lo nuestro...TQM. Si he hecho algo mal perdóname, te amo...»

Cuando vio que no le contestaba, fueron de índole sexual:

«Estoy desnuda, sólo llevo tu corbata, la de seda roja que olvidaste en mi apartamento... Me estoy tocando pensando en ti, estoy como loca... ven y acaba la faena, no lo olvidarás... Recuerda aquella vez que lo hicimos en público... ¿quieres que lo repitamos? Estoy dispuesta a todo, quiero hacerte lo que nunca te han hecho... Ven...»

Al ver que tampoco le respondía, sus mensajes fueron finalmente amenazadores:

«Carlos, no sabes con quien te la juegas. Esto no quedará así; a mí nadie me deja tirada, ¡NADIE!»

Yo no contesté a ninguno de ellos, simplemente la ignoré; pero algo ocurrió y me entró el pánico. Esta chica se estaba volviendo loca. Ya no tenía únicamente miedo por mí, sino también de que pudiera hacerle algo a Celia.

Al día siguiente mi coche apareció rayado de arriba a abajo en el aparcamiento de la Universidad...

Fui directamente a ver a Claudia a su nuevo departamento para dejarle las cosas claras:

—¿Qué coño le has hecho a mi coche? —dije agarrándola de la muñeca— ¡Quiero que me dejes en paz! No quiero nada contigo; ¡Celia lo sabe, nos estamos dando un tiempo! ¿Qué cojones quieres? Yo no quiero nada contigo, te repito: Deja de enviarme mensajes ¡deja de agobiarme!

—Hola Carlos ¿cómo estás? —dijo en tono sarcástico— ¿qué le ha pasado a tu coche? ¿Te refieres al Porsche? No me digas que alguna alumna cabreada te lo ha rayado... es una auténtica pena... Será alguna niñata a la que te has follado y luego has pasado de ella. Ándate con cuidado, podrían expedientarte...

—Te lo aseguro Claudia —dije muy cabreado— si vuelves a molestarme pondré esto en conocimiento de la policía y la Universidad y...

—¡Yo te denunciaré por acoso sexual! —gritó— ¡te vas cagar! ¡No tienes ni idea de lo convincente que puedo llegar a ser!

—¡Pero si todo el mundo sabe que llevabas un año detrás de mí! —contesté— buscándome como una perra en celo hasta que te aprovechaste de mi vulnerabilidad... Tengo testigos hasta debajo de las piedras, tengo tus correos... Ha sido una relación consentida y ¡lo sabes! No quiero volver a verte en mi puta vida ¿me entiendes? Te lo juro Claudia ¡tú tampoco

sabes quién soy yo ni de lo que soy capaz!

Me fui muy ofuscado con la esperanza de no volver a verla en mucho tiempo.

Llevaba dos semanas sin saber nada de Celia y quise enviarle un mensaje:

«¿Cómo estás? Quiero verte. Te echo de menos. Ya sabes que te quiero.»

Pero como siempre, ella no contestaba.

Estaba desesperado, arrepentido... me sentía como un cerdo. Celia tenía razón en todo.

Lo que he hecho es imperdonable.

Dos semanas es mucho tiempo. Sabía por amigos comunes que ella estaba peor que yo; deprimida de nuevo y decepcionada.

Mis padres estaban extrañados ya que no pasábamos por allí para nada, al igual que mi suegra, que hasta me llamó por teléfono como si tal cosa, lo cual me indicó que Celia aún no les había contado nada.

Ya eran demasiados días como para mantenerlo en secreto. Quizá aún tuviera una oportunidad con ella. Si no había explicado nada es probable que se lo estuviera pensando.

Ojalá fuera así, porque la echo muchísimo de menos.

Me vino a la cabeza una canción de *Shania Twain*, *It only hurts when I'm breathing* (sólo me duele cuando respiro), pues sentía mi corazón roto tras mi marcha de casa y si, efectivamente, cada vez que late me duele y mis sueños mueren mientras estoy soñando... Lo he perdido todo sin Celia.

7. Celia: replanteándome mi matrimonio.

Los días sin Carlos se estaban haciendo muy largos. Yo le amaba, quería estar con él, pero la brecha era demasiado grande y el dolor también. Reconozco mi parte de culpa, si es que se puede decir así... Pero casi un año viéndose con otra... eso era muy difícil de digerir. No podía borrar de golpe lo que había ocurrido.

Iba a mi trabajo sin comentar nada acerca de mi vida personal, nadie sabía nada. El domingo convoqué a las chicas a un *brunch* en casa; todavía no les había dicho ni una palabra sobre lo sucedido con Carlos.

Envié como siempre un chat a nuestro grupo «las tres mosqueteras»:

«Chicas, estoy en crisis... Mañana en mi casa a las doce, os tengo que contar algo...»

Anna fue la primera en contestar:

«¿Qué te pasa amor? Ahora mismo te recojo y nos vamos a pillar un pedo monumental.»

Sonia no se hizo esperar...

«Estoy con Anna, te secuestramos y nos vamos ¡pero ya!»

Contesté rápidamente:

«Chicas, tengo turno hasta las tantas, mejor nos vemos mañana. A las doce en punto.»

Salí de trabajar y me fui para casa, estaba rendida. Tenía un mensaje de Carlos en el contestador:

«¿Cómo estás? Quiero verte. Te echo de menos. Ya sabes que te quiero.»

Me fui a la cama y arranqué a llorar como nunca lo había hecho. ¿Qué coño nos había pasado? ¡Éramos la pareja perfecta! Quizá debería replantearme perdonarlo y seguir adelante. Eso me lo decía mi corazón, pero mi cabeza me decía que era un puto cerdo sin escrúpulos que se había tirado a su becaria durante casi un año, mientras yo me hundía en la mierda.

Me venían imágenes a la cabeza que me martirizaban: Carlos retozando en las sábanas de otra mujer o quién sabe, más de una... Me estaba volviendo loca.

Aún no estaba preparada para verle, apenas hacía dos semanas que estábamos separados.

Las chicas acudieron puntualmente. Anna trajo toneladas de helado y *Chardonnay* —mi vino favorito— y Sonia como siempre, comida china.

—¡Qué cara haces cariño! —dijo Anna— ¿qué te pasa? ¿Dónde está Carlos?

Empecé a llorar como una magdalena. Les expliqué con pelos y señales lo que había ocurrido.

—¡Qué cerdo *hijoputa* insensible! —gritó Anna— hacerte eso en medio de una depresión. ¡Cabronazo!

—Celia —susurró Sonia— conozco a Carlos hace más de quince años. Sé que te adora, te ama... No entiendo como ha hecho esto. ¡No lo entiendo!

—¡Porque los tíos piensan con la polla! —dijo Anna cabreadísima— ¿Conoces a alguno que no lo haga? Están unos meses sin follar y se tiran a la primera guarrilla que se les pone a tiro, eso sí, luego ¡a lamentarse!

—Anna, Sonia, yo tengo parte de culpa —dije aunque a duras penas podía articular palabra—, tampoco he estado por él, lo ignoré por completo... Dice que él también me necesitaba y yo estaba ausente... Me siento culpable.

—¿Pero qué dices? ¿Estás loca? —interrumpió Anna—estabas con una depresión de caballo, qué menos que sentir su apoyo ¿no? ¿Tú te hubieras tirado a otro tío si tu marido no

te tocara porque está con depresión? ¿A qué no?

—No acepté el tratamiento hasta que fue demasiado tarde, esa zorra ya se lo estaba tirando —dije— tengo parte de culpa, lo sé... soy una idiota. He dejado escapar al hombre de mi vida...

—Nena —dijo Anna— tómate unos días para pensar. Él dice que ya la ha dejado okey, pero ¿tienes la seguridad?

—No lo sé —comenté entre sollozos— Carlos me dijo que el día que supuestamente estaba en Ámsterdam estaba rompiendo con ella y que había pedido que la trasladaran de departamento... no sé chicas, no sé qué hacer... Yo le amo, pero no sé si podré superar esto... es muy fuerte...

Lloramos las tres, abrazadas... como cuando íbamos al cole, siempre juntas, en los momentos buenos y en los malos, siempre. Sabía que ellas no me fallarían jamás. Somos las tres mosqueteras.

—Le he dicho que necesito un tiempo... Todavía no lo sabe ni la familia y ni lo voy a decir por ahora. Sólo lo sabemos nosotras y él, claro está. Mi madre insiste que vayamos a comer pero yo le estoy dando largas... Sé que ella se pondrá de su parte ¡lo sé! Adora a Carlos...

—Eso ya se verá, —dijo Anna muy seria— si hace falta se le explica a tu madre con una presentación en colorines con todo lo que te ha hecho ese capullo.

—No quiero que sepan los detalles, Anna. Nuestros padres son amigos de hace años, no quiero hacer más daño del que ya está hecho.

Nuestra amistad era indestructible, como hermanas o incluso más. Íbamos juntas desde primaria y aunque cada una escogió un destino laboral distinto, nunca hemos perdido el contacto.

Anna se hizo fisioterapeuta, una profesión de futuro decía ella... con tantos accidentes. Tiene su propio centro de rehabilitación en la parte alta de Barcelona. Está divorciada de Ángel y tienen una niña de seis años, Olivia, que es una auténtica monada y, además es mi ahijada. Gracias a la custodia compartida la niña no ha sufrido trauma alguno. Anna tiene un nuevo novio, pero es una relación que no acaba de asentarse; ninguno de los dos da el paso definitivo y tienen sus propias normas. Ella siempre dice «que está en una relación abierta», eso para ella significa que pueden hacer casi todo lo que les venga en gana. En cambio Sonia, que es la directora comercial de una importante empresa de cosmética, tiene marido. Se casaron poco después que nosotros, aunque aún no tienen hijos: quieren esperar un tiempo y disfrutar de la vida. Son las amigas perfectas, el complemento ideal a mi carácter. Anna es puro nervio y pasión, Sonia es mucho más tranquila y tímida y yo soy la del medio; ni chicha ni limoná.

Los días fueron pasando mientras iba intentando aceptar un poco la situación, pero me era tremendamente difícil. Carlos respetaba mi decisión y no insistía en verme, aunque de vez en cuando me enviaba algún mensaje. Yo no contestaba a todos ellos, sólo alguno y de forma muy escueta. Sabía que él también lo estaba pasando mal. Conocía a Carlos perfectamente y yo no quería hacerle daño por mucho que me lo hiciera él a mí. Soy así de tonta, pero no vengativa.

Llevábamos ya bastantes semanas separados, cuando una noche me apeteció salir a tomar algo, sin Carlos, sin las chicas... quería pensar, estar sola... Eso no era habitual en mí, pero me apeteció pasarme por la coctelería *Jims's*, la misma en la que me reencontré con Carlos cuando volvió de América, a mortificarme un rato. Tengo un punto *masoca* importante, la verdad.

En dos días cumpliría treinta y siete años... necesitaba reflexionar y decidir mi futuro. Pero eso no era nada sencillo.

Me puse un precioso vestido negro y me arreglé como si hubiese quedado con el mismísimo Brad Pitt. No salía de ligue ni nada parecido pero me apeteció hacerlo. Necesitaba respirar. Necesitaba sentirme guapa. Necesitaba estar sola con mis recuerdos más preciados.

Llevaba ya dos *Manhattans* cuando alguien tocó mi hombro por detrás. Era Carlos; vestido con una camiseta informal que marcaba su torso y unos tejanos que le quedaban de muerte. Sus impresionantes ojos color miel destacaban de entre la multitud. Se le iluminó su cara al verme.

—Celia ¡qué casualidad! —dijo— ¿cómo estás?... Te veo estupenda. ¿Esperas a alguien?

—Carlos ¡qué fuerte! Estoy... mejor. Perdona que no haya contestado a todos tus mensajes... Lamento mucho lo ocurrido, de veras. Quería llamarte un día de estos para sentarnos a hablar. Tenemos que tomar una decisión... No, no he quedado con nadie. En realidad me ha cogido un ataque de nostalgia —entorné los ojos— y he venido a tomarme un par de copas. Y tú, ¿esperas a alguien?

—No, para nada, en realidad me ha pasado un poco lo mismo que a ti: he tenido un mal día, también sentía nostalgia y pasé a tomar algo rápido. Bueno, no quiero molestarte más, estamos en contacto. Ya sabes que te quiero y que daría mi vida por ti —sus ojos brillaban— llámame cuando estés lista para hablar.

Me dio dos besos en la mejilla y se giró para marcharse.

—¡Espera! —grité— ya que estamos ¿quieres que sintamos nostalgia juntos? ¿Nos tomamos algo? Por los viejos tiempos —reí.

—No quisiera forzar algo que... —dijo.

—No, Carlos —interrumpí— creo que tras dos copas es el momento de hablar contigo, si tú quieres por supuesto.

Fue así como nos fuimos a la zona reservada, que es mucho más tranquila. En vez de hablar de depresiones y cuernos estuvimos recordando anécdotas que habíamos vivido juntos:

—¿Recuerdas en Vietnam? —dijo divertido— ¿cuándo buscábamos un váter en medio del campo? Jajaja ¡tuviste que hacer el pis en aquel asqueroso agujero lleno de gusanos al que ellos llamaban váter!

—Siiiiii ¡qué horror! —exclamé— ¡pero no podía más! ¡O eso, o me lo hacía encima! Jajaja ¿Y cuándo casi perdemos el avión en Bali porque nos quedamos dormidos en la cama del jardín? ¡Qué tranquilos que éramos! ¡Y qué bien lo pasábamos!

—Sí, fue maravilloso. No el dormirnos, sino las cosas que hemos pasado juntos. Daría mi vida por volver a vivirlas... contigo.

Nos miramos a los ojos y mantuvimos ese contacto unos segundos muy intensos. Pensé en cuánto le quería aún y no sabía si por efecto de los *Manhattans* o qué, mi cabeza empezó a mandar mensajes a mi corazoncito diciéndole: seguro que puedes perdonarlo, yo ya lo hice.

Seguimos hablando de cosas del pasado, algunas estúpidas otras no... pero nos reímos mucho, como antaño... Éramos una pareja con mucho sentido del humor, siempre reíamos y le veíamos el lado divertido a las cosas.

Yo ya llevaba cuatro copazos y empezaba a notarlos en mi azotea... Apoyé mi cabeza en su pecho y le dije:

—Cariño, ¿quieres venir a casa?

—¿Quieres que te lleve a casa? —contestó sorprendido.

—No, no quiero que me lleves. Quiero que vengas conmigo y me hagas el amor.

Cogimos un taxi. Gracias a Dios a ninguno se le ocurrió coger el coche esa noche. Durante el trayecto empezamos a besarnos como si no hubiera un mañana. Poco me importaba que el taxista estuviera mirando por el retrovisor con cara de pervertido. Ciertamente, no me

importaba lo más mínimo.

Llegamos a casa y cogimos el ascensor...

—Cómo echaba de menos tu aroma, Celia —susurró en mi oído— ¡Cómo añoraba besarte, cariño!

—Y yo, ¡no sabes cuánto! —dije mientras metía la mano bajo su camiseta y sentía su masculinidad. Con sólo rozar a Carlos, me ponía a cien.

Notaba su erección contra mí, me estaba poniendo muy muy caliente... Entramos en casa y llegamos a nuestra habitación donde me estiró en la cama y fue buscando mi cuerpo. Parecía que en breves momentos iba a caer una bomba atómica, estábamos aprovechando el tiempo al máximo...

Me despojó del vestido... él se había quitado su camiseta y los tejanos y se quedó simplemente con sus bóxer. Disfruté observando su cuerpo... era un hombre tan bello, tan sexual... Sus preciosas manos acariciaron mis pechos hasta quedar duros como piedras. Fue besándome el cuello y bajando hasta que llegó a mi ombligo y siguió bajando... y lenta y delicadamente, hicimos el amor.

Hacía meses que estaba como muerta, no sentía. Aquel momento para mí significaba volver a empezar, un borrón y cuenta nueva. Con Carlos. Mi perdón estaba listo. Quería olvidarlo todo y seguir con mi hombre.

Esa noche nos la pasamos entera amándonos... y ya bien entrada la madrugada nos quedamos dormidos.

Cuando desperté admiré a Carlos... se había despojado de la sábana y estaba recostado con el brazo por detrás de la cabeza... Tuve que respirar profundamente pues podía desmayarme con sólo mirarlo. Decidí preparar un buen desayuno para sorprenderle: tortitas con mermelada, su té preferido y llevárselo a la cama.

En ese momento sonó su móvil, aviso de mensaje nuevo de Claudia y, movida por la curiosidad y los celos, lo cogí:

«Carlos tenemos que hablar. Estoy embarazada de once semanas y es tuyo, te lo aseguro. Por las buenas o por las malas nos tenemos que ver...»

No pude más... Mis piernas no aguantaron mi peso...

8. Carlos. No puede ser cierto...

Oí un ruido. Era Celia que estaba arrodillada en el suelo, cabizbaja. Me asusté muchísimo. La posé en la cama y la refresqué para que reaccionara... Poco a poco fue cogiendo color y su palidez iba desapareciendo; se dio la vuelta y se puso a llorar...

—¡Mira el móvil Carlos! ¡Mira tu PUTO MÓVIL! —dijo gimiendo y tirándome el jodido teléfono a la cara.

Cuando vi el mensaje de Claudia me quería morir. No podía ser cierto que estuviera embarazada ¡Esa perra me dijo que tomaba anticonceptivos!

—Cariño, es imposible que esté embarazada —dije— me aseguró que tomaba precauciones.

—Y... ¿te fías de esa puta? —dijo cabreada— ¿estás loco Carlos? Te has acostado conmigo tras tener un año de relaciones sin protección con una tía cuya reputación se conoce hasta en Estambul. ¿En qué coño estabas pensando? ¡La has cagado! Es el truco más viejo del mundo para pillar marido ¿es que eres idiota? —me gritó, con toda la razón del mundo.

—No puede ser cierto, Celia —dije en estado de shock— pero tengo que quedar con ella y aclararlo. Quiero que me enseñe las ecografías, análisis o lo que demuestre que está embarazada y si lo está, ¿quién me asegura que es mío? Yo no puedo estar seguro ¿no crees? Por supuesto pediría las pruebas de ADN...

—Carlos, no sé qué decirte, haz lo que te dé la gana con Claudia —dijo— ahora sólo quiero que te marches. ¡Por favor, vete!

Cogí mis cosas y como un autómatas me vestí y me fui con la cabeza, desde luego, en otro sitio.

Había tenido una noche perfecta con la mujer de mis sueños, otra vez. Había recuperado su confianza y obtenido su perdón. Y el castillo de naipes volvió a caer...

Envié un mensaje a Claudia:

«Esta tarde a las siete en el parque de la Ciudadela. Donde siempre»

Claudia apareció y me enseñó las ecografías. Estaba embarazada de once semanas; por el tiempo podía ser mío.

—Carlos, aquí tienes las pruebas —me enseñó los documentos que certificaban que estaba embarazada— el médico dice que todo va bien.

—Perdona si te ofendo —interrumpí— pero ¿qué garantías tengo de que sea mío?

—¿Te has pensado acaso que soy una puta barata que se va acostando con el primero que pasa? Yo te quiero Carlos. Mientras he estado contigo te he sido fiel...

—No he pretendido faltarte al respeto, pero entiende que tenga mis serias dudas.

—Cree lo que quieras. Es tuyo. Cuando nazca haremos las pertinentes pruebas y lo que consideres oportuno.

9. Celia: se acabó.

Quería morirme... si esa zorra estaba embarazada de Carlos era el fin. Carlos siempre mostró un interés extremo por ser padre y yo contra eso no podía luchar. Bien sabe que lo intentamos y no pudo ser. Si Claudia está esperando un hijo de él, se ha acabado.

Carlos me llamó para decirme que efectivamente Claudia estaba embarazada. Había visto el análisis que así lo certificaba y las ecografías y, que esta le había jurado por todos los Santos que era de él. Por las fechas así podía ser.

—Celia, quiero estar contigo, pero si ese hijo es mío no le puedo hacer esa putada, él no tiene la culpa. He pensado que debería hacerme cargo...

—¿Qué? —interrumpí— ¿Qué quieres, que lo críe yo? ¿Al hijo de otra mujer? ¡Estás loco si piensas que voy a hacer eso! Tú verás lo que haces... Ni siquiera estás al cien por cien seguro de que sea tuyo. Te has creído todo lo que esa zorra te ha contado. Conozco laboratorios que te hacen un análisis de ADN del líquido amniótico antes del nacimiento, es como una amniocentesis, una prueba de paternidad.

—¿Sabes? esa prueba tiene mucho riesgo para el bebé. Tú eres enfermera y lo sabes mejor que yo. Además, Claudia no quiere hacerse ninguna hasta que el bebé nazca. No quiere ponerlo en peligro.

—Puedo entenderlo, Carlos. En ese caso no quiero saber nada, no tenemos nada más que hablar. No quiero que esa puta nos manipule, ¡a mí no! —grité de impotencia—. Decide lo que quieras, yo lo tengo claro. Es tu problema, ¡Solúcionalo!

Colgué el teléfono. Ya había dicho todo lo que tenía que decir. No quiero ser la madre de un hijo que no es mío y ni siquiera sé si es de él. Lloré amargamente. De inmediato supe que ese sí era el final definitivo.

Durante las siguientes semanas fui recibiendo mensajes de Carlos e incluso uno de Claudia, que no sé cómo, consiguió mi número:

«He conseguido darle lo que tú no pudiste. Claudia 1, Celia 0. Vete olvidando de él. Sé que quiere este hijo y sé lo mucho que lo intentasteis. Yo al fin se lo daré y conseguiré que se quede a mi lado.»

No suelo contestar a las provocaciones pero en ese caso no pude evitarlo:

«Todo tuyo, querida. Por nada del mundo quisiera que un hombre estuviera conmigo si no me ama, por muchos hijos que pudiera darle. Deseando ver resultado ADN, promete.»

Después de enviárselo la bloqueé. No quería saber nada más.

Estaba tan harta de todo que convoqué a las chicas en *Diverticco*, nuestro bar de cabecera, para ponerlas al corriente de las novedades. Había decidido que ya estaba bien de estar jodida. ¡A tomar por saco! Ahora me tocaba a mí ahogar mis penas y si podía ser con unos *Margaritas* o *Manhattans* y mis mejores amigas, pues aún mejor.

Tras citar a las chicas convoqué una reunión familiar para explicar lo que estaba pasando y, aunque como era de esperar, mi madre se puso del lado de Carlos, evité mencionar detalles sórdidos. Preferí ser la mala de la película una vez más; por suerte mi padre y mi hermana sí estuvieron de mi lado.

Daniela es mi única hermana, es tres años más pequeña que yo. Siempre nos hemos adorado... Es tan dulce y tan buena persona... Ahora pronto se marchará con *Médicos Solidarios* como voluntaria a un país de África. La admiro: es valiente, altruista, guapa, con un corazón de oro... y pasa de lo que diga mi madre tres pueblos. A mí me cuesta un poquito más, me afecta mucho lo que ella me diga.

Mi madre estaba encantada de que mi hermana acabara medicina y con grandes calificaciones, como no podía ser de otra manera... Pero eso de que quisiera irse de voluntaria a África no lo llevaba demasiado bien. Daniela es adulta y ese es uno de sus sueños y los sueños están para cumplirse... es soltera, joven y una gran profesional. Es el momento de que tome las riendas de su vida.

10. Mariola y Juan.

—Juan, me preocupa la niña —dije— está tirando su futuro por la borda. ¡Pero cómo no! si ella «siempre escucha a su corazón» y tonterías por el estilo. No creo que haya pasado nada tan grave como para tener que romper con él.

—Mariola —dijo Juan— es mayor... no deberíamos inmiscuirnos en su vida. Yo por mi parte confío en que las decisiones que tome sean lo más apropiadas para ella. Somos sus padres y deberíamos estar aquí para apoyarla...

—Tu hija está ida —espeté—. Seguro que Anna le ha inflado la cabeza como cuando se fueron a Italia para celebrar los veinte años de Celia ¿recuerdas? Casi un coma etílico Juan, ¡COMA ETÍLICO! Todo por culpa de esa barriobajera de Anna.

—Son cosas que hacen a veces los chavales y se les fue de la manos —contestó intentando quitarle hierro al asunto— es una buena niña, nunca más nos dio ningún otro disgusto... Mariola, no te metas o la alejarás aún más.

Y es que estoy preocupada... mi hija se ha vuelto del todo loca. Carlos era mi gran apuesta para ella y nunca encontrará a nadie igual... No sé qué les ha pasado y me da igual el motivo... Aunque se hubiera visto con otra mujer, ¡qué más da! Mi hija es la titular y cualquier otra, la suplente. Las mujeres de nuestro círculo social debemos aguantar esto y más, mientras todas nuestras necesidades estén cubiertas. Nunca un pelo fuera de sitio ni una lágrima en público. El problema son todas esas porquerías de películas románticas que le inflan la cabeza a la juventud. No todo es color de rosa y en esta vida hay muchas espinas.

Cuando conocí a Juan estaba recién licenciado en medicina. Me pareció que era una muy buena opción, aunque su familia no aportara un título como la mía —mi padre fue Conde y ahora lo es mi hermano— y fueran de clase media.

¡A Juan lo he creado yo! ¡Me lo debe todo! Mi padre le montó su primera consulta en la mejor zona de la ciudad y le presentó a la mayoría de sus importantes pacientes, por no decir que lo hizo socio del club, relacionándolo con un ambiente muy selecto.

¿Si estoy enamorada? ¿Qué es estar enamorada? ¿Por qué hay que estar enamorada para ser feliz? Le quiero, claro que sí, pero si Juan ha estado con otras mujeres, cosa que desconozco, no me importa siempre que esté conmigo cuando tiene que estarlo.

Juan es buen hombre, no tengo duda. Se gana bien la vida y no se mete en donde gasto o no el dinero; en ese sentido es el hombre perfecto. Tenemos dos hijas que, dentro de todo, no han salido del todo mal. Celia, la mayor, me dio un disgusto enorme cuando decidió estudiar enfermería... su vocación dice. En cualquier caso es la jefa y eso le hace ganar puntos. Daniela en cambio, sí siguió el camino de su padre y acabó la carrera especializándose en ginecología. Sólo me falta encontrarle un marido de esos que a mí me gustan. Tuvo un novio médico pero nunca me gustó... no tenía nuestro estatus y a peor no íbamos a ir... Mis niñas van a tener lo mejor, eso lo tengo claro y, si me tengo que entrometer, pues lo hago ¡y punto! Para eso soy su madre y tengo todo el derecho.

Los Betancourt y los del Valle llevamos años saliendo juntos y no nos vamos a separar ahora por un capricho de la niña.

De vez en cuando me cito con Christine. Es vidente y consejera espiritual y me guía en ciertas situaciones. Sin ir más lejos, mañana iré a verla para saber sobre futuro de Celia. Todo lo que me dice Christine intento aplicarlo a mi vida: sus consejos, sus rituales ¡todo! Es cara, lo sé, pero sin sus recomendaciones reconozco que voy un poco perdida... Juan dice que es una estafadora, por eso cada vez que la veo, a él le digo que estoy con mis amigas tomando café.

Me ahorro explicaciones.

He aplicado sus rituales en multitud de ocasiones; con velas, ofrendas y todo eso. Me tranquiliza que haya alguien por ahí que puede controlar según qué emociones. Creo que las de Celia deben controlarse pero ¡YA! Necesito ver a Christine cuanto antes mejor.

Primavera - Verano 2015 (2ª parte)

11. Celia. Es hora de hacer planes.

Tras mi ruptura definitiva con Carlos unos meses atrás mis locas amigas tramaban algo. Sabían perfectamente que no soy de las personas que les guste hablar mucho de su dolor y ese era precisamente el problema: no hablar de ello. Pero era consciente que lo único que me quedaba con Carlos eran recuerdos. Supe por unos amigos comunes que estaba emocionadísimo enseñando ecografías de «su hijo». Sus mensajes eran ya más espaciados y con otro tono.

Que Carlos esperara un hijo con otra mujer era algo que me dolía profundamente; casi el peor daño que me pudo hacer. ¿Dónde quedaban sus promesas? ¿En qué se había convertido ese amor que decía sentir por mí?

Tras unos meses separados, decidí que ya era hora de intentar al menos hacer una vida relativamente normal. Como cada jueves, decidí quedar con Sonia y Anna en nuestro bar y echar unas risas. Aunque mi alma estuviera rota, era el primer paso.

—Hombreeee —dijo Anna— ya era hora de que te decidieras a salir de tu madriguera. ¿Cómo te sientes amor?

—Estoy asimilando mi nueva situación, no quiero pasarme la vida llorando. Me va a costar pero debo mirar al frente. ¡Chicas! ¿Por qué no nos vamos de viaje juntas?

—Siiii —respondieron al unísono Sonia y Anna.

—A mí me apetece un montón que hagamos algo juntas —les dije— que os apetecería ¿mar? ¿montaña? ¿ciudad?

—¿A ti que te apetece Celia? —dijo Anna— creo que te deberíamos hasta dejar escoger.

—Estoy de acuerdo —respondió Sonia— a mí me da igual, ¡con tal de salir de este caos de ciudad!

—La verdad —continué— es que ayer me quedé prendada de un documental sobre la ciudad de Marrakech.

—¿Marrakech? ¿En junio? —se sorprendieron ambas a la vez— si hace un calor que lo flipas —siguió Anna con su desparpajo habitual.

—He leído —les dije— que en verano la temperatura es muy alta, aunque la gente cambia su modo de vida, me explico: por la mañana no salen mucho de casa y es al caer la tarde cuando hacen vida fuera. He visto un riad maravilloso, con aire acondicionado por supuesto. Es un sitio divino, tranquilo... con su piscinita, su área de lectura... pocos huéspedes. ¡Mirad! —les enseñé unas cuantas fotos con el móvil— esta es la página web. ¿No me digáis que no tiene buena pinta?

—He de reconocer que el sitio es chulísimo —contestó Sonia— ¿qué opinas Anna?

—Pues chicas —gritó— ¡nos vamos a Marrakech en junio!

—Oh yeahhh —les dije emocionada.

Estábamos en abril y aún quedaban dos meses para irnos pero estuvimos preparando el viaje con mucho mimo; lo hicimos sin intermediarios ya que Anna es una auténtica profesional montando viajes. Sacamos los billetes, reservamos el riad y esperamos con ansia el día de irnos.

Carlos andaba molestándome a ratos, pidiéndome cosas de casa que habíamos comprado juntos en nuestros viajes. Le dije que cogiera lo que quisiera, pero que dejara de darme por el saco. Me sacaba de quicio que fuera con la guarra de Claudia a los lugares a los que habíamos acudido juntos. Hasta llegó a mis oídos que había sido él el que me había dejado; pero eso realmente no me importaba.

Jorge, la pareja de Anna pertenecía al círculo de amistades de Carlos, pero debo decir que se enfadaron precisamente por lo que había pasado conmigo y ahora apenas se ven.

Borré su perfil de mis redes sociales; no quería ver las fotos que subía: la barriga de Claudia, sus *selfies*, que si han estado aquí o allá... Quería superar esta ruptura y eso era imposible si lo tenía ligado a mi vida de alguna manera.

Veía casi imposible siquiera contemplar una relación de amistad con él. Actuó como un auténtico cabrón cuando vio que yo ya no quería saber nada.

En mayo solicité mis vacaciones a Recursos Humanos y no me pusieron ninguna pega. Me quedaban todavía días del año pasado; tenía como cuarenta días acumulados. Esos quince días fuera me irían bien para reconectar conmigo misma... Durante los últimos meses no había sabido vivir; no tuve ganas de nada, pero este viaje al menos marcaría un punto y aparte.

Para afrontar los cambios importantes que quería hacer en mi vida decidí romper un poco con mi imagen habitual, que últimamente había descuidado: me corté el cabello desfilando un poco las puntas para hacerlo más natural y juvenil —aunque tenía treinta y siete años, todo el mundo me decía que no aparentaba mi edad— y me hicieron unas favorecedoras mechas. Pasé por mi amiga Gemma, la esteticista —casi maga— que hace milagros con los cutis apagados. Me depilé de arriba abajo ¡cuántos meses hacía que no me quitaba un sólo pelo! y di el paso al frente para lo que acontecía: un viaje de dos semanas a Marrakech con mis mejores amigas.

Llegó el día de la marcha. Ese viaje cambió mi vida.

Cogimos el avión con miedo porque a las tres nos aterrorizaba volar, pero estábamos entusiasmadas ya que hacía como siglos que no íbamos juntas de viaje.

En el avión Anna se tomó todo el alcohol de la carta de lo «cagadita» que estaba. Sonia siempre reza cuando vuela: es como una especie de superstición y todo porque una vez, volviendo de Nueva York, no lo hizo y unas turbulencias le amargaron el vuelo.

Yo, simplemente me tomé mi pastillita de volar y me puse a dormir escuchando música de llorera.

Aterrizamos en Marrakech y justo en mi *Ipod* sonaba *The Show Must Go On* de *Queen*. ¡Qué buena canción para empezar el viaje! —pensé.

No sin pocas dificultades llegamos finalmente al riad, que estaba realmente escondido.

—¡Qué preciosidad de lugar Celia! —dijo Sonia alucinada— tenías razón ¡esto parece sacado de un cuento de las mil y una noches!

—Es bárrrrrbaro —dijo Anna— mucho mejor que en las fotos. A mí me ha tocado la habitación Turquesa, ¿y a vosotras?

—La rosa —dije— es súper *cuqui*.

—La ámbar —dijo Sonia— pero es igual, todas son preciosas.

He leído una historia sobre las habitaciones —les comenté— este riad pertenecía a una familia emparentada con la casa Real. Eran seis hermanas: Yasmine, Fátima, Alma, Maryam, Ariel y Mahasin; justo el número de habitaciones que tiene este riad. Si no recuerdo mal, Yasmina era la habitación Turquesa, Alma la ámbar y Maryam la Rosa. Se dice que ellas aparecen de vez en cuando por aquí.

—¡Venga ya! —dijo Anna con su habitual escepticismo— ¿Ya te han dicho que los reyes magos son los padres? ¡Qué absurdo por Dios! —dijo entornando los ojos— pero bueno, molan mucho estas historias ¿No tenía hijos el califa este o lo que fuera? Más que nada para que se nos aparezca un árabe de estos *buenorros*, jajaja —sus risas se escucharon por todo el riad.

—Buenas tardes señoritas —una voz masculina se dejó oír por detrás— me presento, soy

Najib Al-Mansour, director y dueño del riad. Encantado de tener a tres bellas damas en mi humilde morada. ¿Qué les parece? ¿Les está gustando?

A mí lo único que me parecía es que ese pedazo de hombre había caído del cielo: moreno, ojos verdes, alto y fuerte... y con una curiosa mezcla en sus facciones que aún le hacían más exótico y apetecible. Era el primer hombre que llamaba mi atención tras mi ruptura con Carlos. Anna y Sonia lo miraron con la misma cara que yo ¡estoy segura de que les pasó hasta lo mismo por la cabeza!

—Soy Anna —dijo estrechándole la mano— encantada de conocerte y tutéanos por favor, Najib. Por cierto ¿qué significa tu nombre?

—Najib significa «descendencia noble» —comentó con esa voz tan varonil.

—Soy Sonia, encantada, bonito lugar. ¿Cómo es que hablas tan bien nuestro idioma?

—Soy nacido en París —dijo— mi madre es francesa y mi padre era dubaití. Por el trabajo de mi padre, que era diplomático, estuvimos unos años viviendo en España y además, como el idioma me pareció bonito seguí estudiándolo cuando nos fuimos. Llevo algunos años ya viviendo aquí. Si tuviera que decir de qué lugar provengo, seguramente diría que de ninguno en concreto o de muchos...

—Qué suerte hemos tenido —les dije— al menos alguien nos entenderá. Es un placer conocerte, me llamo Celia.

—Precioso nombre, como la dama que lo lleva —contestó amablemente— sentíos como en casa. Pronto vendrá Naia, la relaciones públicas, a explicaros varias cosas que debéis saber de esta ciudad y nuestro funcionamiento. Yo estaré por aquí; si necesitáis cualquier cosa, hacédmelo saber, será un placer atenderos. ¡Ah por cierto! —dijo emocionado— en breve daremos una fiesta a la que estáis invitadas, la hacemos cada año en honor a nuestros huéspedes, se llama las mil y una noches. Habrá un menú típico Marroquí, danza del vientre, música local, malabares...

—Muchísimas gracias —contesté— será un placer asistir ¿verdad, chicas?

—Por supuesto —Sonia y Anna al unísono y ojipláticas admirando la belleza de ese hombre — Allí estaremos —apostilló Anna.

Najib se marchó y las tres estuvimos observando cómo se iba, hechizadas, como si el mismísimo Jesucristo se nos hubiera aparecido.

—¡Madre mía! —dijo Anna— ¿habéis visto qué pedazo de macho? Me tiraría a su cuello sin pensarlo ¡ay qué pena estar medio emparejada! ¡Dios mío qué culo tiene! —dijo santiguándose—. Me repito a mí misma que tengo que ser buena, tengo que ser buenaaaa — se lamentaba.

—¡Es guapísimo! —dijo Sonia— opino como tú, si no fuera por mi Jorge... Bueno, la única sin pareja eres tú Celia y diría más... le has gustado, no dejaba de mirarte...

—Chicas, hace como aquel que dice cuatro días que me he separado y ya me estáis haciendo de casamenteras —las miré un poco ofuscada— ¿creéis que tengo el cuerpo ahora para otra relación? ¡No tengo ganas de nada! Mirar está muy bien y más un hombre como éste, tan atractivo, pero no estoy preparada para una relación...

—Y, ¿quién está hablando de una relación? —contestó Anna— tampoco se trata de que encuentres otro marido, pero si sale la oportunidad de divertirme, no veo por qué no ibas a hacerlo... Echar cuatro polvos si llega el caso, te «aliviaría» ¿no crees? Te vas a volver a quedar virgen chata —dijo con su habitual tono sarcástico—, ¿y si se te vuelve a cerrar el himen? —Anna se partía de la risa— ¡venga chica! que la vida son dos días... ¡Si no lo quieres tú me lo quedo yo!

Reí con las salvajadas de Anna, aunque en el fondo me dolieron.

—No estoy preparada y, con todo mi cariño —dije— no soy chica de un polvo y adiós. Si os parece vamos a dejar el equipaje en las habitaciones y bajamos a hablar con Naia.

—Hija, qué tajante —dijo Anna— eres única finiquitando temas.

Mi habitación estaba decorada al más puro estilo palacete Marroquí. Era una auténtica delicia observar el nivel de detalle como estaba decorada. Me estiré un minuto en la cama y me quedé mirando fijamente al techo. ¿Qué estaba haciendo allí en realidad? Cerré un minuto los ojos y la imagen de Carlos me vino a la mente. Intenté apartarla enseguida, no quería que los recuerdos me jodieran las vacaciones... Tenía que ser fuerte y mirar hacia adelante. Carlos ya era el pasado. No había vuelto a besar a nadie ni mucho menos a hacer el amor... Anna tenía razón en parte... era casi virgen de nuevo... La sola idea de imaginarme a Carlos con otra me dolía en lo más profundo del alma, pero lo nuestro ya no tenía vuelta atrás, la ruptura ya era un hecho consolidado. Incluso la familia lo sabía, más o menos.

Mi madre, como era de esperar, se lo tomó a la tremenda. Claro que ella no tenía ni idea de los detalles escabrosos, me daba mucho pudor contarlos. No quiso apoyarme, principalmente porque para ella, Carlos era maravilloso, guapo y con un gran futuro. Sin embargo yo solamente era una mujer que desafió a la familia estudiando enfermería, cuando podía haber estudiado una carrera con mucho más «glamour». Eso me lo repetía cada vez que tenía oportunidad. Mi hermana Daniela y mi padre fueron los únicos que se interesaron exactamente por cómo lo estaba pasando. Mi padre creía que podía haber una reconciliación. Lo primero que dijo fue «a ver qué tardan estos en volver, si están hechos el uno para el otro». Papá, qué sabrás tú, cielo...

Bajamos de nuevo y apareció Naia, una mujer bellísima y joven, de unos treinta años; morena, cabello largo, cintura de avispa, con excelente gusto para vestir y perfectamente maquillada pero sin parecer una puerta. Nos recibió en la recepción para explicarnos las curiosidades de la zona y del riad, recalcando que Marrakech era una ciudad segura pero que, como en muchos otros sitios, tres chicas solas son más vulnerables y nos pidió evitar unos cuantos lugares de la Medina.

—Sobre todo el barrio de los curtidos y los tintoreros —comentó Naia— a menos que no vayáis con el guía, mejor evitarlo. La plaza Jemaa el Fna es segura, pero mucho mejor de día que de noche aunque esté llena de policías. Tened cuidado con lo que compráis, aquí el regateo es un arte y los profesionales son ellos. Creedme.

—¡Uy! ¡A mí no me conocen! —dijo Anna con desparpajo— en Estambul me los comía con tomate, jajaja, soy la reina del regateo.

—No os lo toméis a la ligera —dijo Naia— aquí te pedirán en algunas zonas hasta cinco veces su precio real y ¡jojo con las imitaciones! Bueno, ya lo iréis viendo. Venid, os voy a enseñar el riad.

—Otra cosa importante —siguió Naia— es que la medina está llena de callejuelas y es fácil perderse: llevad siempre este plano —nos entregó uno con muchísimas referencias para localizar de nuevo el riad— y sobre todo, si os perdéis, no dudéis en llamar, mandaríamos a alguien a buscaros con rapidez.

Nos hizo una visita turística por el riad: las zonas comunes, terrazas, patios y nos explicó a qué hora se podía bajar a desayunar, cenar, etc...

—¿Ya habéis conocido al Sr. Al-Mansour verdad? —dijo finalmente— Najib es un hombre realmente encantador y muy atento con los huéspedes. Gestiona muy bien el establecimiento. Bueno chicas, si necesitáis cualquier cosa ya sabéis donde encontrarme.

—Gracias —respondí— es un lujo contar con tu ayuda.

A Naia se le iluminaron los ojos al hablar de él. Intuí que había algo más que admiración

profesional.

Invertimos lo que quedaba de tarde antes de la cena, que no era mucho, para pasear por los alrededores y visitar algunas tiendecitas de artesanía local: cerámicas, telas, lámparas... todo era una maravilla.

Tres chicas no musulmanas solas por las callejuelas de Marrakech llaman la atención. Debo decir que, aunque nos observaban mucho, nadie se metió con nosotras.

Me llamó la atención que, pese a la limitación de venta de alcohol, lo vendían discretamente... Vimos a un señor con un burro y un fardo tapado que descubría de forma sutil cuando pasaban turistas, ofreciendo todo tipo de bebidas al margen de la ley...

La cena en el riad era de lo más rica: la cocinera Farah era una auténtica maestra de las artes culinarias, especialmente de la cocina Marroquí. Además parecía la «mami» de todos los que allí estábamos. Tras el banquete fuimos al patio a tomar un té y apareció de nuevo él...

—Hola señoras, ¿están disfrutando de su estancia? —dijo con elegancia innata.

La primera en responder, como siempre, fue Anna:

—Sí, estaba todo buenísimo, hay que felicitar al personal. Nunca había comido un *tajine* de pollo tan rico.

—Es una receta familiar de Farah —nos explicó— ¡*top secret!* No se la ha dado a nadie; dice que si es de la familia se queda en la familia. ¿Más té? —preguntó mirándome fijamente.

—Sí —respondí mirando descarada y directamente a sus ojos— está muy rico con la menta, aunque si sigo bebiendo, lo más probable es que no pueda dormir esta noche.

—No importa —contestó— en esta época del año aquí hacemos vida nocturna, durante el día el calor es insoportable. Y me echó más té.

—Señoritas, ¿Un poco más? —preguntó a Sonia y Anna.

—No, mi límite ya ha sido sobrepasado por hoy, creo que me voy a leer a la habitación —dijo Anna— estoy agotada y además quiero llamar a la niña antes de que se vaya a dormir y charlar un rato online con mi chico.

—No es mala idea —comentó Sonia con picardía— yo creo que haré lo mismo. Pero Celia, puedes quedarte y disfrutar de tu té... Nos vemos mañana en el desayuno.

—Chicas, ¿os vais de verdad? —dije sorprendida— ¿me dejáis tirada? En ese caso casi me iré yo también...

—Celia, te acompaño con el té —interrumpió Najib— será un placer conversar contigo unos minutos.

—Najib, no es necesario —le excusé— seguro que tienes cosas más interesantes que hacer que dar conversación a una turista a las que sus queridas amigas dejan colgada —dije con cierto tono de guasa.

—Como te he dicho Celia —dijo mirándome fijamente— es un auténtico placer.

En ese momento un escalofrío recorrió mi espalda... ¿Qué tenía ese hombre que con su sola mirada me estremecía? Antes que con él, sólo había tenido esa sensación con Carlos.

Compartir con Najib unos cuantos té y mucha conversación resultó ser muy agradable. Me contó que era viudo y sin hijos; su mujer desapareció en el tsunami de Phuket y nunca la encontraron. Su padre murió siendo él muy joven y su madre se casó con un marchante de arte noruego. Me contó que había estudiado Arte, pero que a él siempre le gustó el turismo y por eso compró el riad, lo reformó y lo convirtió en uno de los alojamientos más bonitos de Marrakech.

—Este riad es toda mi vida —confesó— he invertido no sólo una importante suma de dinero, sino también mucha ilusión; Para Karen, mi difunta esposa y para mí, este iba a ser el lugar donde criaríamos a nuestros hijos, pero desgraciadamente esta posibilidad se esfumó

tras el tsunami; la dieron por desaparecida tras semanas de búsqueda... fue horroroso —los ojos se le cristalizaron por el efecto de la emoción, pero sin llegar a derramar ni una lágrima— eso pasó hace tiempo y aún estoy recolocando mi vida.

—Lo siento Najib —dije afectada— puedo imaginar tu dolor.

—Además —interrumpió— te confieso que cuando marchamos de viaje a Tailandia, no estábamos en nuestro mejor momento; nos escapamos en un intento desesperado de arreglar nuestro matrimonio... no sé qué hubiera pasado. Yo la amaba, pero ella necesitaba respirar, decía...—se quedó en silencio unos segundos— quizá si no hubiera muerto allí, ahora estarías hablando con un hombre divorciado y no viudo, o quizá sería el padre de cuatro hijos... no lo sabré nunca.

—La vida es caprichosa y hasta maligna —solté— a veces no se dan segundas oportunidades.

Nuestras miradas se volvieron a cruzar y una leve sonrisa fingida que me deshizo apareció tímidamente en su boca.

Por encima y sin entrar en demasiados detalles, le conté que estaba en plena separación y a lo que me dedicaba. Verdaderamente tuvimos una conversación de lo más agradable. Me sentí cómoda abriéndome a él.

Najib parecía un hombre culto y de conversación amena; se nos estaban pasando las horas volando contando, no solamente anécdotas personales, sino hablando un poco de todo.

Estuvimos cinco horas de cháchara hasta que el sueño decidió aparecer y me fui a mi habitación. Nos despedimos con un tímido beso en la mejilla. Como dos amigos de toda la vida.

Me estiré en la cama y pensé que era un hombre realmente increíble, aunque parecía tener el corazón roto, como yo. Aun así me preguntaba qué pega tendría... no podía ser guapo, inteligente, culto, adinerado y estar disponible a la vez. Pero tampoco me lo quise preguntar toda la noche. ¿Para qué? Si no iba a haber nada de nada... Apagué la luz y me dispuse a dormir. ¿A dormir...?

«Najib me rodeó por la cintura, por detrás, mientras me besaba en el cuello... Pude notar su aroma tan atractivo, a especias... Estaba tremendamente sexi, se había despojado de su camisa blanca de lino y me dejaba ver parte de su esculpural cuerpo desnudo; sus tejanos de cintura baja con el botón medio desabrochado ya insinuaban más de la cuenta. Mi imaginación volaba... Su mano se metió en mi blusa buscando mis pechos que ya estaban reclamando su atención, duros, tensos... Su otra mano se coló por debajo de mi falda buscando mi sexo; me arrancó la braguita y empezó a jugar con su pulgar en mi clítoris mientras me susurraba al oído lo que iba a hacer conmigo. Consiguió que llegara al éxtasis tan sólo haciéndome eso... pero yo quería más... Decidí que quería devolverle el favor y darle placer... Entonces me di la vuelta, le bajé el pantalón y el bóxer y me arrodillé ante él para degustar todo su ser... Sus jadeos me iban poniendo más y más caliente y eso me animaba a succionar más y más... Cuando finalmente él llegó al clímax, disfruté al notar su fluido caliente y salado bajar por mi garganta mientras escuchaba sus gritos de placer cuando al fin llegó al orgasmo...»

Desperté sudando, caliente, excitadísima... Y sólo había sido un sueño. Un maravilloso y excitante sueño erótico que me había llevado al extremo. Demasiados meses sin sexo —pensé. Decidí ir a la ducha y no pude evitar masturbarme, por primera vez en años, para quitarme esa sensación tan desagradable... no me masturbaba desde la adolescencia... ¿Qué me estaba pasando?

Eran casi las diez de la mañana cuando bajé a desayunar, y estaba con ese colorcito en la cara, como de recién follada que diría Anna... yo esperaba que mi amigas no notaran nada,

son unas tremendas.

—¿Qué tal chica? —Anna con retintín— ¿A qué hora te fuiste a la cama? ¿Te fuiste sola? ¿Qué tal es Najib en la cercanía? No sé qué ha pasado pero ¡¡¡haces cara de haber echado un *kiki*!!!

—¡Pero qué burra eres Anna! —le solté, aunque conociéndola sabía de antemano que me haría ese mismo comentario— eres de lo que no hay. Esto parece un interrogatorio ¡ni que fueras del F.B.I.!

—Señorita no quería ofenderla, le pido disculpas —dijo Anna partiéndose de la risa.

—Chicas —seguí— simplemente estuvimos conversando y tomando unos té. Es un chico muy majo, la verdad es que es muy agradable y tenéis razón: ¡está buenísimo! pero ¿sabéis que pienso? —dije— que no puede ser tan perfecto.

—Sí se puede —dijo Anna— y además, seguro que tiene una picha de cuarenta centímetros, se le intuye sólo con mirar el paquete, y me he fijado en sus manos... ¡Las manos no engañan!

—¡Pero qué bestia eres chica! más basta que unas bragas de esparto —respondió Sonia— y ¿por qué va a tener problema alguno Celia? Por ahí anda el hombre idóneo para ti, que no lo hayas encontrado no significa que no exista. Es que sois...

—No sé —interrumpí—, me da mala espina tanta perfección, pero vaya, a lo mejor estoy equivocada. Quizá sólo quiso ser agradable conmigo.

A lo lejos pude observar que Naia nos estaba escuchando con atención y su cara era un poema. Fue justo en ese punto que ya tuve claro que ahí había algo más que una relación profesional.

—Chicas... pssiiiiissssssssstttt —susurré— Naia se está quedando con la conversación y me da que no le gusta un pelo... nos está mirando con una carita...

—Vaya careto —soltó Sonia— nos ha fulminado con la mirada. Esta mosquita muerta se está tirando al jefe, como si lo viera.

—No sé qué pasa —comenté bajito— pero aquí pasa algo raro, raro. ¡Aquí hay tomate!

En ese momento Najib bajaba desde su apartamento situado en la planta alta del riad y se acercó a nosotras:

—Hola señoras, ¿qué tal esta mañana? —dijo con tono muy animado— ¿habéis dormido como en las mil y una noches?

—He dormido maravillosamente bien —contestó Anna—, hacía tiempo que no descansaba a pierna suelta...

Anna había tenido a Olivia, su hija, la semana anterior y, aunque era un cielo, la niña solía darle malas noches con los terrores nocturnos.

—A mí me costó un poco con tanto té —dijo Sonia— ¡pero estaba tan bueno! Ciertamente después descansé muy bien.

Yo me ruboricé al recordar mi sueño y sí, estuve tentada a contestar que había dormido mal ¡por su culpa! Ni siquiera se lo había comentado a mis amigas, me daba una vergüenza increíble.

—Yo dormí plácidamente —mentí un poco, bueno, un mucho—. Las habitaciones son muy bonitas, Najib —cambié radicalmente de tema— ¿Es cierta esa historia de las hijas del sultán que corre por ahí? —solté, recordando la milonga que nos habían contado sobre ello.

—Por supuesto Celia —dijo convencido— la historia de tu habitación es la más especial, la que pertenecía a Maryam... Cuenta la leyenda —prosiguió— que Maryam murió de amor al serle impedido casarse con su amado, ya que su familia se oponía al pertenecer a diferentes mundos. Algún día os contaré la historia ¡ahora a desayunar!

—Ya será menos —dije— ¿puede alguien morir de amor?

Najib clavó su mirada en mis ojos.

—Ya lo creo —replicó— ¿acaso no crees en que el amor puede ser el sentimiento más profundo de un ser?

—Por supuesto que sí, pero con matices —dije para no alargar la conversación.

—Pues un día de éstos me lo matizas —dijo con una sonrisa en los labios que todavía le hacía parecer más sexi.

Nos sirvieron un desayuno maravilloso y nos fuimos a la zona de la piscina a tomar el sol. A esa hora aún se podía estar sin morir achicharrado.

Él iba dando órdenes al personal, siempre con extrema educación y lo veíamos revolotear por allí impecablemente vestido con un pantalón blanco y una camisa azulona... ni siquiera una sola gota de sudor en su frente y eso que hacía bastante calor como para ir con tanta ropa... y con menos ropa me lo imaginaba yo, exquisito. Me volví a acordar de mi sueño y me subieron los colores. Era mirarlo y volar mi imaginación.

—Te está mirando, Celia —dijo Sonia—. Cada tanto en tanto, se hace el disimulado y te echa un ojo. Lo tienes loquito, cielo.

—¿Estás loca? —dije— mira porque a algún sitio hay que mirar... si es que...

—Yo creo que sí te mira —contestó Anna guiñando el ojo— le gustas... te lo creas o no. Hay demasiada conexión visual.

—¡Dejadme tranquila ya! —solté un poco mosqueada— quiero tomar el sol en paz, guapas —me puse las gafas de sol y cerré los ojos, aunque no conseguí apartar su imagen de mi mente.

Por la tarde hicimos una visita guiada por los sitios más pintorescos de la Medina. Ya cayendo la noche, las chicas decidieron ir a un club para guiris en la zona nueva de Marrakech... A mí, la verdad, es que me daba pereza. Después de cenar se acicalaron y se marcharon no sin antes llamarme «tonta del culo» por no querer salir.

—Mira que estás tontorróna —me dijo Anna poniendo los ojos en blanco en el quicio de la puerta— ¿Por qué no quieres venir? Hemos quedado con unos daneses que también están de vacaciones y están tremendos. Sólo una copa... o ¿es que esperas a tu amorcito?

—Je, je, je qué simpática —dije—. No, de verdad; tengo dolor de cabeza, esta noche no dormí bien, prefiero quedarme un rato a leer y luego a dormir directamente. No sé, me da que me va a venir la regla o algo así.

—¡No jodas! ¿Te va a venir en vacaciones? —contestó Anna— Tú verás, ¿seguro que no quieres venir? ¿Nos quedamos contigo y te hacemos mimitos? —puso cara de mamita tierna.

—De verdaaaad —dije ya un pelín agobiada—, ir tranquilas, mañana me contáis qué tal los daneses. Yo me voy a descansar ¡que falta me hace!

Anna se había calzado unos *stiletos* altísimos con su pantalón pitillo negro y su top rojo pasión a juego —como no podía ser menos siendo ella—, y con su inseparable barra de labios. La verdad es que Anna tenía un tipazo de muerte y eso que era la única de nosotras que era mamá: no sabía lo bien que la estaba tratando la madre naturaleza. En cambio Sonia, que luchaba día a día con la báscula porque tenía tendencia a coger peso, se mantenía perfecta, pero con muchas restricciones en su dieta que claramente se estaba saltando ¡y bien hecho que hacía estando de vacaciones!

Yo tengo suerte; soy alta y delgada, y sin hacer demasiado deporte ya que apenas salgo a correr un par de días a la semana. No hago régimen, pero me gusta comer sano, aunque reconozco que últimamente me he abandonado un poco; habré perdido unos cinco kilos con el tema «Carlos», además he descuidado mi imagen. Esa noche me miré en el espejo, esto no

podía seguir así de ninguna de las maneras: tenía que recuperar al menos mi autoestima. Lo demás vendrá rodado, —pensé.

Pero eran palabras que una misma se dice para animarse. Cuando estás tan herido, cuesta mucho seguir e intentar saltar los obstáculos.

Justo antes de la cena me sonó el móvil, era Carlos. Estuve tentada a no cogerlo, pero al final me decidí y atendí la llamada, más que nada para quitármelo de encima:

—Dime Carlos —respondí con desgana— ¿algún problema con el papeleo? Habla con mi abogada.

—Hola Celia ¿qué tal estás? no, no es nada de papeleo, sólo quería charlar contigo un rato. Te echo de menos, bicho.

—¿Perdona? —contesté indignada— hace tiempo que no soy tu bicho. ¿Dónde está Claudia? Ya debe estar a punto de parir ¿no? Por cierto, no estoy en Barcelona, estoy de vacaciones en el extranjero...

—¿Dónde? ¿Con quién? —interrumpió.

Me sentí violenta con el tono de sus preguntas.

—¿A ti qué coño te importa? No creo que sea de tu incumbencia ni dónde ni con quien estoy, pero vamos, estoy en Marrakech con Anna y Sonia. Tengo el permiso de mi papi —contesté sarcástica—. ¿Querías algo en concreto? ¿Quieres las puertas de mi casa también? —dije claramente por cómo me había estado molestando con las cosas de casa.

—Simplemente charlar —se le notaba triste—, quería decirte que Claudia y yo hemos roto. Me ha dicho que el niño no es mío y ahora claro, yo también lo dudo. Le pillé unas fotos con otro tío, un «negrito caribeño» y me dijo que había alternado tanto con él como conmigo al mismo tiempo... Me siento como un auténtico gilipollas...

—Pero sin el «cómo». Bueno, aparte de esto ¿alguna cosa más? Por mi parte todo sigue igual Carlos. Yo no soy tu segundo plato, ni el de nadie. Te he olvidado —mentí— quiero seguir con mi vida e ignorar todo el daño que me has hecho. Quizá con el tiempo podamos ser amigos y tomarnos un café, pero te aseguro que no tengo intención alguna de volver contigo...

—¡La he cagado tanto! Lo siento de verdad. Ahora sé lo mucho que te quiero y jamás habrá nadie que me llegue tanto como lo hiciste tú... Cuando vuelvas a Barcelona necesito verte y que hablemos.

—No creo que sea buena idea, Carlos. Yo quiero que seas feliz. Te dejo que estoy liada. Adiós.

—Un beso, adiós...

Colgué y tras la llamada de Carlos me quedé triste, la verdad. Había mentido bastante por no decir mucho. Por supuesto, no podía olvidarlo tan rápidamente, pero tenía clarísimo que jamás iba a volver con él... Ojalá existiera un *tippex* para borrar los sentimientos.

Me arreglé un poco y bajé; en mi fuero interno sabía que lo hacía por si aparecía él y no quería que me pillara hecha un adefesio.

12. Buscando a Najib desesperadamente.

Tomé la cena y no había ni rastro de Najib en el riad. Era algo que me escamaba bastante porque solía estar en todas partes y en toda la tarde no se presentó. Estuve tentada a preguntarle a Naia si le había visto, pero pensé que no era una buena idea.

Decidí tomar un delicioso té a la menta en el patio, en donde había una fuente preciosa, repleta de flores que hacía que el ambiente fuera relajado y perfecto. En ese justo momento oí pasos y unas risas al otro lado: era Najib con una morena espectacular.

Iban subiendo por la escalera hasta la suite donde Najib vivía, cogidos de la cintura, no podía oírlos muy bien por la distancia, pero parecía que hablaban en francés e iban riendo sin parar. Me deslicé poco a poco por el asiento, escurriéndome... quería ocultarme para quedar fuera de su campo visual y que no me viera y, efectivamente, no me vio. Quería que la tierra me tragara.

Ahí está el fallo, pensé. Es un mujeriego más. Uno de esos que habla para regalarte los oídos, hasta que te echa un polvo mágico... y desaparece. Lo típico...

Me cabreó bastante presenciar esa escena e incluso me entristeció un poco más. Me preguntaba por qué me sentía así, ¡si él no era nada mío! Me fastidió verle subir la escalera acompañado y no pude evitar imaginar qué podría pasar en su habitación esa noche.

Decidí irme a dormir. Se me habían pasado las ganas de fuentes, de flores y de... Najib. Estuve leyendo un rato y agotada, caí en un profundo sueño.

A la hora del desayuno, las chicas llegaron resacasas y con cara de traer la cabeza del revés.

—Oye, pero si aquí no se puede tomar alcohol tan alegremente ¿cómo habéis cogido este pedazo de pedo? —dije sorprendida.

—Bueeeeno, lo del alcohol es relativo, ya sabes —dijo Sonia— hay algunos locales que tienen, como en los hoteles. El club estaba en un hotel y el *Champagne* corrió y corrió...

—Me duele hasta el píloro —lamentó Anna— no sé ni cómo hemos llegado al riad.

—Nos acompañó Jürgen, el danés castaño de ojos claros —replicó Sonia— ¿no te acuerdas? ¡Pero si hasta le diste un piquito! y le dijiste en perfecto castellano ¡que le querías echar un *kiki!* Estás fatal tía...

—La verdad es que nooo —susurraba Anna— no me acuerdo de nada. ¡Dime al menos que era guapo! Creo chicas que me voy a tomar una tortilla de aspirinas y me vuelvo a la cama, hoy no soy persona.

Anna desapareció a recuperarse de su *resacón* y Sonia y yo nos quedamos solas. Ella todavía estaba medio entera y sin la capacidad auditiva afectada, así que disparé.

—¿Qué tal anoche? —le dije como iniciando la conversación— ¿Lo pasasteis bien?

—Sí, sí, hasta que Anna empezó a cantar en el Karaoke, sí —lamentó—. Ya sabes cómo se pone ante un micrófono cuando lleva tres copas de más. Encima había «grandes éxitos internacionales» como el *Asi voce me mata*... Por momentos me sangraban los oídos. Me quería matar...

—Te comprendo y conozco la situación de primera mano —respondí divertida— todavía recuerdo la noche *karaoke* en el puerto olímpico cantando el *Como una ola* de la *Jurado*. Lo dio todo, jajaja... —reí recordando el momento en que Anna abría todo el pecho cantando la canción— la pobre le pone empeño, pero canta fatal.

—Déjala pobrecilla —respondió Sonia— hasta que esto no sea delito federal su vida no corre peligro, jejeje. ¿Tu, qué tal? ¿Al final qué hiciste? —preguntó llena de curiosidad.

—Tomé un té, leí y me fui a dormir, tal como tenía previsto —dije con un tono que llamó automáticamente la atención de Sonia.

—Y ¿ya está? —me miró como esperando una explicación más morbosa— ¿No viste a Najib? ¡Desembucha!

—En realidad si le vi, pero digamos que él estaba demasiado ocupado para verme a mí — intenté no demostrar lo mucho que me había dolido, pero creo que no lo conseguí.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no estaba solo? ¿Iba con alguien? ¿Estaba buena? ¿Era Naia? —preguntó con infinita curiosidad.

—Iba con una chica, guapísima por cierto. Es lo normal en este caso ¿no? Es un hombre joven, sin compromisos, guapo... no le deben faltar ligues. Seguro que las tiene detrás todo el día como moscas cojoneras. No sé por qué te sorprendes, Sonia —no me creía ni yo lo que estaba diciendo.

—Celia ¿estás bien? Pareces molesta... Mira que te conozco desde primaria... Por Dios, ¡cuéntame!

—Me siento un poco decepcionada... es que parecía tan sensible... no me daba el cuadro de ser el típico tío que se sube a cualquiera a su habitación. Me siento desengañada, sobre todo tras la conversación tan cercana que tuvimos el otro día. No sé —seguí—, quizá sólo me ve como para tener una buena conversación, al fin y al cabo —proseguí con mi cháchara justificativa— no me conoce casi de nada. Yo también creí que habíamos conectado, pero parece que no; al menos está claro que él no lo ve así. Tendré que dejar de leer novelas románticas...

—Bueno —me interrumpió Sonia— quizá no sea lo que has pensado ¿cabe esa posibilidad?

—No lo creo, Sonia. Iban subiendo la escalera cogidos por la cintura y riendo como locos. Me dio que había muy buen *feeling*, además, se fueron directos a su Suite.

En ese momento Najib se adentraba en la terracita donde servían los desayunos, impecablemente vestido y peinado, como si hubiera dormido como un bebé toda la noche... se nos acercó:

—¿Todo bien? ¿Está todo a vuestro gusto? —dijo solícito—. Recordad que esta noche celebramos la fiesta para nuestros huéspedes y amigos; Las «mil y una noches» ¿Asistiréis verdad?

—Sí, lo tenemos en mente —dijo Sonia— claro que asistiremos porque...

—Yo no lo sé —interrumpí a Sonia— me han surgido unos planes de última hora y no creo que pueda asistir, pero muchas gracias Najib —dije muy secamente.

—¿Planes? ¿Qué planes? —Sonia metiendo la pata como era habitual.

—Sonia, tienes memoria de mosquito —contesté asesinandola con la mirada— ¿no recuerdas mi cita para cenar? con Kaleb, el que nos hizo de guía, que nos llevó a la Mezquita Koutoubia ayer ¿no lo recuerdas? —le estaba dando patadas por debajo de la mesa, a ver si por fin me seguía el rollo.

—Ah sí, ¡qué memoria! —mintió como una bellaca al notar mis pataditas— aquel guía tan guapo que no dejaba de intentar ligar contigo y que al final te arrancó una invitación a cenar, ¿hablamos de ese?

—¡El mismo! —respondí con seguridad y orgullosa que mi amiga añadiera lo del guía guapo.

Najib me miraba atónito, como no entendiendo exactamente de qué iba esta performance y, desde luego, a qué se debía esa desmesurada y descarada manera de decir que tenía una cita, como no esperándolo de mí. Tuvo seguramente la misma sensación que tuve yo la noche

anterior.

—Siento mucho que no puedas asistir, Celia —respondió con semblante apenado— ni que sea al final, intenta venir. Habrá un espectáculo precioso de malabares y danza del vientre. Piénsalo. ¿Seguro que no prefieres cambiar tu cita?

Najib sonrió leve y falsamente como escondiendo que se sentía lastimado. Se giró y se marchó dando la excusa de que tenía mucho que preparar.

—¿Parecía triste o ha sido sensación mía? —Sonia se puso seria— le ha jodido lo que le has dicho Celia, y te diré más, si estuviera Anna aquí diría que tiene cara no haber tenido sexo en días. Este hoy no ha mojado, seguro...

—Joder, parecía sincero, sí. Pero no me fío después de lo que vi ayer —dije pensativa— ¿Quién era esa chica? Créeme Sonia, subían muy acaramelados por la escalera. No era una simple conocida.

—¿Por qué demonios te has inventado esa historia? —interrumpió de nuevo— y, ahora ¿qué vas a hacer? ¿Te vas a esconder debajo de la cama? Porque no pensaras ir a ningún sitio sola ¿verdad?

—No, algo se me ocurrirá. ¿No me acompañas? —puse cara de perrito asustado— he metido la pata... Ahora no sé cómo puedo rectificar.

—¿Y me quedo yo sin el espectáculo, chata? Ni de coña —dijo Sonia—, tú te has metido en este *fregao* y tú solita sales de él. Ya eres mayorcita para andar haciendo cosas como si tuvieras quince años.

Tras esto, dimos por zanjada la conversación sobre el tema. Pasamos la mañana en la piscina, tomando el sol, y cada una a su rollo.

Comimos y me eché una siesta. Estuve dándole vueltas toda la tarde y decidí que sola no podía salir por ahí sin hacer nada. Pensé en seguir con la bola de mi cita y presentarme a la cena-espectáculo diciendo que lo habíamos dejado para otro día porque quería estar con mis amigas. Es lo más ingenioso que se me ocurrió. No soy muy buena inventando excusas.

Vi bajar a Najib de su estancia con la elegante morena cogida de la cintura. Se acercó a nosotras, que ya estábamos degustando los deliciosos platos que Farah, la cocinera, había preparado para esa noche y clavó su mirada en mí.

—Celia ¡que sorpresa! —dijo— has podido venir ¡cómo me alegro! os va a gustar mucho. Os presento a mi hermana Leila. Vive en París y ha venido a pasar unos días con su hermano mayor. ¿A que es todo un bombón? —dijo sonriente y orgulloso.

En ese momento Anna y Sonia se giraron hacía mi con mirada de puntero láser, recordándome que había metido la gamba y bien. Yo me quería morir. Vaya cagada épica...

—Mucho gusto Leila, encantada de conocerte —dije.

Las chicas hicieron lo mismo.

—¿No os importa que se siente con vosotras? —dijo Najib— voy a estar liado con la organización y no quiero que esté sola... ¿Puedo pedir os ese favor?

—No es necesario Najib —replicó Leila—, tus huéspedes querrán estar tranquilas con sus cosas. Yo me siento con el staff, no quiero molestar. Mi hermanito se piensa que tengo doce años...

—Faltaría más —se apresuró a decir Anna— aquí tienes un sitio junto a nosotras, y ya nos puedes estar explicando dónde has comprado ese modelito tan mono que llevas y ¡qué haces para tener el cabello tan espeso y brillante!

Reímos las cuatro al unísono y Najib me miró a los ojos. Se le notaba contento por verme allí. Yo respiré más tranquila al saber que era su hermana y no un ligue aunque... ¿por qué me importaba tanto eso?

La cena transcurrió de maravilla. Farah en su línea de fantástica cocinera nos hizo una espectacular degustación de los platos típicos de la zona: tajines, cus-cus con verduritas, kebabs... y deliciosos postres para finalizar. ¡Había preparado comida para un regimiento!

Empezó el show con un grupo de malabares fantástico mientras degustábamos té y unos pastelitos que estaban para chuparse los dedos...

Siguieron con el show de danza del vientre donde tres preciosas bailarinas nos hicieron una exhibición perfecta de como menear las caderas...

—¡Ostras! —exclamó Anna— tomo nota. Este baile es muy sexual ¡volveré loco a Jorge!
¡Tengo que aprenderlo pero ya!

—Como si fuera sencillo —dijo Sonia— ¡yo estuve apuntada en una academia dos años y es difícilísimo! Eso sí, haces una de ejercicio brutal.

—Bueno —contesté— imagino que es cuestión de práctica...

—Totalmente —dijo Leila— es cuestión de muuuuucha práctica.

En ese justo momento Najib interrumpió a golpe de micrófono:

—Las chicas de Barcelona ¡anídense a bailar junto a nuestras bellísimas *belli dancers*!

Gesticulé agitando los brazos como diciendo ¡a mí no me saques ni de coña! Pero no me hizo caso y acercándose a nosotras, me cogió de la mano mientras las bailarinas se apresuraban a sacar a Sonia, Anna y Leila.

Subimos al escenario y yo, que soy bastante tímida y tengo pánico escénico, me quería fundir. Él se me puso detrás y acercó sus manos a mis caderas enseñándome el movimiento... ¡Quería morir! ¡Ardía por dentro de sólo sentir sus manos posadas sobre mí y notar su roce conmigo!

Gracias a Dios, Alá, Buda, Jehová o quien fuera que estuviera allí, a los pocos minutos la música cesó y nos fuimos a nuestros asientos. Estaba trastornada y a la vez emocionada, animada, excitada...

Mis amigas no dijeron nada en ese momento ya que Leila estaba con nosotras, pero se percataron; mi cara me delataba. Me había puesto a mil sólo con sentirlo cerca. Me recordó el sueño...

—Chicas, ha sido un placer conoceros —dijo Leila— me voy a dormir, estoy muy cansada y mañana Najib me ha pedido que le acompañe a un pueblo Bereber para *nosequé* de unos negocios y llevo casi tres días sin descansar. Espero veros mañana por la noche. ¡Buenas noches chicas!

—Buenas noches, Leila —respondimos sonrientes.

Se notaba que Leila adoraba a su hermano. Nos contó que ella nació del segundo matrimonio de su madre y que su hermano era una referencia para ella. La verdad es que nos lo vendió como si fuera el mejor tipo del mundo. Y, sinceramente, lo parecía.

—¡Cómo te agarraba Najib, Celia! —dijo Sonia— y ¡cómo se acercaba a ti!

—Arrimando cebolleta... ¡y parecía tonto cuando lo cambiamos por un botijo el señorito! —dijo Anna con su habitual desparpajo—. Me ha parecido súper sexual, nenas. Así que Leila era el rollito con el que viste anoche a Najib ¿eh? ¡Qué olfato tienes guapa! ¡Se rumorea que el Servicio de Inteligencia busca a gente como tú!

A Anna ya la habíamos puesto al corriente de lo sucedido la noche anterior.

—Está claro que he metido la pata, y mucho —lamenté— además se habrá pensado que realmente había quedado con alguien esta noche. ¡Quizá se piense que soy lo que no soy!
¡Seré patosa!

—Chicas, se acerca... —dijo Sonia por lo bajini.

A medio camino estaba Naia, que interceptó a Najib cogiéndolo del brazo de malas

maneras y se lo llevó a una zona más discreta. Sus ojos sacaban fuego y los de él, dejadez y desgana...

No sabemos qué ocurrió realmente allí dentro, pero Naia salió a los cinco minutos llorando y se marchó precipitadamente. Tras ella salió Najib un poco descompuesto, aunque al vernos fingió como si no pasara nada.

—¿Qué se traen éstos entre manos? —preguntó Anna— ¡Aquí hay algo! ¡Seguro!

—Yo creo que ella quiere tomate y él no le da ni kétchup del malo —se carcajeó Sonia—, se nota que ella va detrás como un perrito y él no quiere saber nada.

Najib se acercó a nosotras.

—¿Qué tal la noche, chicas? ¿Os gusta? —su semblante se relajó—. ¿Lo habéis pasado bien? Espero que mi hermana no os haya molestado mucho.

—Es un encanto —respondimos.

—Nos han dado ganas de adoptarla como *personal shopper* —dijo Anna divertida—. Es una chica muy maja y está como loca con su hermanito.

—Os invito al último té —sonrió Najib— y luego os dejo ir a dormir si no tenéis ninguna otra cita —me miró directamente para dejar claro que iba por mí el comentario.

—¡Uy! creo que no puedo con más té —respondió Sonia— estoy muerta de cansancio.

—Yo aún tengo la cabeza del revés de la resaca de ayer —contestó Anna— así que ¡me piro vampiro!

—Pues a mí no me importaría tomar otro —me lancé.

Mis amigas, una vez más, se fueron a dormir sin mí, pero esta vez lo agradecí enormemente. Sentía la necesidad de hablar con él a solas. Al marchar, ambas se giraron y me miraron sonriendo. Anna hizo el típico gesto infantil del dedo que se mete en el puño cerrado entrando y saliendo... entorné los ojos y me alegré de que Najib no mirara en ese momento.

Sirvió té para dos. No me preguntó si podía quedarse conmigo pero creo que lo intuyó. No hacía falta pedir permiso. Quizá sintió lo mismo que yo durante el baile.

—¿Qué pasó con tu cita? —preguntó— si es que me lo quieres decir...

—Nada, en realidad no me apetecía —mentí—, prefería asistir a vuestra fiesta. Te agradezco mucho que me hayas invitado, me ha encantado. Perdona si fui brusca esta mañana, pero tenía un fuerte dolor de cabeza y...

—No hace falta que te disculpes ni me des explicaciones —interrumpió—, lo importante es que ahora estás aquí. Me he alegrado mucho al verte... pensé que no vendrías...

Debo decir que si media hora antes se me cerraban los ojos de sueño, en ese momento los tenía más abiertos que un avestruz. No quería que acabara la noche.

Charlamos, reímos y comentamos sobre los muchos temas que teníamos en común. A mí siempre me gustó viajar y él resultó ser un incansable viajero...

—Entonces —preguntó— ¿Cuál será tu siguiente destino? ¿Lo tienes claro?

—No lo sé, con esto de la separación tampoco tengo mucho tiempo para pensar en ello. Carlos me está poniendo algunas pegadas, pero las sobrellevaré. La verdad; mi trabajo me absorbe muchísimo y saber qué fechas libres tendré con mucha antelación es casi imposible. A menudo me toca improvisar. Me encantan las distintas culturas, sobre todo el sureste asiático... Quisiera visitar Camboya.

—Es un país maravilloso —dijo—, estuve hace unos años y te lo recomiendo totalmente. Háblame de tu trabajo...

—Como te dije soy enfermera. Trabajo en la planta de Cardiología Pediátrica del Hospital Central. Me encanta mi trabajo aunque es muy duro —seguí—, de hecho estoy pensando en

cambiar de aires: trabajar con niños es muy gratificante pero muy doloroso también. No te acostumbras a perder pacientes y mucho menos si son niños —la imagen del pequeño Marc me vino a la cabeza.

—Puedo imaginarlo. Aunque te pidan que seas un profesional, los sentimientos no se pueden obviar. Yo no podría.

—Háblame tú del tuyo —seguí— ¿Qué te trajo a dirigir un riad, señor ciudadano del mundo?

—Es más sencillo de lo que parece; Karen y yo queríamos establecernos en un lugar seguro. Nos conocimos en Tanzania. Ella era voluntaria en una ONG y yo gestionaba un hotel con un socio. Nos conocimos, nos enamoramos y nos casamos. Todo fue muy rápido. Al poco tiempo Karen enfermó de malaria y estuvo bastante mal. Queríamos tener hijos y pensamos que si queríamos descendencia, deberíamos buscar un lugar más estable; lo meditamos y acabamos aquí. Vendí mi parte del hotel a mi socio y compramos este riad, lo arreglamos y empezamos nuestra vida casi de cero. Eso fue en 2002. Ya ves, llevo muchos años aquí.

—Karen y yo —continuó con la mirada clavada en una bonita lámpara marroquí— en un principio estábamos de maravilla. Nos pusimos manos a la obra en busca de un bebé que nunca llegaba; ella lo llevaba fatal. Yo quería tenerlos también, pero si no se podía, tampoco podía ser una obsesión... Ella empezó a hacerse tratamientos de fertilidad, aunque aparentemente ninguno de los dos teníamos problema alguno. Simplemente no se quedaba embarazada. Esos tratamientos la trastornaron, le cambiaron su carácter, se volvió neurótica y obsesiva, celosa... hubo un momento que no me dejaba ni respirar... sospechaba de toda mujer que estuviera por el riad... Fue una locura.

Clavó sus ojos en los míos. Noté su desesperación.

—En el año 2004 —siguió— estuvimos a punto de separarnos. De hecho, nuestro viaje a Tailandia fue precisamente para salvar nuestro matrimonio, como te dije. Decidir si seguir o dejarlo... nunca sabré qué hubiera ocurrido a ese respecto. Desapareció tras la gran ola... Estuvimos semanas buscándola pero finalmente la dieron por desaparecida y luego por muerta. Fue muy duro.

—Lo siento mucho, Najib —lamenté— perder a tu mujer y de esa manera, no quiero ni tan sólo imaginarlo.

—La vida debe seguir, *The show must go on* —me interrumpió— es triste pero es así. Tras el accidente regresé a nuestro hogar, todo vacío... es duro. Llega un día en que toca vaciar los armarios, y sus cajones... tardé dos años; siempre imaginé que aparecería. Aún vivía en el apartamento de la zona nueva, no estaba en el riad. Me mudé al tiempo, se me caía la casa encima.

—Lo entiendo.

—Quizá nos hubiéramos separado al regresar a Marrakech, quien sabe —volvió a mirar la preciosa lámpara fijamente—, nunca lo sabré; pero la he echado de menos.

Ahora es tiempo de pasar página y vivir —me miró y sonrió de forma extremadamente seductora.

—Sí, es lo mejor —contesté— no podemos vivir anclados en el pasado. Yo trato de pasar página también, ¡si me dejan!

Le puse al día sobre lo acontecido con Carlos, aunque sin demasiados detalles desagradables ya que tampoco tenía ganas de remover la mierda. Él tenía razón: hay que seguir adelante.

—Oye —preguntó— ¿tienes planes para mañana?

—No, la verdad es que las chicas quieren ir a ver un espectáculo, pero no hemos

concretado nada aún —respondí ansiosa por conocer la propuesta, aunque tenía clarísimo que iba a decir que sí ¡aunque fuera a nadar entre tiburones!

—Mañana tengo una visita de negocios en un sitio precioso situado en las montañas —dijo—. Le he pedido a Leila que me acompañe, pero sé que no va a venir, hay que madrugar y siempre me deja tirado. ¿Quieres acompañarme? Te enseñaré unos paisajes increíbles y hasta te llevaré a ver un trozo del desierto... ¿Qué me dices? ¿Te animas? Te invitaré a comer en un restaurante que te va a encantar y además con unas vistas alucinantes.

—¡Claro! Será un placer —contesté a la décima de segundo—. ¿No se molestará Leila?

—En absoluto —contestó—, es más, te estará sumamente agradecida y seguro que pensará que te debe una y que eres su heroína —reía divertido—. Pero casi que deberíamos ir a dormir, saldremos a las seis y media de la mañana. Si salimos tarde hará demasiado calor. Lamento el madrugón, pero te prometo que merece la pena.

—No pasa nada, recuerda soy enfermera ¡a veces tengo turnos de veinticuatro horas!

Cuando dijo «irnos a dormir» me lo hubiera tomado literalmente y me hubiera ido directa a su suite como una autómatas.

Pero tocaba bajar de la nube... Nos fuimos cada uno a su habitación y cuando me dejaba ante la mía, cogió mi mano, y la besó dándome las buenas noches.

Envié un mensaje a Anna y Sonia informándolas del plan, a lo que Sonia respondió: «¡qué guay, pásalo genial!» y Anna: «¡a follar al desierto, así me gusta petarda!» Siempre en su línea editorial. Así era ella.

Me costó dormir una barbaridad; sólo quería que fueran las seis y media.

A las seis en punto oí como alguien llamaba a la puerta de mi habitación; era Najib.

—Celia ¿estás visible? —susurró para no molestar al resto de huéspedes— te traigo algo para desayunar, es tan pronto que Farah todavía no ha llegado, te he preparado algo.

—Gracias Najib —respondí— eres un encanto.

Me tomé un café con leche, galletas, mermelada, tostadas y un zumo de naranja... Por las mañanas me suelo levantar hambrienta y ese día, con los nervios, más si cabe.

Cogimos su impresionante todoterreno y empezamos a hacer kilómetros.

—¿Te sientes bien? —preguntó— te he hecho levantar muy pronto, lo siento. Aunque te diré que estás muy guapa, no parece que hayas madrugado.

Me miró y me dedicó su maravillosa sonrisa. Tenía una boca tan sensual, con esos blancos dientes y su mirada ¡qué mirada por Dios bendito! Me cortaba la respiración y, ¡olía tan bien! a gel de baño del caro y a unos aromas de especias que no supe reconocer...

No me sentía en absoluto extraña al estar con una persona que apenas acababa de conocer, en un coche rumbo a lo desconocido. Najib te hacía sentir bien, tenía ese don.

Si mi madre me hubiera visto me hubiera reñido: ¡pero niña, cómo se te ocurre meterte en un coche con un desconocido! ¡Si aún estás casada! Pero ella no lo sabría nunca. De hecho, desde que hablamos del tema de mi separación nuestra relación era muy tirante. Mi madre no era la típica suegra. Ella se enamoró de Carlos y era íntima de sus padres, mis ex suegros. No le hizo ni puñetera gracia que me fuera de viaje con las chicas. Mi madre se llevaba «correcto» con Sonia pero a Anna no la podía ni ver, aunque la antipatía era mutua. Decía que era demasiado «fresca» y que no tenía mi «estatus», pese a tener negocio propio y por cierto muy próspero. Así era mi madre: a todo le tenía que ver el lado oscuro... Anna casi siempre se refería a mi madre como «Cruela de Vil» o «bruja piruja».

13. Celia y Najib. Una escapada de ensueño.

—¿Te importa si pongo música? —dijo Najib— ¿Te gusta *Adele*? A mí me encanta.

—Y a mí —dije—. Tiene una voz maravillosa.

Empezó a sonar *Rolling in the deep*, por cierto, una de mis favoritas. Esa canción y ver conducir a Najib era de lo más seductor...

No pude evitar que la letra de la canción me recordara todo lo vivido, las señales que me ha dejado Carlos en el alma. Podríamos haberlo tenido todo, pero jugó con mi corazón, tal y como describe *Adele* en su maravillosa canción con la que me sentía tan identificada. Carlos volvió en ese momento a mis recuerdos. En realidad sentía esa melodía de la primera estrofa a la última.

—¿Estás bien? —preguntó—. A mí esta canción también me hace pensar. En realidad casi todas las de *Adele*, tiene unas letras preciosas.

—Sí, sí, estoy bien, no te preocupes. Me quedé un poco pensativa, nada más. A veces me da la sensación que estos últimos meses han sido un sueño, bueno, más bien una pesadilla de la que estoy despertando. Gracias por invitarme hoy, seguro que mis amigas tenían un rollo de visita a la que no me hubiera apetecido nada ir.

—Es un placer —volvió a mirarme y me dedicó su maravillosa sonrisa—. ¿Ves? Aquí el paisaje ya es totalmente distinto ¡qué montañas!

—Sí, es precioso e impactante, estamos muy altos. ¡Qué vértigo!

—Ahora pararemos en esta aldea para que puedas admirar las vistas desde aquí arriba.

Bajamos del coche y paseamos por un sendero en dirección a lo que parecía ser la aldea más pequeña jamás vista por mí, con casitas de piedra muy humildes. Se nos acercó un niño de unos ocho años que nos dijo «*Je veux une balle, je veux une balle*». Entiendo algo de francés y parecía que decía algo de una pelota...

—Najib ¿Qué quiere? —pregunté— Sé francés aunque lo tengo un poco oxidado, pero parece que comenta algo de una pelota. ¿Hay alguna tienda por aquí?

—Sí, dice que quiere una. No sé, esto es muy pequeño. Dudo que haya alguna.

En perfecto francés se dirigió al niño para decirle que no teníamos ninguna pelota y que tampoco había tiendas en esa aldea; el niño respondió que sí, que había un pequeño comercio y nos volvió a decir que quería una pelota. Nos cogió de la mano y nos llevó a un diminuto colmado donde se vendía un poco de todo y, casualmente había un balón de plástico. Najib sacó la cartera y le interrumpí:

—No, déjame comprársela, me hace ilusión. ¡Al cambio son cincuenta céntimos de euro! No van a ninguna parte...

—Okey, *no problem* —contestó— pero yo le compraré una bolsa de caramelos.

El niño se fue contentísimo con la pelota más humilde que había visto jamás y su bolsillo repleto de caramelos.

—En cuanto chute un poco fuerte, se le va ladera abajo y adiós —dije— las pelotas deben de durarle cinco minutos.

—Sí, es cierto, lo mismo pensaba yo —dijo—. Hoy hemos hecho a un niño feliz Celia. Con qué poco se conforman los niños de las montañas... Seguro que sus padres trabajan de sol a sol y no pueden permitirse ni esta sencilla pelota.

—Me vas a hacer llorar —le dije muy emocionada— no hay nada más bonito que ver a un niño contento... A veces, en las cosas más simples se halla la felicidad. No es lo más importante tener muchas cosas materiales, pero una pelota...

Me volvió a mirar con sus ojos verdes y sonrió. El resto del paseo por la aldea, ya de regreso al coche, lo hicimos cogidos de la mano. Surgió de forma natural.

Hacía mucho tiempo que nadie me cogía tan fuerte. Como para que no me escapara. Durante unos minutos estuvimos en silencio, sobraban las palabras...

Tras otro rato de coche llegamos al hotel donde Najib tenía su reunión y me invitó a visitar el SPA.

—Pídete el servicio que quieras —dijo— a la hora de comer estoy contigo, serán como mucho dos horas. Te pueden hacer peelings, masajes, tratamientos faciales y corporales... lo que quieras. De hecho el SPA es mío; forma parte del hotel, pero es de mi propiedad. Lo dirige la simpática Yanira.

Me la presentó como la encargada del Spa y esta me enseñó la extensa carta de tratamientos del centro.

—No te preocupes, tómate el tiempo que necesites, creo que podré «aguantar» dos horas de tratamiento —dije divertida— hace mucho que no me dan un masaje relajante con esencias...

Najib desapareció para tratar sus negocios con la directiva del hotel y yo me relajé, que falta me hacía.

Yanira era una gran anfitriona... ella como encargada no solía dar los servicios sino que lo hacía su equipo, pero en mi caso hizo una excepción: un maravilloso masaje corporal con esencias y un peeling con oro, que me dijo era lo último en tratamientos... Fue muy terapéutico y relajante.

Sobre las dos de la tarde salía del SPA y Najib me esperaba fuera.

—¡Olé! —exclamó— estás... ¡estás guapísima! ¿Te ha gustado?

—¡Ha sido fantástico! Me hacía mucha, pero que mucha falta relajarme de esta manera.

—¿Por qué? ¿Está Ud. nerviosa Sra. del Valle? —rio divertido.

Pues claro que me pones nerviosa —pensé—, pero ¡a ti te lo voy a contar!

—En absoluto Sr. Al Mansour, con Ud. me siento de maravilla.

Comimos en el elegante restaurante del hotel, tal y como me había prometido y, como cabía esperar, todo estaba delicioso. Me estaba volviendo una yonki de la comida marroquí. Se alargó bastante y cuando íbamos a partir de vuelta a Marrakech, una llamada a su teléfono interrumpió la velada.

Estuvo hablando en árabe con alguien y puso cara de que algo no iba bien... Cuando colgó pregunté:

—¿Pasa algo? ¿Está todo en orden?

—Me acaba de llamar mi amigo Hassan, el director del hotel —dijo—. Parece que nos tendremos que quedar a pasar la noche aquí pues ha habido un accidente con un camión y la carretera estará bloqueada varias horas... Creo que es mejor que nos quedemos. Son muchos kilómetros de vuelta y seguramente hasta mañana a mediodía no estará de nuevo abierta. El camino alternativo es peligroso, no es una vía segura sino un camino de cabras y tardaríamos quizá siete horas en volver. Tengo una suite siempre a mi disposición aquí. Dime ¿te parece mala idea?

Me pareció tremendamente tentador pasar la noche allí con él. Mi imaginación voló por unos segundos.

—Bueno —dije— parece que no hay muchas alternativas... sólo hay un problema: no tengo nada que ponerme, únicamente llevo mi neceser y mi cepillo de dientes que siempre van conmigo, no tengo ni un pijama... vengo con lo puesto.

—¡Ah! por eso no te inquietes —comentó— si eso es lo que te preocupa, aquí en el hotel

hay diversas boutiques que me deben varios favores ya que siempre les traigo clientes nuevos... Algo encontraremos. Talla 36 ¿verdad?

—Sí, la 36 ¡qué ojo tienes! —contesté sorprendida.

—Yo me encargo, déjame hacer unas llamadas. Ya que nos tenemos que quedar obligatoriamente aquí, quiero que lo disfrutes.

—Entonces por mi parte no hay problema, avisaré a las chicas y gracias por ser tan atento conmigo.

Se me escapó una sonrisita, me apetecía muchísimo el plan de quedarme a solas con él, aunque me daba cierto corte... no quería que el sueño acabara.

Llamé a Anna para comentarles lo que pasaba:

—¿Dónde estás hija de satanás? Ya deberías estar de vuelta —Anna que contestó de inmediato al oír el primer tono— ¿cómo la tiene de grande?

—Hola, mamá —respondí divertida— todavía no le he tomado las medidas, yo soy una señorita y no me acuesto con el primero que se me pone por delante. Al grano, te cuento: me parece que tenemos que pasar la noche aquí; ha habido un accidente en la carretera y permanecerá cortada toda la noche.

—Sí, claro... y Papá Noel existe —reía a carcajadas— ya eres mayorcita para ir contando milongas para poder echar un *kiki*.

—Anna, piensa lo que quieras, a estas alturas en el riad también deben estar avisados. Si no te fías de mi palabra, habla con Leila, *tontorrina*...

—Está bien, aceptaaaaamos baaaaaaarco como animal acuático, pero si puedes ¡tírate a su cuello! fóllatelo con todas tus fuerzas y mañana nos lo cuentas con todo lujo de detalles. Además, falta te hace, debes tener telarañas ahí chati...

—¡Qué fina eres amor! Ya sabes que ni yo soy de esas ni él es de esos, así que, pasaremos la noche aquí con tranquilidad hasta que se normalice el tema de la carretera, ¡bye petarda!

—¿Cada uno en una habitación? —preguntó.

—¡Bye, petarda! —y colgué sin más.

Me quedé unos segundos procesando lo que Anna me acababa de decir. Mi mente literalmente compuso una película de todo lo que había oído y sentí mariposillas con tan sólo imaginarlo. ¿Cómo sería una noche en sus brazos?

Estaba claro que no estábamos allí para eso. Simplemente no teníamos acceso por carretera ¡eso era todo! Él no tenía ningún interés en hacerme todas las guarradas que yo sí le haría... ¿no?

—Celia, pasemos a la suite, a ver qué te parece —dijo Najib.

Subimos hasta el último piso y al salir del ascensor transparente, me encontré con un suelo lapislázuli precioso; parecía la planta más lujosa, desde luego.

—Mira, te presento la Suite Real —abrió la enorme puerta blanca con apliques dorados— suelo tenerla a mi disposición siempre que estoy aquí, ventajas de ser socio y amigo del dueño. Normalmente esta estancia no se suele ofrecer a los clientes, está reservada para personalidades de alto rango.

Entramos, y un salón más grande que mi casa apareció ante mí, perfectamente decorado, con todo lujo de detalles exóticos pero sin resultar recargado.

—Este es el salón... como ves, es muy completo —miró mi cara de perplejidad— mira qué baño más precioso —cogió mi mano y me dirigió hacía allí.

—¡Madre mía! ¡Es enorme este baño por Dios! —dije— mi piso es más pequeño que todo lo que llevo visto.

—Y esta es la habitación principal, que es donde dormirás tú esta noche, yo lo haré en la pequeña.

La habitación principal tendría unos cincuenta metros cuadrados, con una enorme cama y un precioso dosel; la pequeña «sólo» era la mitad de grande y era contigua a esta.

—No, yo puedo dormir en la «pequeña», sin problemas.

—Por favor Celia, ¿piensas que voy a permitir que duermas en el cuarto pequeño y que te privas de dormir en el mismo lugar donde lo han hecho personalidades como el Rey de Marruecos, David Beckham o Angelina Jolie? He decidido que hoy eres mi huésped de lujo y voy a tratarte como te mereces.

Salimos a la inmensa terraza de la suite, me preparó un té y estuvimos charlando de un millar de cosas mientras empezaba a oscurecer. El cielo estaba precioso. De repente sonó la puerta y apareció un botones cargado de paquetes. Najib contestó en perfecto francés:

—*Vous pouvez entrer. Voulez-vous le laisser dans la chambre principale? Merci beaucoup, Philippe.*

Soltó una generosa propina y el botones se marchó por donde vino.

—Bueno, espero que aceptes este regalo que te hago con el corazón —dijo acariciando mi mano con sumo cariño—. Pocas veces tengo la oportunidad de encargarme de regalos para una bonita mujer.

Entré en la habitación y fui abriendo paquetes con la sensación de que en pleno verano era Navidad. Un precioso vestido de seda blanco, estilo griego, vaporoso y elegante fue lo primero que vi a conjunto con unas sandalias plateadas de tacón bastante alto: pensé que era un fetichista con muy buen gusto. Un cómodo pijama de pantalón corto para dormir a gusto, aunque por primera vez en meses, lo que me pasaba por la cabeza no era precisamente dormir vestida. Una camiseta azul clara y un tejanito, una sandalia plana... y un precioso conjunto de ropa interior junto con una nota que decía:

«Celia, soy Natalie, la encargada de la boutique Princess. Espero haber acertado con su gusto. Es un placer para mí atender a los requerimientos de Najib y si necesita cambiar algo, me tiene a su entera disposición marcando la extensión 107. Un afectuoso saludo»

—Esto es excesivo Najib —dije muy seria— no necesito todo esto, simplemente es demasiado. Al menos quisiera pagarlo —aunque ni siquiera sabía si podría.

—No ¡ni hablar! Eres mi invitada especial y como te dije antes, me deben muchos favores. No te preocupes por lo que cuesta, el dinero es sólo dinero, además yo tengo precio especial aquí, eso no es problema. Es una manera de agradecerte que me hayas acompañado y, ¿qué de malo hay en hacerle un regalo a una amiga? Además, tengo que compensarte de alguna manera, ya que no podemos volver y te estoy fastidiando el plan con tus amigas...

«Fastidiando» dice... Estaba viviendo un sueño inimaginable gracias a él.

—En ese caso, muchas gracias, no sé qué más decir aparte de que todo es precioso y que Natalie tiene un ojo y un gusto excelentes y... que es un placer estar aquí perdida contigo —me atreví a decir mientras él me observaba sonriente.

—Si te parece podemos cenar en un bonito restaurante que hay cerca de aquí, o aquí mismo en la terraza, si te apetece más.

—Como tú quieras. Pero ya que tengo este vestido tan precioso, vámonos a cenar. Eso sí, la cena la pago yo —solté casi sin pensar— y no hay más que hablar —rezando estaba para que aceptaran tarjeta de crédito.

—De acuerdo mujer moderna, pagas tú. Pero te advierto que soy muy gourmet y de gustos exquisitos... para todo —me miró de arriba a abajo y me guiñó un ojo que me hizo temblar las piernas.

—Hacemos una cosa, dame un par de horas, me pongo guapa y nos vamos.

—De acuerdo —contestó— pero tampoco te pongas muy guapa, a ver si me voy a desmayar o me da un infarto —rio divertido y volvió a guiñarme el ojo.

Me encerré en mi habitación y de repente pensé ¿qué hago con mi pelo? ¡Houston, Houston, tenemos un problema! No tengo aquí mi *superplancha* ni mi *megapeine*... Se me ocurrió marcar la extensión 107.

—Buenas tardes Madame Celia ¿qué puedo hacer por Ud.? —respondió Natalie, solícita.

—Primero que me trates de tú —dije—. Me tienes que ayudar: tengo una cena y, simplemente, mi cabello está desastroso ¿podríamos hacer algo?

—Celia, en diez minutos subirá Angelique para peinarte y maquillarte para esta ocasión especial. No te preocupes por nada, está todo bajo control.

—Eres mi ángel de la guarda, Natalie ¡Muchas gracias!

—Es un placer, Celia.

Aproveché esos diez minutos para darme una ducha rápida y efectivamente, a los diez minutos subió Angelique con otra chica, con todos los artilugios necesarios para traerme de vuelta al país de las princesas.

Mientras Angelique recogía mi cabello, la otra chica, Dominique, me hacía la manicura y la pedicura ¿qué más podía pedir?

—¿Le gusta Srta. Celia? —preguntó Angelique cuando ya acabó de peinarme y maquillarme.

Me miré en el espejo y me quedé perpleja por la mujer que vi reflejada en él. ¿Realmente era yo? No recuerdo haber estado tan favorecida en la vida, ni tan siquiera el día de mi boda con Carlos.

Me recogió el pelo con un moño tipo Grace Kelly, con un adorno plateado alrededor, y me maquilló sencilla pero elegante a la vez. Tanto mi manicura como mi pedicura eran perfectas. Tuvo el detalle de prestarme un bolso de mano, una preciosa pulsera y unos bonitos pendientes. ¡Estas chicas valen su peso en oro!

—¿Que si me gusta? —respondí alucinada— ¡habéis hecho un trabajo espectacular!

Le di dos besos a cada una para despedirme y volví a marcar el 107.

—Querida, ¿va todo bien? —Respondió Natalie al primer tono.

—Más que bien, Natalie. Muchísimas gracias por tu ayuda.

A falta de cinco minutos para las dos horas que le había pedido a Najib, salí de la habitación. Me quedé unos segundos observándole... Estaba sentado en el sofá del salón hojeando el periódico del día, impecablemente vestido con un pantalón de lino color crudo, americana a juego y una camisa de seda oscura. Estaba guapísimo.

—Ya estoy lista ¿nos vamos Sr Al-Mansour? —dije sonriendo de forma traviesa.

De repente había dejado de ser la pequeña Celia, la insegura, la dubitativa... Me sentía guapa, poderosa, sexi. Una mujer con ganas de pasárselo bien.

Najib alzó la mirada y se quedó mudo mirándome de arriba abajo. Atónito. De piedra.

—¡Por todas las estrellas del firmamento! —dijo balbuceando— ¡Celia, estás preciosa! ¡Qué digo preciosa! ¡Estás maravillosa! ¡Sublime! ¡Espléndida!

Y tú estás para comerte vivo, pensé, dudando de no haberlo verbalizado en realidad...

Cogió mi mano, como si fuéramos una pareja y nos dirigimos a buscar su coche al parking.

—Creo que finalmente no me he desmayado porque estaba sentado, Celia.

Y me dio un tierno beso en la mejilla.

—Todo es obra de Natalie y sus chicas, son un encanto. Muchas gracias por todo, Najib.

Cogimos el coche, él se quitó la chaqueta y la dispuso en el asiento de atrás. Me estaba

volviendo una obsesa sexual o algo por el estilo, porque me puse descaradamente a mirar, mejor dicho admirar, su precioso culo. Y volví a notar cómo las famosas mariposillas revoloteaban por todo mi ser...

I Want it all de *Queen* sonaba en su *play list* y nos miramos un segundo. Sonreímos. No sé lo que pensaría él, pero yo en ese momento lo quería todo y lo quería ¡ya!, tal y como decía la canción...

—¿No me digas que también eres fan de *Queen*? —me dijo al ver que la tarareaba.

—Me encanta... es uno de mis grupos favoritos. Freddie Mercury era un genio.

—Pienso lo mismo, escribió grandes canciones. Era un gran compositor y músico. Una pena que se fuera tan joven...

—Sí... lo era —dije— y como muchos otros, se fue antes de hora ¿Sabías que compuso el himno de las olimpiadas de Barcelona en tan sólo una noche?

—No, no tenía ni idea, pero eso es lo que hacen los genios, cosas que los simples mortales no podemos hacer.

Los pocos kilómetros que quedaban para llegar al restaurante transcurrieron en silencio... Najib me miraba y sonreía como un niño emocionado.

Llegamos al restaurante donde por supuesto, conocían a Najib.

—Sr Al-Mansour, qué alegría verlo de nuevo por aquí —dijo el director de sala nada más verlo entrar— tenemos su reservado a punto, si me acompañan...

—Para mí es un placer, Jean Claude —dijo Najib.

—Celia, —me comentó— es un restaurante Francés. supongo que ya debes estar un poco harta de tanta comida local, así que espero que te guste.

—Gracias, no estoy harta, pero viene bien probar sitios nuevos.

—Hacen el mejor Coq au vin de todo Marruecos y me atrevería a decir que incluso de Francia.

El reservado era muy acogedor.

Pedimos un menú de degustación que quitaba el sentido. Yo siempre he sido muy sibarita con estas cosas. Nos sirvieron *Champagne* bien frío que entraba como el agua.

Cenamos, reímos, bebimos... coqueteamos...

Durante los postres jugamos al típico, ¿a que te lo meto en la boquita? Íbamos ya un pelín atacados con tanto *Champagne* y yo con más ganas de besarle que otra cosa... De repente va y me suelta:

—Celia, eres la criatura más tierna, hermosa, delicada y sexi que ha habitado jamás la tierra.

Y me besó en los labios...

No pude resistirme, ni quise hacerlo... sus jugosos labios de almíbar se unieron a los míos. Su lengua pidió paso tímida pero firme y se encontró con la mía que la esperaba solícita. Fue un beso muy dulce que se convirtió de repente en uno muy sexual.

Le rodeé con los brazos, no quería que separara sus labios de los míos jamás...

De repente se separó y me dijo:

—Perdóname Celia, no quiero que pienses que he montado todo este show para aprovecharme de ti... Perdóname, lo siento —bajó la vista avergonzado.

—No hay nada que perdonar, a mí también me apetecía besarte. La verdad es que...

—¿Regresamos? —me interrumpió bruscamente.

—Sí, vamos —dije intentando asimilar que él lo había considerado un error.

Najib era el primer hombre que me besaba tras lo de Carlos y fue mágico, especial. No entendí su reacción. Éramos dos personas libres, no hacíamos nada malo... Me quedé con

ganas de más ya que había dado el gran paso de besar a otro que no era mi marido. Y ya iba siendo hora...

Durante el trayecto de vuelta apenas me dirigió la palabra, sólo me miraba de reojo con cara de preocupación. Yo también callaba. Me sentía entre avergonzada y frustrada. Aquí acababa la aventura: un beso maravilloso, pero un beso nada más. Un beso que me había parecido el mejor de mi vida.

Llegamos al hotel y subimos a la suite. Salí directa a la terraza a tomar el fresco, tenía casi a punto una lágrima, aunque no sabía la razón... O quizá sí. ¿Por qué me dolía tanto su rechazo? ¿Es que acaso me estaba enamorando? De repente Carlos vino a mi cabeza y ya no significaba apenas nada para mí. Tan sólo un mal recuerdo del pasado que quería superar. Najib me atraía mucho. Me había embrujado de alguna manera.

Al ver que no entraba, él salió y me rodeó con un brazo por la espalda.

—Perdona Celia. No quería hacerte sentir mal, ni aprovecharme de ti. Yo no soy así.

—Lo sé — musité— ¿Es por Naia?

—¿Naia? ¿Qué tiene que ver ella en esto? —me miraba de lo más extrañado.

—Soy mujer y como tal te aseguro que he percibido que hay o ha habido algo entre vosotros, pero no sé exactamente el qué, aunque no tienes por qué explicármelo.

—No fue nada, Celia. Te seré sincero... tuvimos un breve lío y decidí que no continuaría. No quiero mezclar trabajo con amoríos... eso sólo trae problemas. Fue un error, sin embargo ella no lo entiende así. No quiero despedirla, es una gran gerente de relaciones públicas, pero de seguir así no me va a quedar más remedio... Me acosa, me vigila, está celosa... y se ha agudizado, sobre todo desde que estás alojada en el riad. Fue algo muy breve y nunca le prometí nada...

Se le notaba realmente apurado pero sincero. Me armé de valor, me giré y le besé en los labios con pasión, un beso aún más sexual si cabe que el anterior, como indicándole «aprovéchate de mí, o lo haré yo de ti».

Me separé por unos segundos y, pese a llevar unos altísimos zapatos, tuve que alzarme de puntillas para ponerme a su altura.

—Ambos somos adultos, sin pareja y nos gustamos —le dije claramente— ¿Qué problema hay?

Najib no contestó. Se dejó llevar...

Seguí besándole y le fui desvistiendo. Continué en esa misma postura para alcanzar su cuello, abrí su camisa y vi su maravilloso cuerpo que devoré con devoción.

—Vamos a «mi» habitación —le solté.

Ni yo misma reconocía esas palabras en mí. Me estaba entregando por primera vez desde lo de Carlos.

Cogí su mano y nos acercamos a mi cama. Delicadamente me despojé del vestido y liberé mi cabello. Najib me miraba estupefacto y se humedeció los labios, lo que me volvió loca... me abracé a él; noté su erección más que latente junto a mi cuerpo y le fui quitando prendas hasta que se quedó en ropa interior. Es un hombre tan bello, tan perfecto...

Quiso tomar el mando y me giró haciéndome caer en la cama de espaldas. Empezó a besarme y susurrarme que era maravillosa y que estaba muy excitado... su voz ronca y su acento sonaban tan eróticos... aunque estuviera hablando en venusiano, me aceleraba...

Siguió besándome, acariciándome el cuello con sus manos perfectas, diciéndome de tanto en tanto cosas en francés al oído... y yo estaba muy, pero que muy caliente.

—No sabes cuánto te deseo Celia, desde el primer momento en que te vi... Eres la primera mujer que me ha despertado este sentimiento en muchos años...

Seguía besándome cuello abajo, se acercó a mis pechos y los lamíó, fue tan excitante que mis pezones le reclamaban con urgencia.

—Yo también te deseo... me estás volviendo loca Najib ¿Qué me has hecho?

Se notaba que era un amante experto y yo estaba muy necesitada, que diría Anna.

Su lengua húmeda llegó a mi monte de venus, me separó las piernas y encontró mi clítoris hambriento de sus caricias... Ahí tuve mi primer clímax...

—Eres tan dulce, tan apetitosa —susurraba— me enloquece cuando gimes... pero esto no acaba aquí preciosa...

Me dio la vuelta y desde atrás me penetró con fuerza. Su enorme pene estaba hinchado y húmedo... acepté la embestida con total naturalidad. Se introdujo en mí y empezó a moverse hacia delante, hacia atrás... aminorando, acelerando... Me torturaba de gusto...

—Celia, oh Celia... —susurraba.

Me pellizcó los pezones y fue el no va más... Estallamos ambos de placer, como dos amantes ya conocidos y experimentados entre ellos...

Tras quedar ambos extasiados, se acurrucó detrás de mí acariciándome los brazos, el cuello, la cara...

—Eres maravillosa, cualquier hombre podría enamorarse de ti —me dijo susurrándome al oído.

—Najib... ha sido una de las mejores experiencias de mi vida... También sería muy fácil enamorarse de ti... pero no hagamos esto más difícil.

—¿Qué quieres decir *ma chérie*? —me besaba cerca de la oreja mientras seguía acariciándome...

—Que ambos sabemos que estoy aquí de vacaciones, que me estoy divorciando, que vivimos en países diferentes... que yo soy enfermera en Barcelona. Tú tienes aquí tus negocios... Que no nos podemos enamorar.

A mí misma me hicieron daño mis propias palabras y, sé que a él también.

—De todas maneras —continuó él— aún te quedan muchos días que podemos aprovechar juntos... Voy a llamar al riad y nos quedamos aquí un par de ellos, siempre viene bien un descanso. Además, quiero enseñarte unos rincones maravillosos que hay por estos parajes. Dime una cosa ¿te gusta ir en helicóptero?

—La verdad es que no lo he probado nunca, siempre me dieron respeto estos aparatejos, pero confío en ti. Me apetece. Enviaré un mensaje a las chicas para que se queden tranquilas.

—Pero eso será después de una ducha, juntos —me susurró sugerentemente al oído.

Cogió mi mano y me llevó a la ducha donde me volvió a hacer el amor apasionadamente... como si el tiempo fuera a acabarse o el mundo a morir... y realmente era así. Nuestro tiempo estaba delimitado y más que contado.

Envié mensaje al grupo de mosqueteras:

«Chicas, nos quedamos dos días más»

«¿Qué? Claroooo, la carretera está cortadaaaaa —dijo Anna con su ironía habitual— bueno, ¿cómo tiene la picha? Eres una *zorrángana* del desierto *sesuá*, *jarr*»

«No voy a contestar sin la presencia de mis abogados, adiós petardas y Anna, ¡Chiquito esta muuuuuy pasado de moda *neni!*»

«Pásalo bien y disfruta —Sonia siempre tan formalita—bssosssss»

Desayunamos tranquilamente en la habitación, en albornoz, como si estuviéramos en nuestra propia casa. ¡No quería que el tiempo pasara! Entonces Najib recibió una llamada al móvil. Fue una conversación acalorada en el idioma local, de la que no pillé nada. Estaba claro que el tema era calentito. Él colgó el teléfono con un grito.

—¿Pasa algo Najib? —pregunté— ¿va todo bien?

—Nada grave... son negocios. No siempre sale todo como uno quiere. Tengo un proveedor que me está tomando el pelo y es algo que no soporto. Voy a arreglar un viaje a Londres para solucionarlo de aquí dos semanas.

En dos semanas yo debería estar ya de vuelta en Barcelona, con mis rutinas y sin él... Ciertamente me entristecía no volver a verle y no quería pensar en ello. Quería proyectar algo diferente, quizá hasta cambiar de piso y de trabajo. Quería romper con mi vida. Quería empezar de nuevo.

Najib me había devuelto la sonrisa pero sabía que era algo transitorio; pertenecemos a mundos diferentes y nos separan cientos de kilómetros... Me tenía que plantear esta relación como la de dos adultos que se lo pasan bien, sin compromisos, pero la verdad es que yo no soy así. No puedo tener sólo sexo, no soy Anna, me implico demasiado.

—En dos horas, nos recoge el helicóptero —dijo— te va a encantar.

—¿Dos horas? —dije— pues tenemos tiempo para hacerte un masaje especial «Celia» —le guiñé un ojo— ven aquí guapo...

Tocar a Najib era como tocar una obra de arte: no había fallos, era precioso al tacto y su aroma ligero a especias despertaba en mí tantas sensaciones... Era tan, tan sensual acariciarlo... su voz, sus suspiros... era algo mágico. No había sentido nunca nada similar con nadie. Ya hasta dudaba de lo que había sentido por Carlos. Era como si tuviera amnesia sentimental.

Repasé su cuerpo con mi lengua, saboreando cada centímetro de su piel... Subí hasta su cuello, su oreja y le lamí con fervor. Se puso de espaldas y me froté contra él, mordisqueé su precioso culo y le di unas palmaditas... me subí sobre él y masajee su espalda y sus fornidos hombros. Me eché sobre él y le dije: «te voy a hacer el amor y no lo vas a olvidar nunca...»

Se giró de nuevo y volví a recorrer su cuerpo con mi lengua... Sus manos apretaban mis pechos, túrgidos, duros, excitados... Bajé hasta su sexo que me esperaba impaciente. Hicimos de nuevo el amor...

Ni yo misma me reconocía en mis reacciones. Pero este hombre me había hechizado de alguna manera.

El paseo en helicóptero fue maravilloso. Me llevó a cenar a un lugar secreto según dijo, en Fez, donde nuevamente pasamos una velada de ensueño... era como en las mil y una noches.

Había olvidado mi móvil en el hotel y al regresar, ya tarde, empecé a ver unos mensajes desesperados de Sonia:

«Celia, debemos regresar urgentemente a Barcelona. Olivia ha sufrido un accidente. Atropello. Está ingresada en la UCI de tu hospital. Vamos hacia el aeropuerto, cogeremos primer vuelo a Barna. Anna está destrozada. 18.00h»

«Celia, ¿dónde coño estas? 18.30h»

«Hay un vuelo a las 20.20, lo cogeremos. Te esperamos aeropuerto 19.00h»

«Entendemos que algo le pasa a tu móvil... embarcamos cariño, ven cuando puedas. 19.50h»

14. Celia. Olivia en peligro.

Casi me muero cuando leí los mensajes de Sonia y vi sus llamadas perdidas. Yo pasándomelo estupendamente y ellas, sobretodo Anna, al borde del infarto. Olivia es mi ahijada, es como si fuera mi propia hija... La adoro, la amo... si le pasara algo me moriría, es mi niñita, toda dulzura.

Empecé a llorar, me sentía muy mal, egoísta, preocupada, aterrorizada... deseaba volver a Barcelona inmediatamente.

Najib se acercó en cuanto vio brotar mis lágrimas y me abrazó, no sabía qué estaba ocurriendo...

Le expliqué lo que pasaba y su respuesta fue inmediata.

—Vuelvo en dos minutos, disculpa un momento —cogió el móvil y salió por la puerta apresuradamente.

No pude ni contestar, me tumbé en la cama llorando como una loca.

Efectivamente, en pocos minutos volvió...

—Celia, en dos horas un avión privado te espera en el aeropuerto de Marrakech. Tu equipaje ya estará allí, no te preocupes. Iremos en el helicóptero. En poco más de cuatro horas estarás en el hospital.

—Najib, no tengo palabras —me abracé a su cuello, desesperada, llorando, superada por los acontecimientos.

—No es problema —contestó— un par de llamadas y muchos amigos que me deben favores... Sólo te pido una cosa: llámame en cuanto sepas algo de Olivia. Sé lo importante que es para ti y por tanto para mí lo es también.

Nos despedimos apresuradamente. No hubo más tiempo.

El trayecto a Barcelona se me hizo eterno... Una vez allí me esperaba un coche que me llevó inmediatamente al hospital.

Nada más entrar me informaron del estado de mi ahijada: había sido atropellada y además de varios huesos rotos, tenía un traumatismo craneoencefálico muy severo. Mi padre estaba allí, dispuesto a operar con inmediatez. Su vida corría peligro.

Anna me abrazó y solamente pude balbucear que lo sentía. Pero ahora mi deber era abrazar a mi amiga, estar a su lado y reconfortarla.

—Está en buenas manos —le susurré al oído— mi padre es el mejor neurocirujano del país. Te quiero.

La niña estuvo en quirófano seis horas. Mi padre salió enseguida a hablar con nosotras con semblante muy serio. Yo fui incapaz de entrar y ayudar en la intervención debido a mi estado emocional.

—Anna, chicas —mi padre se secó el sudor de la frente— la operación ha salido bien. Hemos extraído el coagulo, pero no quiero engañaros; sigue dormida. Las próximas cuarenta y ocho horas son de vital importancia, debe despertar por sí sola. Estará en la UCI pediátrica bajo mi estricta vigilancia. No tienes nada que temer, Anna, pero te pido serenidad.

—¿Le van a quedar secuelas de algún tipo? —preguntó Anna totalmente deshecha.

—Es pronto para saber qué pasará —mi padre estaba muy serio— confío en Olivia, es una chica fuerte, como su madre. Vamos a esperar que despierte. Yo estoy esperanzado, pero no quiero tampoco decir algo que no sé si ocurrirá... sólo te puedo pedir paciencia, Anna. No se puede estar en la UCI más que ciertas horas al día, pero he dado la orden de que te mantengan informada las veinticuatro horas. Cualquier duda sabes que puedes llamarme sin

importar la hora ni el momento.

—Gracias Juan —dijo Anna abrazando a mi padre llorando amargamente— gracias de todo corazón.

—Gracias papá— besé a mi padre en la mejilla. Te adoro.

Las horas fueron pasando. Decidimos hacer turnos para que Anna pudiera descansar. La niña no despertaba, era un calvario...

Con todo el trajín aún no había llamado a Najib, y ya habían pasado muchas horas. No tenía ganas de hablar, así que le envié un escueto mensaje:

«Najib, llegué bien. Perdona, por no llamarte antes, esto es un caos. La niña está recién operada... está muy grave, te informaré. Muchas gracias por todo. Pronto te llamo, cuando esté más calmada. Un beso»

No tardó en contestar:

«Estamos en contacto. No te preocupes y si algo está en mi mano, dímelo. Te quiero»

Ese te quiero me llegó al corazón. Yo también me estaba enamorando de él y casi no nos pudimos ni despedir.

La niña despertó a los tres días de la operación y Anna se volvió loca. Allí empezaron a entrar médicos a destajo para verificar su estado. Mi padre capitaneaba ese equipo y yo seguía de cerca su evolución. No sólo como enfermera: Olivia es un ser al que adoro con toda mi alma.

—Anna, tenemos que hablar de Olivia —dijo mi padre— evoluciona favorablemente, pero no cantemos victoria. Neurológicamente será un trabajo muy duro, pero es toda una campeona. He programado un escáner y un T.A.C. para esta tarde. Os mantengo informadas.

Los días fueron sucediendo y Olivia empezó a mejorar. Tenía fallos en el equilibrio y le costaba pronunciar algunas palabras, como si se le quedaran encasquilladas. Mi padre había descartado cualquier tipo de lesión seria e irreversible, pero el trabajo de recuperación iba a ser duro. Por suerte se iba a poner bien. No sólo era la hija de mi mejor amiga, también era mi niña ¡hasta estuve en su parto!

Olivia para mí es un tesoro. No nos despegábamos de su lado ni su madre ni yo; afortunadamente tenía una fortaleza innata, como su mamá. A los pocos días ya pudimos llevarla a casa, aunque debería hacer mucho trabajo de fisioterapia. Tenía además el cúbito y el radio rotos, pero esa lesión no revestía demasiada importancia.

Al cabrón que la atropelló y se dio a la fuga lo pillaron y ya está denunciado y localizado. A Ángel, el padre de Olivia, tuvimos que quitarle de la cabeza que fuera a por él e hiciera una barbaridad. Que ya se encargaría la justicia, le dijimos.

El muy cerdo, en la declaración policial dijo no ver nada y que pensó que había chocado contra una caja... hay que ser mala persona para irse dejando a una niña tirada. Olivia estaba con Ángel, su padre, cuando fue atropellada. El hombre estaba destrozado; se sintió impotente por no poder hacer nada.

Anna, víctima de los nervios, por un momento le echó la culpa, diciéndole que todo había ocurrido en su presencia y él no lo había evitado. Luego entró en razón y se dio cuenta que fue inevitable, pues la niña salió corriendo persiguiendo a un perrito del parque.

Tras lo de Olivia, me incorporé a mi trabajo, pero por mi cabeza pasaba hacer cambios y necesitaba meditarlo. Ya no tenía tan claro qué quería hacer con mi vida.

Najib todos los días me enviaba algún mensaje e hicimos alguna llamada online. Me animaba mucho verle y sobretodo que mantuviéramos el contacto. Lo nuestro había sido algo más que una aventura en el desierto. No dejaba de soñar con él por las noches.

A la semana siguiente recibí un mensaje muy especial:

«Celia, tienes plan para la semana que viene, el día 1-2-3 de julio? Tengo ganas de verte, Bss, Najib»

«Hola Najib. Me he incorporado al trabajo pero me pido esos días. ¡Yo también tengo ganas de verte!!»

«Okey, en dos horas tendrás más noticias. TQM»

«¡No me dejes así!»

A las dos horas, un mensajero me entregaba unos billetes a Londres, con salida el 1 a las 8.30 desde el Aeropuerto de El Prat y la dirección de un lujoso hotel.

¿Qué planeaba Najib? Me intrigaba y me emocionaba a la vez.

Anna empieza a sonreír poco a poco; su hija, nuestra niña, está recuperándose muy bien dentro de la gravedad del accidente. Está haciendo grandes progresos y mi padre está convencido que no hay lesiones cerebrales. Ha sido casi un milagro.

El día antes de irme a Londres fui a casa de mis padres para estar un rato con ellos y sobretodo dar las gracias a mi padre. Ya sé que no hace falta, pero yo sentía que le debía un beso.

—Celia ¿Qué le pasó a tu pelo? —fue lo primero que me dijo mi madre— y has adelgazado mucho, niña.

—Mamá, yo también me alegro de verte —dije seria— ¿Qué tal todo por aquí?

—Va a venir Carlos a comer —dijo— espero que podáis hablar.

—¡No me jorobes mamá! —dije muy cabreada— ¡estoy separada de él! ¿Es que no lo entiendes?

—Carlos es un gran partido y lo sabes —contestó—. Está muy arrepentido por todo. Me lo ha dicho. No entiendo, por mucho que haya pasado, cómo puedes dejarlo y ser tan rencorosa. Casi nos cuesta la amistad con sus padres y ¡no te digo lo que comenta la gente del club de tenis!

—Lo que no te habrán contado ni en el club de tenis, ni el cabrón de Carlos —seguí ya no enfadada, sino lo siguiente— es que se ha estado follando a otra durante un año ¿verdad mami? Si, F.O.L.L.A.N.D.O —hice hincapié en la palabra para ofender a mi madre tanto como fuera posible.

Vi como a mi madre se le ponían los ojos en blanco al oír mis palabras.

—¡Celia, por Dios! —gritó— modera tu lenguaje ¡A muchas les ponen los cuernos y no tiran su vida por la borda! ¡Estás loca! Seguro que, como de costumbre, Anna te habrá llenado la cabeza de pájaros... Siempre dije que era una mala influencia para ti ¡ya sabes que nunca me gustó que te juntaras con ella!

Mi padre en ese momento entro en el salón y notó como se podía cortar el ambiente con un cuchillo.

—¿Un *Chardonnay* chicas? —dijo intentando apaciguar la situación.

—Mejor me voy papá —contesté—. Mamá me ha preparado una encerrona y va a venir Carlos. Sinceramente, no tengo nada más que hablar con él, ni tengo ganas de verle. Yo sólo quería estar un rato con vosotros, pero mamá se ha encargado de fastidiarme la velada, así que me voy. Mañana me voy a Londres, podéis llamarme al móvil si hay algo urgente.

—¿Con quién vas? —dijo mamá— ¿con ese «moro» que te trajo en avión privado? ¿Acaso quiere que formes parte de su harén? —soltó con odio.

—¡Mariola, por Dios! —contestó mi padre— ¡deja a la niña en paz, que ya es mayorcita!

—Gracias papá —me serené como pude para poder decir lo que iba a decir— y no, no es ningún «moro» —clavé mis ojos en mi madre— aunque si lo fuera me daría igual. Que sepas que como persona te da cinco mil vueltas mamá. ¡Pero si ni siquiera profesa la fe musulmana!

¡Me da exactamente igual lo que pienses! ¡Llevo toda mi vida intentando complacerte y es imposible conseguirlo! ¡Ahora es el turno de ser yo la complacida!

Me dirigí hacia la puerta y en ese momento llegaba Carlos; no pude evitar que me viera...

—Hola Celia, qué ganas tenía de verte.

—Hola Carlos. Ya me iba, no me quedaré.

—Necesito que hablemos —dijo— he estado pensando en todo lo que nos ha pasado y necesito que me des otra oportunidad. Sé que he sido un cabronazo, estoy muy arrepentido por todo lo que te he hecho pasar, ¿qué puedo hacer para que me perdones? Finalmente Claudia tuvo al niño, es «morenito»... no es mío.

—¡Qué consuelo Carlos! ¡eso me hace sentir mucho mejor! —dije con ironía—. Lo nuestro está roto —dije muy seria— las personas no pueden pegarse con *Superglue* cuando se rompen. Creo que deberíamos disolver nuestro matrimonio cuanto antes y cerrar este capítulo de nuestras vidas. Ojala algún día podamos ser amigos. No te lo prometo, pero lo intentaré. Decirte que en breve tengo cita con mi abogada para empezar a mover el divorcio oficialmente. No quiero nada, sólo recuperar mi vida. El piso es mío y pocas cosas tenemos en común, así que ya lo hablaremos.

Carlos estaba estupefacto. Pasmado. No estaba acostumbrado a sentirse rechazado. Es el típico tío que se piensa que tiene la partida ganada de antemano. ¡Pues esta vez no! Yo quería cerrar ese capítulo de mi vida y, gracias a la «aventura» con Najib, me sentí con fuerzas para hacerlo.

—Celia, yo... —dijo.

—Carlos, no lo hagas más complicado —respondí seca.

—¿Es por ese tipo del avión? Algo me han contado. ¿Es serio? ¿Te has enamorado? ¿Ya no significo nada para ti?

—No sé qué va a pasar Carlos. Sólo tengo una cosa clara —dije—, lo nuestro está muerto. ¡Para siempre! Desde el mismo momento en que te metiste en las bragas de otra.

Me fui a casa, hice mi equipaje y al día siguiente me dirigí a El Prat con mi maleta cargada de cosas y mi corazón cargado de ilusiones, pero también con el miedo a estrellarme de nuevo.

15. Celia: la Escapada.

Llegué a Londres y una limusina me estaba esperando. Yo alucinaba, era la primera vez que subía en una y me sentí como en una peli. Pero dentro no estaba él. Únicamente había un ramo de rosas rojas con una nota que decía:

«Estoy contando los minutos y segundos que quedan para poder besarte de nuevo. A las siete te espero en el Lobby. Ponte el vestido que tienes en la habitación. Najib»

Me encantan las sorpresas y los misterios... Estaba deseando arrancarle la ropa y, como diría Anna, comérmelo enterito. ¿Qué me tendría preparado esta vez?

Ya en el hotel y como tenía tiempo suficiente, baje al SPA para hacerme unos tratamientos relajantes, manicuras y demás. Pasé también por la peluquería. Quería que me viera espectacular.

Subí a la habitación con el tiempo justo para arreglarme. Aun así, no pude evitar echar un vistazo rápido a mi alrededor: muy parecida a la anterior en la que estuvimos juntos, era una suite con terraza que incluía zona *chillout* y un sugerente jacuzzi... un oasis en medio de la ciudad.

Me dirigí al dormitorio principal y fue allí donde vi el vestido: una elegante prenda para cóctel en negro, escote *hatler* —que todo hay que decir, resalta mis hombros—, unos fabulosos *stiletos* en charol negro de al menos catorce centímetros y un bolso de Prada a juego también de charol. Me pareció muy distinguido, la verdad.

Me maquillé natural, sin pasarme de rosca, pero no podía faltar una buena base, colorete, un ojito sutilmente delineado con sus pestañas bien definidas y un toque color *nude* en los labios. Me dispuse a bajar.

Me temblaban las piernas mientras esperaba el ascensor en la planta veinte y sentí un escalofrío que me recorrió la espalda, con el simple hecho de pensar en verlo aparecer. No sé si me estaba enamorando o no, pero Najib me gustaba mucho, pero mucho, mucho...

Bajé al hall como habíamos quedado y, otra vez, el señor que conducía la limusina del aeropuerto, me esperaba con una nota manuscrita:

«Lo siento mi amor, no llego a tiempo al hotel a recogerte. Se ha alargado mucho la reunión. Nos vemos directamente en el restaurante. Perdón cariño, te llevará Charles; te prometo que te compensaré»

Subí a la limusina un poco frustrada, ya que estaba deseando estar con él, pero contenta a la vez ya que por fin le vería, cenaríamos y posiblemente alguna cosa más...

El vehículo se detuvo en uno de los mejores restaurantes de Londres, de alta cocina, con un par de estrellas Michelin. Imagino que la reserva ha sido por «enchufe», ya que sé de buena tinta que para reservar en estos sitios, hay que hacerlo al menos con seis meses de antelación.

Entré con paso firme y el Maître que me acompañó hasta nuestra mesa, me informó que el «Sr. Al-Mansour» no tardaría más de unos minutos. La mesa era en realidad una sala privada, deliciosamente decorada, con música de fondo, pero con ese sutil volumen que acompaña y no molesta.

Como Najib tardaba, anduve jugueteando con el móvil, aproveché para llamar y saber cómo estaba Olivia y, gracias a Dios, todo iba mucho mejor. Tenía cerca de veinte llamadas perdidas, la mitad de Carlos y la otra mitad de mi madre. Me planteé bloquear sus números, pero eso ya me pareció más bestia, aunque no lo descartaba de cara a un futuro...

Leí un mensaje de Carlos en donde me pedía otra oportunidad, me suplicaba mil veces

perdón etc... Justo el mensaje que esperaba recibir de él. El siguiente sería en otro tono, en tono de animal herido. Estaba segura, le conozco muy bien.

Tengo muy claro que no volveré con él. No fue una «aventurilla sin importancia». Se estuvo tirando a otra durante un año o quizá más ¡qué sé yo! No creo que pueda volver a confiar nunca más en él. Tampoco le amo ya. Se ha esfumado de mi vida como el humo. Me costó mucho tomar esa decisión, pero ya no hay vuelta atrás.

El camarero me sirvió una copa de *Champagne* mientras Najib se hacía esperar. Había pasado ya media hora y no llegaba.

Finalmente y tras cuarenta y cinco minutos de retraso, apareció. Llevaba un traje gris antracita, camisa clara y corbata que ya llevaba suelta, del mismo color que el traje. Su cabello brillaba como sus ojos verdes y su sonrisa iluminó la oscura sala por completo.

—Mil perdones, mi dulce Celia —me dijo casi arrodillado, besándome la mano—ha sido un día intenso de reuniones y me han hecho perder este rato contigo. ¿Estás enfadada cariño? —me miró apenado.

Yo estaba en shock. Sólo pude levantarme, ir hacia él y besarle como si fuera oxígeno para mí.

—Veo que no estás enfadada —sonrió con su característico pícaro gesto, que él sabe es totalmente irresistible.

—No, no lo estoy —dije— estaba deseando verte, te he echado de menos. Entiendo que has tenido un día caótico; pero ahora estamos aquí y vamos a disfrutarlo. Además, has prometido compensarme...

—¿Te han gustado el vestido y los complementos? Estás absolutamente deslumbrante, tal y como imaginaba.

—Me han encantado —dije— veo que me tienes bien cogidas las medidas, porque ni sobra ni falta.

—Podría llegar a adivinarlo, pero Natalie como siempre, está dispuesta a echar una mano —confesó— aunque sea a distancia.

—Natalie es una mujer maravillosa, me encantó conocerla. Bésame Najib... bésame por favor. No sabes cómo te he echado de menos...

Mientras Najib me besaba, sentí como todo el estrés acumulado de los últimos días desaparecía. Me sentía flotando, en un sueño... ese olor, sus manos, sus labios... Me estaba volviendo loca. Loca de amor.

Najib dio instrucciones al Maître para que no nos molestaran y que la comida llegara una hora después, que sólo trajeran *Champagne*.

Sirvió dos copas y me estiró en el sofá del reservado. Empezó a besarme el cuello mientras me susurraba al oído de nuevo palabras en francés...

Estaba un poco nerviosa: el hecho de que nos pudiera descubrir alguien me incomodaba pero me gustaba a la vez...

—¿No nos verá alguien Najib? —musité entre gemidos de placer.

—Tranquila cariño, estamos completamente solos...

Suavemente bajó la cremallera de mi vestido a la vez que yo le desabrochaba los botones de la camisa. Me estaba poniendo muy caliente. Me quitó el sujetador y empezó a besar mis pechos... ummm... estaba encendidísima. Con la lengua saboreó mis pezones y fue bajando lentamente hasta mi ombligo.

—Najib, me estás poniendo a mil...

Con una mano bajó mi húmeda braguita mientras con la otra se despojaba de sus pantalones.

—Eres una diosa Celia, voy a amarte como jamás lo ha hecho nadie...

Su lengua se deslizó más abajo y la introdujo dentro de mí mientras acariciaba mis partes íntimas con su suave mano ¡oh por Dios! ¡Me enloquece!

Puso sus manos por debajo y me levantó ligeramente mientras seguía comiéndome...

—Sigue Najib, no te detengas...

No puede aguantar más, tuve un orgasmo descomunal...

—No te muevas —me dijo.

Todavía con toda mi piel erizada por el efecto del clímax, Najib se quitó los ya apretadísimos bóxer y me penetró susurrándome otra vez...

—Eres preciosa... una delicia... cualquiera en su sano juicio estaría loco por ti...

Le miraba mientras me amaba y mi libido volvía a dispararse hasta niveles nunca explorados. Se puso boca arriba y me dijo que me pusiera yo también boca arriba encima de él. Me penetró nuevamente mientras con una mano me acariciaba mi zona más erógena y con la otra mis pechos...

—¡No pares cariño! —apenas podía articular palabra.

Ufff, exploté otra vez de placer... Con el corazón a dos mil pulsaciones me levantó y me puso contra la pared sujetándome con sus musculosos brazos. Empezó lento y poco a poco fue acelerando y acelerando...

—Por favor... ¡me vas a matar de gusto! ¡Oh, Dios mío! ¡Sigue cariño! —le dije suplicando...

Lo tumbé en el sofá y me puse encima de él, yo estaba fuera de sí, parecíamos dos animales salvajes apareándose. Mis pechos iban a explotar, los froté contra su boca mientras seguía moviéndome y dándole placer. Agarró mis nalgas mientras volvía a besar mis pechos... Me iba otra vez...

—Creo que voy a tener otro orgasmo —le dije en el justo en el momento que noté como su enorme miembro explotaba dentro de mí.

Acabamos los dos temblando...

—Vas a acabar con tu querida Celia —murmuré.

Le necesitaba tanto en mi vida... Najib era la bocanada de aire fresco que necesitaba. Era mi punto y seguido; empezaba a necesitarle tanto como el aire que respiraba.

Permanecimos abrazados, bebiendo *Champagne* por largo tiempo, casi sin hablar, sólo acariciándonos.

—Celia, creo que esto no es nada pasajero —me dijo— sé que somos de mundos distintos, pero llevo días pensando y... me estoy enamorando de ti. Sé que suena de locos, pero es lo que siento y creo que tú también sientes algo por mí.

—Najib —miré fijamente sus verdes ojos— siento lo mismo, pero creo que es muy complicado mantener una relación o intentar crearla viviendo en lugares tan lejanos... Ojalá todo fuera más fácil.

—Encontremos el modo —dijo Najib—. Yo viajo mucho, puedo escaparme a Barcelona y verte, y tú puedes hacer lo mismo algún fin de semana, ya sabes que el dinero no es problema.

—Sabes que mi familia, mi trabajo y todo lo que tengo está en Barcelona, es muy importante para mí —dije lamentándome— no puedo salir corriendo cada vez que suene el teléfono... Debemos vivir el momento y ver si esto realmente funciona entre nosotros, si realmente estamos enamorados y, si efectivamente es así, busquemos una solución ¿no crees?

Ni siquiera tenía aún los papeles del divorcio en mis manos, aunque sabía que eso no iba a

ser un problema por parte de Carlos. No había nada por lo que discutir: no teníamos niños, la casa era mía y ni siquiera teníamos las cuentas bancarias conjuntas, así que se resolvería pronto.

—A final de mes formalizaré mi divorcio de Carlos —comenté.

—¿Le has visto? —preguntó.

—Sí, fue cuando le dije que quería solucionar el tema del divorcio. No creo que haya problemas. No debería haberlos.

—Bueno, dejemos de hablar de temas desagradables, mi amor —interrumpió— vamos a disfrutar de nuestro momento. ¿Tienes hambre?

—¡Por supuesto! —estaba hambrienta.

—Aviso entonces para que nos traigan el menú degustación.

Nos vestimos para disponernos a cenar. El menú tenía muy buena pinta: diez platos entre aperitivos, platos principales, postres y *petits fours*. Durante la cena las miraditas y los besos no cesaron. Yo estaba en el séptimo cielo.

Acabé muy llena, pero disfruté mucho de este tipo de cocina de vanguardia.

Volvíamos al hotel dando un paseo montada en mis altos *stiletos* cuando, de repente, Najib puso una cara muy extraña en el justo momento en que un coche se cruzaba delante de nosotros. En su interior se adivinaba una bella mujer en el asiento del acompañante y un hombre que conducía. Había un bebé detrás.

Parecía que había visto un fantasma. Se quedó serio y apretó mi mano. No articuló palabra en unos minutos...

16. Celia. Quizá el pasado sí vuelva...

—¿Pasa algo Najib? —pregunté— te has quedado pálido. Parece que has visto un espectro, cariño.

—No, nada —dijo, aunque no me lo creí—, me pareció reconocer a la mujer del coche, se parecía mucho a alguien.

—¿A quién? ¿A alguna ex acosadora? —dije en plan divertido para intentar traerlo de vuelta.

—Nada, no le des más importancia —dijo con la mirada fija en el infinito— me pareció ver a... se parecía a... a Karen...

—Lamento que estés viviendo esto —dije—. A veces el subconsciente juega malas pasadas, en especial cuando has perdido a alguien cercano y querido. Cuando murió mi abuelo, al principio me parecía verlo por todas partes. Estábamos muy unidos.

—Es verdad —ya parecía tener el rictus más relajado— así que ¿vamos al club y nos tomamos algo o prefieres ir directamente al hotel?

—Al hotel, *of course* —dije alegre, sabiendo lo que me esperaba.

Pasamos la noche haciendo el amor, abrazándonos, a ratos durmiendo para recuperar fuerzas. Me levanté tardísimo y oí como hablaba con alguien en francés, no entendí nada, pues no estaba lo suficientemente cerca. Sólo escuché una palabra: Karen.

Najib colgó el teléfono y se giró, viéndome allí un poco desconcertada. A él se le veía tenso después de la conversación, pero al verme se le cambió la cara con aparente felicidad.

—¿Cómo estás cariño? —me besó en los labios suavemente— ¿Quieres comer algo? He pedido que nos sirvan el desayuno en la terraza. ¿Estás bien?

Yo estaba un poco atónita, la verdad. ¿Por qué nombraba a Karen si ayer quedamos en que era una chica que se le parecía y ya está? ¿Es que acaso llegó a pensar que era ella por un momento? Lo cierto es que nunca encontraron su cuerpo, como pasó con otras tantas víctimas del desastre en Phuket.

—Estabas hablando de Karen con alguien, perdona, no he podido evitar oír esa parte de la conversación.

Se puso evidentemente nervioso, dentro de la aparente calma que quería mostrar, pero ya le iba conociendo...

—He estado hablando con el investigador privado que llevó el caso de Karen cuando ocurrió lo del tsunami. Quería asegurarme que hizo bien su trabajo.

—¿Su trabajo? —miré perpleja— ¿Qué trabajo?

—Asegurarse bien de qué había ocurrido. Verás, hay una cosa que no te he contado...

Estaba como un flan. Ese misterio me estaba poniendo muy nerviosa.

—No le había dado mucha importancia hasta ahora. Le he estado dando vueltas... Unos meses antes de nuestro viaje a Tailandia, alguien estuvo robando dinero de mis cuentas con destino a un banco en un paraíso fiscal. En total me robaron unos dos millones de dólares. Mi gestor financiero, Roger, desapareció y fue por eso que me di cuenta de que faltaba todo ese dinero. Desapareció sin dejar pistas. Imaginé que ya se había resuelto el misterio. Vamos, que él me había robado y se había largado sin más. Pusimos a un equipo a investigar y llegamos a esa conclusión.

Roger era íntimo amigo de Karen en la Universidad —continuó Najib—. Creo que él conducía el coche, aunque no estoy seguro. Siempre tuve la sospecha de que entre ellos hubo algo... Quizá fue premeditado, no tengo ni idea. Por eso he hablado con el investigador que

llevó el caso de Karen. Lo contraté porque las autoridades la daban por muerta y yo quería seguir averiguando qué otras opciones barajar. Su cuerpo nunca apareció. Sé —continuó— que parezco un loco paranoico, pero créeme, podría haber algo sucio aquí. Recuerda que Karen y yo estábamos a punto de separarnos e hicimos ese viaje como última opción, a ver si podíamos arreglarlo.

—¿Me estás diciendo que tu mujer fingió su propia muerte para fugarse con Roger, que era su amante y tu asesor fiscal? —dije perpleja— ¿No te parece un poco retorcido? ¿Cómo iba a saber ella que habría un tsunami? ¿Tiene poderes extra-sensoriales o qué? Najib, razona por favor, es muy fuerte todo esto —proseguí— en mi mundo estas cosas no pasan.

—En el mundo donde se mueve mucho dinero pasan cosas extrañas —siguió—, posiblemente el plan inicial era dejarme y sacarme todo lo que fuera posible, cosa difícil porque prácticamente todo era mío y teníamos un contrato prenupcial. Quizá ese plan inicial se transformó el día del tsunami viendo la posibilidad de desaparecer, de irse con Roger y empezar una nueva vida disfrutando del dinero que me habían robado. Sé que suena de locos, pero no es la primera vez que sospecho que Karen y Roger eran amantes. O quizá estoy un poco neurótico y, al ver una persona que se le parecía se me ha ido la cabeza... No sé qué pensar.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunté— ¿Qué te ha dicho el investigador?

—Me ha comentado lo mismo que en su día: que nadie cogió un avión a nombre de Karen Parker-Mansour en esas fechas. Que su cadáver no apareció, como ya sabemos y, que tiene cierto sentido todo lo que estoy diciendo. Le he dado la marca y color del coche, la matrícula únicamente la pude ver parcialmente, lo van a investigar.

En ese momento supe que mi fin de semana fantástico había cambiado de rumbo.

—¿Has pensado qué harás si das con ellos? —pregunté— ¿Especialmente con ella...?

—Por eso no te tienes que preocupar —se tornó de nuevo serio, clavando sus penetrantes ojos verdes en mí—. Mis sentimientos por ti son reales, todo lo que te dije es verdad y quiero que lo intentemos.

—Najib, salgo de una relación difícil. Ahora mismo me siento muy confundida. Creo que cogeré el primer vuelo a Barcelona para que tú puedas pensar tranquilamente en todo esto, tanto en nuestra relación, como en Karen.

—No te vayas por favor, Celia. ¡Te lo suplico! ¡He fastidiado nuestra escapada! Tan sólo quiero que lo investiguen.

—¿Te ves capaz de no hablar del tema en unos días? —dije—. Si es así, me quedaré.

Durante los dos días siguientes no se habló del tema. Estuvimos entrando y saliendo, visitando la ciudad, comiendo en los mejores restaurantes y tomando copas en locales de moda.

Y por supuesto, amándonos...

No volvimos a mencionar a Karen, aunque sé que él le daba vueltas a la cabeza.

Por desgracia volví a Barcelona y él a Marrakech... Pero yo tenía el corazón encogido por todo lo que había pasado. Y si finalmente Karen aparece ¿Qué pasará?

Llegué triste a casa, con muy mal sabor de boca...

17. Celia. ¿Qué hago con mi vida?

Al llegar, lo primero que hago es ir a ver a mi Olivia. Todo va bien. Externamente sólo unos rasguños, los huesos soldando y el golpe en la cabeza está empezando a ser un triste recuerdo. Mi padre dice que no tendrá secuelas y que, efectivamente, su recuperación va fenomenal.

El tipo que la atropelló ha aceptado su culpa; llegarán a un acuerdo económico que Anna dice irá íntegro al fondo de la niña para cuando sea mayor. Como no tiene antecedentes no irá a la cárcel. Estará sin carnet mucho tiempo y cumplirá una pena durante unos meses haciendo trabajos sociales. Me parece medianamente bien, aunque por mí podría estar bajo tierra.

Me toca incorporarme de nuevo a mi puesto laboral y no me apetece nada de nada; estoy dándole vueltas a lo de la excedencia... Llevo muchos años de caña laboral, necesito un parón y creo que es un buen momento para hablar con Daniela y contarle mis sentimientos. Hace días que no veo a mi hermanita y la echo muchísimo de menos ¡la necesito! Quiero ponerla al día de todo lo que me ha pasado con Carlos, con Najib y lo que quiero hacer en el futuro, decido enviarle un mensaje:

«Dani, ¿Cenamos esta noche y nos tomamos algo? Yo invito».

«Para mi hermanita mayor siempre tengo tiempo».

«Okey, nos vemos donde siempre a la misma hora ¿vale? Y *porfa*, no le digas a mamá nada, que ¡es capaz de enviarme a Carlos!»

«¡Eso ni se pregunta!»

A la hora convenida estaba ya con Daniela en la Trattoria Dell'Arte.

—Hermanita, ¡estás muy guapa! —le dije— se te ve feliz.

—Sí —dijo— no te creas, estoy un poco acojonada con el viaje a África, marchó a Somalia en nada... No sé muy bien qué me voy a encontrar allí. ¡Ya me he puesto *tropecientasmil* vacunas!

—Mamá debe estar contentísima —citó con ironía— con la de negros que hay por allí y lo mucho que le gustan...

—Calla, calla —se carcajeaba mientras agitaba las manos—, lo primero que me ha dicho es que no me lie con un negro y... ¡No sabes la última! Quiso arreglarme una cita a ciegas con el hijo de Cuqui Seseña, Alberto ¿recuerdas? Por supuesto le dije que ni de coña.

—Jajaja, ¿con Alberto? ¿El gay? —me pareció de los más divertido— ¡qué ojo tiene mamá! ... ¡claro! Ella únicamente veía las posibilidades sociales de este futuro matrimonio... A mamá le falta un gen o algo. En su vida anterior fue casamentera.

Estuvimos toda la noche poniéndonos al día de nuestras vidas. Le expliqué la situación real con Carlos y que me estaba encariñando con Najib... Que era algo más que un rollo pasajero aunque todo estaba siendo muy precipitado.

—No sé Daniela —dije— estoy confusa. Es muy reciente todo, pero es que Najib es un hombre espectacular y no sólo físicamente. Las veces que he estado con él me ha tratado mejor que a una princesa, pero sin ser el típico plasta que roza el machismo, no sé si me entiendes...

—Entiendo —contestó— ¿Te hace estar en una nube? ¿Sientes mariposillas en el estómago?

—Las siento —dije— y eso es lo que me preocupa. Salgo de una relación que ha sido muy bonita hasta que se estropeó; él también tiene sus problemas, no te creas —le mencioné lo de Karen muy por encima—, además está el inconveniente de la distancia...

—Para, para —saltó— la distancia no será un problema por lo que dices. Él tiene los medios. Vamos a ver dónde llega esta relación. No cruces el puente hasta que llegues a él — esta era su frase favorita— ¡daos una oportunidad!

—Cierto hermanita —la miré con ternura— ¡tan pequeña pero tan sabia!

Nos reímos de mi payasada de comentario, nos tomamos un par de *gintonics* y nos despedimos.

—Nos vemos el domingo en casa de los papis —comentó Dani— ¡no me falles eh!

—Allí estaré —dije con desgana— me tomaré un par de *tranquimazines* antes, por supuesto.

Al llegar a casa dejé el bolso en el sofá, me cambié y me puse mi pijamita de echar de menos a alguien... Ese es el que te enroscas como buscando consuelo maternal.

En ese justo momento Najib me escribió:

«¿Cómo está mi chica favorita?»

«Ah, ¿es que hay otras?»

«Ya sabes tú que no... Te echo de menos, necesito besarte. Tengo una pequeña sorpresa, pero aún no puedo decirte nada»

«Oh, oh, ¡por dios, no me dejes así! ¿Qué es?»

«Continuamos en contacto. Te quiero.»

«Y yo más...»

Y fue con ese mensaje que me quedé dormida y volví a soñar con él. Tremendo sueño mojado de nuevo que me da hasta vergüenza recordar.

A la mañana siguiente quedé con Anna y Sonia para desayunar, pero antes sonó el timbre. Era un mensajero que traía un pedazo de ramo de rosas rojas con una nota:

«Donde hubo llamas, siempre habrá fuego. Dame una oportunidad. Carlos»

El ramo era precioso, pero la verdad, no me apetecía nada tener algo encima de la mesa que me recordara a Carlos. Lo tiré a la basura y le respondí con un explícito mensaje:

«Carlos, necesito respirar. No me envíes flores, no contactes conmigo, no molestes a mi familia. Como te dije la última vez, me gustaría ser tu amiga algún día, pero ahora necesito tranquilidad. Espero que lo entiendas»

Él no contestó, no dijo nada.

18. Celia. No es un domingo cualquiera.

Hoy es domingo y hemos quedado en casa de mis padres como estaba previsto, de reunión familiar. Me temo lo peor. Mi madre está muy pesada con lo de Carlos y Najib. Mi padre, el pobre, lo sobrelleva como puede. Sé que me adora, pero no le gusta llevar la contraria a mi madre; eso más bien es una guerra perdida y él lo sabe.

—Hija, ¿cómo estás? —mi madre me saludó con dos besos en la mejilla— hoy tendremos paz, lo prometo. Se lo juré a papá.

—Hola mamá —le devolví los dos besos— yo no quiero pelear contigo. Sé que estás disgustada por lo que ha pasado, pero piensa que nada es porque sí... siempre hay una razón y son cosas muy íntimas que no me apetece compartir... Perdona si el otro día te ofendí, pero...

—¡Basta de disculpas! —dijo— y tómate esta copa de *Chardonnay* que sé que es tu preferido. ¿Sabes? la hija de Piluca, Laura, ha vuelto de Australia.

—¿Laura ha vuelto? —me sorprendí— ¿Qué es de su vida? —pregunté llena de curiosidad...

Hacía mucho que habíamos perdido el contacto. Fuimos bastante amigas durante mucho tiempo.

En realidad Laura formó parte de las mosqueteras. Durante unos años fuimos cuatro, pero nos separamos cuando Carlos entró en mi vida ya que ella intentó seducirlo cuando ya estábamos juntos. Él no es que se resistiera mucho, todo hay que decirlo.

Ese capítulo fue bastante patético:

Nuestros padres, junto con los de Carlos, eran amigos de toda la vida y, un domingo como tantos otros, nos fuimos a pasar el día al chalet de la costa los tres matrimonios con los hijos. Carlos y yo salíamos hacía aproximadamente seis meses y la familia lo sabía ¡claro! ¡Cómo mantener un secreto así como son ellos! ¡Era imposible!

Los mayores decidieron ir a comer fuera y nosotros tres nos quedamos picando algo en la piscina. Yo ese día no estaba muy fina... cosas de mujeres y, me estiré un rato en el salón.

Cuando desperté, miré por las amplias vidrieras y lo que vieron mis ojos no lo olvidaré jamás...

Vi a Carlos y Laura dándose el lote; ella se había quitado la parte de arriba y, aunque iban un poco cocidos, no creo que fuera hasta el punto de no saber lo que hacían. Ver a Laura medio en bolas subida encima de él, besándole, tocándole... no sé qué me dio más asco, si la traición de ella o la de él.

Esa fue la primera ruptura con Carlos, que duró tres meses y, la primera y última con ella. Si me la hubiera cruzado en estos últimos años no sé cómo hubiera reaccionado.

Ahora pienso que quizá me hizo un favor y que, la escena que presencié era un presagio de lo que iba a ser mi vida en el futuro con él. Cuernos, infidelidades y desgracia.

Al poco tiempo, ella se fue a Australia (a mí no me pareció lo suficientemente lejos) y evidentemente, perdimos todo contacto desde el día de la piscina.

¡Qué decir! Obviamente perdoné a Carlos y al tiempo me casé con él, pero el hecho de que ella estuviera de vuelta en Barcelona me revolvió el estómago.

Acabamos la comida dominguera sin demasiadas impertinencias, lo cual era de agradecer. Entonces deje caer la bomba:

—Tengo que deciros algo —solté con el desparpajo que proporciona media botella de *Chardonnay*—, voy a pedir la excedencia laboral por un tiempo, por temas personales. Lo

necesito.

—Hija, ¿estás bien? —Mi padre me miró preocupado— ¿necesitas algo?

Mi madre entornó los ojos como diciendo ¡ya está la loca de mi hija liándolo todo!

—Papá, no te preocupes —le acaricié la cara con dulzura—, necesito un *break*, un descanso de todo. Tengo unos ahorros que me permitirán esta pausa.

—Me preocupas tú, no tu economía —mi padre me devolvió la caricia— haz lo que necesites cariño. Aquí estamos para lo que quieras.

Mi madre, obviamente, no pudo evitar hacer su típico malicioso comentario:

—¿Te vas a vivir con el *moro*? —me miró con cara de asco— ¡Creo que por hoy ya he tenido suficiente!

Se levantó de la mesa tirando la servilleta con muy malos modos.

—¡Yo sí he tenido suficiente! —reventé, no pude más— no es *moro*, pero si lo fuera tampoco me importaría, además, no me voy a ningún sitio que yo sepa. Sólo quiero descansar ¿tan difícil es de entender?

Las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas.

—¡Mamá te has pasado! —Daniela explotó saliendo en mi defensa— Sólo necesita parar un poco, eso es humano. No saques conclusiones precipitadas y ¡retén a la húmeda que aún no la tienes entrenada!

—¡Me vais a matar a disgustos! —dijo mi madre con su vena melodramática a flor de piel—. Entre tu hermana con el disgusto del divorcio y tú que te vas a África ¡me tenéis de los nervios! ¡No hago más que tomar pastillas!

Mi madre era única haciéndose la víctima y manipulando situaciones a su antojo.

—Me voy a África a ayudar, mamá —dijo muy seria Daniela— no sé muy bien si conoces el significado de esa palabra. Como médico iré a darlo todo, a curar, a enseñar a las mujeres que hay métodos de contracepción, a hacer lo posible para que traigan a sus hijos al mundo de una manera más segura. A ese mundo donde no todos van al Club de tenis ni tienen un Jaguar en el garaje.

Tanto Daniela como yo nos despedimos y abandonamos la estancia, cada una rumbo a su casa, mientras mi padre susurraba...

—Me lo juraste Mariola, me lo juraste.

19. Celia. Poniendo las cosas en orden ¡pero la vida te da sorpresas!

Fui al hospital directa a recursos humanos. No me pusieron ninguna pega, es más, me animaron a hacerlo, a descansar y tranquilizarme. Creo que hasta ellos consideraban que siendo enfermera jefe, no podía estar a menos del ciento veinte por ciento y yo no estaba ni al sesenta. De hecho, mientras el papeleo se formalizaba, cogí el resto de días de vacaciones que me quedaban de ese año y el anterior. Una cosa menos.

Escribí un mensaje a Anna y Sonia y las invité a tomar algo por la noche en *Diverticco*. Sufrí por Anna, por si no quería despegarse de Olivia, pero esa noche estaba con su padre y lo tenía todo arreglado.

«Entonces chicas, nos vemos en *Diverticco* a las nueve en punto ¿vale?» —les dije.

«Una para todas, todas para una —contestó Anna— ¡cómo iba a faltar!»

«Allí estaré *lokis*» —dijo Sonia, siempre tan *cuqui*.

«Hasta luego amores».

Me despedí ansiando el momento de verlas.

Como siempre llegué la primera, luego Sonia y cómo no, Anna en último lugar, agitando su mano a la par que su culo desde la otra punta del local.

—Chicaaaaas... perdón por el retraso —se disculpó— hoy tengo motivos, ¡lo juro por *Snoopy* y por las bragas de *Mafalda*!

—*Neni*, a ver si actualizas el software de chistes y citas de los ochenta —me reí a carcajadas— ni Chiquito, ni *Snoopy* ni *Mafalda* están de moda desde hace cientos de años.

—Sonora carcajada de Sonia— ¿Qué me estás *containerrrrrr*? Jajaja...

—Estáis chaladas —interrumpí—. Tengo cositas que contaros: desde que volvimos apresuradamente de Marrakech, prácticamente no hemos hablado y creedme, tengo mucho que explicar.

—Yo también tengo cosas que contar —interrumpió Anna— pero dime, dime, ¿cómo tiene la picha el semental? ¿Aguanta más de diez minutos? ¿Domina el arte de la lengua? Y no me refiero a los idiomas, ¡*you know!*

—¡Ay hija, mira que eres pesada! —dije—. Pues sí, la tiene de medio metro. ¿Qué? ¿Más contenta? Ahora en serio... me tiene loca, loca, loca. Creo que me estoy enamorando.

—¡Bien por ti! —dijo Sonia alzando la copa, emocionada.

—¡No, no! ¡No, no! —interrumpió Anna, gesticulando la negativa con la cabeza— ¡Ese no era el plan! ¡No te tienes que enamorar! ¡Si aún ni siquiera has firmado el divorcio! ¿Estás loca? Seguramente tus sentimientos están confundidos, quieres vengarte de Carlos y el primero que te seduce te parece bien. Se trataba de que tuvieras un poco de diversión y sexo. Si te enamoras ¡la cagas!

—No es nada de eso, Anna —la miré con tristeza por su reacción—, me estoy enamorando hasta las trancas. De hecho Carlos me importa un comino o al menos eso me digo.

—¿Ves? —dijo— hasta tú misma dudas de que hayas dejado de amar a ese cabrón. Eso sí, ¡deberías! Tengo miedo de que te estrelles de nuevo, cariño.

—A lo mejor no es así —Sonia siempre mediando— ¿y si ha caído del cielo este ángel para ella? Sólo te pido que vayas con cuidado... lleváis muy poco tiempo y...

—Lo sé —corté su frase porque sabía lo que podía decirme— pero creo que voy a lanzarme, a ver dónde nos lleva. ¿Os parece bien mamis? ¿No creéis que al menos debería intentarlo?

También les expliqué el tema de la excedencia, las flores de Carlos, lo de la madre que me parió... y acabamos como siempre a las tantas y un poco beodas, para variar.

Bailamos como unas locas en la pista del local con Anna llevando la batuta y manejando la situación del *ligoteo*, que era lo suyo, y que cada vez tenía más bajo control.

Me levanté a la mañana siguiente con la cabeza del revés... hacía siglos que no bebía tanto. Me duché, me preparé unas tostadas con mantequilla y mermelada de naranja amarga (mi favorita) y un café con leche condensada. Necesitaba recargar pilas.

Abrí el portátil para navegar por internet y me entró un correo de Najib:

«Celia, ya tengo a punto mi sorpresa. Najib»

Un escueto mensaje... ninguna otra pista, nada de nada. Iba a darle a responder cuando sonó el timbre de la puerta y pensé, ¡más flores de Carlos NO, por favor! Me dirigí a ver por la mirilla, pero algo me bloqueaba la visión. Entonces grité un poco asustada:

—¡No estoy sola, mi marido es policía y viene ahora mismo hacia aquí!

Entonces me llegó un delicado aroma a especias y escuché sus carcajadas.

—¡Tu sorpresa está aquí!

Abrí la puerta y me eché a sus brazos como teniendo miedo de que fuera un sueño y me despertara en un segundo. Cayó tímidamente una lágrima. En ese momento lo supe. Estaba loca y perdidamente enamorada de él, no había duda.

Delicadamente me quitó el albornoz y la pinza con la que llevaba recogido el pelo en un moño y allí mismo, en el sofá, me hizo suya.

Mi sorpresa, mi maravillosa sorpresa era ese hombre. Un hombre que podía recorrer cientos de kilómetros para verme, animarme, apoyarme. Empecé a creer en que quizá el amor podía llamar de nuevo a mi puerta, ¿Por qué no?

Sus manos me comprenden, me hablan, me tocan, me llevan, me hacen tierna... ¡que no dejen de acariciarme a cada segundo!

Le puse al día sobre mi excedencia:

—Y así, Najib, tendré tiempo para pensar y organizar de nuevo mi vida.

—Me parece bien —me miró con esos ojos tan limpios y sinceros— te mereces un descanso. Si quieres me voy —me guiñó el ojo como sólo él sabe hacerlo.

—Ni de coña —le dije dándole un pequeño *mamporrillo* en su fuerte brazo— ¡tú te quedas aquí conmigo! Por cierto... ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo te quedas?

Se levantó del sofá y dijo:

—Tengo cuatro días y tres noches, sólo para ti, *ma chérie* —me tiró un beso con la mano que yo recogí con las mías y llevé a mis labios, como una cría de seis años.

Se dirigió hacia la ducha y yo me quedé estirada en el sofá, mirando a la nada, alucinando porque él estuviera aquí. Decidí ir tras él y darme una segunda ducha, esta vez acompañada.

Nos vestimos y salimos de casa. Me encontré en el portal a la Sra. Lola, la cotilla del edificio.

—Celia ¿Cómo estás? —dijo mirando de arriba abajo a Najib— ¿Sigues de vacaciones?

—Todo bien Sra. Lola —contesté con desgana— sí, sí, más o menos, sigo de vacaciones... Que tenga un buen día.

—Da recuerdos a Carlos —dijo con toda la mala intención.

No contesté y salimos del portal como alma que lleva el diablo.

—Menudo bicho —reía Najib— debe haber unas reuniones de vecinos muy entretenidas...

—Lo son —dije—, ni te lo imaginas.

La Sra. Lola era viuda desde hacía muchos años. Sus hijos, ya mayores, no la visitaban demasiado y claro, tenía mucho tiempo libre para chismorrear. Tenerla en el mismo rellano era

como vivir en un *Sálvame Deluxe* permanente. Sabe en todo momento si entramos, si salimos, si discutimos, comemos o follamos, eso seguro.

Nos dirigíamos al supermercado a comprar algo de comida para poder sobrevivir. Últimamente me alimentaba de sándwiches y poco más. De repente me pareció ver a lo lejos a Carlos. Desvié mi trayectoria hacía otro lado pero fue tarde, me vio y corrió a hacia mí.

—Celia, Celia ¡espera! —gritó agitando la mano— ¡Necesito hablar contigo!

—¡Dios santo! —exclamé— ¡No quiero hablar contigo!

Najib me miraba alucinado... Carlos entonces, se acercó:

—Hola soy Carlos, SU MARIDO —remarcó— y tú ¿eres?

—Ex marido prácticamente —puntualicé— firmamos en breve, te recuerdo.

—Soy Najib Al-Mansour —le ofreció su mano, sin embargo Carlos la rechazó.

—Ah eres tú —contestó con sorna— he oído hablar de ti. Me han dicho que te gusta follarte a las turistas de tu hotel, ¡qué profesional!

—Najib, ni caso —respondí a ese desafortunado comentario— nos vamos. Carlos, ya te lo dije el otro día ¡no me molestes y déjame en paz! —grité.

—Mientras seas mi mujer... —interrumpió Carlos.

—La señorita dice que la dejes en paz —dijo Najib cogiendo a Carlos por la pechera— y si vuelves a molestarla te arranco la cabeza. ¿Está claro?

Me dio miedo hasta a mí. Nunca había visto a Najib tan serio y desafiante. Carlos era un tipo deportista y muy fuerte, pero Najib le superaba en tamaño y fuerza y estoy segura de que lo hubiera destrozado.

—Vámonos —dije— me estáis poniendo de los nervios ¡los dos!

Me quedé bastante paralizada por la actuación de ambos. Aunque lo de Carlos no me sorprendió tanto, la reacción de Najib, sí. Sus ojos se inyectaron de rabia, podía oler su mala leche. Me asusté. No quería hacer un numerito en medio de la calle y que dos gallitos se pelearan por la damisela. No, eso no.

—Lo siento Celia —dijo—, me he puesto muy nervioso. Lamento que hayas presenciado esta penosa escena.

—Te entiendo —contesté— pero no debes caer en sus provocaciones. Carlos está dolido y es normal que actúe así. Su comentario ha sido muy feo, pero simplemente quería irritarte. Es cuestión de tiempo que se entere mi madre que estás aquí.

—¿Y qué pasa si se entera tu madre? —replicó— ya eres mayorcita.

Algo le había contado sobre mi madre, pero claro, tampoco todos los detalles.

—Lo sé —dije— pero es una mujer muy absorbente y controladora, quiere estar en todo. Últimamente es una pesadilla. Ni te imaginas...

—Lo único que sé —me miró con sus penetrantes ojos— es que estaré aquí cuatro días y tres noches contigo, y nadie los va a arruinar.

Me rodeó con sus brazos y me besó en medio de la calle, que estaba a reventar de gente, aunque a mí me parecía que estábamos solos en el mundo. Eso me hizo olvidar el triste episodio vivido con Carlos.

Informé brevemente por chat a las chicas de que Najib estaba aquí y que, mientras él estuviera, yo estaría desaparecida, naturalmente. También llamé a Daniela para explicarle la sorpresa que había recibido:

—¡Ha venido a verme, Dani!

—¿Qué dices? ¿De verdad? ¡Quiero conocerlo!

—Se queda cuatro días ¿vienes mañana a cenar a casa? Y no digas nada a mamá ¡plis!

—¡Allí estaré! ¡Nos vemos mañana!

Así Daniela sería mi cómplice, una vez más.

Esa noche llevé a Najib a cenar al casco antiguo y estuvimos paseando por la zona. Él ya conocía Barcelona, aun así, no me importaba nada ofrecerle una visita guiada en exclusiva.

Terminamos la velada en la terraza del hotel Mandarin Oriental de Paseo de Gracia, tomando un *gintonic*.

Mientras volvíamos a casa, me cogió de la cintura y miré su cara. Se intuía felicidad en ella. Quería preguntarle si sabía algo sobre lo de Karen, pero mi «amígdala cerebral» me advirtió del peligro de ese comentario. Podría arruinar la noche, así que preferí que fuera él el que sacara el tema en caso de que hubiera algo que comentar, claro.

Seguimos paseando, calle arriba, abrazados, en silencio, de repente él lo rompió:

—Celia, tenemos que hablar.

—Lo sé —respondí.

—Tenemos que decidir qué hacemos —se puso serio— creo que vale la pena luchar por esto. ¿No crees?

—Sí, lo creo —lo miré con devoción— me preocupa la distancia. Tu cuartel general está en Marrakech y yo vivo aquí...

—¡Vente conmigo! ¡Ven a vivir a Marrakech! Sé que es precipitado, pero necesito estar contigo y yo veo en tus ojos que sientes lo mismo.

—¿A Marrakech? —pregunté— ¿Y qué haría yo allí? No tengo a nadie salvo a ti... no sé Najib, por un lado me encantaría irme contigo al fin del mundo si hiciera falta, pero es una cultura tan distinta a la mía... Apenas hace unas pocas semanas que nos conocemos... Deberíamos actuar con más calma. Además está mi divorcio, tus temas personales...

—¿Te refieres a Karen? en lo que a mí respecta Karen murió en Phuket.

—No pensemos ahora en eso, vamos a disfrutar de estos días y veremos qué hacemos. Es muy pronto para tomar este tipo de decisiones.

—Te amo Celia —dijo cogiéndome suavemente por la barbilla— es lo único que sé.

—Yo también te amo, Najib —musité.

Me acarició la mejilla, acercó su boca a la mía y me besó con ternura.

—No sabes lo que despiertas en mí, cariño —susurró.

Llegamos a casa, y esta vez quise llevar yo la iniciativa... desabroche su camisa de lino blanca y lentamente le despoje de sus tejanos... Si la visión de ese hombre totalmente vestido ya era de por sí sola excitante, en ropa interior era lo suficientemente bestial como para volverse loca. Me apeteció vendarle los ojos, me pareció muy sensual... fui besando su pecho, bajando hasta su zona más sensible y noté su más que patente excitación mientras masajeara su miembro... me subí sobre él y seguimos moviéndonos suavemente al ritmo que marcaban mis caderas mientras él acariciaba mis pechos... Llegamos juntos al éxtasis y nos abrazamos... A la mañana siguiente a la luz del alba, volvimos a repetir y dormimos un rato más, estábamos exhaustos.

Cogimos el coche y nos fuimos dirección a la Montaña de Montserrat, donde me confesó que era católico aunque no practicante... yo no tenía ni idea. Su madre lo es también. A decir verdad, me daba igual la religión que profesase... Yo ahora mismo sólo soy devota de una: Najib.

Su padre, de origen dubaití, se dedicaba a los negocios en el mundo del petróleo y de la hostelería. Murió cuando él solamente era un niño en un accidente de avioneta. Su madre, Celine, es francesa y, tras enviudar se volvió a casar con un marchante de arte noruego con el que tuvo a su hermana Leila, a la que adora.

—Ahora que tienes tiempo libre por la excedencia —dijo Najib— te voy a hacer una oferta

que no podrás rechazar. Mi madre y Sven celebran sus veinticinco años de matrimonio el mes que viene y me han invitado a la celebración que se hará en París, en el palacete de mis abuelos ¿quieres venir conmigo?

—Najib —sonreí— esto suena a presentación oficial.

—¿Es un problema? —respondió pícaro— ¿Te da miedo conocer a la suegra? Ahora en serio, me apetece presentarte a mi madre, te va a encantar y tú a ella también.

—Más miedo me da que tú conozcas a la mía —me estaba partiendo de la risa al decir esas palabras— ¡pues claro que iré contigo cariño!

De vuelta a casa pasamos a visitar a Olivia, que iba recuperándose más que rápido, y le llevamos un regalo que Najib había traído de Marrakech: una cadenita de oro con la mano de Fátima, dijo que eso la protegería. En Marruecos es todo un símbolo.

Y llegó la hora de la cena con Daniela que llegó con puntualidad británica al evento. Estaba deseando conocerle.

—Dani —dije— este es Najib. Najib, te presento a mi preciosa hermana, Daniela del Valle, doctora en medicina por la Universidad de Barcelona y especializada en ginecología, pero su título más importante es que es mi hermana de mi corazón. Mi alma gemela.

—Es un placer Daniela del Valle, doctora en Medicina —Najib besó su mano y después la abrazó— se nota que sois hermanas, vuestra belleza os delata —la miró a los ojos como hacía conmigo.

Ciertamente Daniela y yo somos muy parecidas físicamente, casi dos gotas de agua, aunque de carácter totalmente diferente: Daniela es mucho más atrevida que yo y no le da miedo nada.

—El placer es mío Najib —respondió embelesada— qué bien conocerte al fin, he oído hablar mucho de ti.

—Espero que bien, eh —dijo mirándome de reojo.

—Más que bien, ¡fenomenal! —Daniela me guiñó un ojo.

La cena fue estupenda y hablamos de todo un poco: de arte ya que Najib era licenciado en Bellas Artes y era un apasionado del tema... de medicina, de ONG's, de la vida, del amor...

—Daniela se va pronto a África con *Médicos Solidarios* —solté— ¿Qué haré yo sin mi hermanita?

—Volveré, volvereeeé —dijo Daniela con un lamento— es sólo un año, en principio.

—¿A qué parte de África? —preguntó Najib.

—Estaré en Somalia —contestó Dani— el proyecto es básicamente ayudar a las mujeres en temas de contracepción, embarazos, partos etc... Estoy muy emocionada. Sé que es peligroso, pero tengo muchas ganas de irme. Parto hacia Mogadiscio a finales de julio, quedan pocos días...

—Ya tengo ganas de que vuelvas —miré a mi hermana con amor—. Ten mucho cuidado, ese país es poco seguro y además linda con otros que también están muy desestabilizados.

—Tranquila, lo tendré —dijo Daniela— yo aprecio mucho mi vida también ¡eh!

Fue una cena íntima, pero entre tres. Daniela y yo siempre hemos estado muy unidas, especialmente contra los ataques de mi madre. Mi padre es otro cantar. De hecho, me sabía mal no presentarle a Najib, pero sabía que con mi madre esto era imposible no, lo siguiente... Aunque también estaba segura de que una vez que lo conociera le encantaría: guapo, educado, elegante, con clase y con dinero, como a ella le gustaba. Lo difícil será encontrar el momento de hacerlo y aunque es pronto para saber qué nos deparará el futuro, espero que llegue el día en que eso ocurra.

El par de días que quedaban antes de su marcha los vivimos intensamente, especialmente

en la cama... A mí me parecía poco y creo que en mi vida había tenido tanto sexo seguido, ni siquiera en el mejor momento con Carlos.

Le llevé a tomar unas copas al *Diverticco*, con las chicas. Como era de esperar, todas las féminas del lugar lo miraban al igual que un águila mira a su presa; pero Najib era mío, esa noche y todas las demás. Debo decir que, durante un momento que me fui al baño y las mosqueteras se quedaron moviendo el esqueleto junto a él, se acercó alguna *zorrupia*... Suerte que sólo tiene ojos para mí. Vi de lejos como la ignoraba y me emocioné. Así como a Carlos parecía divertirle y alagarle a partes iguales que se le acercaran chicas aun estando conmigo, a Najib parecía desagradarle. Era todo un caballero. Sin embargo no pude evitar ponerme celosa por cómo le miraban. Seguro que su día a día era así: intentándose quitar a las mosconas caza fortunas de encima.

Nos tocó despedirnos y fue triste, pero en el horizonte estaba escrito que nos íbamos a ver en apenas un mes en París. Por otro lado se trataba de una especie de presentación familiar y eso me daba cierto repelús... aun así, debía fiarme de él y, si consideraba que era una buena ocasión, seguro que lo sería. Al menos a su hermana ya la conocía y nos llevábamos muy bien.

20. Najib. ¿Qué me ha hecho esta mujer?

Estoy de vuelta en Marrakech. Apenas hace unas horas que me separé de ella y ya la añoro. ¿Qué me ha hecho esta mujer? Hacía años que me sentía muerto; mucho antes de que Karen desapareciera en Phuket.

Cuando en el 2001 nos casamos, lo hice muy enamorado y pondría la mano en el fuego que ella también lo estaba. Cuando vivíamos en Tanzania todo era color de rosa, vivíamos como en una fantasía. Cierto es que fue una boda fugaz, a los tres meses de conocernos y con toda mi familia en contra, aunque al final aceptaron. No les quedaba otra.

Abandonamos el país porque no era seguro para ella. Enfermó de Malaria y era un riesgo seguir allí; vendí mi parte del hotel y monté el riad en Marrakech. Imaginé que aquí seríamos felices, pero no. La obsesión de Karen por tener hijos y no poder quedarse embarazada casi me vuelve loco. ¡Yo también quería ser padre! pero si no podía ser de forma natural, teníamos otras opciones.

Ella se trastornó con los tratamientos hormonales; sus celos eran horrorosos. Veía mujeres en mi cama que simplemente jamás habían existido. Nunca se me pasó por la mente engañar a la que era mi mujer, yo no soy así... Si me doy a alguien soy incapaz de traicionar. Antes me divorciaría.

Sospeché que Karen tenía algo con Roger el día en que los vi abrazados en el despacho del riad. Karen me dijo que sólo la consolaba por lo mal que lo estaba pasando. Durante la universidad cultivaron una gran amistad.

Yo creí en sus palabras, pero en mi corazón siempre quedó esa duda ¿estaba Karen engañándome con Roger? A mí él nunca me acabó de gustar, sin embargo Karen me convenció para que llevara nuestra economía, más bien dicho, mis finanzas. Lo tenía a menudo pululando por el riad, como si fuera el dueño de todo. Incluso daba órdenes al personal como si fuera algo más, lo cual no me agradaba nada y así se lo hice saber.

Decidimos ir a Tailandia en busca de una respuesta a nuestro matrimonio. Yo quería seguir luchando pero no solo: o ponía de su parte o esto se acababa.

Unos meses antes detecté que me faltaban dos millones... También faltaba Roger. Desapareció como si nada, se esfumó. Puse denuncias, contraté detectives, pero le perdimos el rastro en un paraíso fiscal de Sudamérica y Karen pareció alucinar con lo que había hecho Roger.

El caso sigue abierto y bajo investigación, aunque ya me ha dicho Pierrard, el investigador privado, que será casi imposible dar con él o con el dinero.

En Tailandia, Karen pareció volver un poco a mí. Incluso hicimos el amor alguna que otra vez y eso que hacía meses que no me dejaba tocarla. Me estaba volviendo loco, porque yo sí la amaba y la necesitaba.

El día del tsunami bajó a hacer unas compras al mercadillo de la zona... Le gustaba pasear después por la orilla... Yo normalmente la veía desde nuestra habitación. La observaba paseando con sus sandalias en la mano, su pantalón corto y la parte superior del bikini por la playa... pensativa, solitaria. A ella le gustaba tener unos minutos de soledad, lo necesitaba de verdad; era un poco melancólica y precisaba de sus momentos íntimos...

Cuando la mañana del 26 diciembre de 2004 vi bajar la marea de manera tan sorprendentemente brusca, supe que algo estaba pasando. Intenté avisar a Karen, agitando los brazos desde la terraza, pero ella no miraba en ese momento. Tuve un horrible pálpito, una terrible corazonada...

Me vestí rápidamente con lo primero que pillé y bajé a recepción... Fue en ese preciso momento cuando vi que la ola gigantesca causada por el seísmo de nueve grados en la escala de Richter, se acercaba a gran velocidad. Todo fue muy rápido, no pude reaccionar, ya ni siquiera tenía a Karen a la vista...

Tras la catastrófica acción del mar, el panorama era desolador. La que fuera una de las costas más bellas del planeta había quedado devastada. Había cadáveres por todas partes... En la playa, en la calle, por todos lados.

Yo me salvé de milagro, encaramado a un árbol y viendo pasar bajo mis pies decenas de fallecidos: niños, hombres y mujeres... Muchos nativos, pero muchos turistas también; de mi hotel apenas quedaban los cimientos. Sólo podía pensar en Karen y su destino.

En apenas veinticuatro horas comenzó a llegar la ayuda internacional a las zonas afectadas, dispuesta a echar una mano en el ingrato trabajo de buscar a los muertos y enterrarlos. Pero sobre todo, en atender a los que seguíamos vivos e intentar localizar a los que el mar jamás devolvería.

De poco sirven los manuales de supervivencia en estas situaciones. Es todo tan rápido... no da tiempo a nada. Las autoridades no enviaron ninguna señal de alarma; nos pilló a todos desprevenidos.

Cuando al fin fui rescatado y constataron que en realidad no tenía más que unos rasguños y una fractura en el brazo que no daría problemas, fui por todos los hospitales de la isla en su busca. No había ni rastro de ella en ningún sitio... Ni herida, ni muerta. No constaba en ninguna parte. Contraté detectives privados. Nada. Aunque a las pocas semanas las autoridades oficiales dejaron de buscar, yo seguí durante meses intentándolo, pero nunca apareció.

La dieron ya no por desaparecida, sino por muerta. Fue una más de los cientos de cuerpos que el océano se llevó.

Volví a Marrakech e hicimos una despedida simbólica con todos nuestros amigos. Karen era huérfana y no tenía más allegados: su familia era yo. Me deprimí. Dejé nuestro hogar en la parte nueva de Marrakech y me instalé en la Medina, en el riad.

Durante años fui un alma en pena, no podía olvidarme de ella, ni borrar de mi retina todo lo que allí viví. Bebía mucho, muchísimo. Mi madre y mi hermana estuvieron siempre a mi lado y fueron ellas las que me recomendaron a un terapeuta especialista en shock post traumático con pérdida de un ser querido. Acudí, y debo decir que quizá me ayudó, no lo sé, pero entonces decidí que, si yo había tenido otra oportunidad en este mundo, debía intentar sobreponerme y continuar.

Me centré en mis negocios. Nunca me faltaron mujeres a las que acariciar y por las que ser acariciado, sin embargo ninguna me caló hondo, hasta que vi a Celia por primera vez.

Cometí el tremendo error de liarme con Naia y aunque nunca le prometí nada, ella se ilusionó. Le dejé muy claro que lo nuestro no podía continuar y que de seguir así, debería abandonar el riad.

Naia era una Relaciones Públicas estupenda, la mejor de todo Marruecos. De madre marroquí y de padre inglés. Es bella, sin duda alguna; el tipo de mujer que volvería loco a cualquier hombre. Una excelente amante. Pero yo no sentía nada por ella ni mucho menos y sabía que sería imposible sentirlo en el futuro. Para mí la cosa quedó ahí, fueron un par de noches locas, nada más. Un grave error.

Unos meses después la conocí a ella, a Celia. Simplemente con verla algo despertó en mi interior, ¿un flechazo? No soy hombre de flechazos, aunque sí de primeras impresiones y ella me causó una mezcla de sentimientos que hacía años que no experimentaba...

Tuvimos conexión desde la primera mirada. Es como cuando sientes que a esa persona ya

la conoces y tienes mucho en común. No sólo su belleza, su corazón, sus pensamientos, todo... como un *déjà vu*. La había visto en mi vida o quizá lo había soñado... no sé, fue algo mágico y diferente cuando la vi por primera vez.

Serendipia... ese hallazgo valioso que se produce de manera accidental o casual... eso era Celia.

He de ser sincero, cuando le pedí que me acompañara la primera vez, una parte de mí quería seducirla. Fue el destino el que decidió que no pudiéramos volver esa noche a la Medina y empezar nuestro amor. ¡Bendito destino!

Ahora estoy de nuevo aquí, solo. En menos de un mes nos vemos en París y creo que me voy a lanzar. Voy a ir a por todas...

Llegué a mi riad, Le Clos des Amis... Era mi proyecto más importante. Un lugar para que los amigos y clientes se sintieran como en casa. En su día invertí muchísimo dinero, pero funciona muy bien, tanto, que he estado pensando en ampliarlo con el edificio de al lado que está vacío. Pero en Marrakech no es sencillo hacer negocios por el papeleo. Además, en la Medina no pueden entrar grandes grúas. Todo hay que transportarlo en burro. Parece de risa, pero viven como en la edad media en ese sentido.

Cité a Naia en mi despacho para que me pusiera al día de las novedades. Picó a la puerta y apareció más deslumbrante que de costumbre, cosa que no me agradaba pues me disgustaban sus insinuaciones. Sin embargo Naia no se rinde fácilmente.

—¿Puedo pasar Najib? —preguntó desde el quicio de la puerta.

—Pasa Naia —contesté cansado, pero calmado— cuéntame las novedades.

—Recuerda que en dos semanas tenemos la celebración de los Sres. Nuvola, los italianos. Ya lo tenemos todo organizado: la disposición de las habitaciones, el menú, la fiesta, todo. Los demás días lo tenemos todo lleno, como siempre.

—Sí, gracias por todo Naia —respondí— cuando lleguen los anfitriones pongamos alguna decoración especial en su habitación ¿de acuerdo? Son amigos míos de hace años y quiero que queden contentos.

—Por supuesto Najib, como gustes —me miró por encima de su cuaderno de tomar notas — ¿Qué tal fue el viaje?

—Muy bien gracias —me sorprendió la pregunta— lo hemos pasado muy bien. ¿Alguna llamada o mensaje?

—Llamó el Sr. Pierrard —contestó— me dijo que te enviaría un correo electrónico. ¿No lo ha hecho?

—Ahora lo chequeo —dije— ¿es todo Naia?

—Si —dijo con un halo de tristeza, al ver que no conseguiría nada más que palabras enfocadas al negocio.

—Gracias de nuevo —vi cómo se alejaba hacia la puerta meneando su cadera, como si fuera su última oportunidad. Me pareció ridículo... Un intento patético de seducción que me produjo tristeza.

Pierrard era el investigador privado que contraté para llevar el caso de Karen y el del robo de Roger.

Chequeé mi inbox y, efectivamente, había un correo electrónico de Pierrard:

«Sr Al-Mansour: rastreeé la pista que me dio en Londres. El coche ha resultado ser del alquiler. A nombre de Alexander Kelly. Estoy buscando más información de esta persona, pero es algo confuso. Por mi experiencia no me extrañaría nada que fuera un nombre falso.

Le mantendré informado.

Saludos

21. Celia. La marcha de Daniela y ¡Anna revolucionada!

Se acerca el día de la marcha de Daniela y estamos ultimando las compras de cositas que se quiere llevar. Hemos estado recolectando entre los amigos material escolar y juguetes para los niños de Mogadiscio. Daniela llevaba un montón de bultos, no quiero ni imaginar lo que pagará por exceso de equipaje.

Mi madre me ha llamado para ver como estoy y como siempre, por teléfono actúa como si no fuera con ella, hasta que la mete de golpe.

—Hija, ¿Cómo estás?

—Bien mamá —contesté— ya he hecho todo el papeleo para la excedencia, estoy tranquila.

—Y, ¿qué planes tienes cariño? —preguntó como intentándome sonsacar información.

—Dejarme llevar, descansar —dije— ordenar mi vida. Mañana firmo el divorcio.

—Lo sé —interrumpió— me lo dijo Carlos.

—¿Carlos? —pregunté— ¿Os estáis viendo, mamá? No me parece correcto, soy tu hija y deberías ponerte de mi lado.

—Es como un hijo para mí. Me ha contado que el «chico ese» ha estado aquí y también me dijo que casi le agrede en plena calle.

—No es cierto, mamá —me puse muy nerviosa— no fue así. Carlos llevaba días atosigándome ¡incluso acosándome! y nos asaltó en plena calle. Le expliqué claramente que me dejara en paz, a lo que él se negó de forma chulesca y nos faltó al respeto. Najib sólo me defendió y en ningún caso le agredió. Pero cree lo que quieras. Es muy triste que sólo hagas caso de lo que dice Carlos, es muy triste.

—Ves con cuidado hija —soltó—, por lo que dijo Carlos, se puso agresivo.

—Carlos se puso peor ¿no te lo ha contado mamá? Sé que estás disgustada con lo de mi separación, pero no había otra salida. Se ha roto definitivamente, ¡acéptalo!

—Eso no lo sabes —contestó— estáis hechos el uno para el otro, hija. Me da mucha pena que tires tu vida y tu estatus por la borda.

—Mamá —interrumpí— ¡el estatus no me importa una mierda! Pero mi vida sí, por eso decidí dejarlo. ¿Quién te dice que no me irá mejor? ¡Yo lo que creo es que no quieres que le deje por tu posición social y no por la mía! Siempre te apasionó la idea de pertenecer a la familia Betancourt... Lamento que haya acabado así, pero es lo que hay... ¡después de todo lo que he pasado me merezco ser feliz! Adiós mamá y, si es para hablar de Carlos, mejor ahórrate la llamada.

Colgué el teléfono.

Me arrepentí al momento de haberle hablado así ¡es mi madre! y la quiero, pero es imposible, no tiene remedio, a veces no la soporto. Me pone histérica... Sé que le costará aceptar otro hombre en mi vida que no sea Carlos.

Me armé de valor y escribí a Carlos un mensaje:

«Juegas sucio, eres un sinvergüenza. He respetado tu intimidad no contándole a la familia todo lo que me has hecho, pero no me toques las narices. Si me buscas, me encontrarás...»

No contestó, para variar, pero me daba igual. Sabía que lo había leído y suponía que habría tomado nota. Yo tengo un límite y si se rebasa, puedo perder los papeles y ser ¡lo peor!

Durante los siguientes días estuve ocupada montando la cena de despedida de Daniela con todos sus amigos y amigas. Reservamos en uno de sus restaurantes favoritos y medio engañada la llevamos y le dimos sus regalitos para que tuviera un recuerdo de nosotros. Pero

llegó la hora de despedirnos en el aeropuerto...

—Llama siempre que puedas —dije— te voy a echar de menos, hermanita.

—Y yo a ti Celia —los preciosos ojos verdes de Daniela se llenaron de lágrimas— miraré de conectarme como sea, aunque sé que el tema de internet no va muy fino. Bueno, en realidad ni la luz, jajaja...

Nos abrazamos por largo rato y yo, con la esperanza de que este año pasara rápido y ella encontrara lo que buscaba: ofrecer su corazón a más gente y no sólo a mí. Así era mi hermanita, todo amor.

Mi madre estaba de morros, pero también se acercó al aeropuerto junto con mi padre, que también tenía los ojos humedecidos.

Yo no era madre, pero podía entenderla en este caso: su hija se iba a un lugar en conflicto, en unas condiciones muy deprimentes y estaría ni más ni menos que un año allí. Pero era su deseo y era adulta, teníamos que respetar su decisión.

Najib y yo nos íbamos escribiendo y viendo por video chat a diario. Era lo único que me consolaba, hasta que llegara la cita de París. Quedaban dos semanas y preveía que se me iban a hacer muy largas. Cada vez que se conectaba y veía sus ojos, su dulce boca... me deshacía entera.

Con las chicas todo iba genial y Anna nos convocó vía *whatsapp* con su tono habitual:

«¡*Mayday, Mayday!* se convoca aquelarre de emergencia, esta noche en *Diverticco*» —dijo Anna.

«¿Qué pasa, chata? ¡Confirmando!» —contestó Sonia

«Nadaaaa, que se aburre y nos asusta ¡Confirmando!» —dije.

Qué estará tramando Anna... Cuando lanza un *Mayday* yo me acojono.

A la hora convenida llegamos Sonia y yo al *Diverticco* y ¡cosas de la vida! Allí nos esperaba ya Anna, lo cual era de lo más insólito ya que siempre ¡siempre! llega la última.

—Chicas ¡qué guapas venís! ¡*chachi piruli!* —dijo Anna.

—Nos tienes en ascuas *darling* —dije.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lanzas un *Mayday*? —dijo Sonia— ¡eso sólo lo hacemos en situaciones de máxima urgencia!

—Es que tengo una noticia que vais a flipar —soltó Anna— pero vais a flipar y mucho...

—¡Suéltalo ya! —Sonia y yo gritamos al unísono— ¿Qué pasa? ¿Te vas a la N.A.S.A.? —continué— ¿Quieres acabar aquel curso de esperanto que empezaste y del que nunca más se supo?

—¿Estáis sentadas? —dijo Anna.

—Pero suéltalo yaaaaaaaaaaaaaaaaa —dijo Sonia.

—¡Me caso con Jorge! —dijo Anna— me lo ha pedido por enésima vez y le he dicho que sí. El próximo año hemos decidido casarnos.

—¿Que te qué? —pregunté sorprendida— la persona que dijo que jamás en la vida la volvería a cagar y que en las bodas canta «ya la han cagooo, ya la han cagooo» ¿se va a casar?

Anna se casó la primera y se divorció al año y medio, cuando Olivia tenía pocos meses. Ciertamente tenía una buena relación con Ángel, su exmarido, pero por la niña, porque aquello acabó como el rosario de la aurora ya que Anna, tal y como nos contó, aunque ya lo sabíamos, no era capaz de mantener una relación monógama con nadie. Su ex hace honor a su nombre, la verdad.

—Chicas, me voy a poner cursi —interrumpió Anna—. Cuando pasó el accidente de Olivia, me di cuenta de que la vida no es para vivirla sola y Jorge se ha comportado mogollón. Olivia

lo adora y a mí me hace feliz. ¿Estoy loca?

—Hombre, eso ni se pregunta —dijo Sonia partiéndose de la risa— estás loca de remate, chata...

—No tengo duda alguna —dije mirándole a la cara— estás como una puñetera cabra, pero ¡eres maravillosa! Aun así me extraña mucho tu sentada de cabeza Anna, me preocupas... Hace unos días me decías que no me tomara en serio mi relación y ahora de repente...

—Tienes razón —me interrumpió— pero cualquier día de estos me planto en los cuarenta y no quiero estar sola... Él es la hostia... y para qué negarlo ¡en la cama es de diez!

—¡Ahórrate los detalles de alcoba, nena! —ahora interrumpí yo— es buen tío, lo sé desde el día que lo conocí. Supe que estaba loco por ti: perdonaba tus historias y tus histerias... te aguantaba siempre tus paranoias, aceptó a tu hija desde que era prácticamente un bebé... ¿qué más querías? Y encima te deja tranquila y te da espacio, ¿qué más buscabas? Si era el hombre perfecto desde el minuto uno... No sé cómo te aguanta con la caña que le has dado...

—Sé que he sido una auténtica imbécil —se puso seria— pero creo que estoy a tiempo de rectificar.

—Estoy súper contenta —dije mientras Sonia asentía con la cabeza, dándome la razón— y ¿Cómo va a ser el evento, ya lo habéis hablado?

—Os vais a reír —contestó— nos vamos a casar aquí un día cualquiera pero ¡en Marzo nos vamos todos a Las Vegas para la ceremonia! ¿A que estamos *colgaos*?

—Eso ni se pregunta —dijimos Sonia y yo al unísono.

—Me parece un plan que os pega muchísimo, además ¡te veo de Marilyn total! A él de Elvis no tanto, eso no, jajaja... —reí divertida.

—No sabemos todavía cómo será, ni cómo iremos vestidos, pero lo que está claro es que cuento con vosotras, mis niñas. Esta será la boda para los amigos.

Nos tomamos nuestros copazos y Anna, que estaba *onfire*, nos llevó al Karaoke a torturarnos, una vez más, con su temida versión de «Como una ola». Pero qué iba a hacer ¡si era su día!

Luego unos bailoteos y más copas lo que significaba que al día siguiente, ni una grúa podría moverme.

22. Daniela. Primer día en Somalia.

19.30 y aterrizo en Aden Adde, el aeropuerto principal de Somalia en Mogadiscio, en pleno cuerno de África. Un calor sofocante se estampa en mi cara... Una humedad que me come los huesos... Tendré que acostumbrarme a esto... y no va a ser fácil.

Me reúno con mi coordinador en un hotel de la ciudad para que me de las instrucciones y empezar a trabajar. No estaremos en la ciudad, si no que nos iremos trasladando de unas zonas a otras; allí donde nos necesiten. Debo decir que estoy bastante muerta de miedo. En Somalia nacen mil niños por cada matrona... Con eso nos hacemos una idea del problema médico.

Soy una mujer adulta, independiente, inteligente... pero estoy cagada, para qué negarlo. Es mi primera aventura en África ¡tengo miedo e ilusión a la vez! ¿Cómo se entiende eso?

Hace un año que lo dejé con mi pareja, otro médico, Toni. Mi madre en este caso no tuvo reparo alguno en demostrar su alegría cuando rompimos porque no podía ni verlo: no estaba a mi «altura» como ella dice y, sólo porque era un hombre hecho a sí mismo que se financió la carrera trabajando por las noches de camarero. Para mí es admirable. Nadie le regaló nada, ni creció entre algodones ficticios, como yo. Si no hubiera sido por papá y Celia esta familia no valdría la pena. Mi madre, como lo era mi abuela con ella, ha sido inflexible y estricta a partes iguales; es un tema cultural, pues es lo que ella ha vivido. Me da mucha pena que no haya podido vivir una vida plena. Seguro que en su adolescencia y juventud debió ser una chica llena de sueños, como la gran mayoría.

Toni y yo llevábamos tres años juntos y decidimos dejarlo de mutuo acuerdo. Nos llevábamos bien sin embargo no había pasión; era más una amistad que una relación de pareja. Nos encontramos todavía por los pasillos del hospital y, de vez en cuando nos tomamos un café. Ahora sale con Eva, enfermera de urgencias y, parece que les va bien. Yo me alegro porque le sigo queriendo, pero como a un amigo.

No echo de menos para nada tener pareja. Sí, quiero hijos en el futuro, pero no necesariamente un marido. Llegado el momento, si no tuviera pareja no dudaré en hacerme una inseminación u adoptar, sin problema.

Mi coordinador se llama Abdoulaye Mbaye, Dr. Mbaye, aunque me ha pedido que le llame Abdu, a secas. Es de origen senegalés pero se ha formado en España, donde lleva treinta de sus treinta y siete años. Es un hombre guapo, muy guapo. Me ha dicho que mañana me presentará al equipo y empezaremos a trabajar.

Ha anochecido ya en Mogadiscio y decido enviar un mensaje de texto a Celia, ahora que tengo cobertura. Mañana, ¡vete a saber!

«Celia, ya estoy instalada, hablé con papá, todo bien ¡un calor infernal! me tendré que acostumbrar. Hablé con mi coordinador... un hombre muuuy guapo. Ya te contaré cuando hablemos. A ver si mañana puedo conectarme, que ahora estoy muerta de cansancio. Un besito amor».

Me metí en la cama y en dos segundos me dormí. Mi cuerpo ya no aguantaba mi peso ni un minuto más.

Al día siguiente Abdu me presentó al resto del equipo y empezamos a hablar de todo lo que teníamos que hacer. Partimos hacia el campamento en una jornada interminable para hacer apenas doscientos kilómetros. Es donde estaría nuestro hospital itinerante y hogar durante los próximos meses. Llegamos cuando ya anochecía y apenas quedaba luz del día.

Me senté al borde del arroyo mirando el cielo, que estaba precioso.

Abdu se acercó a mí...

—Dra. del Valle —dijo muy respetuoso— ¿Está bien?

—Por favor Abdu, llámame Daniela y háblame de tú —contesté— estoy bien, un poco cansada pero es cuestión de aclimatarme al medio. Mañana estaré al cien por cien.

—Perfecto, Daniela —me dijo—. Mañana a las siete desayunamos y a las siete y media reunión para organizarnos. Ya te adelanto que será un día largo pues vendrán unas cincuenta mujeres embarazadas para revisión. Va a ser duro: el clima, la situación política es delicada, pero la gente a la que vamos a ayudar es maravillosa. Cada sonrisa de ellos es energía y fuerza para nosotros... A veces reirás, otras llorarás. Aquí la vida es difícil, pero al final del día ves que has hecho una gran tarea y se sobrelleva mejor.

—A eso he venido Abdu —respondí—, a echar una mano —sonreí—. Mi vida es la medicina, especialmente la medicina de la mujer. Si puedo ayudar a que sus embarazos y partos sean mejores, me sentiré plenamente satisfecha. Y a ti, ¿qué te ha traído hasta aquí?

—Lo mismo que a ti —contestó mirando el firmamento— ¿Ves este cielo? Este cielo es el mismo que yo veía de niño en Senegal: un cielo libre, puro, bello, lleno de estrellas. Este cielo es difícil verlo en Barcelona ¿verdad?

—Sí, es cierto, da paz —le dije—. Me preocupa cómo me voy a comunicar con ellos. No hablo su lengua, sólo inglés.

—Por eso no te preocupes —me interrumpió— tenemos intérpretes. Yo mismo hablo un poco su idioma, lo suficiente para entendernos. Si necesitas cualquier cosa, aquí estoy, pero a veces, una simple mirada dice más que mil palabras.

—Muchas gracias Abdu —le agradecí su gesto—, mañana nos vemos.

Tras despedirme, me metí en la pequeña tienda que sería mi hogar por un tiempo, no sin antes pensar que todo iba a ser mucho más complicado de lo que había imaginado ¡en qué berenjenal me había metido!

Aquí estoy. Lejos de casa, a miles de kilómetros de los míos para intentar ayudar en todo lo que pueda. Sé que soy una buena médico y mi única intención es traer aquí algo de seguridad para estas mujeres y niñas.

23. Celia. Preparando el viaje a París.

Najib me ha enviado los billetes para París y la dirección del Hotel: El *Four Seasons* en la Avenida George V, cerca del Arco del Triunfo. Estoy emocionada por volverlo a ver, pero me dan pánico las presentaciones oficiales.

He ido a ver a Olivia esta tarde y está muy bien, además de contenta por la boda de su madre. Mi niña preciosa se está recuperando a muy buen ritmo, ya está pensando que pronto empezará el cole; para cuando eso ocurra estará casi perfecta. Sigue yendo a terapia, ventajas de tener a una mamá fisioterapeuta, aunque Anna ha decidido que sea uno de sus socios el que trate a su hija... dice que le duele sobremanera verla sufrir. Oli es una campeona. Tiene una pequeña cicatriz en su cabecita, pero en cuanto le salga el cabello, sólo será un mal recuerdo. Cada vez que pienso en lo que podría haber pasado... se me ponen los pelos de punta.

Ya he firmado el divorcio de Carlos. Él no apareció a la cita, pero yo firmé. Mi abogada dice que es una situación muy habitual pero en este caso, al no haber niños ni propiedades ni nada en común, no debería ser un proceso largo. En lo que a mí respecta, Carlos es el pasado.

Sé que se está dedicando a dejarme mal delante de amigos comunes. Me da igual. Yo no tengo que dar explicaciones a nadie y menos a la «rancia» alta sociedad de Barcelona. Cada vez me la traen más al paio. Sólo quiero olvidar toda esta pesadilla y volver a vivir, lo necesito.

Mi ex suegra, de la que no sabía nada desde que me separé, tuvo el valor de llamarme el mismo día de la firma para decirme que me quería como una hija, que seguro que todo se podía arreglar, y que me lo pensara; que tenía mucho que perder en esta situación. Eso me olió a amenaza... y a mí las amenazas me sacan de mis casillas. No le debo nada a esa señora ni a su familia.

Finamente le dije que no, que no había vuelta atrás, que no sabía de la misa la media y que, por favor, me dejaran en paz. Fue entonces cuando «sutilmente» me pidió que le devolviera el anillo de compromiso, ya que pertenecía a su familia. Yo ni me acordaba que lo tenía y le dije que por supuesto, lo devolvería. Así lo hice: lo metí en una cajita y se lo hice llegar. No quería nada suyo. Ni siquiera recordaba ese jodido anillo. Yo no le pedí el reloj de oro a Carlos; se lo regalé por el compromiso y no lo quiero para nada, lo mismo que el dichoso anillo. Imagino que se lo darán a la próxima nuera que tengan y, luego se lo quitaran y así sucesivamente... ¡qué les den a todos!

Esa tarde salí a tomar un poco el aire por la zona del Port Olímpic y vi a Carlos agarrado de la cintura de Laura, se estaban besando. ¡Qué rápido esa zorra se le ha vuelto a tirar al cuello! Me molestó mucho, no por el hecho de que Carlos abrazara a otra, sino porque era ella. Pero que les vaya bonito. Y él va de dolido por la vida, cuando es un auténtico cerdo. No entiendo por qué no ha firmado, si es evidente que está con otra. Está claro que quiere hacerme daño.

Pese a que borré a Carlos de Facebook, sé por amigos que se estaba dedicando a colgar fotos nuestras del pasado con frases de rencor, románticas, de ira... dependiendo de su estado de ánimo de ese día. ¡Qué triste acabar de esta manera!

Casi no utilizo esa red social, por lo que mi actividad es escasa, pero sé que hay muchos cotillas que no paran de meter las narices y hacer sangre por ahí... No me interesa. A mí sólo me interesa Najib y mi futuro con él. Y en eso estaba yo pensando en ese momento, en que la fiesta de París era dentro de pocos días y no tenía nada que ponerme.

Najib me dijo que sería una fiesta elegante y que me compraría un vestido, pero le he dicho que ni hablar, que me lo compraría yo y así le sorprendería.

Así que, me he puesto las pilas y me he comprado uno precioso con escote *hatler*, largo, de satén color *nude*, con pedrería alrededor de la cintura, espalda ligeramente al aire y una abertura en el lado izquierdo del vestido que recorre del pie hasta medio muslo; lo acompaña un foulard sobre los hombros. Es muy atrevido pero elegante a la vez. Los zapatos, altísimos, del mismo material y, para complementar, un bolso *clutch* con pedrería. Creo que le va a encantar. Me ha costado una pasta larga, pero Anna conoce un *outlet* de marcas de lujo que realmente está muy bien, me ha salido mucho más barato. Pensé que para un evento así valdría la pena, ¿no? Tendré que estar a la altura. Por mucho que me diga que su madre es una mujer sencilla, la búsqueda que hice en Google indica todo lo contrario. Lo admito... he fisgado un poco. No he podido evitarlo, necesito saber dónde me meto. Su familia es muy importante, mucho más de lo que Najib me ha confesado. Siento un poco de miedo, la verdad.

Como se acercaba el día del viaje, pasé de nuevo por peluquería a ordenar mi alocada cabellera, darme un baño de color y devolverla a la vida. Mi estilista me recomendó unos truquillos para recoger yo misma el cabello el día de la ceremonia, por si no encontraba un lugar donde hacerlo. Me preocupaba bastante ese aspecto, ya que soy un poco negada como peluquera.

La noche antes de partir hacia París preparé las maletas y conseguí hacer un chat con mi chico:

Ouououuuuuu, ououuuuuu —el horrible sonido que indicaba que tenía una video-llamada y que no sabía cómo cambiar...

—Hola cariño ¿estás preparada? —me miraba con esa cara de granuja que sólo él sabe poner.

—No veo el momento de subirme a ese avión —contesté emocionada— ¡tienes una habilidad para pillarme siempre en albornoz recién salida de la ducha!

Acababa de darme una refrescante ducha, llevaba el pelo recogido con un moño de esos que, o pareces una yonqui o una modelo, dependiendo del día y del estado de ánimo...

—Estás preciosa —dijo—, como siempre.

—¡Sí, claro!, pero tú siempre estás elegantemente vestido e irresistiblemente atractivo al otro lado de la línea y a mí me pillas semi-desnuda y con unos pelossssssss...

—Eso tiene solución —dijo divertido.

En ese momento se quitó la camisa blanca, dejando su cuerpo al aire. Sentí una contracción entre mis piernas... Su mirada era tan sexi ¡Qué digo sexi! ¡Era la de una fiera sexual!

—¡Qué! ¿Mejor ahora? —me dijo humedeciéndose los labios—. Ahora eres tú la que lleva mucha ropa. Quítate el albornoz...

Me lo quité, atónita, pero obedeciendo a su petición como una autómatas... Mis pechos ya estaban duros como piedras. Acercó su mano a la pantalla como si quisiera tocarlos, sentirlos y lanzó un gemido que me traspasó las neuronas.

—Celia, tengo tantas ganas de hacerte el amor, cariño. Te llevaría en brazos a mi cama, te besaría todo el cuerpo, te saborearía entera y luego —suspiró—, lo que te haría no lo olvidarías jamás... Ahora, tócate... —me ordenó de manera muy sugerente.

Mis manos ya estaban sobre mi sexo, buscándome, tocándome y yo estaba a punto de estallar...

Así nena, así —seguía animándome con su ronca voz tan sensual.

Llegué al orgasmo total en unos segundos... no hacía falta mucho más... y él, pleno de

felicidad. Le hizo una gracia perversa tener ese poder sobre mí en ese momento. No hacía falta ni que me tocara para que yo pusiera los ojos en blanco. Tenía su lado «travieso» y me volvía totalmente loca.

—Mañana, juntos, haremos nuestras fantasías realidad... mientras tanto espero que lo hayas pasado tan bien como yo. Te recogeré directamente en el Hotel, cariño. Yo ya estoy aquí, acabo de llegar, pero no puedo pasar a buscarte por el aeropuerto porque me ha pedido mi madre que la ayude con los preparativos de la fiesta. Te quiero nena, que tengas dulces sueños, mi amor.

—Te quiero, Najib —dije dulcemente— felices sueños...

Nos despedimos y me quedé unos segundos pensando, ¿sexo online, a mi edad? ¡Nunca imaginé que eso fuera posible! Ni siquiera estaba en mis planes, pero fue excitante y divertido. Una antesala de lo que me esperaba durante los próximos tres días. Nunca antes en la vida había tenido una experiencia similar, ni cuando Carlos viajaba tanto. De hecho, me parecía que quienes lo practicaban eran raritos ¡ya ves las vueltas que da la vida! Me tenía que callar...

Como era de esperar, casi no dormí en toda la noche y, cuando lo conseguía, era para tener sueños con él. Sueños no aptos para menores.

Me levanté, me duché y me arreglé como alma que lleva el diablo y salí hacia el aeropuerto, no sin antes despedirme de mis padres, enviándoles un mensaje explicando que estaría fuera tres días. Después de lo que había ocurrido, no quería dejarme caer por casa muy a menudo; con mamá siempre acabábamos discutiendo, era muy cargante. Sin embargo papá pasa por casa o nos tomamos algún café juntos. Sabe lo mucho que me incomoda mamá y, aunque no lo dice, sé que lo entiende perfectamente. Espero que lo podamos arreglar porque yo no quiero estar así con ella para siempre.

El vuelo salió con una hora de retraso y casi me como las uñas de gel que me acababan de arreglar... No soporto volar y menos sola, pero haría todo lo que fuera necesario para encontrarme con Najib. El vuelo a París de apenas una hora y media, se me hizo eterno.

Salgo por la puerta de «llegadas» y ¡sorpresa! ahí está Najib, más guapo que nunca, esperándome con un ramo de rosas en la mano.

Corrí hacia sus brazos tan rápido como pude.

—Najib, Najib —acurruqué mi cuerpo con el suyo con cuidado de no estropear las flores— ¿Qué haces aquí? ¿No tenías que estar con tu madre? Le besé millones de veces hasta donde mis labios alcanzaban.

—Quería sorprenderte, perdona por la mentirijilla —dijo— aunque ha sido a medias, con mamá me he visto esta mañana a primera hora. ¡Estás preciosa nena!

Yo iba con un simple tejano, zapato plano y una blusa blanca... nada del otro mundo. Si llego a saber que iba a venir me hubiera puesto mucho más mona.

—Tú sí que estás que cortas la sangre al verte —sonreí— no sabes las ganas que tenía de sentirte, de besarte ¡oh Najib! ¡Te he echado tanto de menos!

—Y yo a ti cariño, no sabes cuánto —contestó— ¿vamos al hotel?

—Claro, lo estoy deseando —sonreí.

—Mamá quería que te instalaras en casa —dijo—, pero he pensado que quizá te sentirías incómoda ya que no os conocéis aún. Por cierto... está impaciente.

—Veo que me conoces bien —contesté—, me hubiera muerto de vergüenza... ¡Qué corte cariño! Además quiero estar contigo a solas. Te necesito...

Agarró mi mano y con la otra, caballeroso, cogió mi maleta. Fuimos al parking a recoger el coche. Esta vez llevaba un descapotable de color azul noche precioso que, según me contó, era de su hermana Leila que se lo había prestado. Si por sí mismo era un hombre sexi, a

bordo de esa máquina era un ser sobrenatural. Cuando veía a Najib conducir, me daban ganas de sentarme sobre él y hacer una locura.

Entramos en el elegante hall del hotel *Four Seasons*, con esas enormes lámparas de cristal y todas esas flores, era precioso. Subimos a nuestra suite del tercer piso con vistas a la avenida George V. Dejé mi maleta junto a la suya y nos servimos una copa de *Champagne* que ya tenía en frío; estaba en todo... Me puse cómoda. Luego comimos en la misma habitación lo que Najib ya había encargado y que, como siempre, estaba delicioso. Hicimos el amor toda la tarde. No nos cansábamos el uno del otro... era como una adicción, pero en positivo. Era adoración.

Cuando ya caía la noche, nos acercamos al río Sena donde hicimos un crucero a solas con un pica-pica para cenar... fue tan romántico... ¿Hay algo más tierno que pasear por París una noche con el amor de tu vida?

Al día siguiente tenía lugar la cena de celebración con su madre, Sven y la familia y, por la mañana, ya me estaba arreglando para causar buena impresión. A media tarde eché a Najib de la habitación y le dije que ni se le ocurriera acercarse hasta la hora de recogida, que quería impresionarle.

—¡Mmmm nena! Estoy deseando verte... ¡seguro que me sorprendes!

—Eso espero —dije guiñándole un ojo— da las gracias a Leila que me ha conseguido una estilista que vendrá a ayudarme, sino sería un desastre.

—Eso lo dudo mucho *ma chérie* —sonrió— tú estás preciosa hasta con albornoz, lo sé por experiencia... —me pellizcó levemente el trasero y se marchó sonriendo.

A las cuatro en punto ya estaba la chica luchando con mi cabello. Me hizo un recogido muy elegante con un pequeño flequillo lateral, quedaba maravilloso y destacaba aún más mis hombros. Me maquilló sutil pero elegante; ni yo misma me reconocía... Tuve la misma sensación que en nuestra escapada en Marrakech. No parecía yo... y es que ¡siempre me he considerado tan poca cosa! Quizá debería empezar a creerme que no soy ni un patito feo ni una niña desvalida ¡soy una gran mujer con un hombre tremendo a su lado!

Me puse mi lencería especial para la ocasión, en satén de color nude a conjunto con el fabuloso vestido y acabé de acicalarme a la hora convenida. Sabía lo que a Najib le volvía loco... esos ligeros y esas braguitas tan pequeñas y semitransparentes. Ya estaba imaginando el momento...

A las siete y media bajé a *La Gallerie*, donde debía estar Najib ya esperándome... Y allí estaba él, con su impecable *smoking*. Su cara de sorpresa fue increíble, sujetaba una copa de *Champagne* que vi tambalearse cuando me miró. Un escalofrío recorría mi desnuda espalda.

—Madre mía, ¡Celia! —me miraba alucinado— pareces una princesa ¡qué digo! ¡Una reina! ¡He pensado que no vamos a ninguna fiesta! ¡Nos quedamos aquí! —dijo pícaro—. No quiero compartirte con nadie, quiero que seas toda mía...

—¡De eso ni hablar! —dije divertida— este modelito y yo nos vamos a la súper fiesta. Llevo un mes mentalizándome que voy a conocer a tu madre y tres horas arreglándome. No lo vamos a desperdiciar ¿verdad?

—Pues claro que no, cariño —me miró dulcemente— ella también está deseando conocer a la bella chica que me ha robado el corazón.

—Pues salgamos —grité— ¡no quiero llegar tarde y causar mala impresión!

Nos recogió una limusina y nos dirigimos al palacete propiedad de su familia, donde su madre pasaba gran parte del año con Sven, siempre a caballo entre Oslo y París, y donde Leila estaba más o menos establecida todo el año gestionando su agencia de publicidad.

El sitio era espectacular, rodeado de unos jardines maravillosos... La decoración tanto

exterior como interior era divina y llamativa, pero sin resultar rimbombante y hortera, lo cual es muy común en ciertos ambientes donde se mueve mucho dinero; todo lleno de obras de arte, muebles artesanales... Me sentí como pez fuera del agua porque, aunque yo soy de buena familia, la mía ni mucho menos era como la de Najib. Mi madre, si hubiera visto donde me encontraba en ese momento, se tragaría sus palabras una a una, le daría un *jamacuco*. No pude resistirme a hacer una foto de la fachada principal y enviársela por mensaje al grupo de la familia...

«Mamá & papá estoy bien. Ya hemos llegado al Palacete Lefebvre, propiedad de la familia de la madre de Najib. Un beso».

Añadí la foto y le di a enviar, simplemente para que viera que mi estatus social no estaba en peligro, pues me encontraba en un lugar en el que ella jamás imaginó que pudiera estar.

La respuesta no tardó ni dos segundos:

«Hija mía, pásalo bien cariño. Besos, papi»

«Disfruta. Un beso, mamá»

Disfruta... Ya lo creo que lo iba a hacer, todo lo que pudiera, aunque estaba de los nervios sabiendo que iba a conocer a lo que Najib más adoraba: sus parientes más cercanos. Estaba muerta de miedo y vergüenza a partes iguales.

Guardé el móvil en mi *clutch* y me re Coloqué el vestido... como si se hubiera movido: iba tan ajustado que esa posibilidad era muy improbable.

Se acercó una bella señora, rubia, con los ojos muy verdes. Unos ojos que me recordaron automáticamente a los de Najib, con esa misma belleza y pureza, con la misma verdad... Una mujer que no representaba más de sesenta años, aunque seguro que tenía alguno más; su estilo, su elegancia, su piel... la hacían parecer mucho más joven. Se daba un cierto aire a Leila, pero sus facciones eran como las de Najib, las mismas que me cautivaron y me habían calado tan hondo, hasta el punto de replantearme toda mi vida en apenas unos meses.

—Soy Celine Lefebvre, debes ser Celia —dijo dulcemente— mi hijo no miente, eres bellísima. Bienvenida a nuestra casa.

—Es un honor estar aquí Sra. Lefebvre, el placer es mío —dije muy impresionada— su hijo tampoco mentía cuando me dijo lo bella que era su madre.

—¡Por favor! Llámame Celine.

Celine habla bastante bien el castellano; se nota que no sólo lo había estudiado y es que, tal y como me dijo Najib, había vivido en España unos años. El acento era muy bueno y precioso con su toque francés...

—Ven cariño —Celine cogió mi mano mientras miraba a Najib— voy a presentarte a mi marido, Sven Holt.

—Mamá —Najib interrumpió— ¡déjamela un ratito!

—De eso nada cariño —interrumpió a su hijo con sutileza— ¡Sven, Sven! Te presento a Celia, Celia del Valle, la novia de Najib.

¿Ha dicho novia? Mis ojos estaban abiertos como platos y mis piernas aún temblaban, hasta el punto de pensar que me iba a desvanecer.

—Mucho encantado de conocerte, querida —dijo Sven.

Su español era más pobre, pero el hombre se hacía entender y resultaba muy graciosa su forma de expresarse.

—A Leila ya la conoces —siguió— y esta es la abuela de Najib, Madeleine.

La abuela me saludó con mucho afecto. Me emocionó.

Leila también estaba preciosa, con su melena oscura suelta y un vestido con pedrería de corte imperio y escote corazón. Me abrazó como si fuera ya de su familia, lo que hizo

relajarme una micra; aquello era una presentación en toda regla.

Conocí a muchísima gente, primos, tíos, sobrinos, amigos, amigos de amigos... En fin, cuando ya me habían presentado a un par de docenas de personas prácticamente no recordaba ni un sólo nombre. Entre el cortocircuito mental y los nervios estaba saturada, pero feliz.

La velada transcurrió maravillosamente. Un menú exquisito en mesas de ocho personas que compartimos con Leila y su «mejor amigo» llamado Pierre; Jurgen y Annette, que son el hijo del primer matrimonio de Sven y su mujer y, unos amigos íntimos de la familia.

Tras la cena hubo un baile que empezó con música «de mayores» como diría Anna, para seguir con ritmos mucho más actuales y bailables donde los más jóvenes pudimos disfrutar de lo lindo.

Nos lo pasamos muy bien. El ambiente que yo había imaginado era encorsetado y rígido, pero resultó ser todo lo contrario, dentro de una atmósfera de mucha clase, obviamente.

Pusieron alguna canción romántica y Najib me llevó al centro de la pista, bien cogida por la cintura, para que no escapara... ¡Como si quisiera hacerlo!

—Nena, eres la más bella de la fiesta, lo sabes ¿verdad? —susurró a mi oído con esa voz que me hacía enloquecer—. Has encandilado a todos y en especial a mi madre. La he visto muy feliz y te aseguro que no es fácil de contentar. Le has caído bien, estoy seguro; te amo pequeña...

—Estoy abrumada, Najib —dije agarrada a su cuerpo con fuerza—. Soy feliz... Me siento como en un sueño, un sueño del que no quiero despertar nunca.

—Y no lo harás *ma chérie*...

Me besó dulcemente los labios.

Seguimos bailando abrazados, ni siquiera sé si íbamos al ritmo de la música o no... Era lo que menos me importaba; sólo quería estar con él y que no acabara la noche. Por un segundo me acordé del cuento de La Cenicienta y me dio miedo que a las doce en punto mi vestido se volviera un harapo, mi carruaje una calabaza y que, por supuesto, el príncipe desapareciera.

Tuve la oportunidad de hablar un rato con Celine y me contó lo mal que lo había pasado Najib, por lo que imaginé que, si ella era dichosa, era porque veía asimismo feliz a su hijo. Eso me hizo sentir más ilusionada y aferrada a esta relación que, pese a ser muy reciente, era la más intensa que había vivido.

—Ella es maravillosa —le dije a Najib— se nota que ha sido una buena madre. Además le salen unos niños muy guapos, jajaja... —reí divertida.

—¿Lo has pasado muy mal? —preguntó— ¿lo imaginabas así?

—No tenía ni idea de lo que me iba a encontrar, la verdad —sonreí—, pero me han caído todos muy bien. Sois una familia muy unida y eso me alegra, no sabes cuánto. Ha sido mucho más distendido de lo que había imaginado, un auténtico placer.

—Creo que ya va siendo hora de volver al hotel para poder quitarte este vestido y ver qué sorpresa hay debajo —dijo muy sensualmente acercando su boca a la mía.

Casi me deshago con sus palabras. Nos despedimos de todos con la promesa de volvernos a ver muy pronto.

La limusina nos devolvía al hotel y allí mismo nos empezamos a devorar: él respiraba muy agitado, muy excitado y yo notaba como mi ritmo cardíaco se aceleraba sin remedio. Sus besos eran tan sexis, tan dulces y tan agresivos a la vez... Volvería loca a cualquier mujer... Una de sus manos recorría mi espalda al aire y la otra mi muslo desnudo. Yo lo tenía abrazado por el cuello, besando su piel... le quería a toda costa dentro de mí.

Llegamos al hotel y el ascensor parecía no llegar nunca... Prácticamente derribamos la

puerta de la suite, la cerramos como pudimos y nos despojamos de la ropa que nos sobraba y fue allí, contra la pared, donde lo hicimos por primera vez esa noche.

Al despertarme, a la mañana siguiente, Najib me estaba observando con expresión de alegría en su cara...

—Qué bella eres, mi pequeña Celia... ¿Qué me has hecho? ¿Me has embrujado quizá?

Nos besamos y volvimos a hacer el amor, de forma lenta y pausada, orquestando todos esos pasos como si fueran los últimos de nuestras vidas y no quisiéramos que terminaran jamás.

Miedo me daba separarme de él. Solamente quedaban dos días y volveríamos a nuestras ciudades de residencia. ¡No quería volver sin él! Simplemente me hubiera quedado allí, acurrucada a su lado, sin comer ni beber, sólo abrazados.

Pero surgió lo inevitable...

—Tenemos que hablar, Celia —interrumpió el silencio—. Quiero estar contigo, tenemos que buscar la manera. Te amo y me he enamorado de ti. ¡Quiero estar contigo y no me importa dónde!

—Yo también te quiero —acaricié sus cabellos— no puedo ni siquiera imaginar el separarme de ti por más de una noche, pero ¿qué podemos hacer?

—Vente a Marrakech —dijo— te daré la mejor vida que puedas soñar. Viajaremos, haremos el amor, te mimaré como nadie jamás lo ha hecho, estaremos siempre juntos, ¡nada podrá separarnos!

—Najib, Marrakech... —le miré con tristeza— no es el mejor lugar para una mujer moderna, ¿no crees? Tengo a mi familia, mis amigos, todo en Barcelona ¡Ven tú! Venderemos mi piso y compramos algo más grande y cómodo... Ya sé que es difícil, pero estoy segura de que puedes controlar tu negocio a distancia con unos pocos viajes al mes. Yo te ayudaré.

—Es una posibilidad, pero no es fácil tampoco —dijo—, tengo que ver cómo se puede organizar. Ya sabes que en un negocio si no estás totalmente involucrado es difícil. Vamos a seguir con el plan de vernos ahora como podamos. Vendré siempre que tenga un hueco ¡si puede ser cada semana mejor! y si una semana no puedo, ven tú a pasar unos días. Sólo quiero que luchemos por esto, cariño. Tengo una cosa para ti...

Mi corazón dio un vuelco.

Sacó una cajita alargada y aterciopelada. Me la dio, la abrí y había una pulsera preciosa en oro blanco con una ristra de brillantes. Me quedé muda, sin palabras.

—Es una señal del amor que siento por ti, Celia del Valle. Voy totalmente en serio. Te amo y quiero estar contigo el resto de mi vida.

—Es preciosa, Najib —susurré—, pero me da miedo que vayamos demasiado rápido y nos peguemos el gran tortazo... Apenas hace unos días que firmé el divorcio. Ha sido un matrimonio muy traumático, como sabes. Lo tuyo tampoco ha sido nada fácil. No me entiendas mal, Najib... te quiero y mi deseo es estar contigo. Tenemos que buscar la fórmula perfecta para estar juntos y ver como funcionamos conviviendo. Eso no se puede hacer a distancia.

—Cierto —interrumpió—, pero estoy seguro de que encontraremos la forma. Lo prometo. Yo haré lo imposible cariño, pero tenemos que luchar por esto. No quiero perderte.

Nos abrazamos de nuevo y permanecemos así, no sé por cuánto tiempo...

Regresamos de nuevo a nuestros respectivos hogares con la esperanza de vernos muy pronto.

24. Celine. No hay nada mejor que ver sonreír a Najib.

Me casé muy joven con Mohammed Al-Mansour. Mi familia se opuso en un principio a ese matrimonio por su religión, pero Mohammed era un hombre moderno y muy formado. Era diplomático y hacía años que era ciudadano del mundo. Fuimos un matrimonio totalmente normal pero anormal en lo referente al choque de culturas.

Tuvimos a Najib justo a los nueve meses de casados, yo sólo tenía veintitrés años. Cuando vi a ese niño moreno, de tez rosada, tan bonito, tan chiquitito, mis instintos se agudizaron hasta el punto de pensar que nunca dejaría que nadie le hiciera daño. Le protegería por encima de todo. Amo a mis hijos más que a mi propia vida, como imagino la mayoría de madres, pero Najib era diferente, siempre fue un chico especial: sensible, honesto y cariñoso.

A los ocho años Mohammed murió en un accidente de avioneta y mi Najib se hizo el hombre de la casa... ¡era un niño tan responsable e increíble! Estudió bellas artes en París por el mero placer de ser más culto y los negocios los lleva en las venas, tiene un olfato natural. Es un orgullo para mí, al igual que mi niña.

Conocí a Sven a los cinco años de la muerte de Mohammed. Nunca pensé que me volvería a enamorar. A los tres años nació mi hija y nos casamos ahora hace justo veinticinco. Sven se dedica al arte y vivimos alternando Oslo y París, mi ciudad natal. Somos muy felices, Najib le quiere como un padre, no puedo pedirle nada más a la vida.

Cuando Najib se fue a África y empezó allí sus negocios, no fui muy dichosa... Estaba muy lejos de casa, mi niño. Por ese entonces conoció a Karen. Nunca fue santo de mi devoción, pero si mi hijo la había elegido, yo sólo podía apoyarlo. Desconfiaba de ella y no sé muy bien el porqué... me dio siempre mala espina: sin familia, sin apenas amigos, sin una historia tangible detrás... Sólo existía ese tal Roger, compañero de la Universidad que, según ella, era como su propia familia, su única familia. Cierto es que las madres tendemos a desconfiar, pero con Karen tuve muy mal presentimiento; por un momento llegué a pensar que quizá tenía celos porque él estaba locamente enamorado y perdería a mi hijo.

Najib me lo cuenta todo. Me explicó que su matrimonio estaba al borde del abismo... estaba tan desolado... nunca lo había visto así. Cuando Karen desapareció se hundió. En la vida había visto a mi hijo tan desesperado y autodestructivo. Le costó años sobreponerse y empezar a recuperar las riendas de su vida, pero es un chico fuerte mi Najib.

Me llamó para contarme que había conocido a una chica española muy especial y que creía que se estaba enamorando... Su tono de voz volvía a ser el del Najib esperanzado y alegre y, con sólo oír su nombre supe que tenía que conocerla: Celia es un nombre bonito, suena incluso muy parecido al mío. En este caso y sin apenas saber nada de ella, no tuve la horrible sensación de la primera vez. Esta chica ha conseguido sacar a mi hijo del pozo donde estaba sumido, tenía que ser una persona única.

Me alegró mucho que mi hijo volviera a tener la esperanza del amor; es joven, tan sólo treinta y ocho años, aunque aparenta algunos menos. Es sano y deportista, guapo, músico — toca el piano como un profesional—, le gusta el arte y tiene dinero. No entendía como había tardado tanto tiempo en reunir de nuevo las fuerzas para amar a alguien.

Y es que una madre lo único que quiere en definitiva, es que sus hijos sean felices. Y volver a ver sonreír a Najib, fue el mejor regalo que podía recibir. Ni el dinero, ni el éxito dan la felicidad. Solamente el amor.

Si esta chica es la definitiva, como así parece, le apoyaré. Najib es un hombre adulto y con sentido común. Ha cambiado totalmente desde que ha conocido a Celia.

No he tenido más que buenas vibraciones desde que entró por la puerta. Tiene pureza en la mirada, como mi Najib.

Sé que esta vez no se equivocará.

25. Mariola. ¿Qué nos depara el futuro?

Mi hija me ha descolocado. Parece que ese tal Najib no es ningún muerto de hambre, pero aun así, no me fio. Los Betancourt son lo mejorcito de Barcelona y están muy bien relacionados con las altas esferas. No quiero ni pensar aparecer por el club y no hablarme con ellos y, la cosa ya está tensa, muy tensa. No nos han invitado a la fiesta de final de verano y hace más de veinte años que acudimos.

Vuelvo a tener sesión con Christine, mi vidente y apoyo espiritual. No tengo buenas sensaciones últimamente.

—Mariola —dijo Christine— la pequeña va a ser muy feliz, pero su felicidad no es tu felicidad, te disgustará... La mayor —prosiguió—, ha sufrido muchas decepciones a su alrededor. Creo que deberías plantearte hacer un ritual para que cambien las cosas.

Christine no acostumbra a equivocarse cuando me dice algo. De hecho auguró unos meses atrás, en una de sus visiones, un problema grave en el matrimonio de Celia: «algo insalvable» me dijo. No quise creerla ¡eran la pareja perfecta y la envidia de todos!

—Christine —dije visiblemente preocupada— ¿Qué pasa con Daniela? Lo de la decepción con Celia no me sorprende pues se está enamorando de un hombre que vive lejos, teniendo a Carlos a sus pies.

—Carlos le ha hecho mucho daño —dijo seriamente— no sabes nada Mariola, pero esta ha sido una de las grandes decepciones de su vida. Le rompió el corazón en mil pedazos. Veo que la engañó durante meses y no sólo con una amante, creo que hubo más. Se portó muy mal con ella en muchos aspectos, no sólo afectivamente...

—Eso a veces no importa —seguí— las mujeres estamos programadas para superar unos cuernos.

—No en este siglo —me interrumpió—. Te aconsejo que hagamos un ritual de limpieza. Veo embrollos legales, decepciones personales y un gran sufrimiento en Celia.

Me asusté... ¿Qué disgusto me iba a dar Daniela? si era una niña buena. No me hace gracia que esté en África, pero sé que es transitorio. Sólo quiero que encuentre un buen marido. Se está haciendo mayor y ¡quiero nietos! Con Celia lo veo ya difícil teniendo su matrimonio roto, sus problemas de ovarios y habiendo tenido abortos. Quizá nunca tenga niños. Mi esperanza es Daniela.

Christine me cobró los cien euros y me fui preocupada a casa. Quizá sí debería hacer el dichoso ritual de limpieza... Por supuesto, a Juan, ni una palabra... Ante la mínima sospecha de que acudo a ver a mi consejera espiritual, como a mí me gusta llamarla, me cataloga de loca para arriba. Pero ella me da ese apoyo que a veces me falta.

Cuando nació Celia, yo quería un niño. Ya tenía nombre: Alejandro. Mi marido en cambio, sí estuvo contento con su nacimiento, siempre ha sido su ojito derecho. Sin embargo poco a poco y a mi manera, me acostumbré a la idea de que era una niña.

Con Daniela fue más de lo mismo y ya no quise arriesgar con un tercer embarazo. Por aquel entonces ya visitaba a Christine y me dijo que solamente veía niñas en mi familia.

Yo también tuve sueños, fui una chica un poco alocada... pero mi madre con su mano firme me corrigió. Nadie más lo sabe, pero a los diecisiete años me fui de casa, desafiándola. La escapada duró apenas dos días... Volví al internado y acabé mis estudios. Así era como debía ser mi vida y no otra. Los cantantes de moda también me gustaron en su momento. En los setenta también éramos chicas que queríamos cambiar el mundo, pero la estricta sociedad, la dictadura y luego la joven democracia, propiciaron que eso no pudiera llevarse a cabo.

A veces pienso que he sido demasiado dura con ellas... Quizá debiera aflojar. No quiero perderlas como yo perdí a mi madre... Hasta el mismo día de su muerte nunca demostró que me quisiera ni un ápice. Siempre pensó que debí ser un chico, el mismo error que cometí yo en su momento. Me pregunto si los genes tiran tanto como para parecerme a ella. La sola idea de asimilarme me revuelve el estómago.

Aún en su lecho de muerte fue incapaz de decirme te quiero... Un simple te quiero quizá hubiera cambiado mi vida.

Mi madre era alemana. Una mujer muy rígida, inflexible, dura como la piedra, sin sentimientos aparentes... No llegó a conocer a mis hijas, murió antes. Tengo un hermano mayor, lo cual creo que complicó mi existencia. Él era su claro favorito, no tenemos trato desde hace muchísimos años.

Mi padre era algo más flexible pero moldeable al antojo de mi madre. Sé que fue un matrimonio de conveniencia, pero a su manera, se llevaban bien.

A veces pienso que el modelo familiar que tuve me marcó de por vida y por eso soy así.

Juan me dice que me relaje... me lo lleva diciendo desde que nació Celia; pero estoy programada para ello. Por suerte, debo agradecerle que él sea el contrapunto a mi carácter... No sé qué me hizo tan dura, seguramente la incomprensión e indiferencia de mi propia madre.

No acepto el divorcio con Carlos porque sé que se equivoca ¡unos cuernos no son nada! tuvo un par de noches locas con otra ¿y qué? Él me jura que la ama y que sólo podrá amarla a ella. A veces hay que perdonar y más si tu marido es Carlos Betancourt: un chico muy bien situado que le da a mi hija la estabilidad que necesita.

Las quiero, que nadie lo dude, pero no soporto que no me hagan caso.

26. Daniela. La vida en el campamento.

Hoy ha sido una jornada dura. Llevo aquí unos días y no cesan de venir mujeres y niñas, algunas que justo empiezan a menstruar y ya están embarazadas; muchos de estos embarazos fruto de una violación. Estoy horrorizada. He llorado lo que no está escrito y esto es sólo el principio. Yo pensaba que lo había visto casi todo, pero no. Este mundo es otro mundo... un mundo atroz, lleno de desgracias y dolor.

Abdu cena conmigo y con otros colegas. No dice nada, es un hombre serio y callado, pero me gusta, es buena persona. Con mis otros compañeros me llevo bastante bien, somos un grupo bastante majo, de diferentes edades. Muchos de nosotros nos conocimos en la reunión previa que tuvimos en Barcelona e incluso alguno estudió conmigo. Casualidades de la vida...

Una niña me ha llegado al alma hoy, le han practicado la ablación del clítoris, le han arruinado la vida. ¿Cómo pueden existir padres en el mundo que permitan infligir tanto dolor a sus propios hijos? Ponen en riesgo su vida haciéndoles una operación chapucera por pura tradición, por la dichosa religión. No logro entenderlo.

Me siento otra vez en mi rincón favorito y no puedo evitar llorar al recordar los gritos de dolor de Salma, la niña. La han traído esta mañana desgarrada, sangrando y podría morir debido a la infección que le han provocado; su madre explicó que la sacerdotisa de su aldea se lo había hecho con un trozo de lata... Aquí tenemos antibióticos, pero no sé si será suficiente ¡ojalá estuviéramos en Barcelona, la salvaríamos seguro!

Veo que Abdu se acerca con una taza de té en la mano.

—Un día duro ¿verdad? No quiero decirte que te acostumbrarás porque no es cierto, pero sí que lo irás asimilando —dijo mientras me acariciaba el hombro con sutileza.

—Hoy ha sido uno de los peores días de mi vida, Abdu. Me siento impotente —seguía con su mano rozándome—. Me pregunto por qué, por qué y por qué, continuamente... ¿Por qué en algunas partes del mundo la vida de una mujer o, en este caso de una niña, vale tan poco? ¿Por qué las casan siendo unas crías? ¿Por qué les hacen esa barbaridad de la ablación? ¿Por qué sus vidas son tan poca cosa? ¿Por qué?

—No tengo esas respuestas —dijo Abdu muy serio—, pero comprendo y comparto tu sentimiento. Yo soy senegalés de nacimiento, el pequeño de tres hermanos. Mi familia era trabajadora y normal, sin embargo, atípicamente moderna. Mi padre era el médico del pueblo y siempre se negó a realizar ablaciones aunque curaba a las pequeñas que traían tras haberlas mutilado... En mi familia seguíamos las tradiciones a medias; mis hermanas nunca sufrieron ningún tipo de aberración, mis padres querían que estudiaran y no querían casarlas por conveniencia, pero eso trajo problemas... Fue por ese motivo que mis padres fueron asesinados cuando yo tenía siete años por un movimiento radical que había por la zona. Mis hermanas desaparecieron sin dejar rastro; a día de hoy no sé nada de ellas... Yo fui a parar a un orfanato y a los pocos meses, un matrimonio de Barcelona me adoptó. No soy persona de contar los detalles más personales de mi vida... te habrás dado cuenta de que soy bastante reservado, pero quería que lo supieras.

—Dios mío Abdu... no tengo palabras... debió de ser terrible —dije horrorizada.

—Tengo vagos recuerdos de esos siete años... únicamente pequeños detalles, todo muy lejano. Mis hermanas apenas tenían doce y trece respectivamente. Ellas imagino, si es que están vivas, sí que tendrían muchos más detalles. Tampoco es un tema del que me guste mucho hablar. Mi vida de hecho empezó cuando llegué a Barcelona.

—¿Cómo es que mantienes tu apellido Mbaye si fuiste adoptado? —pregunté con infinita

curiosidad.

Abdu me miró fijamente, como pensando la respuesta.

—Perdona —interrumpí— me he pasado, no me incumbe, es una pregunta demasiado personal.

—No te preocupes, para nada —dijo agitando sus manos, quitándole importancia— en realidad mis padres adoptivos mantuvieron mi apellido como segundo nombre. Ahora te vas a reír, en realidad me llamo Abdoulaye Mbaye Ferrer Solsona. No querían que perdiera mi origen. Es una forma original de mantenerlo ¿no te parece?

—Ciertamente así es —respondí sorprendida y se me escapó una sonrisa—, por lo tanto en realidad eres el Dr. Ferrer... Me parece un gesto precioso por parte de tus padres adoptivos. ¿Puedo preguntar qué tal son? Ya que estamos de confesiones...

—¡Hum! —exclamó sonriente— creo que para una primera noche de confesiones ya está bien por mí parte. Podrías contarme tú algo de tu vida ¿no te parece justo?

—Tienes razón —contesté— ¿Qué te gustaría saber? Podría empezar por decirte que vengo de una familia de clase media; mi padre es médico y mi madre es eso, madre y muy controladora por cierto y que tengo una hermana enfermera que se acaba de divorciar traumáticamente y que es mi mejor amiga. Que lo dejé con mi novio hace ya algún tiempo, que no supuso ningún trauma y que vivo en un cuco apartamento en el barrio de Gracia en Barcelona. Poco que contar. Tengo una vida de lo más normal...

—Pues a mí me parece muy interesante Dra. Del Valle —me miró con sus penetrantes ojos negros, tan negros como su suave piel— parece usted una persona de lo más atrayente. Por cierto, cambiando de tema radicalmente: mañana llegará un cargamento de medicamentos y demás utensilios que nos hacen mucha falta. Cuento contigo para ayudarme a supervisarlo ¿Okey?

—Entonces... ¿ahora soy tu mano derecha aquí?

—¡Por supuesto! —respondió— ahora mismo eres la persona que más sabe de mí en el campamento ¡no te chives eh! —se alejó hacia su tienda, sonriendo.

Supuse que lo que Abdu pretendía era distraerme del horrible día que había tenido, dándome otra tarea para mantener la mente ocupada y no tirar la toalla antes de tiempo, como hacen otros muchos compañeros. Me gustó ese gesto para conmigo, me sentí algo más consolada sabiendo que tenía a alguien allí que se preocupaba por mí.

Supuse que su vida no había sido nada fácil.

Me imaginé a un pequeño Abdu recién llegado a Barcelona, en casa de sus padres adoptivos y tomando canelones por Navidad. Me pareció una imagen preciosa.

Tras una vida llena de dolor, tener la oportunidad de vivir en un mundo completamente distinto, no tiene precio. Tener el suficiente valor como para llegar con siete años y amoldarse a una vida tan diferente a la que tenía en su país, con unas personas a las que no conocía de nada...

Imaginé a los Sres. Ferrer como unos padres modélicos. Conseguir que su hijo estudiara medicina y fuera tan buena persona... hay que ser muy bueno educando a un niño que llega con esa corta edad, con una serie de vivencias a sus espaldas y que tenga la cabeza tan bien amueblada como la tiene Abdu.

El detalle de mantenerle el apellido me pareció sensible y adorable. Una manera de no perder nunca sus raíces.

Fantaseé un rato imaginando cómo podría haber sido su vida durante todos estos años y llegué a la conclusión de que, pese a sus malos primeros años, había tenido una infancia feliz, posiblemente hasta mejor que la mía.

Reflexioné en lo que podía significar para él no saber nada de sus hermanas y me dolió profundamente en el alma. El mero hecho de pensar en que no volviera a ver a la mía, me rompía el corazón, era algo que no entraba en mi cabeza. Ojalá algún día las encontrara... Ni siquiera sabía si había intentado buscarlas y, sinceramente, no tuve valor de preguntar por ello.

A lo mejor sólo quería pasar página y olvidarse de todo aunque, por lo que vi en sus ojos, estaba totalmente segura de que eso no era así.

27. Celia. Algo pasa con Sonia.

Anna sigue son su locura mental transitoria que ya le dura veinte años o más, lo cual no es noticia, sin embargo Sonia está rara de narices. Hace días que le dejo mensajes y no sé apenas nada de ella: o bien no contesta o, es tan escueta que me preocupa. No he querido comentar nada con Anna para no alarmarla ni hacer de lo que puede ser de un grano de arena, un montón.

Decido coger el toro por los cuernos y presentarme en su oficina. Como es la Directora Comercial sé que a veces no está, pero pienso que la encontraré ya que los lunes es el día fijo en que asiste a las reuniones de equipo, así que me presentaré sin avisar.

Sonia es una de mis mejores amigas... ¡qué decir de ella! Nos conocemos desde el colegio, desde primaria... ¡por Dios! ¡sé lo que piensa en cada momento con sólo verle la cara! En el cole Sonia era la típica niña regordeta que siempre iba sola, acomplejada, empollona y aislada del resto. Nos hicimos muy amigas ya que yo, pese a ser lo opuesto en casi todo, me sentía cercana a sus sentimientos. Pero todo eso cambió en la adolescencia: los patitos feos se convierten en cisnes, ya se sabe. Sin embargo la que manejaba y sigue manejando el cotarro siempre fue Anna, el alma mater de este trío. Como ella misma se auto-define, era, es y será una loca del coño.

Con Sonia hemos tenido vivencias paralelas: nuestros noviazgos, las bodas con pocos meses de diferencia... pero con la salvedad de que yo ya estaba en medio de un divorcio y ella seguía felizmente casada.

Sergio, su marido, es comercial y trabaja en la industria química. Viaja mucho, muchísimo diría. Prácticamente cada semana tiene alguna salida programada. Pero su rutina es así... Siempre encuentran un momento para ellos mismos y su relación es excelente. Él es un buen chico. En cuanto se enteró de la movida con Carlos no dudó en ponerse de mi lado, al igual que Jorge, pese a pertenecer al mismo círculo de amistades.

Decido subir a la planta tercera, donde Sonia tiene su despacho y la atenta recepcionista me reconoce de inmediato y me saluda efusivamente:

—Celia ¡cuánto tiempo! ¿Vienes a ver a Sonia? Creo que está en una reunión, déjame ver...

—Hola Irene —contesté— sí, hace bastante que no vengo por aquí. La verdad es que no la he avisado... pasaba cerca y he pensado en subir a saludarla. Te agradezco tu ayuda.

Irene llamó al despacho de Sonia informando que estaba allí y me hizo esperar en el sofá negro de la recepción, como hace con todas las visitas.

—Sonia vendrá en diez minutos, Celia —me dijo— ¿te apetece un café mientras la esperas?

—No, gracias Irene. Aprovecharé para responder un par de correos.

A los diez minutos exactos Sonia apareció por la recepción, con el bolso y la chaqueta en la mano.

—Hola cielo —me dio dos besos—, ya he acabado por hoy ¿nos vamos a tomar algo?

—¡Claro! —dije sin dudar— era justo lo que esperaba oír.

Nos despedimos de Irene y bajamos en el ascensor, sin mediar palabra.

—¿Me vas a contar qué te pasa o debo torturarte? —dije justo antes de llegar a la planta principal— no es normal que no contestes o seas tan escueta en tus respuestas. Me tienes preocupada. Te conozco *chatí*, sé que algo te está machacando ¿Se trata de Sergio?

—Primero de todo —se cogió de mi brazo— te pido perdón. ¿Podemos ir a tu casa? Así te

cuento todo...

Vi que unas lágrimas resbalaban por sus mejillas, aunque intentaba contenerlas y me asusté. Sonia no es la típica llorona. Acaricié su mano tratando de consolarla.

Agarraba mi brazo tan fuerte que parecía como si fuera su única tabla de salvación. Antes de seguir preguntando, decidí esperar a llegar a casa, que estaba apenas a unas manzanas de allí.

Durante el paseo no pude evitar sentirme culpable por no haber estado más por mis amigas en los últimos meses: mis movidas con Carlos, el divorcio, Najib, mi trabajo... sólo he pensado en mí. Me sentí egoísta y la peor amiga del mundo.

Finalmente llegamos a casa y descorché una botella de *Chardonnay*. Nos acomodamos en el sofá y empezó a llorar como una magdalena... Mi corazón se encogió:

—Sonia me estás asustando ¿qué te pasa? ¿estás bien? ¡Por Dios deja de llorar y dime algo!

—Celia —dijo con la voz rota— tengo cáncer de mama. Me han dado el diagnóstico hace una semana.

—¿Cómo? —estaba atónita— ¿por qué no has dicho nada? ¡Dios santo! ¡Dios santo! ¿Anna lo sabe?

Estaba en shock y entonces fui yo que me derrumbé y me puse a llorar abrazada a ella.

—Hace tres semanas me hicieron una mamografía de rutina y salió una imagen extraña que el médico quiso analizar. Ya tengo los resultados de la biopsia y es cáncer...

Me quedé petrificada, sólo pude que abrazarla de nuevo.

—Perdóname —continuó—, no he podido más que contárselo a Sergio, aún estoy asimilando la noticia. Me operan la próxima semana, el cirujano no quiere demorarlo ¡no saben si podrán salvarme el pecho, Celia! ¡Tengo tanto miedo! No quiero ni decírselo a mis padres, no quiero preocuparlos, son ya mayores y no quiero disgustarlos...

—¡Pero no puedes pasar por esto sola, Sonia! —grité— ¡Joder! ¡Esto es una puta mierda! Voy a estar contigo, recuerda, ¡una para todas, todas para una! Hay que hablar con Anna ¡siempre juntas!

Estaba muy, pero que muy cabreada en ese momento con la vida. Me dieron ganas de dar puñetazos a la pared... y yo no soy para nada violenta. No esperaba este mazazo.

—Celia —me cogió de la barbilla y me miró muy seria—, de momento sólo lo sabéis tú y Sergio y quiero que siga siendo así. Ya hablaremos con Anna, déjame darle un par de vueltas al tema. Acaba de salir de lo de Olivia y está con sus planes de boda...

—¿Estás tonta o qué? —dije—, ¡debe saberlo! Somos una piña.

Me abrazó y estuvimos un rato en silencio, apretujadas, como hacíamos cuando éramos niñas y veíamos «pelis» de miedo.

—Vamos a llamar a Anna y que se tome un vino con nosotras —dijo Sonia, finalmente.

Qué decir que acudió de inmediato y la pusimos al tanto de la situación. Las tres, como siempre juntas, en lo bueno y en lo malo.

Afortunadamente Sonia estaba en muy buenas manos. Compartíamos el mismo ginecólogo desde hacía años y el oncólogo era también un médico de amplia fama en la ciudad... en este pequeño mundillo médico nos conocemos todos. Quedaba una semana para la operación y allí estaríamos ¡cómo no!

Esa noche hablé con Najib por video chat y le puse al corriente de todo. Como siempre, su apoyo fue fundamental en esta cuestión. Tenía pensado ir a la semana siguiente a Marrakech en una escapadita de tres días, pero con lo de Sonia lo vi inviable.

—No podré ir, lo siento —susurré— te voy a echar de menos, pero lo entiendes ¿verdad?

—Claro cariño, Sonia te necesita —se le notaba triste— yo no puedo venir tampoco... A la siguiente semana procuraré cuadrar mi agenda y aunque sea vengo un día. Te necesito, te añoro, necesito abrazarte, besarte, estar contigo...

—Y yo cariño —me lamenté— encontraremos el momento, seguro. Te quiero.

—Te quiero —respondió.

Finalizamos la llamada y en mi cabeza sólo podía ver a Sonia con un pecho cortado, sin pelo y luchando contra esta maldita enfermedad. Si le pasara algo, no sé si lo superaría.

Los días van pasando rápido. Sonia se ha hecho el pre-operatorio y mañana entra en quirófano. He hablado con una compañera enfermera que está en oncología. Ya le he buscado un grupo de apoyo para lo que pueda pasar tras la operación. Sé que va a necesitar y mucho, no sólo a sus locas amigas, sino a mujeres que realmente han pasado por el mismo proceso y lo han superado. Sé que estos grupos funcionan muy bien y ayudan a aceptar el tema con más naturalidad. La palabra cáncer da mucho miedo.

Su médico cree que con una lumpectomía, que es una cirugía que conserva la mama quitando el mínimo de tejido posible, junto con un tratamiento de radiación, podría ser suficiente. No lo sabremos seguro hasta que abra y vea como está de afectada por el cáncer. Ahora Sonia parece estar algo más tranquila: creo que el hecho de haber compartido con sus mejores amigas lo que le pasaba le da un cierto alivio.

Ha decidido no decir nada de momento a sus padres; desde que se jubilaron viven en su pueblo de origen, en Teruel. No quiere preocuparlos... son mayores y ya les contará más adelante, si es que «hay algo que contar», como dice Sonia... Quizá en dos o tres meses sólo sea un triste recuerdo. La verdad es que la entiendo: no tiene hermanos y prefiere que sus padres no se angustien. Pero yo tampoco quiero que ella esté preocupada por el hecho de esconderles semejante problema. No hablamos de un constipado ¿Qué pasará cuando llame a su madre o su madre la llame a ella, como suelen hacer varias veces por semana? ¿Y en Navidad? Siempre van allí a pasar las vacaciones con ellos... ¿Podrá hacerlo? ¿Será capaz de esconderlo? Ya veremos cómo nos lo montamos. Sea como sea, respetaré su decisión y la ayudaré en todo lo que esté en mi mano.

Ha llegado el día de la operación y estamos todos: Sergio, Anna y yo... somos una familia. Najib ha enviado unas flores con una tarjeta, deseándole lo mejor. Se la llevan a quirófano. Sabemos que no va a ser una operación rápida y desconocemos el alcance real de la enfermedad. El ganglio centinela debe ser analizado también.

Tras varias horas de quirófano, el Dr. Rodríguez salió a hablar con nosotros...

—Ha ido todo bastante bien —se le notaba satisfecho— con la lumpectomía será suficiente de momento. Hay que analizar el tumor y los ganglios pero, en mi experiencia, lo más recomendable es que haga unas sesiones de quimioterapia y radio. Debemos estudiar aún el caso para saber cuántas. Ya os contaré los detalles en breve. Le he quitado un trozo de mama, aunque no se le va a notar mucho. Ella ahora está despertando de la anestesia, pero primero pasará a la sala de recuperación. Esperad en la habitación y en un ratito os la traigo.

Sergio lloraba, Anna y yo también. Felicidad dentro de la desgracia, no era la peor noticia. Parecía que todo estaba bajo aparente control... Pero ahora empezará lo duro: la quimio y la radio.

La trajeron a la habitación. Parecía un pajarillo chiquitillo. Estaba aún bastante atontada y lo primero que preguntó es si se la habían cortado.

Le contamos que luego pasaría su médico a informar, pero que estuviera tranquila, que le han conservado prácticamente toda la mama y que apenas sería perceptible.

Sus ojos soltaron unas lágrimas que llegaron al corazón de todos los que allí estábamos.

Sergio le cogía una mano y yo la otra, Anna a los pies de la cama. Él la miraba embelesado, con esa cara del amor incondicional, de complicidad, de juntos para siempre. Anna y yo nos miramos también y decidimos que ese momento era tan íntimo, que debía ser para ellos dos. Nos despedimos para dejarla descansar y volver al día siguiente, que ya estaría más espabilada.

Ya por la mañana siguiente nos presentamos con unos globos, sus dulces favoritos, flores... y ella hacía bastante mejor cara. Sergio aprovechó para ir a casa, darse una ducha rápida y cambiarse de ropa por lo que nos dejó solas.

—¿Cómo estás chocho loco? —Anna con su incontenible verborrea— ¿Están *buenorros* los enfermeros y médicos? ¡Que no me entere yo de que no te tratan bien!

—Hola cielo —dije besándole la frente— ¿Cómo te encuentras? ¿Pasaste buena noche?

—Hola chicas, ya veis —respondió— no es mi mejor momento, pero bueno... algo me ponen por la vena que me hace estar tranquila.

—Se llaman drogas —rio Anna—, aprovecha que las paga la Seguridad Social. ¿No me das un poquito? —bromeó.

—Imagino que ha pasado el Dr. Rodríguez, el oncólogo —pregunté—, ¿qué te ha dicho?

—Sí, pasó ayer aunque estaba muy grogui —respondió— y ha pasado a verme también hace una hora. Dice que va todo bien. Me ha comentado lo de la quimio... me puedo quedar calva, es uno de los efectos secundarios...

—Jolín nena, eso es lo de menos —dijo Anna, esta vez seria— el pelo crece. Lo importante es que el bicho esté bien muerto y rápido.

—Lo sé —se le volvió a escapar una lágrima— será duro, pero teniéndoos a vosotras y a Sergio lo voy a superar, ¡como que me llamo Sonia!

—¡Esa es la actitud, cariño! —dije—. Siempre estaremos aquí. Te acompañaremos a quimio un día cada una y los días que Sergio tenga que viajar ¡allí estaremos! Con suerte únicamente serán unas pocas sesiones.

—Todas tenéis vuestra vida y os agradezco de veras que estéis a mi lado en estos difíciles momentos. No sé qué haría sin vosotras...

Nos dimos un achuchón de amigas. A veces esto cura más que mil medicinas.

Hablé con Sergio y el médico le confirmó que en un par de días Sonia saldría del hospital. Únicamente quedaba planificar lo que iba a ser su tratamiento. Por lo que explicó, en un principio habían planeado que, en dos o tres semanas empezaría con cuatro sesiones de quimio y luego ya programarían las sesiones de radio.

Hablaremos con el grupo de apoyo para que no le falte de nada.

Sergio está muy nervioso, no sabe si podrá manejar la situación. Ni qué decir que le hemos brindado todo nuestro apoyo, como es normal.

Es una amistad ya de muchísimos años y no sólo con Sonia. A Sergio lo conocimos en una disco a los veintiún años. Se enamoraron enseguida, fue un flechazo.

Nunca los he visto discutir ni enfadarse. Son una pareja modelo ¡Llevan la tira de años juntos! Para Sonia fue su primer amor y sigue tan enamorada como el primer día o más. Siempre que habla de él se le ponen los ojos de aquella manera que sólo tenemos las personas enamoradas.

Es una relación bonita y además siempre hemos congeniado todos muy bien. Somos una pandilla maravillosa.

Sólo espero que las próximas semanas sean lo más fáciles posible y pasen rápido; no soporto ver a mi amiga sufrir y si le pasara alguna cosa mala, no sé si lo superaría. Para mí es como una hermana más. No puedo explicar lo que siento por ella.

Ya lo dicen, los amigos son la familia que se escoge y, la nuestra es una amistad que nada ni nadie podrá destruir. Junto con Anna, somos el trío perfecto.

28. Celia. ¡Un respiro por favor!

Hablo con Najib a diario. Ahora hace justo un mes que no nos vemos. Le necesito. Estamos a principios de Octubre, ya es otoño... Hace un año que descubrí lo de Carlos y toda mi vida se descolocó.

Como Sonia está ya en casa, Sergio está con ella y la quimio todavía no ha empezado, he decidido escaparme al riad. Me ha comentado que estos días estará por allí, pero no le he dicho que voy, prefiero pillarlo desprevenido y darle una gran sorpresa.

Me he dado prisa en comprar el billete por internet para mañana mismo; sólo hay plaza en un vuelo que aterriza en el aeropuerto de Menara a las once de la noche...

Lo más probable es que cuando llegue al riad esté durmiendo o en su despacho con sus líos burocráticos. ¡Pero allá que voy! Estoy deseando abrazarle. Le necesito en todo momento, especialmente por las noches. Echo muchísimo de menos dormir abrazada a él.

Llamo a mis padres para contarles mi plan de desaparecer unos días y esta vez no me recriminan nada, lo cual es raro por parte de mamá. Aprovecho también para enviar un correo a Daniela, con la esperanza que algún día esté conectada y pueda leerlo. ¡La añoro tanto!

Sé poco de ella, pero lo poco que conozco es que está bien, lo cual me serena. Me gustaría poder hablar más con Danny, pero las circunstancias son así. Mi hermanita es lista y sabe cuidar de sí misma.

Hago mi maleta y llevo más de lo que necesito, como siempre; solamente estaré cinco días pero no quiero dejarme nada que pueda necesitar. He comprado más lencería de la que tanto le gusta. Najib tiene un extremado gusto para todo. Siempre va vestido impecablemente bien, la decoración de su riad habla por sí sola. Es que es tan exquisito... ¡Quiero que sea todo mío!

Me subo al avión e intento tranquilizarme, sólo son un par de horas me digo. Detesto volar, pero por él iría en ala delta. Por fin y tras un poco de retraso, aterrizamos.

Cojo un taxi e indico al conductor, tal y como me explicaron la primera vez, cómo llegar al riad, lo cual no es nada fácil. Una vez te deja el taxi, justo a la entrada de la Medina, hay que seguir andando todavía durante unos diez minutos.

Antes de bajar del taxi arreglé mi cabello y retoqué mi maquillaje para no parecer un zombi a media noche y el taxista se ofreció amablemente a acompañarme, dado que era una mujer sola. Ir andando por la medina a esas horas no es muy recomendable. Fue un detalle, la verdad. Conforme iba acercándome al riad mi corazón se fue acelerando de emoción, miedo, alegría... no sabía ni lo que sentía.

Pagué al buen samaritano y le di una buena propina, que se merecía totalmente.

Entré en el riad y me sorprendió que en la recepción no hubiera nadie... aunque pensándolo bien, era un poco tarde y el personal estaría bajo mínimos.

Como siempre, todo estaba tranquilo y en su sitio. Imaginé que los huéspedes que pudieran estar alojados, ya haría rato que estaban en sus habitaciones. No sabía a quién preguntar dónde estaba Najib. Farah ya no está a esas horas y aquello estaba desierto.

Me dirigí entonces hacia su despacho, vi luz a lo lejos y me acerqué. La puerta se hallaba entreabierta y no pude evitar cotillear.

Vi cómo Naia estaba hablando con Najib sobre un evento, aunque no alcancé a oír de qué iba el tema ya que estaba lejos. Él estaba sentado en su sillón de cuero frente a la mesa, pero ella no estaba en la silla en el lado opuesto, que es donde suele situarse... Estaba recostada junto a él, con una blusa muy escotada y sugerente, muy cerca por no decir demasiado, de su cara. No me gustó nada lo que vi. Cierto es que él parecía ignorarla, pero pensar que ella pasa

tantas horas con él me estaba cabreando muchísimo. Se veía a la legua que quería a Najib para ella... Entonces salió la cabrona que llevo dentro:

—¡Sorpresa! ¡Recién llegada de Barcelona!

—¡Cariño! —apartó a Naia de su camino con el brazo y corrió hacia mí— ¡Qué alegría!

¡Qué gran sorpresa!

A Najib se le iluminaron los ojos.

—Hola Celia —Naia me mató con la mirada—. Os dejo, es un poco tarde. Ya hablaremos mañana Najib, buenas noches.

Najib ni contestó. Estaba aferrado a mi cuello, besándome y metiéndome mano...

—¡Cariño, es lo más bonito que han hecho por mí! —dijo— te amo, te deseo.

—Necesitaba verte, estar contigo —dije sin parar de besarle por todas partes— ¡Quería sorprenderte yo esta vez!

Me miró alucinado... sus ojos desbordaban deseo. Apartó de un manotazo todos los papeles que tenía encima de la mesa y allí mismo me hizo el amor salvajemente.

Verdaderamente dormir, lo que se dice dormir, lo hicimos poco: nos duchamos, hablamos, nos hicimos cosquillas por todas partes y nos amamos una vez más... Incluso bajamos a la cocina a comer unas sobras de la cena anterior que Farah había reservado para Najib y que no tuvo tiempo de probar: su cuscús favorito y alguna que otra delicia más. Eran ya las cuatro de la mañana... Bien mirado no estaría mal vivir allí, pero como algo temporal, sobre todo para controlar a la tal Naia. Sentía que debía empezar a marcar territorio.

El problema de mudarme a Marrakech es que yo no puedo estar toda la vida sin hacer nada; soy demasiado activa aunque me haya tomado un break; además, no hablo árabe aunque sí un poco de inglés y francés, pero no lo suficiente como para trabajar en el riad; es complicado. Pienso que él es mi alma gemela, lo que siempre he buscado. No creo ya poder pasar ni una noche más sin él.

Es cierto que hace muy poco que nos conocemos, ¡sin embargo es todo tan intenso! ¡No necesito más tiempo para saber que es el hombre al que amo y con el que quiero pasar el resto de mis días!

Ya conozco a su familia más cercana y me presenta como a su novia. Mis padres únicamente saben que salimos de vez en cuando, pero no que estoy absoluta y completamente enamorada de él. Por mi padre no sufro, sé que reaccionará bien. Me da más miedo mi madre, que sigue muy pesada todavía con el dichoso divorcio. De todas formas, todo hay que decirlo, desde que envié la foto de cuando estuve con la familia Lefebvre, su actitud hacia Najib ha cambiado.

De un tiempo a esta parte me da miedo todo: mi vida es un poco caótica y la de él también, pero creo que podemos llegar a algo... un punto intermedio donde encontrar la felicidad. Se lo merece, me lo merezco, lo merecemos.

Amanece en Marrakech. Definitivamente el tiempo es mucho mejor ahora que la primera vez que estuve. Pese a ser un clima todavía cálido, en esta época del año no creo que pasemos de veinticinco grados.

Hemos bajado a desayunar abrazados, por la escalera que desciende desde su habitación a la zona de los desayunos. Farah me ha dado dos besos y un abrazo que me dejan claro que soy muy bienvenida. Todos forman una gran familia, Najib los adora. Sólo hay un problema y se llama Naia. No son sólo celos, es que no la quiero por ahí paseando sus tetas por la cara de Najib. Sé que en el pasado hubo algo y él le dejó claro que no iría a más y, me fío, pero yo soy mujer y sé que ella no dejará de intentarlo. Najib confía en su gestión, ese es el punto crítico del tema: hace su trabajo perfectamente. Pero es una amenaza y creo que tendré que

enseñarle los dientes para que vea quien manda en el corazón de Najib. ¡Nunca más otra mujer se meterá en una relación con mi hombre!

Nos hemos cruzado con Naia y me ha saludado cordialmente. Demasiado formal diría yo, pero me da igual. Sabe que Najib es mío. Pero ella es guapa, muy guapa y sé que irá a por él. No lo pienso consentir.

Mientras desayunábamos saqué el tema:

—Najib —interrumpí nuestro momento— anoche cuando llegué, no me gustó nada lo que vi. Naia prácticamente tenía sus tetas a dos milímetros de tu cara. Va a por ti, lo presiento desde el primer día. Si no hubiera llegado, no sé qué hubiera ocurrido...

—Ya sabes que no siento nada por ella. Más allá de lo profesional no hay ningún tipo de sentimiento —dijo acariciando mi mano con amor— ella lo sabe, si no se quiere dar cuenta es su problema. Pero en algo tienes razón... ya he notado que se me insinúa constantemente, sólo me queda hablar con ella de nuevo.

—Sé que va a sonar terrible, pero creo que lo mejor sería que la despidieras.

—No tienes que preocuparte por ese tema, Celia —dijo— hablaré con ella y, por favor, no imagines cosas raras. Por mi parte jamás pasará nada.

Najib dio por zanjado el tema con esa frase y yo no quise insistir.

Nunca me he considerado una persona celosa, pero en este caso sí lo estoy y, muy mosqueada. Esta mujer ha estado entre las sábanas de Najib, ha tocado su cuerpo, ha respirado su delicioso aroma de después de hacer el amor y, el mero hecho de verla por allí me vuelve loca.

—Celia, ven al despacho que te quiero enseñar una cosa —susurró— tengo un regalito para ti.

Fuimos a su despacho y abrió un paquete que contenía dos marcos de fotos. En ellos se hallaba un bonito retrato de ambos el día de la celebración en casa de su madre en París, vestidos de gala.

—Una es para ti y la otra presidirá mi despacho. ¿Estamos muy bien verdad?

—Estamos perfectos ¡me encanta! —respondí a la vez que besaba de nuevo sus labios— yo también tengo un regalo para ti, pero te lo daré esta noche. Sólo necesito que me dejes hablar con Farah y te encierres en tu despacho esta tarde hasta la hora de cenar. Eso sí ¡solo! Si veo a Naia por ahí ¡saldré en todos los periódicos del país! —bromeé a medias— ¡Ah! ¡Y mañana cancela todas tus reuniones! ¡Es una orden!

—Como Ud. diga señorita —dijo simulando el saludo militar— así será, mi amor. Pero ahora me has dejado muy intrigado. Que sepas que me encanta que te pongas en plan sargento... me excita...

—Deberás esperar hasta las ocho en punto —susurré de forma misteriosa— ¡no voy a soltar prenda!

Tenía muchas cosas en mente para esos días junto a él. Ante todo, quería comprobar de primera mano cómo se vivía allí.

Su habitación del riad es en realidad un apartamento. Es una suite: con su sala de estar, el dormitorio y una pequeña cocina. La terracita es preciosa e ideal para poder leer o tomar el sol. Es casi tan grande como mi piso de Barcelona. Pero vivir en dónde trabajas... no sé si es la mejor idea. En cualquier caso ahí estaba yo, con mi amor, en Marrakech.

Se quedó trabajando en su despacho abriendo correos, hablando por teléfono, reuniones online, en fin... yo lo miraba sentada en su sofá de piel pensando que era un hombre tan rematadamente atractivo y delicioso...

—Me voy un ratito —dije—, así te dejo trabajar tranquilo. Si sigo aquí te seguro que no

podrás volver a coger el teléfono.

Le di un beso en la mejilla, le guiñé el ojo y me marché a hablar con Farah.

Era ya media mañana y la idea que tenía en mente era preparar una cena romántica en su terraza. Farah se emocionó al oír mi plan y, por supuesto, mostró su mejor disposición a seguir con él. Todo estaba en marcha.

Me volví a cruzar con Naia pero esta vez fue un encuentro muy desagradable...

—¿Te piensas que aunque se haya encaprichado de ti, será así para siempre? —dijo agarrándome con fuerza del brazo— ¡ni eres la primera, ni serás la última!

—Mira zorra —le solté—, sé lo que intentas ¡a mí no me engañas!... Lo que yo piense o haga o mejor dicho, lo que Najib y yo hagamos o pensemos no es de tu incumbencia. ¡No te acerques a él para nada que no tenga que ver con el trabajo! Sé una profesional y todo irá bien, de lo contrario te despedirá, no lo dudes —mi tono era amenazador—. Él no te quiere, no siente nada por ti, hemos hablado de ello muchas veces... Olvida lo que pasó, no fuiste más que un polvo en medio de la desesperación, no te humilles más...

—Tú no sabes lo que tuvimos —sus palabras destilaban odio.

Me soltó y se fue muy airada y maldiciendo por lo bajini.

Yo me quedé pensativa... No era la primera ni sería la última... ¿qué quiso decir exactamente? ¿Llevaba otras chicas al riad mientras estaba conmigo? ¿Que no sé lo que tuvieron? Najib me dijo muy clarito lo que hubo y le creo; además, eso pasó mucho antes de conocerme a mí. Como ya soy mayorcita, intenté pensar que lo único que quería la muy asquerosa, era que yo tuviera dudas y no, Naia, ¡no lo vas a conseguir!

Medité que era mejor omitir mi pequeña discusión con Naia y no decirle nada de momento a Najib. Me quería centrar en nuestra cena romántica.

Como estaba tan ocupado, le llevé a su despacho un tentempié que disfrutamos juntos. Al menos treinta minutos de pausa y de estar con él a mediodía... Verdaderamente tenía un día muy liado, pero al día siguiente no le iba a dejar trabajar ¡ni de coña! Quería que fuera de nuevo mi guía personal por la ciudad.

Ya por la tarde, arreglé sus «aposentos»: puse velas, encendí unos inciensos, adorné nuestra cama con unos pétalos de rosa... Me arreglé, me puse la lencería nueva y un sugerente vestido plateado muy ajustado. Me hice un «moñete» de aquellos semi-arreglado, sensual; la verdad es que para haberlo hecho sola, no me ha quedado del todo mal y eso que soy un desastre para estas cosas... Me calcé mis sandalias de tacón plateadas y recé para que esa noche, las estrellas de Marrakech brillaran con más fuerza que nunca. Puse música de fondo para animarme y en ese momento sonaba *Runaway* de *The Corrs*. Me dio una dosis extra de entusiasmo. Últimamente solía fantasear con las letras de las canciones haciendo que Najib y yo fuéramos los protagonistas de las bonitas letras...

Farah comentó que ya lo tenía todo listo y Moha, el camarero, me lo fue subiendo todo.

La mesa de la terraza estaba preciosa: Me hice con unos farolillos de sobremesa muy bellos, daba gusto ver como estaba todo impecablemente decorado.

Descorché el vino diez minutos antes para que se oxigenara un poco y preparé unas copas de cava como aperitivo.

Puntualmente entró Najib por la puerta.

—¡Toc Toc! —dijo como un niño pequeño— ¿puedo entrar ya a recoger mi sorpresa?

—¡Pasa! —dije emocionada— sigue el camino de pétalos y tendrás tu regalito.

Ese camino le llevaba a la terraza, donde le esperaba con las copas en la mano.

—Hola mi amor —le dije tiernamente— esta es tu sorpresa.

—¡Qué bonito todo, Celia! —me cogió entre sus brazos y me dio un beso que me hizo

estremecer y algo más— ¿Para eso querías a Farah eh?

—Sin ella no lo hubiera conseguido —le miré a los ojos— son tus platos preferidos. Nos ha costado un poco, pero lo hemos conseguido ¡Tú mereces esto y más!

—Me muero por probar el postre —su voz ronca me atravesó entera— ¿sabes cuál es mi postre favorito, verdad?

—¿El tiramisú? —dije traviesa—, es el que hemos preparado para hoy.

—Yo me refiero a los *petits fours* —susurró a mi oído— esos pequeños y deliciosos entretenimientos que te sirven tras el postre y que suelen ser lo mejor de la cena...

Cuando Najib me susurra a los oídos, con esa voz tan sensual y masculina, todas mis terminaciones nerviosas se excitan de arriba abajo, de izquierda a derecha, de norte a sur.

—Será mejor que nos sentemos a cenar, cariño —le acaricié— o no respondo de mis actos.

Cenamos todas las maravillas que Farah estoy segura, había preparado con más cariño que nunca; bebimos y brindamos... Llegó el postre y mientras él tomaba el tiramisú, yo le observaba: su forma arrebatadoramente sexual de degustarlo, insinuándose a mí, avisándome de lo que seguiría después...

El sexo para mí siempre fue importante y reconozco que con Carlos no estaba nada mal... pero lo que Najib me hacía sentir sólo con mirarme, no era normal. Como diría Anna, me ponía perraca perdida.

Quise llevar yo la iniciativa. Le cogí de la mano y lo llevé adentro, le senté en una silla de su salón, le arranqué su camisa de un tirón, le até las manos y le dije:

—Llegan tus *petits fours*. Ahora sentado y calladito. Disfruta del espectáculo.

Najib se quedó quieto y me miró alucinando.

Había traído un pendrive con música sugerente. Para llevar a cabo mi plan, escogí *Need you tonight* de *INXS*. Aún no sé por qué fue esa en concreto, pero la letra de esa canción resumía muy bien lo que sentía cuando estaba sin él. Ni siquiera había ensayado coreografía alguna... Imaginé que improvisar y hacer lo que el cuerpo me pidiera era mi mejor baza.

Empezaron a sonar los primeros acordes...

Me puse de espaldas a él y empecé a mover mis caderas lentamente mientras me soltaba el moño... Primero un tirante y luego el otro... Me giré, llevé un dedo a mi boca, lo chupé y luego lo deslicé por sus labios. Empecé a notarle muy emocionado, excitado... Eso me animó a seguir con el striptease. Me despojé del vestido muy despacio, dejando ver el impresionante conjunto de ropa interior que me había comprado.

Me quité el sujetador mostrando mis pechos... Me dejé las minúsculas braguitas puestas y me mantuve encima de mis tacones; sé de buena tinta que a los hombres les pone muy calientes esta situación. Verdaderamente vencí mi desmesurada timidez y saqué a la pequeña putilla que todas llevamos dentro y que deseaba mostrarse ante él.

Najib transpiraba deseo. Me miraba y su respiración estaba muy agitada...

La canción iba avanzando hasta llegar de nuevo al estribillo donde dice «te necesito esta noche», mientras yo seguía contoneándome al ritmo de la sugerente letra del grupo australiano e iba tocándome para él, mirándole y atravesándole con mis ojos... Entonces me senté sobre él y empecé a besar su cuello, a lamerlo.

Empecé a acariciarlo mientras él, atónito, empezaba a jadear.

—Nena —susurró— no creo que vaya a aguantar mucho, estoy totalmente excitado.

—Lo sé guapo —dije a su oído— pero esto no ha hecho más que empezar... Esta es tu sorpresa y te vas a estar quietecito haciendo lo que yo te diga, ¿vale?

Baje sus pantalones y palpé su enorme bulto... aquello estaba a punto de estallar.

Le besé en la boca, le comí los labios con violencia. Bajé hacia abajo lamiendo cada centímetro de su piel hasta llegar a su pene... Lo rocé con mis pechos y luego, mi boca se apoderó de él... no tardó mucho en llegar al orgasmo...

Najib estalló de placer...

... Le desaté...

Acto seguido me cogió en sus brazos bruscamente y me tumbó en la cama, donde se tomó sus *petits fours*... empezó acariciándome los pezones, besando y lamiendo todo mi cuerpo hasta llegar a mi sexo... Me hizo llegar al orgasmo más intenso que he tenido en toda mi vida...

Esa noche me sentí poderosa y me gustó. Disfrutamos como nunca.

Nos despertamos abrazados ya bien entrada la mañana. El sol entraba por la terraza y hacía un día fantástico.

—Buenos días cariño —me dijo— he pedido a Moha que nos suba algo para desayunar ¿te apetece algo en especial?

—¡Vaya pregunta! —le besé— me apetece tú y luego un café con mis tostadas ¿ya sabes no? Con mermelada de naranja amarga.

Nos fuimos a la ducha juntos. Me enjabonó por todas partes, entreteniéndose en mis partes más sensibles, entonces me apoyó contra la pared y volvimos a hacer el amor, lentamente, mientras las templadas gotas de agua resbalaban por nuestros cuerpos desnudos...

Cada vez que este hombre me toca es como si un rayo traspasara todo mi ser. Hay tanta carga sexual entre nosotros que ansiamos amarnos a cada segundo: somos dos seres desesperados necesitados el uno del otro, como dos almas sin consuelo. Eso me gusta. Hay pasión y sexo pero también amor y dulzura. Es la combinación perfecta.

Hoy será mío al cien por cien. Me iré en un par de días y no sé cuándo le volveré a ver ya que, cuando regrese a Barcelona, empezará el tratamiento de Sonia y quiero estar con ella.

Tomamos el desayuno y nos fuimos a ir a pasear todo el día. Quería ir a los mercadillos, a las mezquitas y donde hiciera falta, pero con él.

Estábamos paseando por la zona antigua cuando me preguntó:

—¿Quieres hacer una locura?

—Si es contigo sí —respondí sin titubear— ¿de qué se trata?

—Ven, te llevaré a un sitio.

Me llevó a un estudio de tatuajes llamado *Berber Tattoo* que ha abierto una amiga suya española, Arantxa, que hace años que vive en Marrakech.

—Arantxa, esta es Celia, mi novia —me presentó.

—Mucho gusto Celia —me dio dos besos— ¿Qué os trae por aquí?

—Deseo hacerme un tatuaje —dijo—. Me quiero tatuar la palabra «amor eterno» en árabe.

Celia, ¿te animas?

Najib ya llevaba algún que otro *tattoo*, pero para mí era el primero y me daba un poco de canguelo.

—Es que me da mucho miedo —dije— ¿esto debe ser doloroso, no?

—Hombre, decir que no duele, es mentir —interrumpió Arantxa— pero con la pomada anestésica duele mucho menos. Además es un tatuaje pequeño, en menos de veinte minutos estará acabado.

Me enseñó el diseño que ella misma preparó en pocos minutos y era muy bonito. La grafía árabe es tan bella...

Pese a estar reticente al principio, me pareció una idea fantástica que los dos nos tatuáramos esas bonitas palabras. Al fin y al cabo era lo que sentíamos, un amor para siempre.

Yo decidí hacérmelo por debajo de la nuca y él en el pecho, cerca del corazón.

Arantxa se puso manos a la obra y en poco más de media hora ya estábamos los dos unidos por el mismo tatuaje: «amor eterno». Un juramento.

Sí, realmente habíamos hecho una locura y, pese a los años que tengo, pensé que cuando mi madre se diera cuenta le daría un ataque, pero me dio igual. El lugar donde me lo he hecho es discreto, sólo se verá si yo quiero, pero Najib me lo verá siempre que hagamos el amor y yo se lo veré a él. Era una idea loca, pero tan romántica...

Nos queda apenas un día entero juntos, me voy pasado mañana... Cae la noche y toca volver al riad.

Farah nos ha preparado un pisco para tomar en la terraza y Najib ha servido una botellita de vino de la colección de Celine que guarda como oro en paño.

Cómo no, esa noche dormimos abrazados.

Al día siguiente él trabajó un poco por la mañana, pero luego estuvo todo el día conmigo. Nos apeteció quedarnos en su estancia del riad y, una vez más, se puso a tocar el piano.

Sólo llevaba el pantalón puesto cuando se sentó frente a él. Tocó la música de *Thinking Out Loud* de *Ed Sheeran*, que además me encanta... yo le miraba maravillada. Todo lo que hace Najib, lo hace bien... Cuando toca el piano, su expresión facial y sus gestos denotan ese amor por la música que no todo el mundo es capaz de sentir y transmitir. Daba gusto oírlo, sentirlo, era pura pasión y me resultaba tan erótico...

Acabó de tocar y me subió encima del piano donde, nuevamente, lo volvimos a hacer...

Me voy mañana, es nuestra última noche. Mi vuelo sale a mediodía. ¡No me quiero ir!

Dentro de poco será mi cumpleaños... treinta y ocho años y me gustaría pasarlo con él. Ojala sea posible vernos.

Esa noche, como todas sin excepción, dormimos de nuevo acurrucados el uno con el otro y en sueños le oí musitar «no te vayas mi vida».

Yo no quería, pero debía marchar. Estaba claro que lo nuestro era amor y debíamos pensar en una fórmula para estar juntos y tenía que ser pronto.

Por la mañana permanecemos en silencio, mirándonos, sabiendo que nos separaríamos y desconociendo cuándo nos volveríamos a ver, pero seguro que sería no antes de dos o tres semanas... eso ya era un mundo para mí.

Hice mi equipaje con desgana y Najib me acompañó al aeropuerto.

—Buscaremos la manera, cielo —me dijo— lo haremos ¿vale? No puedo estar sin ti...

—Ni yo cariño —lloré al saber que eran mis últimos minutos de unos días maravillosos junto a él— estoy segura de que lo haremos. ¡Te amo tanto!

Nos despedimos en el control policial. No se podía ir más allá. Fue duro y triste, pero no había alternativa.

Regresé a mi apartamento y dejé la maleta aparcada en una habitación. No tenía ganas de deshacerla. Le envié un mensaje avisándole que había llegado bien y me fui a la ducha. Permanecí en ella varios minutos, dándole vueltas a la cabeza. Quería estar con Najib, eso era lo único que me importaba. Nos separan apenas dos horas y media de avión, pero el simple hecho de dormir sola una noche sin él, me rompía el corazón.

Acabo de caer en la cuenta de que hace un par de meses que no me viene el periodo, entre mis problemas de ovarios y los disgustos varios no me extraña; cierto es que últimamente no estamos usando preservativo, pero mis posibilidades de embarazo son remotas. Es por esto y porque no tengo ningún síntoma que indique lo contrario que estoy tranquila.

29. Daniela. Sintiendo al límite.

Ha llegado el cargamento de provisiones que esperábamos. Ni mucho menos hemos recibido todo lo que nos han prometido: alimentos, más medicinas, vacunas... todo se queda por el camino. De cincuenta cajas nos han saqueado veinticinco. Así es como funciona esto aquí.

Abdu me ha explicado que incluso sobornando a algún que otro funcionario, cosa muy frecuente, esto sigue ocurriendo.

Salma ha empeorado, su fiebre es incontrolable y está débil. Se encuentra inconsciente casi todo el tiempo y podría morir hoy mismo. Su madre la trajo y no ha vuelto más, dijo que tenía ocho hijos más que cuidar. Yo paso todos ratos que puedo con ella aunque no son muchos ya que, como cada día, tenemos que atender decenas de partos y otras tantas revisiones. Nos quejamos en nuestro bonito mundo a la hora de parir... y tenemos la bendita epidural. ¡Aquí no saben qué coño es eso! Aquí los partos son con dolor y prácticamente ni se quejan. Tienen tanto dolor en sus vidas, que es imposible que parir les duela más.

Cada vez que una mujer pare un hijo, a las pocas horas se va para su casa andando por donde ha venido. Somos unas privilegiadas en el primer mundo.

Sí, es verdad, como dijo Abdu, no me acostumbraré, pero debo asimilar cómo son las cosas o me volveré loca.

Acaba de llegar una mujer embarazadísima, está de parto y son gemelos. Le he tenido que practicar una cesárea de emergencia... Uno de ellos ha nacido muerto, el niño. La niña ha sobrevivido pero es muy chiquitina, sin embargo parece fuerte, así que la pondremos en la incubadora unos días. Por un momento he pensado que, hubiera sido mejor que sobreviviera el niño, le esperaría una vida mejor.

Tenemos una triste incubadora para todo el campamento ¡una! y para colmo es un modelo muy antiguo. Con suerte, si nace un niño muy bajo de peso o antes de tiempo podemos meterlo allí, pero por favor, ¡que no coincidan dos! No sabríamos qué hacer...

El día ha sido duro, una vez más. Llevo aquí semanas y sigo con la misma sensación de frustración que al principio.

Como cada noche, antes de dormir me voy a mi rincón favorito. No he visto a Abdu en todo el día y es raro.

Me llama Isabel, la médico que se ha quedado de guardia esta noche.

—Daniela ¡ven! ¡Corre! —me grita desde varios metros de distancia— ¡es Salma!

Por un momento me temí lo peor, pero cuando llegué junto a su cama, ahí estaba Abdu, cogiendo su manita y ella estaba consciente, hablando con él.

—Le he dicho a Isabel que te llame —dijo Abdu— para que veas con tus propios ojos que Salma está mucho mejor. La infección está remitiendo y estaba seguro que querrías saberlo.

—¡Oh gracias Dios! —exclamé, mientras una lagrima de emoción se me escapaba— ¡Pequeñita te vas a poner bien! Gracias por mandarme avisar, Abdu, te debo una.

—Bueno —interrumpió—, ya que me debes una, me la cobro. ¿Quieres cenar esta noche conmigo? Hoy estuve en la ciudad haciendo unas gestiones y he podido conseguir algunos caprichos. No te creas, son unas latas de cerveza y patatas chips, pero si quieres las compartimos.

—Será un placer —dije— además, hace mucho que no voy de birras —bromeé.

Nos fuimos a su tienda y compartimos los «tesoros» que había conseguido.

Hablamos gran parte de la noche, pero esta vez no fue triste. Charlamos de cosas alegres,

de nuestra época en la universidad, de nuestros pequeños líos, de nuestros amores... era el primer día que me sentía dichosa desde que llegué.

—Y tú, Abdu —le dije— ¿no te has casado nunca?

—He estado enamorado un par de veces, pero todavía no he encontrado a la chica de mis sueños, aunque estoy en ello.

Me envolvió suavemente con un abrazo y me besó en los labios.

Ese beso tímido se tornó en un beso al que correspondí con todo mí ser. Mi cuerpo vibró con ese beso que se intensificó por segundos. Le acaricié la espalda mientras nos besábamos y su mano recorría la mía lentamente. Sin darnos apenas cuenta, nos desvestimos e hicimos por primera vez el amor. Fue mágico, creo que nunca había sentido algo así. Hubo química.

Sentí esa especie de conexión especial con él desde el primer momento y ahora se acaba de confirmar: el Dr. Ferrer, Abdu, tenía un hueco en mi corazón.

Esa noche estrellada fue especial y pensé que ese día había valido tanto la pena, tanto, que podía seguir allí. Ya no tenía dudas, quería seguir en Mogadiscio.

30. Najib. La cosa se complica.

Esta mañana he acompañado a Celia al aeropuerto.

No dejaba de pensar que ¡Dios sabe cuándo la volveré a ver! Y la necesito como el aire que respiro.

Quiero vivir con ella. Estoy pensando en vender el riad, pero he luchado tanto para tenerlo... es el sueño de mi vida. ¿Qué pasaría con la gente que trabaja para mí? Farah tiene seis hijos, su marido es un borracho y no aporta ni un dírham a su familia. Moha y sus tres críos...

Es complicado, pero algo tenemos que hacer si queremos estar juntos. No tengo dudas, Celia es la mujer de mi vida.

Hoy lamentablemente tengo seguir trabajando, estoy en medio de unas negociaciones importantes y debo estar por este tema, por mucho que no pare de pensar en mi distracción favorita: Celia.

Naia ha entrado por la puerta del despacho...

—¡Por fin aquí! —dijo— ¿Podemos trabajar un poco?

La miré con desagrado por cómo había sonado su comentario, que claramente iba por la reciente visita de Celia.

—¿Qué tenemos en las próximas semanas? —pregunté sin siquiera mirarla— ¿Algún evento o reserva importante?

—Sí, hay un tema importante —dijo Naia.

En ese mismo instante se desabrochó su vestido abotonado y se quedó completamente desnuda frente a mí. Se me abalanzó y empezó a sobarme e intentar besarme.

—Te quiero Najib, te deseo —jadeaba— ¡quiero hacértelo aquí mismo! olvídate de esa mosquita muerta, tú sabes lo que yo puedo darte...

En el pasado eso hubiera sido suficiente para follármela encima de la mesa, pero ahora no. Aparté a Naia de malas maneras.

—¡Vete! ¡Vete y no vuelvas por aquí! Te enviaré un cheque ¡pero desaparece! ¡Estás despedida! ¿Oyes? ¡Despedida!

Me levanté y me fui a patio del riad mientras ella me maldecía avergonzada y furiosa.

—¡Esto no quedará así! —me amenazó.

—¡Que te largues y no vuelvas! —grité.

Di la conversación por zanjada.

Entonces recibí un mensaje de Celia, avisando que había llegado bien. Le respondí con un corazón, pero evité comentar lo que acababa de suceder en mi despacho. No tenía ningún sentido explicar esos detalles por teléfono. Lo haría cara a cara cuando nos viéramos, cosa que esperaba fuera muy pronto. Estaba muy cabreado. Celia tenía razón con Naia y yo, en el fondo, sabía que un día ocurriría.

Ha hecho su último intento desesperado y le ha salido mal, muy mal. Tan mal que ha acabado despedida. Lo mejor es mantenerla alejada. No quiero verla por aquí nunca más.

Naia se ha ido y vuelvo a mi despacho. Debo seguir trabajando y ahora, encima, necesito una nueva relaciones públicas. Quizá mejor que sea un chico... me pondré con ello de inmediato. No puedo gestionar todo esto yo solo.

Pierrard, el detective, me ha enviado varios correos y me dispongo a leerlos cuando suena el teléfono. Es él:

—Sr Al-Mansour —dijo Pierrard— creo que los tengo localizados. A Karen y Roger. Tengo

una pista muy fiable, casi los tengo en mis manos.

—¿En serio? —contesté—. ¿Son ellos de verdad? ¿Estás seguro, Pierrard?

—Al noventa y nueve por ciento —contestó—. Se hacen llamar Kim y Adam Johnson. Han cambiado de identidad y no viven en Londres, están en Bahamas. Ha sido una intensa investigación. Le he mandado varias fotos por correo para que las vea y me confirme si cree que pueden ser ellos.

Al decirme eso, abrí inmediatamente los emails y vi las fotos. Eran ellos. Con total seguridad.

Karen o Kim, como quiera que se haga llamar ahora, llevaba el cabello teñido de rubio, pero era ella. Él se había dejado algo de barba y ya no utilizaba gafas. En las fotos también aparecía un niño pequeño de unos dos años.

Me enojé, me puse como loco. Apreté los dientes y los puños con rabia. Empecé a atar cabos: Todo fue premeditado; el robo, la desaparición ¡todo! No estaba paranoico, todas mis sospechas se estaban materializando en hechos.

—Sr. Al-Mansour ¿sigue al teléfono? —me preguntó Pierrard— ¿Cuál quiere que sea el siguiente paso?

—Pásame los datos ¡todo! —grité por teléfono mientras me mordía los nudillos— yo me encargaré a su debido tiempo.

—Le aconsejo que no haga ninguna tontería. Tengo gente que puede hacer el trabajo que considere oportuno y solventar el asunto de forma definitiva y limpia...

—No hará falta —dije— pásame los datos y te olvidas del tema hasta que vuelva a contactar contigo ¿okey?

Colgué el teléfono y me quedé mirando al vacío. Iba a ir a por ellos a Las Bahamas, lo tenía claro. Necesitaba encontrarme con ella cara a cara y que me diera una explicación. A Roger simplemente le daría un puñetazo y le rompería la nariz...

Eso me parece buena idea. Ni siquiera es por el dinero que me robaron y que imagino, jamás recuperaré...

Pero no puedo dar un paso en falso... Debo pensar en una estrategia para que sean ellos los que vengan a mí. Si me muestro antes de hora, escapan. Debo planificar una táctica para pillarlos y entonces ya veré qué hago, pero deben pagar por todo lo que han hecho.

Todos estos años de dolor pensando que mi mujer estaba muerta y todo ¿para qué? Huir con el tipo que se la tiraba y que encima me había saqueado... No quiero ni pensar qué haré cuando los tenga enfrente. Ahora mismo no respondo, necesito serenarme.

31. Anna y sus estropicios.

—¿Olivia echarás de menos a mami? —le pregunto mientras preparo las maletas—. Sólo van a ser unos días...

Me voy a Dinamarca a un congreso de fisioterapia. Cada año lo celebran en una ciudad distinta y este año toca en Copenhague.

—¡Claro que sí mami! —dijo mientras me abrazaba— pero me quedo con Jorge y la tita Celia ha prometido llevarme al cine y a patinar y ¡dormiré en su casa!

Estoy contenta, Oli está prácticamente recuperada. Soy muy feliz. Jorge me pidió matrimonio y le dije que sí, impulsivamente como siempre... así soy yo. Mis amigas dicen que soy una adolescente atrapada en el cuerpo de una treintañera.

Soy muy lanzada, de no pensar mucho... más bien poco o nada. Me da un poco de terror el matrimonio otra vez. Con Ángel no salió muy bien, la verdad. Lo único bueno de esa breve unión es Olivia, la niña de mis ojos y de mi vida. Ahora estoy con Jorge y, bueno, la pasión no es la misma que la del principio, pero no está mal. Vivimos juntos y, ya se sabe, no hay la misma improvisación como cuando nos veíamos a escondidas o simplemente lo hacíamos en el cine, en plena proyección y la gente ni se enteraba. ¡Hay que madurar! me digo a mi misma. Me lo repito constantemente.

He quedado con Sonia en casa de Celia para comer antes de irme hacia el aeropuerto y así nos vemos unos minutos, ya que no hablamos desde que operaron a Sonia. Ella se encuentra mejor, aunque está aterrorizada por su próximo tratamiento de quimio y, ¿quién no lo estaría? Hablamos a diario, sin embargo hace días que no nos vemos las tres y *mosqueteamos* un poco.

Llego como siempre la última, pero me esperan con la mesa ya preparada. Traigo nuestro *vinito* favorito para amenizar la ensalada y la lasaña que ha preparado Celia. No es la mejor cocinera, para qué mentir, pero le pone interés y encima que nos invita ¡no nos vamos a poner en plan *finolis*! En cualquier caso, amo a estas chicas. Nos conocemos tanto, que sólo con mirarnos ya sabemos qué se cuece.

—¡Hombre, ya llega la tardona! —dice Celia con retintín.

—¡Vaya novedad, Anna llega tarde! —salta Sonia cuyos ojos reflejan la alegría de no pensar en su cáncer por un momento.

—Hay una norma hoy —interrumpo— bueno, dos: no meterse con Anna y sólo hablar de cosas divertidas y, si pueden ser cachondas y calentorras, mejor ¿vale Celia?

Miro directamente a Celia porque sé de su escapada a Marrakech y que ha estado con su amorcito. Trae una cara de bien *follá* que no se puede esconder...

—Pues bueno chicas —salta Celia— para qué negarlo, lo hemos pasado muy bien. Necesitaba verlo.

—Me parece que lo has visto —intercedo— lo has tocado, besado y matado a polvos, que es lo que haría yo si fuera mi novio ese pedazo de ejemplar de macho.

—¡En tu línea chica! —dice Celia— pero amén a todo, jajaja...

Las sonoras carcajadas de las tres inundaron la sala. Me encantaba verlas así. A veces digo chorradas sólo para verlas partirse de la risa. Soy una chica alegre, eso desde luego, pero tengo mis penas también... que me han hecho más fuerte. Soy una chica con carácter, no suelo mostrar mis debilidades fácilmente.

—¡Uf! mi vuelo sale en cuatro horas —digo— ¿nos acabamos el *Chardonnay*? ¡Lo necesito para volar!

—¡Eso está hecho! —dicen las dos al unísono.

Acabamos las copas y ya voy tarde, para variar.

Cojo un taxi y me voy para el aeropuerto pitando. Esta mañana ya me despedí de Jorge y Olivia, que todavía está en el cole.

Mi vuelo a Copenhague va puntual. Llego a mi destino y esa noche ya hay programada una cena de presentación.

Me da un palo que te cagas ir a esas cenas, son un auténtico peñazo. Conozco a algunas personas de otros congresos, pero siempre es una sorpresa a quien te vas a encontrar allí.

La verdad es que en este tipo de simposios se liga mucho... yo me he pegado una *jartada* de follar brutal, sobretodo en mi época loca. Pero eso quedó atrás. Ahora estoy con Jorge y nos hemos prometido. Es algo que me repito todas las mañanas ante el espejo.

Llego al hotel que no está nada mal, muy céntrico. La temperatura, pese a ser Octubre, no es tan fría como debiera ser, de hecho salgo a pasear y la ligera brisa es agradable. Decido sentarme en una cafetería y tomarme un espresso bien cargadito porque, para aguantar la primera cena, tras dos botellas de vino entre las tres y las pocas ganas que tengo, voy a necesitarlo.

Abro mi *ebook* y leo la novela erótica del momento ¡jelines si me pone cachonda y todo! He de reconocer que, lo que a mí no me ponga cachonda... es raro.

Soy muy sexual; mis parejas siempre me han considerado como la «tía con más ganas de follar que han conocido en la vida». No soy ninfómana ni nada por el estilo, pero para nada soy mojigata. A lo que al kamasutra se refiere, soy una experta. He hecho de todo... hasta tríos con chicas y con chicos, sobretodo en mi época de la Universidad. Aquello parecía *Sodoma y Gomorra*.

Es raro que pase más de dos días sin sexo, por eso últimamente si salgo de viaje sin Jorge me llevo a mi «amigo electrónico». Te salva de un apuro. Le llamo *Michael*. Me hizo gracia, ya que tiene una luz roja que me recuerda a *Kit El Coche Fantástico* y por ende a *Michael Knight*. Me lo regalaron mis queridas mosqueteras como una broma un año por mi cumple y, desde entonces no nos hemos separado.

En la cafetería no puedo evitar observar a un rubio que está de toma pan y moja. Siempre digo que la monogamia es cómo estar a régimen: no comes, pero puedes echar un vistazo al menú.

El rubio también me mira y sonrío levemente, se ha percatado que le estaba observando. Yo le devuelvo la sonrisa... ¡Ups! se me ha escapado, es que me sale natural, pero enseguida vuelvo a mi libro aunque pienso ¡coño, qué bueno estás chaval!

Se levanta en dirección a la barra y no puedo evitar mirar, eso sí, esta vez con más disimulo: rubio, alto, ojos azules como el mar, tonificado, traje elegante, buen culo... La americana le queda como un guante... Diría que es a medida; tiene gusto el *joío*, se le ve. No lleva anillo de casado...

Obviamente sabe que le estoy mirando y sonrío de nuevo, pero paga su cuenta y se va.

¡Qué pena, con lo que me estaba alegrando la vista! Pero bueno, me tendré que acostumbrar. Esto es lo que hay. Jorge y yo hemos decidido casarnos y he prometido ser monógama tanto a él como a mis amigas... lo intentaré con todas mis fuerzas, pero ¡por Dios! que no se crucen por mi camino tíos tan buenos ¡joder! Si es que los ponen ahí para provocar...

Me voy al hotel, debo cambiarme para la cena de esta noche. Me decido por el traje de cóctel negro, el de los hombros al descubierto. Mi cabello recogido en un moño. Todo muy formal, y eso sí, mis súper tacones que no falten. Me maquillo suavemente que esto es una

cena de trabajo no fin de año, pero mis morros siempre de rojo pasión, hasta para ir al supermercado. Alguien me dijo una vez: «si no me los pinto de rojo, no mojo». Me hizo tanta gracia el comentario que desde entonces siempre los llevo así, ya es costumbre y ¡superstición!

Previo a la cena nos sirven un pequeño pica-pica, nada del otro mundo, pero el *Champagne* y el *vinito* empiezan a correr por la sala. Los camareros, que voy observando con detalle y que tampoco están nada mal van pasando las bandejas con la comida y la bebida. En cuestión de media hora ya me he *pimplado* dos copas.

Empiezo a ver a algunos conocidos de otros años y se forman los típicos corrillos de gente que ya se ha visto con anterioridad. Comentamos las clásicas tonterías... que si los niños, que si los viajes, que si va bien el trabajo... vamos, sin sorpresas. Veo a compañeros de España, pero también de Francia, Italia, Noruega, Finlandia... unos clásicos de estos eventos. Esto parece la ONU con tantas nacionalidades diferentes. Lo peor de todo es que coincido con alguno con el que he follado en el pasado... pero no repetiremos. Lo que pasó en el congreso se quedó en el congreso, como en Las Vegas. Además el susodicho en cuestión está empezando a quedarse calvo y ha engordado un pelín.

Este año, como novedad, no nos sientan en las mesas con los cartelitos con tu nombre, sino que debes escoger un papel de una urna que te indica dónde debes sentarte. Dicen que es para que haya más interacción y que no hablemos siempre los mismos con los mismos. Es lógico, pero también un coñazo: como te toque el típico *pesao* narcisista que sólo habla de él y sus batallitas; o la típica *mami* que únicamente habla de niños, pañales *cagaos* y noches sin dormir... También te puede tocar el *tocacojones* de turno, el que sólo él tiene la razón y sus técnicas son las mejores. En fin, me lo tomaré con filosofía y ¡que sea lo que Dios quiera y acabe pronto este suplicio!

Me ha tocado la mesa cuatro asiento C y hacia allí me dirijo pensando que cuanto antes empiece antes acabará. Mientras se llena mi mesa, mis peores presagios se hacen realidad: de los seis asientos disponibles, tres ya están ocupados y tienen toda la pinta de ser los individuos que sospechaba. Me siento y doy las buenas tardes en inglés, idioma vehicular en este tipo de eventos. Todos me saludan muy cordialmente: dos señoras y un señor que, por cierto, no deja de mirarme las tetas y eso que voy recatada. Llega un chico más joven, con una cara de pardillo que tira *p'atrás* y que para mí, este es su primer congreso. Sólo queda vacía la silla contigua a la mía y pienso ¡qué bien! Esto va a empezar y a mi lado no hay nadie, casi mejor. Cuando entonces aparece: rubio, alto, guapo, ojos azules, buen culo... ¿Se puede tener más mala suerte?

Sí, es la tentación hecha hombre. El chico de la cafetería que, al verme, vuelve a sonreír dejando a la vista la dentadura más perfecta que he visto en mi vida. Pasea por toda la mesa, saludando a todos los asistentes y cuando llega mi turno, me estrecha la mano suavemente, como acariciándola y diciendo en perfecto inglés:

—Buenas tardes, me llamo Anders Carlsen y vengo de Estocolmo, Suecia. Por fin puedo asistir al congreso después de algunos años intentándolo. Siempre surgía algo inesperado, pero este año al fin estoy aquí. ¿Nos conocemos? —dice sarcásticamente.

Yo sólo acierto a balbucear que me llamo Anna y vengo de España...

Esto se asemeja a una reunión de alcohólicos anónimos, todos diciendo nuestros nombres y procedencias... e imagino cómo me presentaría yo si así fuera: mi nombre es Anna, soy española, adicta al *Chardonnay* y a los chicos guapos y, la putada del destino, es que me ha tocado el que más bueno está a mi lado. ¿Casualidad o mala leche?

El tal Anders ha resultado ser todo un cachondo mental, un tipo elocuente y divertido. Para

ser sueco esto es bastante novedoso ya que suelen ser tipos de carácter serio... aunque sé por experiencia que mientras más alcohol, más sociables y, éste ya se ha bebido unas copillas —yo también, para qué negarlo—. Es algo que sucede en los países nórdicos, debe ser por el frío. El resto de la mesa, la verdad, bastante aburrida así que, no me ha quedado más remedio que hablar con él, aunque estoy evitando por todos los medios mirarle fijamente más de dos segundos. Si hago contacto visual la cago. Seguro.

Está como un tren y me pone muy nerviosa cómo me mira a los ojos, a los labios y a mi tetamen. No se está cortando nada... me incomoda y me gusta a la vez.

Tras la cena ponen algo de música ya que a los organizadores les gusta el show: un poco de guateque, unos *gintonics*... Mucha gente sube a sus habitaciones, algunos más a gatas que a pie del pedo que llevan y ¡eso que es el primer día! Anders me invita a bailar y le digo que no, que estoy cansada, que bailo como un pato, bla, bla, bla... Lo cierto es que no quiero que me toque ni yo tocarlo a él... porque me conozco. Huele muy bien a dos palmos, imagino que a dos centímetros la cosa será irresistible y yo llevo un alien dentro que no quiero que aparezca.

No quiero ser maleducada y decidoirme pitando a la habitación despidiéndome cordialmente con «un buenas noches, que durmáis bien».

Anders dice que él también se retira y que se va a dormir —su cara denota un poco de frustración— con lo que silenciosamente nos dirigimos hacia el ascensor.

El trayecto hasta la planta quince se me está haciendo eterno. Él no marcó otro piso, por lo que deduzco que también está en la misma planta que yo, o se ha olvidado de marcar; se sitúa detrás de mí donde puedo notar su agitada respiración. O tiene asma o está tan nervioso como yo...

Yo estoy en la planta quince, habitación 1503; él en la misma planta habitación 1505, ¡pared con pared! ¡vamos! no podíamos estar más cerca ¿Es que se han alineado todos los astros para que me folle a este tío o qué?

Antes de entrar en la habitación, muy amable, me dice que le ha encantado conocerme y que ¡hasta mañana bacalao! —Bueno, lo de bacalao me lo acabo de inventar—, me da un beso en la mejilla y me dice:

—Así se despide uno por el sur ¿verdad?

Y se va.

Me quedo muda, lo cual es raro en mí. Me descoloca. Entro rápidamente en la habitación, me desvisto y mi amigo electrónico Michael y yo tenemos una sesión íntima. Me ha puesto a cien el simple roce de sus labios con mi mejilla. Eso es preocupante, pero pienso que con suerte no coincidiremos más, ni siquiera en el desayuno.

A la mañana siguiente repaso el programa de las conferencias. Quiero asistir a todas las que me interesan, que para eso estoy aquí. Me organizo para ir a tres por la mañana, al *brunch* y dos más por la tarde.

Durante la mañana no veo a Anders por ningún lado, cosa que me tranquiliza bastante aunque, en mi fuero interno, no me hubiera importando nada notar de nuevo su aroma. Me trago las tres conferencias previstas y asisto al *brunch* en el mismo hotel donde estamos reunidos. Ya tengo el coco saturado... estos congresos son más cansados de lo que parece y encima no he dormido un *pijo*.

Ya por la tarde asisto a la primera de las previstas y en realidad resulta ser un tostón, aunque prometía. El plato fuerte del día es la última: «Fisioterapia deportiva: las lesiones más comunes en el deporte de alta competición». Es la conferencia estrella y estaba deseando acudir. Llego de las primeras para coger un buen sitio pues soy un poco cegata y, si no estoy en las filas delanteras, no me entero de nada.

Me siento en primera línea tal y como tenía planeado y llega más y más gente hasta llenar la sala. Está a tope, incluso hay gente de pie. El atril está preparado, pero el conferenciante aún no se ha presentado. Quedan apenas tres minutos para empezar y entonces entra él... Anders.

Sí, Anders era la persona que hacía la presentación más importante del día y del seminario, diría yo... y la nena en primera fila, vamos, que se me veía perfectamente.

La presentación estuvo fabulosa. Anders es un orador experto y se notaba que sabía muy bien de lo que hablaba, su profesión la conocía perfectamente. Me dejó alucinando y no sólo por lo buenísimo que estaba, sino por cómo se expresaba, la maestría con la que llevó su *speech*... cómo se movía por el atril, sus gestos con las manos y su expresión corporal en general. Iba guapísimo, con un traje que le quedaba tan bien o mejor que el que llevaba ayer en la cafetería. De vez en cuando me miraba directamente, como dirigiendo hacía mí la explicación. Esa mirada me atravesaba una y otra vez y yo no sabía dónde meterme. Parecía un modelo de *Calvin Klein* y hasta me lo imagine en calzoncillos ¡Dios, sácalo ya de mi mente calenturienta!

Al finalizar fui a felicitarle por la exquisita presentación, me pareció que era lo más profesional.

—Hola Anders, enhorabuena —dije— ha sido un diez, la conferencia perfecta. Debo decirte que me has impresionado ¿Cuántas veces has hecho esto? ¿Cinco mil?

—Gracias Anna —sonrió—, me extraña que haya quedado tan bien. Estaba muy distraído, especialmente con una persona que estaba en primera fila —dijo con ironía—, pero me alegro que te haya gustado. Estoy un poco cansado, he estado toda la mañana dando los últimos retoques a mi presentación y apenas he tomado el aire. ¿Hace un café en la cafetería de la esquina?

Me lo pensé unos instantes y decidí ¿Qué daño puede hacer tomar un café con un experto en fisioterapia deportiva? Y acepté.

—¿Nos vemos allí en una hora? —contesté— he de pasar por la habitación a dejar el portátil y hacer un par de cosillas. —me hice la interesante, en realidad quería arreglarme un poco.

—Okey, allí nos vemos.

Se despidió con una sonrisa, se dio la vuelta y se fue.

Subí corriendo a la habitación y me di una ducha rápida que necesitaba como el comer. Había sudado bastante durante su conferencia y no era por el calor de la sala precisamente.

Me puse una falda de tubo justo por la rodilla y un jersey de cuello alto negro, mis botas altas de tacón y el chaquetón de cuero con pelito. Tampoco quería que pareciera que acudía a una cita, aunque quizá lo fuera, pero entre dos profesionales del ramo ¿no? Recogí mi cabello en una coleta alta y eso sí, mis labios como siempre, rojos.

Llegué a la cafetería con unos minutos de retraso y Anders ya estaba sentado en una mesita justo al lado del ventanal. Levantó su mano para hacerse ver, como si no le hubiera visto ya ¡con lo que destacaba!

Me senté frente a él y no se me ocurrió otra cosa que decirle:

—¡Parece que ha refrescado hoy!

¡Qué comentario más idiota! Pero es que estaba intranquila... Anders me ponía nerviosa, mucho.

—Sí, un poco más que ayer, pero yo estoy bastante acostumbrado. En Estocolmo el clima es muy similar. Dime, ¿hace mucho que te dedicas a la fisio?

—Pues sí, bastantes años ya —respondí—. Tengo negocio propio en Barcelona junto con

otros dos socios. No nos va nada mal la verdad y precisamente mi especialidad es la deportiva.

Estuvimos hablando mucho rato de trabajo y no nos dimos cuenta de que casi era la hora de cenar y ambos comentamos que estábamos hambrientos.

—Conozco un restaurante indio por aquí que no está mal —me dijo— ¿te apetece un *Tikka Massala* y unas *Samosas*?

—Pues mira, no te diré que no —contesté—. La comida india es una de mis favoritas y tengo hambre, el *brunch* ha sido un poco escaso.

—Pues vamos —interrumpió— está aquí cerca, podemos ir paseando.

Salimos de la cafetería y nos fuimos hacia el indio. La verdad es que me sentí a gusto, más relajada. Haber hablado básicamente de temas profesionales me tranquilizó, pero ahora iríamos a cenar y no estaríamos hablando todo el rato de músculos, esqueletos y lesiones musculares, eso también era un coñazo así que, iba repasando mentalmente de qué temas podríamos hablar mientras cenáramos. En ese momento me llamó Olivia:

—Hola mami ¿cómo estás? ¡Te echo de menos! Tita Celia me llevó a patinar, lo hemos pasado genial.

—Hola mi amor —hice un gesto a Anders de que debía obviamente atender la llamada—, yo también te echo de menos cariño ¡te he comprado una cosita! ¡Te va a encantar!

Hablé con mi hija unos minutos y colgué el teléfono.

—Era mi hija, Olivia —le dije— es mi pequeña princesa.

—¿Tienes una hija? —me miró extrañado—. Con ese cuerpo nadie lo diría... ¿Es pequeña?

—Tiene seis años, casi siete ya —contesté— y gracias por el piropo, me vas a poner roja.

—Yo tengo una hija también, Britt —soltó—. Tiene tres años y es preciosa. No la veo tanto como quisiera ya que vive con su madre. Estamos divorciados pero nos llevamos muy bien.

—Yo también soy divorciada —confesé.

No tuve el valor... me dio apuro decirle que tenía novio y planeábamos casarnos. No sé por qué narices no se lo dije, era el momento apropiado. Aunque por otro lado pensé, que él tampoco me había dicho nada de si tenía pareja en aquel momento. Corrí un tupido (o estúpido) velo.

Llegamos al indio y devoramos todo lo que pedimos. ¡Me encanta! es mi comida favorita porque es como yo: exótica y picante.

Seguimos hablando y, sin poderlo evitar, coqueteábamos el uno con el otro de forma evidente. Era como estar de nuevo en el *insti*...

...Y llegó la hora de volver al hotel. Al día siguiente me tocaba a mí ser la conferenciante y no podía pasarme con la bebida ni estar distraída. Le dije a Anders que mi conferencia sería sobre la fisioterapia deportiva en niños y adolescentes y, que estaría encantada de verle allí.

Volvimos a hacer el trayecto en el ascensor, más juntos esta vez y, por poco me tiro a su cuello. Me costó controlarme. No me acordaba de Jorge en ese momento. Sólo tenía presente mi instinto animal, pero logré domar a la fiera.

Me dejó en mi habitación y él se fue a la suya, como un buen niño.

—Hasta mañana Anna —me atravesó con la mirada.

—Hasta mañana —contesté—, que tengas buenas noches.

Y me dio otro beso en la mejilla, esta vez rozando la comisura de mis labios.

Cerré la puerta y me apoyé en ella. De repente oí como la aporreaban. Era Anders...

Me cogió por la nuca y me metió la lengua en la boca con violencia. Nos arrancamos la ropa en silencio pero agresivamente mientras nos besábamos salvajemente. Me tumbó en la

cama y me recorrió todo el cuerpo con su lengua. Cuando acabó de saborearme me dio la vuelta y me penetró desde atrás. Ambos estallamos en un salvaje orgasmo.

Nos dormimos y repetimos al amanecer. Esta vez fui yo la que llevó la batuta... su cuerpo estaba muy bien trabajado, se notaba que era deportista... es guapo y arrebatadoramente sensual. Me puse sobre él y de nuevo, volamos...

32. Celia. De vuelta en Barcelona.

Ha llamado mi abogada, Carlos finalmente ha accedido a firmar el divorcio, lo cual me alivia.

Esta misma mañana por fin me ha venido la regla, más escasa de lo habitual, pero como soy tan rarita con mis periodos, no me extraña en absoluto.

No me siento muy bien por eso. Ando algo mareada y es que tengo tanta tensión dentro...

Intento hablar con Najib, sin embargo me sale el buzón de voz. Sé que anda liado y que el teléfono lo atiende cuando puede, pero necesito oír su voz... es mi droga matutina...

—Cariño, cuando oigas este mensaje, llámame. Te quiero.

Cuelgo un poco preocupada. Hace días que tengo un mal palpito.

Carlos me ha enviado un mensaje, quiere hablar conmigo antes de firmar. Le digo que si es para cambiar de opinión, que no cuente conmigo para nada. Me contesta que no, que sólo quiere disculparse en persona. Quedamos en un lugar neutral para comer y le advierto que no me salga con ninguna gilipollez porque me largaré.

Llegué al restaurante donde habíamos quedado y él ya estaba allí. Al verme se levantó y me dio dos besos, como si fuéramos dos amigos y no tuviéramos problema alguno.

—Lo primero, pedirte perdón —soltó—; lo segundo, decirte que he sido un imbécil... Por muchos motivos que creo, ya no hace falta ni que te los diga ¿verdad?

—No hace falta, no —contesté—. Yo sólo quiero que firmes, Carlos.

—¿Tanta prisa tienes? —dijo— lo voy a hacer porque no tiene sentido no hacerlo, aunque podríamos tomarnos más tiempo y así ver las cosas con más calma. Todo ha ido tan rápido... ¿vas a acabar con todo lo que hemos vivido de un plumazo?

—Carlos —interrumpí—, te lo dije: si es para hacerme cambiar de opinión, me largo. Hace ya más de un año de nuestra crisis y llevamos muchos meses viviendo cada uno por su lado, tampoco es tan precipitado.

Me levanté de la silla y Carlos me retuvo cogiéndome suavemente del brazo.

—Para mí no es tan sencillo, Celia: te voy a querer toda mi vida —confesó—. Lamento todo lo que te he hecho pasar antes, durante y después de nuestro matrimonio.

—Pero yo ya no te amo Carlos —solté sin compasión—. Me he enamorado de otra persona y quiero rehacer mi vida con él.

—¿Crees que porque lleves unos meses con un tío que acabas de conocer estás enamorada? —dijo— ¿Acaso tienes quince años? ¿Qué sabes de su vida? ¿Le conoces tanto como a mí?

—Carlos, te voy a ser sincera —le abrí mi alma de par en par—: estos meses que llevo con él han sido los mejores de mi vida. Contigo fui feliz un tiempo, hasta que la cagaste y no, no tengo quince años, voy a cumplir treinta y ocho. Sé muy bien lo que hago. En una cosa sí tienes razón, no le conozco tan bien como a ti... A ti te conozco demasiado, por eso ya no te amo. Con él tengo mucho que aprender aún y sé que no me va a defraudar y, si fracaso, fracasará yo sola. Un consejo: deja de portarte como un crío y acepta lo que hay...

—Celia, estoy saliendo con Laura —dijo—. Quiero empezar una vida también, pero sé que jamás la amaré como a ti.

—Espero que os vaya bien, de corazón —le dije—. No te deseo ningún mal pese al daño que me has hecho y, si yo te lo he hecho a ti o te he hecho sentir desgraciado en algún momento, te pido que me perdones también. Te vi con Laura, ya lo sabía... no me sorprendió. Siempre quiso estar contigo. Fue la culpable de nuestra primera pelea cuando éramos novios

¿recuerdas? Me dolió verte con ella. Me pareció una falta de respeto, pero luego pensé que poco me debía de importar con quien estuvieras puesto que estamos separados hace mucho tiempo y tienes el mismo derecho que yo.

—Tendrás los papeles firmados esta semana —dijo con los ojos llorosos—. No intercederé en tu felicidad, pero recuerda una cosa: siempre estarás en mi corazón como la mujer más importante de mi vida.

Pagó la cuenta, acarició delicadamente mi hombro y desapareció. Supe que decía la verdad y que me dejaría tranquila.

Estaba guapo, debo reconocerlo. Siempre lo fue y siempre lo será. Pero tiene un grave defecto: es un mujeriego, le gustan mucho las faldas. Todo tiene un final y este final lo he decidido yo. A veces no es suficiente con quererse, también existe el respeto.

La conversación que tuve con Carlos ese día fue la más profunda que habíamos tenido en meses. Estaba segura de que él también tendría un lugar siempre en mi vida, no en vano habíamos vivido muchas cosas juntos. Pero formaba parte ya del pasado.

Fui a visitar a mis padres, el ambiente estaba más relajado y no salió a relucir el nombre de Najib en ningún momento, aunque ambos sabían que estábamos juntos y que la cosa iba en serio, tanto, que me estaba planteando irme con él a Marrakech, pero esto no lo había contado todavía.

Por la tarde de nuevo intenté contactar con Najib y seguía saliendo el buzón de voz. Le envié un correo informándole que finalmente tendría el divorcio en breve y que estaba contenta, que tenía muchas ganas de oír su voz y que le amaba.

Al final del día, no sé si por tener el periodo, por no haber hablado con Najib o por la conversación con Carlos ¡quién sabe, quizá una mezcla de todo! estaba cansada e irritada, me sentía muy rara.

Intenté hablar con mi hermana, que sólo me envía correos cuando puede, pero parece ser que este no sería el día en que pudiera conseguir conexión telefónica con alguien, así que, como estaba tan cansada, me tomé un yogurt y me metí en la cama.

De repente sonó el teléfono y ¡salté de la cama! ¡Era Najib!

—Hola mi amor ¿cómo estás? —dijo— he estado muy liado hoy, no he podido casi ni comer, perdona por no llamarte antes.

—No pasa nada cielo. Yo tampoco he parado en todo el día. Te tengo que contar novedades.

—Yo también te tengo que decir algo: finalmente he despedido a Naia. No se lo ha tomado demasiado bien, pero es lo mejor.

—Me parece bien, es lo correcto —dije sin dudarlo—. Había mucha tensión ¿ha sido por algo en particular?

—No, no, nada en concreto, era lo apropiado. Ahora toca buscar a alguien que haga su trabajo ¿mejor un chico, verdad?

—Eso sería genial ¡pero que no sea gay! —bromeé— No sabes el magnetismo que tienes, cariño.

—Bueno y ¿tus noticias? —preguntó con curiosidad.

—¡Carlos firmará el divorcio esta semana! —dije plena de felicidad—. Hemos hablado y todo está arreglado. Nos hemos deseado lo mejor el uno al otro. Eso es todo.

Omití parte de la conversación con Carlos, no quería preocuparlo ni cabrearlo, ya bastante raro le notaba, imagino que por lo de Naia.

—Te quiero nena y deseo abrazarte en todo momento ¿lo sabes verdad?

—Yo también te quiero. Sólo quiero estar contigo.

—Te volveré a llamar pronto amor, voy a estar liadísimo, pero seguro que lo haré.

—Mañana empieza Sonia la quimio e iré con ella. Sergio está de viaje y me toca a mí la primera sesión. Estaremos en contacto ¿de acuerdo cariño? Te amo... que descanses...

—¡Te amo! —contestó—. Estoy en nuestra terraza, mirando las estrellas y cada una de ellas me recuerda a ti. Felices sueños, mi cielo...

Colgamos y me quedé triste. Además lo noté... extraño. Algo le pasaba a Najib, no estaba tan alegre como de costumbre. Quizá era percepción mía al estar tan cansada e irritada con todo lo acontecido.

Cuando despierte será peor —pensé justo antes de apagar la luz de mi mesilla—. Mi amiga del alma comenzaría el tratamiento, que sé es duro de por sí; por mi profesión conozco los efectos que puede llegar a causar en el cuerpo humano... Pero una cosa es cierta, cada persona reacciona de forma diferente a la medicación. Esperemos que en Sonia, que es muy joven y siempre fue muy fuerte, no sea demasiado agresivo. Se verá en los próximos días.

He hablado con ella hace unos minutos y, aunque con miedo, transmite positividad. Eso desde el punto de vista médico es muy importante.

Mi abuelo paterno murió de cáncer... Yo era pequeña, unos doce años, pero recuerdo perfectamente los últimos momentos... cuando me despedí de él antes de que cerrara los ojos y me dijera adiós por última vez. Le quería mucho. Mi infancia estaba impregnada de sus recuerdos. Vivía por y para sus nietas, más bien se desvivía. Tengo muy buen recuerdo de él y muy malo del cáncer. ¡Maldita enfermedad! ¡La de gente buena que se ha llevado por delante! ¡Pero no podrá con Sonia! Eso lo tenía claro.

Me dormí y esa noche soñé cosas preciosas de cuando era pequeña con mi abuelo... noté como él me transmitía tranquilidad y serenidad.

Por la mañana me sentí mejor, reconfortada al haberlo visto de nuevo en mis sueños y sentir sus cálidos abrazos. Hacía mucho que no soñaba con mi yayo...

33. Anna. La Culpabilidad llama a mi puerta.

Anders y yo no volvimos a vernos por el congreso. Hizo su conferencia y se fue al día siguiente. No vino a la mía, cosa que agradecí.

Follamos, eso fue todo. Yo tampoco esperaba más. No había sido para tanto me decía a mí misma.

Jorge llamó mientras Anders estaba en la ducha. Me sentí fatal. Fue en ese momento que supe que la había cagado pero bien cagada.

Tenía dos opciones: la primera correr un tupido velo, callármelo y seguir con el secreto escondido en mi alma o la segunda, contarle todo a Jorge y empezar nuestra vida ya comprometidos, pero sin mentiras. Debía reflexionar sobre ello.

Jorge es una persona de mente abierta, como yo. Pero las poli-relaciones, acordamos, se acabaron en el justo momento en que nos comprometimos. Yo había roto esa promesa. Todo por una noche loca llena de vino y sexo, que sin embargo no había significado nada para mí.

Mi conferencia ha sido un éxito, menos mal. Estaba muy nerviosa ya que no dejaba de preguntarme: ¿Qué hago? ¿Se lo cuento a Jorge? ¿Me callo?

Lo más honesto sería decirle la verdad. Solamente fue sexo y nada más. Pero me daba miedo. Mientras estuve con Anders no me acordé de Jorge en ningún momento, lo cual hizo replantearme si yo estaba hecha realmente para un único hombre, para un compromiso eterno.

Ya me pasó una vez: me casé y la cagué... posiblemente si lo hacía una segunda, lo volvería a fastidiar como en la primera.

Por otro lado estaba su posible respuesta... No tenía ni idea de cómo podría reaccionar. Lo cierto es que me temía lo peor y, esta vez lo merecía.

Volví a Barcelona. Jorge estaba de viaje y regresaba al día siguiente y Olivia estaba en casa de Celia. Me fui directa a su casa a recogerla y nos invitó a cenar, cosa que agradecí porque quería contárselo todo a ella primero.

Olivia cenó y Celia, amablemente, nos ofreció quedarnos esa noche con ella; acostamos a Oli que estaba cansada y abrimos una botella de vino y unos ganchitos como aperitivo antes de cenar.

—¿Ha ido bien el seminario? —preguntó con curiosidad— traes mala cara, no eres mi Anita de siempre... a ti te pasa algo así que ¡desembucha!

—El seminario cojonudo. Mi conferencia fue un éxito, la verdad.

—Qué modesta —sonrió— ¿qué es lo que te preocupa tanto? ¿Es por Oli? Ella ha estado bien.

—¡No! ¡Qué dices! Sé que Oli ha estado bien contigo y con Jorge...

Sentí un nudo en la garganta. ¿Cómo explicar a mi mejor amiga que había sufrido una traición horrible, que yo había hecho lo mismo? Seguro que me iba a juzgar y me sentiría aún peor de lo que ya me sentía.

—Es que... no sé por dónde empezar —dije.

—Por el principio estaría bien —contestó Celia.

Celia sabe escuchar. Es algo que valoro mucho en ella, es la amiga perfecta en ese sentido aunque es verdad que si te tiene que meter un *moco*, te lo mete y en paz. Siempre será sincera.

—He conocido a un sueco en el seminario —empecé a explicar— y desde el primer momento que nos vimos, hubo mucha atracción.

Celia me miraba, atendiendo a mis palabras sin interrumpir.

—Le vi por primera vez en una cafetería fuera del hotel. Estaba como un tren, buenísimo... uno de los hombres más guapos que he visto en mi vida. Nos mirábamos. Yo pensé que todo quedaría ahí: un simple juego de miradas y atracción. El puto azar hizo que esa noche durante la cena, él se sentara a mi lado en la mesa y encima era el único que hablaba con coherencia y tenía un discurso interesante. Intenté ignorar mis sentimientos. ¡Me sentía atraída como un imán, Celia!

—Y, os enrollasteis esa misma noche ¿no? —me soltó.

—No —respondí—. Me acompañó hasta mi habitación y la maldita casualidad hizo que nuestras habitaciones estuvieran una al lado de la otra. No pasó nada esa noche, pero te juro que me costó una barbaridad contenerme.

—Pero entiendo que algo ha pasado, de lo contrario no estarías así.

—Me organicé el día siguiente para asistir a las mejores conferencias y durante la mañana no hubo rastro de él. Por la tarde el plato fuerte era su ponencia y yo estaba en primera fila; ignoraba que él era el ponente. De haberlo sabido no hubiera asistido o me hubiera sentado en el último asiento. Después de la conferencia me invitó a cenar y pensé... ¿Qué de malo tiene una cena entre colegas?

—¿Cena entre colegas? Esa era la excusa que tu *chichi* enviaba a tu cabeza para que hubiera algo más ¡que nos conocemos!

—Seguro que sí, tienes toda la razón, pero no pude negarme. De hecho quería ser buena y, al dejarme en mi habitación, al segundo él estaba aporreando mi puerta, la abrí y no pudimos resistirnos: lo hicimos... toda la noche.

—¡Lo sabía! Y ¿ahora te sientes como el culo, no? ¡Tienes motivos para ello!

—Que no sé qué hacer... ¿se lo cuento a Jorge? Se va a cabrear, lo sé. Le prometí «ser buena» cuando nos comprometimos. ¿Me callo y hago ver que esto no ha pasado? Celia, sólo ha sido una noche de sexo. Ni siquiera nos hemos dado los teléfonos. De hecho tras ducharse se marchó y no lo volví a ver.

Me sentí mal contándole esto a Celia, con lo que ella había pasado, pero necesitaba explicarle todo a mi mejor amiga.

—Te diré que es una de las peores experiencias de la vida —dijo tajante—, lo único positivo es que no estáis casados aún y que hasta hace nada, vuestra relación era «muy abierta».

—Sí, es cierto. Él también tuvo sus momentos, pero le prometí que todo cambiaría. Lo prometimos los dos y ahora siento que le he traicionado y lo que es peor, me siento como una auténtica mierda. Quizá no esté hecha para el matrimonio ni para relaciones largas.

—Medita esta noche. Si me preguntas qué haría yo: depende de lo que quieras tú. ¿Quieres casarte? ¿Quieres ser monógama toda la vida? Y, lo más importante ¿estás enamorada de él?

—Sí, lo estoy, pero no estoy segura del resto.

—Lo mejor entonces es que seas sincera. Cueste lo que cueste ¿no crees? Medítalo y decides ¿Jorge vuelve mañana, no?

—Sí, por la tarde aterriza. Pensaba ir a recogerlo al aeropuerto.

Seguro que se percibía en mi cara la culpabilidad que sentía. Era como los de *Avon*, la culpabilidad llamaba a mi puerta; se me notaba a tres leguas.

Dormí esa noche, por decir algo, aún con el aroma de Anders pegado a mi piel pese a haberme duchado varias veces. No era amor, fue pasión... sólo sexo. Algo de lo que quizá Jorge y yo estábamos un poco faltos últimamente.

Desde que está instalado en casa de forma más o menos constante, nuestros encuentros ya no son tan apasionados como al principio. Quizá sea la crisis de los tres años que dicen. Yo

lo llamo rutina y a mí la rutina me mata.

Antes nos veíamos y enseguida dábamos rienda suelta a la pasión, pero ahora viviendo juntos es distinto. Olivia está por casa, excepto cuando le toca estar con su padre y claro, una no puede hacer según qué con la niña pululando por ahí.

La verdad es que para mí, para ser franca, la cosa ha perdido fuelle desde que me pidió matrimonio. Siempre he creído que soy alérgica a ello... ya lo viví y no funcionó. No me va la rutina, pero también soy consciente que cuando tenga setenta años, no podré llevar la «vida loca» que llevo ahora y necesitaré alguien a mi lado. Ahora estoy llena de dudas: no sé si casarme con Jorge es una buena decisión y, desde luego, empezar nuestro matrimonio con una mentira no es lo ideal.

Desperté esa mañana, llevé a Oli al cole y tomé la decisión: se lo iba a explicar y luego decidiríamos si seguíamos o no... eso si no me dejaba él primero, claro.

Estuve en la consulta un rato ya que tenía algunos pacientes con cita previa a los que no podía dejar tirados, aunque mi cabeza seguía dándole vueltas al asunto.

Llegó la hora de ir al aeropuerto a recogerle. Le esperaba con el coche en la zona de estacionamiento de llegadas. Estaba temblando.

Olivia adora a Jorge, es como un segundo padre para ella; cuando tuvo el accidente, no se separó de nuestro lado ni un segundo y encima se lleva de maravilla con mi ex. No sé si Olivia fue determinante para finalmente aceptar su propuesta de matrimonio. Estaba sensible tras lo de su atropello y me conmovió la forma como se comportó. Seguro que me influyó. Le quiero, pero a la vista está que no con la suficiente fuerza como para que sea mi pareja definitiva. Se me pone un tipo que está buenísimo al lado y como *Hannibal Lecter* haría con su presa, voy a por él.

Veo salir a Jorge impecablemente vestido y peinado, con una sonrisa de oreja a oreja al verme en mi coche rojo, a conjunto con mis labios... ¡Estaba tan guapo! ¡Joder no quiero dejarlo, podemos intentarlo! ¡No ha pasado nada! ¡Sólo fue sexo! ¡Y no ha significado nada para mí! Unos meses atrás esto no hubiera tenido ninguna importancia para él...

Se metió en el coche y me besó con fuerza. Con esos besos de amor, de película. Un escalofrío recorrió mi espalda y fue de pasión... hacía semanas que no la sentía con él. Me entraron ganas de hacerle el amor allí mismo. Además noté las famosas mariposillas... Pero seguía sintiendo culpabilidad. Me sentía ruin.

Esa tarde a Olivia la recogía su padre y dormiría en su casa, lo cual significaba que estaríamos solos y que quizá fuera un buen momento para hablar.

—Estás muy guapa mi amor —me dijo— te he echado de menos. Mucho.

Me volvió a besar.

—Hola cielo, ¿qué tal el viaje? ¿Muchas turbulencias? —no sabía ni qué decir— tenía ganas de verte.

De hecho sí, me alegré de verle, pero sentí un miedo inmenso a perderle también. Cuando le vi salir entendí que la había fastidiado y bien.

—No está Oli esta noche... —seguí— ¿salimos a cenar a algún sitio chulo?

—Pues claro guapa, además te voy a llevar a un sitio muy romántico que me han recomendado. ¡Te necesito esta noche, baby!

Me guiñó el ojo.

Cogió mi mano mientras conducía y la acariciaba fascinado, como si hubiera visto a la mismísima virgen. Y yo cada vez me sentía más y más cabrona.

Llegamos a casa y se dio una ducha. Salió con la toalla alrededor de su cintura, mostrándome parte de su maravilloso cuerpo. ¡Es un chico tan guapo y sexi! Debía sentirme

afortunada de que me hubiera elegido entre tantas. Él había sido muy «Casanova» y decidió que fuera yo la definitiva. Me abalancé sobre él y lo hicimos. Sólo él podría quitarme el aroma de Anders de encima. Esta vez fue muy romántico, fue de verdad hacer el amor. Tras hacerlo, nos abrazamos y me susurró al oído un «te quiero» que me hizo sentir en el mismísimo cielo y en el infierno a la vez.

Me di cuenta en ese momento que quería pasar con él el resto de mis días. Callé. Dejé morir el tema «Anders» y decidí mirar hacia otro lado. Sabía que no iba a ser fácil, pero si confesaba, tendríamos los días contados.

34. Sonia: tengo miedo.

Hoy empieza mi tratamiento. He estado leyendo cosas terribles sobre la *quimio* y no debería haberlo hecho. Estoy mucho más asustada de lo que aparento. Ayer hablé con mamá y no le dije nada, tal y como tenía previsto. No quiero preocuparlos.

Sergio no podrá venir hoy, pero Celia me acompaña. Son cinco horas de líquido por las venas, serán cinco horas interminables.

He leído que los efectos de la quimio en algunos casos es devastador desde la primera sesión: caída de cabello, debilidad, problemas en la piel... tengo miedo. Mi médico me ha dicho mil veces que cada persona es distinta y por tanto, los efectos del tratamiento son difíciles de prever de antemano.

Sé que voy a vencer al cáncer ¡lo sé! Me harán en principio cuatro sesiones, una por semana y creen que no hará falta hacer más. Luego haremos radio; es más leve pero también tiene efectos secundarios. Me esperan unos meses duros y no solamente a mí, a todo mi entorno.

Celia me recoge y vamos hacia el hospital, en silencio. Estoy muy asustada, sé que lo percibe y noto que ella también lo está.

—Vamos a vencerlo Sonia —dijo—. Estamos todos contigo.

—Lo sé, pero es muy duro —contesté—. Eres una gran amiga.

—Solo faltaría que no estuviera aquí. Somos las tres mosqueteras, no lo olvides cariño.

Le dije a Sergio que se fuera de viaje tranquilo, que Celia me acompañaría y que no se sintiera mal. De hecho no quiero que me vea sufrir mientras el medicamento corra por mis venas. Quise llorar sólo de imaginarlo.

Ya hemos llegado y nos hacen pasar a una sala donde hay más personas: gente mayor, jóvenes, algunos casi niños... Es desolador. Para mí es la primera sesión, otros se nota que llevan ya muchas a sus espaldas. Hay chicas con el pañuelo en la cabeza, un chico con la piel como la cera... me desanimo por momentos.

Me presento al resto dando los buenos días y diciendo que es mi primera sesión. Enseguida la chica que está sentada a mi lado y, que parece más o menos de mi edad, empieza a hablarme...

—Estás asustada, es normal. Yo también estaba así la primera vez. Me llamo Patricia.

—Encantada Patricia. Yo soy Sonia y ella es una de mis mejores amigas, Celia.

—Mucho gusto —respondieron las dos.

—Sí, tengo mucho miedo —dije—, es el primer contacto que tengo con el cáncer. Nunca antes nadie en mi familia, que yo sepa, lo tuvo. Reconozco que estoy muy preocupada.

—¿Puedo preguntarte qué tipo de cáncer tienes? —dijo Patricia— el mío es de ovarios. Esta será mi quinta tanda de *quimio*, llevo así casi dos años entre una cosa y la otra. No acabo de matar al «bicho».

—El mío es de mama. Me operaron hace unas semanas y según mi oncólogo, con la operación estoy bastante limpia, pero es necesario hacer estas sesiones. No hay más remedio.

Cuando te dice una chica de tu edad, que lleva casi dos años luchando... es triste. Me di cuenta en ese momento que quizá lo mío no era para tanto. Ya me lo dijo el oncólogo, sólo por prevención, que estaba todo bastante bien. Al oír a Patricia sentí que yo tenía suerte. Debí palidecer porque siguió explicándome...

—Ya estoy casi acostumbrada a los efectos secundarios, mi pelo ya no cae... porque no

tengo ¿pero sabes? es lo que menos me preocupa. Conozco un sitio aquí en Barcelona que hacen unas pelucas estupendas y súper cómodas. Por eso no te preocupes, si sólo te van a dar unas pocas sesiones, pronto lo tendrás olvidado.

—Gracias Patricia —dije—, eres un ejemplo a seguir. ¡Con qué buen humor y con qué ganas te enfrentas a esto!

—No me queda más remedio —dijo—, tengo una hija de cuatro años que me necesita y mi pareja también. Están mis padres... somos una piña. Voy a vencerlo, estoy segura, cueste lo que cueste. Mi oncóloga dice que la actitud es lo más importante, «la mejor *quimio*» suele decirme.

—Seguro que sí —dijo Celia— yo soy enfermera y a veces he visto cosas de alucinar. Creo chicas, que estas sesiones no van a ser tan malas como creéis.

Las cinco horas de conversación entre las tres pasaron volando. Patricia hasta explicaba chistes, Celia anécdotas y yo, como una idiota, alternaba la risa con los lloros. Estoy sensible y es totalmente comprensible, supongo...

Dormí en casa de Celia, pues Sergio aún tardaría dos días en volver e insistió que no quería que me quedara sola. Yo también prefería estar con ella, necesito su compañía en este momento. Es algo más que mi amiga, es mi hermana.

Llegamos cansadas y me fui a dormir rápido, dejándola a ella intentando conectar vía online con su amorcito, aunque no tuvo éxito.

A la mañana siguiente me levanté con náuseas y pensé ¡jolín! ¡Ya el primer día! Afortunadamente me habían recetado unas pastillas para sentirme mejor y empecé a tomarlas.

Celia se levantó y también parecía encontrarse mal:

—¿Qué te pasa? —pregunté— haces muy mala cara.

—No lo sé muy bien —contestó—, vomité esta mañana. Debo haber agarrado un virus gástrico o algo así, me siento fatal.

—A ver si estarás *preñá* —le dije de coña.

—Hija, si acabo de tener el periodo. Una regla rara de las mías... He manchado tres días y adiós, sin embargo el mal cuerpo no me lo quita nadie.

—Pues seguro que es un virus —comenté—. Susana, la de contabilidad, ha estado *pochísima* me han dicho.

Celia se volvió a la cama y se quedó frita de nuevo. Fue entonces cuando sonó su móvil y al ver que era Najib, lo cogí:

—Hola Najib, soy Sonia. Celia está en la cama, no se encuentra muy bien, un virus estomacal o algo por el estilo.

—Hola Sonia —contestó amablemente— ¿Cómo te encuentras? Precisamente me dijo Celia que ibas a empezar el tratamiento y, entre otras cosas quería hablar con ella para preguntarle por ti.

—Todo está bien por el momento —le dije—, unas náuseas nada más. Ella está peor. Parece que se levantó vomitando, pobrecita... ¡Espera! que la llamo para que se ponga.

—¡No! lo volveré a intentar más tarde, déjala descansar. Ayer me llamó y no estaba disponible. Luego pruebo otra vez: entre reunión y reunión buscaré un hueco. Me alegro de hablar contigo Sonia, un fuerte abrazo.

—Otro para ti, Najib.

Colgó. Creo que Celia se va a enfadar un poco por no despertarla, pero si no está bien... ya hablarán en otro momento.

Efectivamente, Celia se levantó y vio en su móvil la llamada de Najib. No se enojó, pero le supo tremendamente mal no poder hablar con él... En esta fase del enamoramiento, si no se

habla cada día, es como que si te faltara el aire.

Finalmente Sergio ha llegado y me ha pasado a buscar. Nos vamos a casa. Yo también necesito estar con mi amorcito. Le pongo al día de cómo ha ido todo, que conocí a Patricia y también sobre el virus de Celia que, espero no me haya contagiado... ya sólo me faltaría eso.

Han pasado ya dos días desde que empecé la quimio y tampoco me siento tan mal. Veremos la semana próxima.

Decido hacer de tripas corazón e ir al cine con mi marido a ver una *pelí* de esas románticas que te hacen llorar a moco tendido; no sé si es realmente la temática que más me conviene, pero me apetece ir con él, agarrarme a su brazo y llorar. Él hace lo imposible para que esté animada, aunque yo veo el miedo en su cara y, a veces soy yo la que tengo que infundirle ánimos.

Cuando nos casamos, me acuerdo que me escribió unas palabras preciosas que leyó delante de todo el mundo. Muchos de esos párrafos venían a mi cabeza, especialmente cuando hablaba de que siempre estaríamos juntos y que no me fallaría y realmente era así... un apoyo incondicional. Tuve mucha suerte encontrándole en mi camino.

35. Anna. Visitas inesperadas.

Han pasado ya dos semanas del suceso del congreso y sigo con mi vida. Aún le doy vueltas a lo de Anders. Decidí no contarle nada a Jorge y estamos bien. Parece que hemos recuperado el sexo salvaje del principio y esta especie de crisis la estamos remontando. Pese a esto, sigo sintiendo que no hago bien, pero si no lo conté en su momento, ahora ya no viene al caso. Mejor olvidarlo.

Ayer fui a *quimio* con Sonia, la tercera ya, sólo queda una. Al final tampoco le ha caído tanto el cabello, un poco nada más y apenas se le nota al llevarlo rizado; el médico dice que la está tolerando bien.

Conocí a Patricia... parece que está recayendo, no lo pasa nada bien. Es un ejemplo a seguir, después de tantos meses de tratamiento aún mantiene la sonrisa... aunque no pinta bien la cosa para ella. Intenta transmitir buenas vibraciones, a mí me da mal rollo verla, ¡pobrecita!

He llevado a Olivia al cole y he pasado por la *pelu*; me quería sanear el pelo. Según la peluquera, sólo las puntas, pero la *típa* me ha cortado como siempre, un palmo. De toda la vida que me hace lo mismo, pero no importa. Hace años que actúa de esta manera y vuelvo una y otra vez. Por mucho que digo puntas, ella entiende un palmo. No quiero ni pensar en qué me haría si le dijera córtame un palmo... Creo que las peluqueras en general tienen una asignatura que se llama «ignorar lo que pide la clienta». Pero Marta, mi peluquera, es un amor y por eso no dejo de ir después de tanto tiempo.

Me voy a mi local. Hoy tengo reunión con mis socios Andrés y Marcos. Ellos son pareja hace muchos años y eso viene bien para el negocio... no hay «tensión sexual no resuelta» y puedo trabajar a gusto. Nos va bien. Hemos ampliado el negocio con el local del al lado y cada vez tenemos más pacientes.

Mis clientes de hoy se han comportado. Me hacen caso y no se quejan demasiado cuando les hago daño. Está siendo un día fácil...

Sin embargo a las cuatro de la tarde me llama Sandra, la recepcionista:

—Anna ¿puedes venir? —preguntó—. Tienes una visita.

—No tengo más pacientes en la agenda hoy —contesté.

—No es un paciente —siguió— dice que es un viejo amigo y... ¡es muy guapo *neni!*

—Okey, pásalo a la sala de visitas, ahora bajo.

Colgué el teléfono mientras le daba vueltas al coco, pues no tenía ni idea de quien podría venir a verme, incluso llegué a pensar que era alguna bromita típica de las de Sandra. Al llegar a la sala de espera, un chico con un culo maravilloso se encontraba hojeando una de las revistas de las que tenemos por allí para los clientes.

¡Era Anders! Estaba perpleja...

—¡Hola Anna! —dijo—. No me ha costado mucho dar contigo.

—Anders... ¿qué estás haciendo aquí? —dije muy sorprendida.

—He venido invitado por la Universidad para una ponencia y he pensado en pasar a saludarte y, aquí estoy. Te veo muy bien.

—Estoy bien... Anders no te ofendas, pero después de lo que pasó ¿cómo se te ocurre venir? Pensé que allí quedó todo.

—Pues ya ves. Para mí la cosa no ha sido así. Sé que me levanté y me marché sin apenas decir adiós, pero no he dejado de pensar en ti.

—Anders, voy a ser muy clarita —dije con crudeza—: tengo novio, estoy prometida y me

voy a casar. Lamento no habértelo dicho antes, pero imaginé que sólo querías pasar un buen rato y ya está, como siempre ocurre en este tipo de congresos y, desde luego, ha sido un error tremendo que te presentes aquí.

—Yo pensaba lo mismo. Quería irme y no pensar más en el tema. Volví a Estocolmo ese mismo día, pero no dejo de pensar en ti. Me cautivaste Anna... eres una tía genial y, por cómo lo hicimos, creo que a tu novio no le debes querer demasiado...

—¡Creo que te estás confundiendo! Quería follar contigo y ya está. ¡No me juzgues tan a la ligera, guapo! Ya eres mayorcito ¿no? Ahora no me vengas con el cuento de que tenemos conexión, de que estamos hechos el uno para el otro, bla, bla, bla —ironicé.

—¿Se lo has contado a él? —dijo mirándome muy seriamente—. Yo sí lo hice: hablé con mi novia nada más llegar a Estocolmo. Lo hemos dejado y, antes de que lo preguntes, he sido yo el que tomó la decisión. No entraba en mis planes lo que pasó, pero lo hicimos y para mí ha sido algo más que un buen polvo.

—Así que tú también tenías pareja... muy bonito Anders —intenté darle la vuelta a la tortilla— y ahora ¿qué esperas? ¿Que caiga rendida en tus brazos o algo por el estilo?

Me miró, volvió a cogerme por la nuca y me besó, como la primera vez...

Le aparté como pude, pero volvió a cogerme esta vez por la cintura y me besó de nuevo. Por unos segundos, no me resistí y me dejé llevar.

Sus besos me atraviesan, me excitan, me enloquecen...

Súbitamente lo aparté de nuevo y le dije:

—Anders ¡No puede ser! Lo he meditado mucho y le quiero. Sería fácil tener un *rollo* contigo, eso seguro, pero a él lo amo. Jorge y yo nos vamos a casar.

En una cosa sí tienes razón, le he fallado y no le he contado lo nuestro. Lo haré esta misma noche, pero pase lo que pase, tú y yo no nos volveremos a ver.

Me asustaron de nuevo las sensaciones que Anders me transmitía: sexi, sexual, sexo... rezumaba sexo por todos los poros. Me abrazó acariciándome la espalda y fue entonces cuando vi a Jorge observando a unos metros...

¿Cuánto tiempo llevaría allí...?

Su cara era un poema. Una peli de terror más bien. Fui hacia él, pero me dijo directamente que me fuera a la mierda.

Despaché a Anders, que se marchó por donde vino.

Recogí tan rápido como pude mi bolso de la consulta y fui tras Jorge. Necesitaba explicarle lo que había sucedido y no iba a ser fácil.

Llegué a casa y Jorge no estaba. Le llamé al móvil una docena de veces. No hubo respuesta: «apagado o fuera de cobertura».

Me fui a la terraza y encendí un pitillo. Hacía seis meses que no fumaba pero guardaba un paquete para una emergencia y eso lo era. Era una EMERGENCIA ¡en mayúsculas!

Tras cuatro horas fumando y desquiciándome llamé a Celia desesperada:

—Celia, Jorge se ha enterado de lo de Anders —dije— ¡no te vas a creer lo que ha pasado!

Le expliqué que se había presentado por sorpresa, que nos besamos y que, aunque yo lo separé, me volvió a besar y que fue entonces cuando vi a Jorge.

—No sé qué decirte Anna —contestó— pinta mal ¿le has llamado?

—No contesta. Hace horas que intento contactar con él y no hay manera; estoy muy preocupada.

Celia y yo estuvimos una hora al teléfono cuando repentinamente oí que alguien entraba por la puerta. Era Jorge totalmente fuera de sí. Colgué el teléfono con los ojos llorosos e intenté

hablar con él:

—Jorge tengo que explicarte lo que has visto, no es lo que parece.

—Conociéndote —me interrumpió lleno de ira— ¡seguro que es mucho peor! Teníamos un trato ¿recuerdas? Nada de relación abierta tras el compromiso. Me has fallado Anna, me has fallado a la primera. Vengo a recoger cuatro cosas que necesito y me voy a mi casa. Por lo que a mí respecta puedes follarte a todo lo que se menee. Desde este momento tú y yo ya nos estamos juntos.

—Jorge, hablemos... necesito contarte la verdad.

La verdad es que Jorge estaba un poco borracho. No es hombre bebedor, pero seguro que se había tomado tres o cuatro Jack Daniels a palo seco y él con eso tenía más que suficiente. Intenté calmarlo, me abracé a él...

—Te quiero Jorge —musité—. No ha sido nada para mí. Fue sólo sexo y ya es pasado. Te lo quiero contar todo. Bésame por favor, te necesito...

Él me ignoró, su mirada estaba clavada en la pared. Me apartó y se sentó en el sofá... Vi cómo se iba quedando dormido por el efecto del alcohol. Traje nuestra mantita y me acurruqué a su lado con la esperanza de que al día siguiente pudiéramos hablar, arreglarlo todo y que sus palabras, sus duras palabras, fueran únicamente fruto del cabreo y del alcohol.

Me costó Dios y la madre conciliar el sueño. No hacía más que pensar que era una gilipollas integral nivel experto.

Nunca debió ocurrir lo de Anders. Ni siquiera tendría que haber ido al congreso.

¿Por qué la cago siempre? ¿Es que todo me tiene que salir mal? ¿Cómo le explicaría a Olivia que Jorge nos dejaba?

36. Celia, el día a día y sus sorpresas.

Con el divorcio ya firmado y con Sonia acabando la quimio al día siguiente, era cuestión de tiempo que las piezas del puzle encajaran. Tengo muchas ganas de estar con Najib, hace muchos días que no lo veo. Pronto será mi cumple y mi mejor regalo sería estar con él, aunque sólo fueran dos horas.

Hablamos anoche, hicimos video-chat y me hubiera comido la pantalla... me dijo que está muy ocupado y no puede escaparse ahora. Tiene que viajar a Sudáfrica y luego a Dubái... No para. La marcha de Naia en ese sentido es negativa ya que tiene mil asuntos más que atender. Quizá se esté cansando de mí o de esta relación a distancia, aunque él jura y perjura que me ama.

Yo le quiero con toda mi alma. Lo he arriesgado todo por esta relación. Ni siquiera puedo plantearme otra escapada si él está de viaje. Estoy triste. Últimamente tengo los sentimientos a flor de piel...

Acompañé a Sonia a su última sesión. Ella se encontraba bastante bien y feliz. Nos chocó que no estuviera Patricia ya que siempre coincidíamos... me escamó mucho. Pensamos que ese día libraba o, aún mejor, que ya no necesitaba más tratamiento.

Ante Sonia no me atreví a preguntar por ella. Con la excusa de ir al lavabo hablé con una de las enfermeras y me dijo que por desgracia Patricia había fallecido tres días antes.

Me fui al lavabo y empecé a llorar... Sentí una pena enorme. Pese a su grave enfermedad era una chica llena de vida y positivismo, siempre dando ánimos a todos los que estaban con ella durante las sesiones. No podía dejar de pensar que dejaba a una familia desolada y encima a una niña pequeña que debería crecer sin su madre... Me sequé las lágrimas, me recompuse como pude y volví con Sonia.

No tuve el valor de explicárselo. Con suerte no volvería a pisar nunca más esa fría sala de quimio. Preferí no decirle nada sobre el tema para no entristecerla, ya que le había cogido mucho afecto.

Esa noche, una vez más, no conseguí hablar con Najib. Le volví a dejar otro mensaje desesperado.

Inesperadamente sonó el telefonillo de la puerta... ¡Era él! ¡Dios, qué alegría tan grande! ¡Cómo le gustaba cogirme por sorpresa!

—¡Hola mi vida! —soltó cogiéndome en volandas— no podía pasar ni un minuto más sin ti.

Me besó en los labios dulcemente.

—Oh Najib ¡no sabes cuánto te necesito! ¡Cuánta falta me haces!

Le besé por todas partes y le abracé con fuerza mientras lloraba de alegría como una boba.

—¡No podemos seguir así! —le dije—. Me voy contigo a Marrakech ¡lo tengo decidido!

—No hay nada que me haga más ilusión que oír lo que me acabas de decir, *ma chérie* — volví a besarme.

Najib estaba allí de paso. Se iba a Sudáfrica y, en vez de ir vía París prefirió pasar por Barcelona a verme ¿Qué mono, no?

Partía el día después por la tarde, con lo cual teníamos toda la noche y gran parte del día siguiente para nosotros... No iba a ser suficiente y más sin saber cuándo nos volveríamos a encontrar, pero quería abrazarme a él todo el tiempo que fuera posible.

—¿Te encuentras mejor del estómago? —me dijo— Yo te veo espléndida cariño.

—Me va aratos... He pedido cita al médico porque ya llevo muchos días así. Sigo con

náuseas aunque ahora ya no vomito; he dejado el café, me siento fatal y no soporto ni el vino en este momento. Creo que podría tener una pequeña úlcera o algo así.

—Me estás asustando... Pide cita al doctor cuanto antes, aunque lo más probable es que sea el estrés que sufres últimamente. Ahora mismo mi vida, te vas a relajar porque te voy a dar un masajito con final feliz...

Sonreí. En ese momento no me dolía nada. Con tan sólo mirarle me sentía curada del todo. Estaba claro qué me causaba el problema: los nervios. Aun así, visitar al especialista no era mala idea. Sin embargo mi única prioridad en las siguientes horas era él, Najib.

Efectivamente me dio un masaje relajante que luego se convirtió en una maratón sexual durante gran parte de la noche ¡qué aguante tiene este chico! Pese a lo cansada que estaba, disfruté como nunca...

Dormimos abrazados... no había sensación más maravillosa en este mundo. Él suele dormir desnudo o como mucho con *bóxers*, haga frío o calor y ya empezaba a refrescar en Barcelona. Se levantó por la mañana y me preparó el desayuno: mis tostadas favoritas y un zumo, que parece que me siento mejor que la cafeína. Me lo trajo a la cama ya que desperté ligeramente indispuesta por unos minutos.

Desayunamos y volvimos a amarnos una vez más. No quería despegarme de él. Finalmente me atreví a preguntarle por Naia:

—¿Cómo va sin Naia? ¿Ya has fichado un sustituto?

—Esperaba que fueras tú la sustituta ¿te atreves? Serías mi mano derecha y yo te ayudaría a que te hicieras con el puesto ¿te apetece?

—Me da miedo por el idioma. Entiendo bastante tanto francés como inglés, sin embargo no sé si daría el nivel, últimamente ando algo oxidada en lenguas.

—Cualquiera lo diría —dijo guiñándome un ojo...

—De árabe no entiendo ni *papa*, aunque es una lengua que me encanta y seguro que aprenderé.

—Podemos hacer una cosa, si te parece bien —dijo acariciándome tiernamente—, yo doy la cara y tu organizas ¿cómo lo ves? Porque si te vienes a Marrakech y no haces nada, te cansarás en dos días de mí —puso cara de exagerada pena.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —le besé de nuevo— podríamos intentarlo y a las malas, siempre puedo ser tu enfermera particular.

—Eso suena muy, pero que muy bien... Deja que organice la agenda de estas próximas semanas y fijamos la fecha ¿te parece? Para principios de año estaría bien ¿no crees? Total, está a la vuelta de la esquina y no tendré tantos asuntos que atender.

Najib se puso serio.

—Antes quiero decirte algo —dijo mirándome a los ojos.

Se levantó y se fue directo al bolsillo de su americana.

Sacó una cajita y la abrió mostrándomela... Contení a un anillo de oro rosa —mi favorito— con un enorme brillante en medio. Se arrodilló y me dijo:

—Celia del Valle ¿quieres ser mi mujer y que estemos juntos el resto de nuestros días?

Me quedé pasmada viendo a Najib arrodillado ante mí. No tardé ni dos segundos en contestar:

—Sí, es lo que más deseo en este mundo. ¡Siiiiiiiiiii!

Me eché de nuevo a sus brazos y le dije: ¡por fin vamos a estar juntos para siempre!

Sé que parece una barbaridad que nos casemos tan rápido, pero en este momento sólo me apetece hacer esta locura... Ahora tocará explicárselo a mis padres, lo cual va a ser difícil.

Le acompañé al aeropuerto. Otra triste despedida hasta no se sabe cuándo. He llegado a

ese punto en que solamente quiero estar con él y olvidarme del mundo entero. No puedo ni respirar si no está conmigo.

De vuelta a casa con el coche paro en un semáforo en el cruce de Gran Vía junto a la calle Muntaner y observo a una pareja abrazada y besándose apasionadamente, justo como lo habíamos hecho Najib y yo unos minutos antes... Me sonó también a despedida. Empecé a llorar... Es que ¡estoy tan sensibilona! El «efecto Najib» como lo llama Anna, seguro.

Llegué de nuevo a mi piso, sola... me lo imaginaba en todos los rincones y es que le amo. Todo lo que necesito, todo lo que me gusta, todo lo que más anhelo, todo, lo encuentro en él.

Miro mi plan para los próximos días y recuerdo que dentro de tres tengo cita con el médico. ¡Jolines espero que no sea una úlcera con lo que me gusta comer! Pero estoy segurísima que es puro estrés... Son demasiadas emociones tanto negativas como positivas en pocos meses; realmente no me extraña que esté de los nervios... Mi padre siempre dice que los nervios son tu peor enemigo médicamente hablando y, seguramente es verdad.

37. Daniela y Abdu.

Ha habido cambios en nuestro campamento. Algunos médicos se han marchado y ha llegado un nuevo reemplazo. Yo estoy totalmente integrada aquí. Pese a estar rodeada de desgracias durante la mayor parte del día, la noche lo cambia todo. Abdu y yo somos discretos con nuestra relación, que va de maravilla; dormimos juntos todas las noches pero al llegar la mañana él, discretamente, vuelve a su tienda y comienza un nuevo día...

Abdu es un hombre muy dulce y un gran profesional. Nació para ejercer la medicina, la lleva en las venas. Además de organizar todas las tareas del personal, gestiona los cargamentos que llegan, se asegura que todo se aproveche y cuida de nosotros.

Cuando cae la noche en este lejano lugar, la desgracia se convierte en felicidad; me estoy enamorando de él.

Aún no me ha dicho las palabras «te quiero», pero sé que me quiere; a veces las palabras sobran: una mirada, un abrazo en la oscuridad... Cuando estoy con él me siento amada, pese a que no lo haya verbalizado nunca.

Llevo ya varios meses aquí y siento como si llevara toda la vida. Sé que no será eterno y que llegará el momento en el que me tenga que ir y que otro médico ocupe mi lugar. Me gustaría irme si se va Abdu, pero sé que sus planes son otros: él seguirá llevando su buena medicina y su corazón a otro país y, creo que es por este motivo que no me dice las palabras que quiero oír.

Pero noto que me ama... Hoy mientras atendía a una paciente ha pasado por mi lado y ha rozado mi hombro... He notado todo su cariño en ese gesto. Como cuando me mira desde el otro lado de la sala para simplemente saber si estoy bien. No se dirige a mí como a un colega más y es que somos amantes. Con nocturnidad y alevosía.

Mañana le acompañaré a la ciudad que está a varias horas por carretera del campamento. Nos acompañará un nativo de la zona que va armado, por protección.

Hay trámites que hacer y me ha pedido que vaya con él. Me hace ilusión que pasemos el día juntos. Con suerte podré contactar con Celia y hablar un poco con ella. Sabe poco de mi vida, sabe poco de Abdu y yo tampoco sé mucho de ella últimamente.

Quiero saber cómo va su relación con Najib. Las últimas noticias que tengo, es que ya tenía el divorcio de Carlos. Parece que finalmente él ha entendido que eso es lo que hay y que ya no habrá vuelta atrás ¡Ya era hora!

Esta noche Abdu está inquieto. No me cuenta qué le pasa pero se lo veo en los ojos. Algo le perturba; él es un hombre reservado, lo sé, pero no puedo evitar preguntarle:

—¿Te pasa algo, Abdu? —dije con voz temblorosa— ¿Qué te preocupa?

—Estoy jodido Dani, honestamente. No llegan buenas noticias de fuera y me tienen muy mosqueado los de la central. Me contestan con evasivas cada vez que pregunto por el tema. Creo que no nos van a dar más presupuesto aquí. No sé cuánto tiempo podremos aguantar con las existencias que tenemos. Dicen que es por la situación del país, estamos al borde de la guerra civil y esto no es seguro. Quizá lo mejor será que nos vayamos. Creen que puede haber riesgo de secuestros o algo peor. A ver mañana si consigo sacar algo en claro...

—¡No me digas! —dije perpleja— ¿Crees que nuestras vidas corren peligro? ¿Por eso mañana nos acompañará alguien armado? Y si nos vamos... ¿Qué será de esta gente?

—No son buenas noticias —interrumpió—, pero nuestra seguridad es lo primero y especialmente me preocupa la tuya. Me quedo más tranquilo si cuando salgamos de nuestra zona de confort nos acompaña alguien que nos pueda defender. Eso es algo normal, sobre

todo cuando te mueves por estos lugares tan inhóspitos... Conocen el terreno y los peligros que pueda haber, mil cosas. Créeme, llevo mucho tiempo aquí.

—Si tú vas a correr algún peligro —dije— yo quiero pasarlo contigo. No me iría de aquí sin ti ¡eso ni pensarlo!

—No digas tonterías —se puso muy serio—, el capitán del barco es el último en abandonarlo y aquí soy yo el capitán.

—Abdu, no quiero perderte —me lancé al vacío—, si te pasa algo, no podré superarlo. ¡Te quiero!

¡Hala! Ya lo he soltado, sin anestesia, pero tenía que decirlo.

Me miró con sus profundos ojos oscuros y me dijo:

—Ese es el problema... yo también te amo.

Esa noche dormimos abrazados... Yo sentí que me había quitado un peso de encima al haber confesado que le amaba y lo mejor, que era correspondida.

Pero tenía razón, el entorno era hostil y peligroso para todos los que estábamos allí. Tomar una decisión era difícil: no podíamos dejar a toda esa gente tirada, pero tampoco poner en peligro a todo el equipo.

Vamos a ver qué ocurre en la reunión de mañana, espero que encontremos una solución.

No me quiero ir de aquí sin él, eso es lo único que tengo claro. Si Abdu se queda yo me quedaré con él, aunque tenga que dormir con un rifle bajo la almohada.

38. Jorge: todo lo veo borroso y no sólo por la resaca.

Me despierto en casa de Anna y ella sigue dormida a mi lado. Tengo un dolor de cabeza horroroso... Ayer bebí más de la cuenta y no suelo hacerlo. No recuerdo apenas nada.

Cuando vi a Anna morreándose con el tío ese... lo primero que pensé fue en partirla la cara a ese cabrón, pero ¿qué hubiera conseguido? Conozco a Anna de hace mucho y es una persona que no se deja llevar a la cama con falsas promesas, ni es una cría como para que la engañe nadie para «echarle un polvo»: es una depredadora sexual.

Sí, suena duro, pero lo era y lo sigue siendo. Prometió serme fiel pero me ha fallado.

Sé que quiere explicarme lo que ha pasado y la escucharé. No sé por qué lo voy a hacer, pero lo haré y luego tomaré una decisión.

Anna es la mujer que quiero, pero no sé si podrá cambiar. Creo que para ella la monogamia no es posible.

Ya me lo comentó cuando nos conocimos tres años atrás:

«Quiero una relación abierta y que lo pasemos bien juntos hasta que se acabe la diversión, no me quiero atar de por vida a nadie».

Eso fue lo que me dijo y yo acepté embrujado por ese cuerpo de vicio y esos labios de pecado.

Al principio no me pareció mala idea: yo era más o menos igual. No buscaba una relación seria y ni mucho menos casarme y sentar la cabeza. Me *tiraba* a todo lo que se movía, pero siempre sin engaños y dejando las cosas claras. Mis amigos me llaman el *machomen* en tono de cachondeo ya que, cada vez que salía *mojaba* con una distinta... casadas, solteras, con novio... me daba igual.

Seré sincero, yo también tuve algún que otro devaneo durante esa temporada que estábamos en «relación abierta», cuando viajaba o salía con mis amigos, pero nadie podría jamás llegarle a Anna a la suela del zapato.

Todo esto cambió cuando me enamoré de ella y de repente dejé de tener interés por otras mujeres... Salía con mi grupo de siempre y ni me las miraba... y eso que más de una se acercaba y se ponía a tiro... Pero para mí ya no era tan divertido, mi corazón ya era suyo. Cuando los sentimientos aparecen lo demás ya no importa.

Me resigné a aceptar que eso era lo que había y ahí ella fue muy clara. Cada vez que iniciaba la conversación para dar un paso adelante, me decía que no estaba preparada para ello y que de eso nada. «Relación abierta», no dejaba de recordármelo.

Mientras no estábamos prometidos, nunca hablábamos de a quienes nos habíamos «pasado por la piedra». No sólo era innecesario, sino que para mí hubiera sido hasta doloroso simplemente imaginarlo.

Sé que su primer matrimonio fue un desastre. Me lo explicó todo de cabo a rabo. Fue ella la que la cagó y le puso los cuernos a Ángel. También me dijo que no estaba enamorada cuando se casó... que lo hizo y no sabe el motivo.

Anna es muy impulsiva: es capaz de ir a hacer senderismo, ver a unas personas que están haciendo *puenting* y tirarse ella también sin pensarlo dos veces; lo mismo que es capaz de salir a cenar contigo y de meterte mano por debajo del mantel hasta hacerte llegar al orgasmo delante de decenas de comensales.

Pero así es ella y ese punto *rockero* que tiene me vuelve loco.

Si hay algo que odio son la traición y las mentiras. Cuando finalmente nos prometimos, hicimos un pacto y ella lo ha roto en mil pedazos... igual que está ahora mi corazón: hecho

añicos.

La observo mientras aún duerme en el sofá... es tan bella.

Se despierta y me mira. Sus ojos denotan preocupación.

—Tengo que contarte lo que ha pasado Jorge —me dice—, déjame explicártelo ¡no ha sido más que sexo! Te lo debí de contar desde un principio. Él no ha significado nada para mí.

Yo, absorto por lo que acababa de oír y, que ya imaginaba que me iba a contar, seguí atento a sus explicaciones...

—Pasó durante el congreso. Fui una auténtica imbécil. Quería contártelo cuando aterrizaste en Barcelona, pero no tuve valor... Fue tan insignificante que no quería hacerte daño... Está claro que ese ha sido mi otro gran error: no explicártelo.

—Y si todo quedó en una noche loca en el congreso... ¿Qué hacía este imbécil aquí? —mi tono era bastante seco— ¿Qué quería si había sido todo tan insignificante? ¿Otro «insignificante polvo»?

—No le invité a venir, si es eso lo que te preguntas... Pasó a verme, estaba aquí por otros motivos... Me habrá encontrado en *Google*. Jamás le di el teléfono ni datos personales. Mi nombre estaba en el programa del simposio y me habrá buscado... te lo prometo, Jorge.

Yo seguía escuchando, atónito. La veía realmente afectada. Nunca la había visto así. Ella seguía explicándose:

—Él pensó que era una mujer libre. Le dejé claro que no, pero me besó... Le aparté y me volvió a besar... y entonces llegaste tú... Le dije que quería estar contigo y que nos íbamos a casar...

—Necesito pensar —le solté—, necesito meditar ¿lo entiendes verdad? Estoy en shock. Quiero coger distancia...

—¡Te juro que esto jamás volverá a ocurrir, cariño! ¡Te amo a ti! aunque me haya dado cuenta al meter la pata hasta el fondo...

Sus lágrimas caían por sus mejillas, me resultó extraño... Anna es una mujer dura y de fuerte carácter, es rarísimo verla llorar.

—Necesito una ducha. Luego seguimos.

Me supo mal dejarla allí sola, llorando... Yo también quería llorar y la ducha disimularía mis lágrimas. No suelo hacerlo, pero estaba destrozado.

¿Qué hago con esta mujer? Parece sincera... pero «la cabra tira al monte», eso dicen ¿verdad? La quiero, sin embargo no sé si seré capaz de perdonarla. Está claro que necesitaré tiempo para digerirlo.

Salgo de la ducha y Anna sigue con las manos en su rostro, hecha polvo. La abrazo, no puedo evitarlo. La beso en la frente y le digo:

—Vamos a hablar, pero esta vez déjame que te diga algo.

Me miró con los ojos abiertos como dos lunas llenas, prestando extrema atención.

—Mis normas —puntalicé—. Primero: hay monogamia o puerta; segundo: un beso se considera infidelidad; tercero: en el momento en que se cruce alguien en tu camino que te guste más que yo, me dejas: yo no quiero que estés conmigo por compromiso o por compasión. Si quieres estar junto a mí, estas son las normas. No volveré a perdonarte una cosa así, Anna.

Me abrazó y yo correspondí.

—Voy muy en serio. No habrá más oportunidades —dije lleno de inseguridad, sin ni siquiera saber si en el fondo podría olvidarlo. Necesitaba tiempo para curar la herida.

—Lo juro mi amor —sentenció—. No volverá a ocurrir ¡te amo! ¡Créeme!

Nos besamos con ternura. Ella me acarició delicadamente. La cogí en brazos, la posé en la

que era ya nuestra cama de pareja desde hacía meses y esta vez fui yo el que le hizo el amor. Le demostré que no sólo de sexo vive una pareja. Es una manera distinta de hacerlo... con pausa, con miradas a los ojos, con tímidas caricias... no sólo un acto meramente animal. Nos dijimos al oído que nos amábamos. Esa era la diferencia entre follar y hacer el amor.

Tras ello se durmió abrazada a mí. Yo no pude hacerlo. Sólo me pedía a mí mismo olvidar lo sucedido de la manera más rápida posible y pasar página con ella a mi lado.

Lo intentaré con todas mis fuerzas porque amo a esta mujer. Le daré esta última oportunidad. No sé si la merece o no, pero si hubiera sido yo el que cometió el «error», me gustaría ser escuchado y perdonado.

He sido muy «calavera», pero he pasado página y ahora espero que lo haga ella. No le pido nada más y nada menos que eso.

39. Celia y su gran noticia.

Me ha vuelto a bajar la regla. Cada vez tengo el periodo más loco. Dos veces en mes y medio... ¿estaré pre-menopáusica? Más bien creo que es tanta tensión que me hace estar tan desajustada.

Finalmente he anulado la visita al médico... Si me ha venido tan seguido ahora entiendo mi malestar. Mi síndrome pre-menstrual es brutal, incluye todos los síntomas imaginables: dolor de cabeza, náuseas, sentimientos a flor de piel, molestias estomacales...

Hoy como con mis padres. Les he invitado a casa. Quiero ir preparando el terreno para la gran noticia o al menos para mí lo es. Me casaré con Najib en cuanto sea posible, aunque no se lo voy a decir hoy... ni siquiera lo conocen en persona.

He preparado un menú que sé que a mi madre le va a gustar, así tendremos un motivo menos para discutir. También me esmero en arreglarme para que me vean guapa.

La verdad es que he cogido un par o tres de quilos y me sientan bien: con lo de Carlos perdí cinco... me quedé en los huesos. Me pongo un tejano blanco con una blusa azul ajustada que queda muy mona o por lo menos, eso es lo que me dice Anna. Siempre que vamos de compras me ve monísima.

Mis padres llegan puntuales, los hago pasar al comedor y empezamos a hablar:

—¿Cómo va todo, hija? —dice mi padre— ¿Cómo llevas todos estos cambios? Estás muy guapa, cariño. Se te ve feliz.

Mi madre no tardó en interrumpir:

—Juan, la niña tiene mi cutis... —dijo en tono conciliador—. Estás especialmente guapa ¿se debe al tal Yusuf?

—Najib mamá, se llama Najib —corregí—. Me están pasando cosas bonitas con él, sí.

—Perdón —dijo mamá—, Najib. Te confieso que hablé con Carlos anteayer...

—¡No empecemos! —interrumpí— ¡No empieces con Carlos! Ya llevamos un año separados... ¿Es que no vas a parar nunca?

—Déjame acabar, cariño —dijo mamá levantando la mano, como en el cole—, me ha contado que al fin ha firmado el divorcio y que tú desde el principio tenías todos los motivos del mundo para odiarle.

—No le odio, simplemente ya no le amo, mamá. A veces las cosas se acaban y quizá Carlos y yo nos teníamos que separar en ese justo momento. Tú que visitas a Christine lo sabrás mejor que yo, lo del destino digo y lo que dicen las estrellas y todo eso...

Papá me miraba mientras hablaba. Se estaba aguantando la risa.

—Sabéis que estoy en una relación con él —seguí— y quiero que sepáis que la cosa va muy, pero que muy en serio. Quiero que le conozcáis. Sé que os va a encantar.

—Queremos conocerlo —dijo papá— ¿Cuándo va a venir?

—No estoy muy segura —dije—. Está de viaje en Sudáfrica, pero ha prometido venir en cuanto pueda.

—Pronto es tu cumpleaños —dijo mamá— ¿algún plan especial? ¿Tienes algo pensado?

No —respondí—. Es posible que me vea con las chicas y salgamos a tomar algo, pero no tengo nada planeado... Por cierto, hablando de chicas, ¿sabéis algo de Daniela? Hace unos días me llamó desde la ciudad y me dejó un mensaje en el contestador. Parece que está contenta a pesar de lo duro que es.

—Por lo que yo sé, está bien —dijo papá—. Es una situación difícil, pero es una chica fuerte y es su sueño. Tengo colegas en esa ONG que me mantienen al tanto de casi todo.

—Yo quiero que vuelva —mamá interrumpió—. No es un país estable... no sé, no estoy tranquila, podría estallar una guerra civil en cualquier momento.

—No volverá hasta que no acabe su cometido —dije—, es tenaz y testaruda... ya la conocéis.

Yo sabía que Dani estaba bien pese que tenía algún problema con los suministros. También comentó que había conocido a alguien especial porque algo dejó caer en su mensaje. Sin embargo, no pensaba comentarlo ni por asomo para no mosquear a mi madre.

—Pero no cambies de tema —dijo mamá—, tenemos que organizar algo para conocer a Najib... Le he dado muchas vueltas y debe ser muy especial para que hayas cambiado tu vida de forma tan radical. Quiero que sepas cariño, que cuentas con todo mi apoyo. Te pido perdón si en algún momento te he fallado.

Noté triste a mi madre, pero a la vez sincera. Me acerqué y la besé en la mejilla, como diciéndole que no pasaba nada. Si algo tengo es que no soy rencorosa.

Saqué la foto en la que estábamos juntos en París y mi madre casi se cae de culo...

—¡Dios mío! Sí que es guapo, sí —dijo con los ojos como platos—, además es muy elegante. Tiene estilo. No parece... como diría yo... ¿moro?

—Mamá ¡qué palabra más fea para definir a una persona de origen árabe! —la regañé—, pero para tu tranquilidad te diré que no lo es: su padre era dubaití y su madre es francesa como él, ya que nació en París. De ahí su tez no tan oscura como esperabas y sus ojos claros... Pero tampoco sería un problema si lo fuera ¿no? Lo importante es lo que hay dentro del corazón.

—Es verdad —dijo mamá, asintiendo con la cabeza—, además parece un hombre culto y bien situado.

—Tiene la carrera de Bellas Artes —dije— y toca el piano. Es muy culto y, si lo que preguntas tan «disimuladamente» es si tiene dinero, lo tiene, pero eso no me importa. Tiene varios negocios entre los suyos y los de la familia de su padre. Gestionan hoteles o algo así en Dubái; en breve viajará hacia allí según me contó la semana pasada.

Por sus expresiones parecía aliviada, como si el trueque que había hecho el uno por el otro valiese la pena.

—Hija, no te enfades —dijo papá acariciándome el cabello—, lo más importante es que tú estás a gusto y eres dichosa. A mí nada más me importa.

—Ni a mí, hija —mi madre se puso seria— quiero pedirte de nuevo perdón por todo lo que te he hecho pasar con Carlos. Nunca debí inmiscuirme...

Me acerqué a mi madre y la abracé. Estaba sensible y podía incluso entenderla... Si yo fuera madre también buscaría el bienestar de mis hijos; quizá no de esa manera, pero lo haría. Sabía que mi madre siempre sería *meticona*... Lo fue desde que tengo uso de razón, eso no cambiará jamás.

Acabamos de comer y se marcharon. Yo me estiré... seguía mareada... ¡puñetero periodo! Me estaban sentando fatal los últimos ciclos. Tendré que volver a pedir hora con el Dr. Soler.

Hablé con Sonia justo antes de irme a dormir. Se sentía fantástica, pletórica diría. Su médico le ha dicho que el «bicho» está casi muerto, pero que le darán unas sesiones de radio para estar más tranquilos, después de Navidad. Así podrá ir a visitar a sus padres al pueblo y no notarán nada.

De la quimio apenas le quedan secuelas, quitando una ligera disminución del apetito y alguna pequeña molestia estomacal. Ella dice que lo peor es que a la cerveza le encuentra un sabor metálico y que las Navidades las pasaría bebiendo *Trina*. Su melena rizada ha perdido densidad pero es poco perceptible y, lo más importante, que aunque se siente cansada está

animada y con ganas de afrontar la siguiente etapa.

Hoy me he levantado con un año más... es catorce de diciembre, mi cumple. Me he despertado temprano con el timbre de la puerta ¿y si fuera Najib? Pero eso es imposible ya que sé que está de viaje.

Un mensajero trae un enorme ramo de rosas rojas con globos de colores junto con una tarjeta que dice:

«No puedo despertar a tu lado hoy, pero te quiero tanto que te siento conmigo en todo momento. Es sólo una separación del cuerpo pero no del alma. Cada una de estas rosas, cada uno de sus pétalos, es una promesa de amor eterno y profundo. Te amo con locura. Najib».

Lloré por sus bonitas palabras. Lloré porque él no estaba allí, por no sentir su piel junto a la mía, por no poder percibir su aroma...

Ya no tenía la regla y automáticamente dejé de tener molestias pero no me apetecía salir con las chicas, estaba sensible y triste. Pensé que lo mejor era envolverme en la camisa que Najib se había dejado en mi casa y hacerme un ovillo en el sofá, martirizándome con películas románticas y mi *play list* de música de llorera, esperando que, en algún momento, llamaran a la puerta y fuera él. Pero eso no ocurriría y yo lo sabía.

Le llamé varias veces sin éxito, «apagado o fuera de cobertura»... Sentí rabia, porque si algo deseaba en el día de mi cumpleaños era a él. Sólo a él. Al menos poder hablar, oír su voz...

Seguí torturándome viendo nuestras fotos del móvil y finalmente por la tarde, llamó, pero para decirme que estaba volviendo de Sudáfrica y que la idea era venir a verme y sorprenderme, pero que lamentablemente había perdido el vuelo de conexión.

¡Vaya mierda de cumpleaños! El primero que tenía que pasar con él y no iba a estar conmigo.

A las siete en punto Anna y Sonia pasaron por casa. Me obligaron a vestirme, arreglarme e intentaron convencerme para salir.

—¡Chica, que son treinta y ocho! —dijo Anna—. Hay que celebrarlo con una copichuela ¿no? ¡Que te acercas irremediamente a los cuarenta *chochi*!

—Es que no me apetece nada —contesté— ¿y si viene Najib?

—Cariño, te ha dicho que había perdido el vuelo —sentenció Anna—. ¡Vamos a salir un rato! Te llevaremos a un sitio chulísimo para cenar. Sonia y yo te hemos preparado algo especial... ¡Hazlo por nosotras! —puso cara de pena infinita, como sólo ella sabe hacer...

—Vaaaaleee —dije—, pero sólo un rato que me siento cansada.

—¿Qué cansada ni qué niño muerto? —dijo Anna— ¡Levanta el culo! ¡Ponte las pilas que pareces una vieja!

Anna me regañó por el vestido que había seleccionado para salir y me dijo literalmente que «con esa caca de vestido tan feo no te llevo a ningún lado, Sor Celia».

Entonces sacó el primer regalo de la noche: un precioso vestido de escote asimétrico con un sólo tirante en color azul.

—Anda que si no venimos nosotras vas hecha un cuadro —dijo Anna—. Te irá de muerte con estos zapatos y el *clutch* que te regalé el año pasado. Andaaa, tira a cambiarte que llegamos tarde.

—Deja que yo te arreglo el cabello —dijo Sonia—. Me han enseñado un recogido monísimo que se hace en pocos minutos.

Efectivamente mis chicas, como si de una princesa huérfana con hermanastras se tratara, me acicalaron como si fuera a acudir a la mismísima opera de París. Y entonces entendí por qué ellas se habían puesto tan monas también...

...se lo habían currado. Una limusina *Hummer* enorme nos vino a buscar ¡Aluciné al ver semejante pedazo de vehículo aparcado en mi estrecha calle! Todos los vecinos curioseaban la escena y yo, con vergüenza infinita al sentirme tan observada, me metí dentro pitando.

—¡Sois la leche! —les dije— Os quiero un montón ¿lo sabéis mosqueteras mías? ¡Os amo!

Anna descorchó una botella de cava y empezó a llenar copas. La *limu* nos iba a dar un paseo por *Barna* de una horita más o menos. Era algo original y divertido.

Reímos un rato recordando chorradas que habíamos hecho juntas en el pasado, como robar el *Long Play* de *Mariah Carey Music Box* en *El Corte Inglés* veinte años atrás porque nos gustaba la canción *Without you*. Entonces no había forma de hacerse con las canciones como ahora que las bajas en un plis plas de internet... No teníamos ni un duro y el LP era de vital necesidad para nuestras vidas...

Ciertamente estábamos como una cabra. Aquello era más que amistad. Si me iba a Marrakech las echaría mucho de menos, pero seguro que nunca, nunca, perderíamos el contacto y, eso sí, tendrían estancia gratis *forever de los siglos*.

De repente la *limu* se paró. Nos dejó frente al elegante *Gran Hotel La Florida* situado en la montaña del Tibidabo. Desde aquí las vistas de Barcelona son preciosas y espectaculares.

—Chicas, ¡me alucináis! —estaba perpleja y orgullosa de ellas— ¿Vamos a cenar aquí? ¿Nos lo podemos permitir? —bromeé— ¡Somos unas treintañeras *mindundis*!

—Tú lo mereces —dijo Sonia— y ¡qué narices! ¡Anna y yo también!

—Espera en el hall —dijo Anna— ¡no entres bajo ningún concepto! Queremos comprobar que todo lo que hemos pedido está en su lugar...

Me quedé quieta, estática, tal y como me habían pedido mis mosqueteras.

Sonia y Anna se dirigieron hacia uno de los salones, supuse que a hablar con el encargado. Esperé pacientemente hasta que empecé a oír una música de piano... Era *Thinking Out Loud*.

El corazón me dio un vuelco: era la canción que Najib me tocó en Marrakech. Me dirigí guiándome por mis oídos hacia el lugar de donde provenía la música...

...Entré en la sala que estaba casi a oscuras. Sólo quedaba iluminada levemente parte de la cola del piano por la luz artificial que provenía del jardín exterior y que entraba tímidamente por uno de los ventanales.

De repente se encendieron todas las luces y allí estaban: mis padres, mis amigas con sus parejas y ¡Dios mío! Tocando el piano estaba ¡Najib!

Me lancé a su cuello sin pensarlo, ¡no sabía si matarlo o adorarlo! Pensé que mucho mejor amarlo y, que el mal rato que me habían hecho pasar había valido la pena.

Nos besamos como si se tratara del día de nuestra boda, delante de todos los invitados. No me importó para nada que mis padres, que observaban perplejos, estuvieran allí.

Les besé a ellos también. Me hizo mucha ilusión que conocieran a Najib en esa situación...

—Papá, mamá, este es Najib.

—Es un placer conocerles señores del Valle.

Najib estrechó con devoción la mano de mi padre y besó la de mi madre que miraba absorta y alucinada.

—El placer es también nuestro Najib —dijo mi padre—, teníamos muchas ganas de conocerte. Mariola y yo te damos la bienvenida a la familia y por favor, llámame Juan.

—Y a mí Mariola ¡no hace falta tanta seriedad! —dijo mamá.

Sólo pensé que faltaba alguien para acabar de ser completamente feliz, Daniela. Pero ella estaba a miles de kilómetros de distancia y sabía que no vendría.

Inesperadamente una pantalla gigante se abrió en medio de la sala, se iluminó y Daniela apareció en ella.

—¡Hermanita! —dijo— no sabes las horas que me he tirado en la carretera para poderme conectar... pero ha valido la pena: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS! Quiero desearte mucha felicidad... te mereces lo mejor. Ojalá pudiera estar ahí...

Daniela lloraba... yo también inevitablemente. Mis amigas y mis padres, todos estaban emocionados...

—¡Os echo de menos! pero aquí soy feliz —sus ojos se volvieron a empañar—. Es el primer cumpleaños que celebramos separadas, pero tú sabes que mi corazón está allí contigo hermanita ¡Te quiero!

—¡Yo te quiero aún más! ¡Casi puedo tocarte! —dije llena de emoción mientras acercaba mi mano a la pantalla.

Por desgracia Daniela solamente pudo estar unos minutos conectada. La señal desapareció, sin más, pero fueron suficientes para subirme la moral hasta niveles estratosféricos.

Yo no hacía más que llorar de alegría. Los tenía a todos allí ¿Qué más podía pedir?

Nos sentamos a cenar los ocho en una misma mesa. Mi madre y Najib no hacían más que hablar y contarse cosas, como si el pasado se hubiera borrado de repente, como si se conocieran de toda la vida. Yo agarré la mano de mi padre, le miré a los ojos y le dije: Te quiero.

—Y yo a ti. Más que a nada, princesa. Sé feliz, haz lo que debas. Siempre he confiado en tu criterio; sé que las decisiones que has tomado, tomes y tomarás serán las correctas; ve hacia donde el corazón te guíe, cariño.

Mi padre era exactamente igual que mi abuelo paterno, con eso lo digo todo. Seguro que llegado el momento, en caso de que se diera la situación, sería el abuelo perfecto. Terminada la cena y dado que se trataba de una sala privada, Najib aprovechó para tocar el piano durante unos instantes. Después un DJ animó la fiesta un par de horas más.

Mis padres decidieron irse, según palabras textuales, para «dejar a la gente joven disfrutar a sus anchas», aunque mi madre se hubiera quedado de palique con Najib toda la noche. ¡Quién lo hubiera dicho unas semanas atrás!

Mis amigas bailaron como locas. Ya no sólo celebrábamos mi cumpleaños, también que Sonia estaba mucho mejor y que Anna se estaba arreglando con Jorge. Pero aún quedaba el plato fuerte de la noche...

Najib se dirigió hacia el DJ para pedirle que pusiera la canción *Need you Tonight* de *INXS* y, micrófono en mano empezó a cantarla con esa voz sexi y medio ronca... si es que encima canta bien.

Me ruboricé, se me pusieron los pelos de punta al recordar el momento del *striptease* y quise comérmelo allí mismo.

—Chicos, ahora que estáis todos aquí quiero decir unas palabras —dijo Najib—. Pensamos que sólo se es feliz cuando tienes éxito o dinero, sin embargo ese es un reconocimiento vacío del que ya disponen miles de personas en el mundo. Así me veía yo cuando soñaba con la felicidad y así de equivocado he estado durante mucho tiempo. Has sido tú, Celia, la que conseguido que descubra cuál era mi auténtico sueño... Un sueño en el que no había éxito profesional ni dinero... en ese sueño sólo estás tú, cariño... Por ser mi sueño y haberte encontrado, ya puedo por fin vivir en paz sabiendo que he cumplido todas mis aspiraciones. Porque nunca antes había sentido esta intensidad de amor, esta locura que me hace necesitarte cada noche como si fuera la última ¡Te amo Celia del Valle! Quiero que sepáis todos que he pedido matrimonio a esta mujer y... ¡ha aceptado!

Todos aplaudían emocionados y yo me quedé estupefacta... no podía articular palabra.

—¡Cabrona! —dijo Anna— ¿Te vas a casar antes que yo? ¿Cómo no me has dicho nada, so zorrón?

—Bueno, cuando tengamos todos los papeles, ya sabes... Todavía quedan unos meses. Ni siquiera sabemos dónde ni cuándo...

—Era broma *tontix* —dijo abrazándome— ¡te quiero mucho! ¡Felicidades!

Poco a poco los invitados se fueron despidiendo y Najib y yo nos quedamos solos.

Subimos a la suite que Najib había reservado para la ocasión. Junto a la cama, un gran ventanal ofrecía una visión maravillosa de Barcelona y nos pusimos frente a él, admirando mi bella y preciosa ciudad iluminada a nuestros pies.

Najib me abrazó por la espalda.

—¡Qué palabras más bonitas has dicho, Najib! Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Te lo digo sin demora y sin dudar, porque es mi deseo más fuerte.

—Te amo, te amo con toda mi alma. ¿Qué me has hecho Celia? ¿Me has embrujado quizá? No nos separemos... me falta el aire si tú no estás.

—Después de Navidad hablamos de todo ¿vale? Ya tienes a tus suegros en el bote, a mis amigas, a todo mi entorno. Soy toda tuya, para siempre.

—Por Navidad nos vamos a París con mi madre ¿te parece?

—¡Por supuesto! —contesté encantada—. Hay que darles la buena noticia.

—He pensado que podemos invitar a tus padres y que se conozcan —dijo—. Es buena idea ¿no?

—Todas tus ideas son buenas, cariño. Qué miedo me das por eso —sonreí.

Me giré, nos besamos y me desvistió lentamente con sus suaves manos de terciopelo... Me hizo el amor con tanta dulzura que jamás podré olvidarlo.

Dormimos abrazados con la pena de saber que al día siguiente volvía a salir de viaje hacia Dubái. Sin embargo estaba tranquila porque nos veríamos en cuestión de pocos días, por Navidad.

40. Celia. Preparativos navideños.

Estoy como loca con los preparativos navideños. No quedan demasiados días y todavía tengo que comprar los regalos, algo de ropa... en fin, mucho lío. Mis padres están invitados y encantados de ir a París, especialmente mi madre, para conocer a la familia de Najib. También les he dicho que tan pronto como tenga el divorcio en firme nos casaremos. Mi madre al ver el anillo de compromiso se quedó boquiabierta.

Están alegres como unas castañuelas. No, si ahora va a parecer que Carlos era «el coco». Mi padre ya no tragaba antes a los Betancourt, siempre le parecieron pedantes aunque disimulaba y yo era consciente de ello. Él nunca dijo nada y mi madre ahora tampoco quería saber nada de ellos. Todos contentos.

Estoy un poco triste porque Daniela no va a venir por Navidad... Va a ser la primera vez que estamos separadas en estas fechas. Hablé con ella ayer y está contenta aunque asustada por la situación en el país. De momento van llegando los suministros, menos de los que querrían, pero se apañan. Lo de Abdu y ella ya es oficial allí: son pareja. No sé por qué me da que Daniela se quedará más de un año. Me ha pedido que guarde el secreto a papá y mamá. Sólo saben que hay una relación con un tal Dr. Ferrer Solsona, pero que su nombre es Abdu Mbaye, un nombre que suena muy de «negro» y toda la historia que hay detrás, aún no la conocen. A su debido tiempo, me dice. Yo soy muy obediente y, como buena confidente, no pienso soltar prenda. Ya lo hará ella cuando lo considere oportuno.

Najib me ha prohibido tajantemente que lleve regalos a su familia, que él se encarga. ¡Ni de coña me voy a presentar con las manos vacías! Aunque sea algo modesto, lo llevaré. Sé que tanto a Celine como a Leila les hará ilusión cualquier detalle.

Esta mañana fui con Anna a comprarme un vestido. ¡Jolín! he aumentado una talla casi sin darme cuenta, aunque ella dice que estoy monísima ¡Los tres quilos que he cogido se me han puesto en las tetas y en el culo! Anna dice que estoy bendecida por no sé qué Santo por engordar justo ahí. A mí me hace gracia que mencione Santos por aquí y por allá con lo *guarrilla* —con todo el cariño—que ha sido.

Ahora parece otra persona: es una novia modelo. ¡Hasta ha hecho las paces con mi madre! Ya no la llama «bruja piruja» y esas cosas. Me alegro que lo haya arreglado con Jorge y verlos tan acaramelados la noche de mi fiesta, me emocionó. No soy la única enamorada. Anna me contó todo lo que pasó aquella noche con Jorge y que fue cuando realmente se dio cuenta de que él era su elegido. Firmemente creo que puede hacerlo. Le vio los ojos al lobo y aprendió... y él fue un amor perdonándola, aunque imagino que le debió costar lo suyo.

Finalmente he encontrado un vestido para la comida de Navidad, es precioso y como le gusta a Najib, elegante pero sin estridencias. Es una comida y no puede ser exagerado. Acompañado de un buen tacón y un buen bolso será impactante. Llegaremos la tarde antes, lo que aquí sería Nochebuena y Najib nos ha invitado a todos a cenar en el restaurante *Jules Verne* situado en el segundo piso de la *Torre Eiffel*. Para esa noche ya tengo también modelito, un poco más extremado y lo que va por dentro, del «estilo Najib». Me encanta que me arranque la ropa interior con pasión...

Sonia se ha ido ya al pueblo con Sergio para estar con sus padres. Sigue con su plan de no decir nada. La admiro... Ha de ser muy duro llevar todo esto en silencio. Aunque lo peor ya haya pasado, nunca se sabe lo que puede estar por venir con esta maldita enfermedad... Pero todo es positivo en ese sentido. El médico la deja viajar y la radio será después de vacaciones...

Mi madre anda entusiasmada contando a todo el mundo, especialmente a las estiradas del «Club», las novedades de mi vida: que si mi hija tiene novio, que si es tan majo, que si es millonario ¡ese detalle que no falte! y, el daño que me había hecho Carlos y demás.

Najib está en Dubái, casi desaparecido... Últimamente es difícil dar con él aunque hablamos a diario. Su familia paterna gestiona en Emiratos Árabes una importante cadena hotelera. Forma parte del Consejo de Administración y debe acudir un par de veces al año. No tiene excesiva relación con la poca familia que allí le queda; sé que está lejanamente emparentado con la familia real o algo así me contó. En fin, lo único que quiero es que pasen las fiestas para poder empezar nuestra nueva vida juntos.

Deseo contarle a mis padres lo de trasladarme a Marrakech. Aunque ya saben lo del compromiso, no tienen ni idea de que he decidido irme a vivir allí. Con Najib hablamos de vender mi pisito y comprarnos una casa en la parte alta de Barcelona para pasar algunas temporadas aquí, aunque nuestro cuartel general seguiría siendo el riad. Al menos por el momento, esa era idea.

Estoy deseando que pasen estos días y vernos en París el día 24. Sé que esto supondrá un antes y un después.

41. Najib. Algo más que Dubái.

Llego a Dubái. Son las tres de la mañana... Estos vuelos llegan a unas horas rarísimas. Me alojo como siempre en uno de los mejores hoteles de nuestra cadena: El *Al-Mansour Palace*. Es el que inauguraron en honor a mi padre tras su fallecimiento y que hemos reformado por completo recientemente.

Mi tío, el único que me queda por parte paterna, es un hombre callado y aunque de costumbres arraigadas, es moderno como lo era mi padre. Los dubaitíes son gente abierta, aunque me pregunto si será el dinero lo que les hace ser tan flexibles. Dubái se ha convertido en un destino de lujo y hay muchísima gente no musulmana; hay que adaptarse, aunque de puertas para adentro uno sea más estricto.

Siempre quiso que yo me casara con una dubaití ¡qué cosas! No lo consiguió ni con mi padre, que era su hermano pequeño, mucho menos lo iba a conseguir conmigo.

La esposa de mi tío, Alma, es una mujer bella y de gran corazón, aunque también reservada. Nunca ocultó que le hubiera gustado que me casara con su sobrina, Janaan. Ella era la joya de la corona, decía.

Janaan estudió en los mejores colegios de Londres y se licenció en dirección de empresas con lo cual también formaba parte del Consejo. Unos años atrás, siendo muy jóvenes coqueteamos un poco, pero no llegamos a nada. Yo sé que estuvo enamorada, sin embargo yo nunca lo estuve de ella. Éramos unos críos.

A la mañana siguiente fui al gimnasio del hotel. Necesitaba hacer ejercicio antes de la maratónica reunión que nos esperaba y, tras una buena sesión de máquinas, spinning y una buena sauna, me arreglé para la ocasión. En Dubái en diciembre la temperatura es buena, así que decidí ponerme el traje gris antracita. Mi tío es inflexible con el *dress code*. Ahí no puedo fallar.

El chófer me recogió y me llevó a la oficina principal situada en la planta 112 del impresionante edificio *Burj Khalifa*, el edificio más alto del mundo.

Llegué con cinco minutos de antelación, pero ya me esperaban todos en la sala de juntas ¡como si llegara tarde!

—Buenos días a todos —les sonreí y saludé uno por uno.

Vi a Janaan en uno de los extremos de la mesa, impecablemente vestida. Estaba muy guapa, la verdad. Durante los últimos cinco años no había asistido a las reuniones así que me alegré de verla, era una chica estupenda y siempre le deseé lo mejor.

La cita, como era de esperar, fue un auténtico tostón. Números por aquí, números por allá, inversión por otro lado, nuevas construcciones...

...Yo tenía mi mente absorta en otro tema: Celia y el tiempo que faltaba para que estuviéramos juntos. Contaba los días, las horas y los minutos que quedaban para volver a verla.

Sin embargo, antes tenía que resolver el tema de Karen y Roger... Eso no iba a quedar así; quería planear una estrategia y que pagaran por ello. El dinero seguramente no lo recuperaré, pero sí mi orgullo. Pierrard no quiere que me involucre: dice que es arriesgado, pero sólo puedo hacerlo yo. Necesito enfrentarme a esto. Durante años estuve marcado por todo lo que me hicieron pasar.

La reunión finalmente acabó ya bien entrada la tarde y mi tío nos invitó a todos a cenar en un elegante restaurante de moda. Me daba pereza la verdad, pero teniendo en cuenta lo poco que nos vemos, no me podía negar. Mi vuelo no salía hasta el día siguiente por la tarde, así

que había tiempo suficiente.

Pasé por el hotel a darme una ducha rápida y llegar al restaurante lo antes posible. Me tomé unos minutos para hablar con Celia que, cómo no, no me había hecho ni caso y ya había comprado regalos... En fin... ¡mi chica es así! Mi catalana tiene mucho carácter ¡Y eso me encanta!

Salí de la habitación con el dulce recuerdo de la voz de Celia diciéndome ¡Te quiero! Las dos palabras más bonitas que existen.

En la cena mi tía me sentó al lado de Janaan... Nunca se da por vencida. Lo primero que hice fue soltar el bombazo: que me había prometido con una chica española. Les conté que todo había sido muy precipitado, pero que era lo que ambos queríamos. Mi tío asentía con la cabeza, mis primos reían y Janaan ponía cara de disgusto.

Han pasado casi veinte años de nuestros coqueteos... Ella no se ha casado nunca. Sé que me amó, pero jamás hubo nada entre nosotros. Le tengo el cariño que se le puede tener a un familiar lejano con el que has tenido una cierta conexión y nada más.

Acabó la cena y me estaba despidiendo de la familia cuando Janaan dijo:

—Que seas muy feliz, Najib.

—Te deseo lo mismo, Janaan.

Nunca entendí por qué no se había casado hasta ese mismo momento. Creo que seguía enamorada o me había idealizado, no sé... pero vi la derrota en sus ojos.

Quizá pensó que tras enviudar podríamos intentar algo, pero esa idea jamás pasó por mi cabeza.

Volví al hotel y me fui a dormir. Al día siguiente debía empezar a planear la estrategia a seguir con Karen y Roger.

Pierrard, tal y como habíamos hablado, me pasó todo el informe: se dedican a la venta de casas de lujo en Bahamas.

He estado revisando la página web de estos dos malnacidos: *Luxury Bahamian Real Estate* y he decidido hacerme pasar por un comprador potencial de alguna de sus mejores mansiones. Para ello pediré a Pierrard que haga de intermediario para iniciar las negociaciones, como se suele hacer en estos casos.

Le comento el plan y evidentemente me dice que es una locura ir allí solo, pero no le quiero involucrar. Tras intentar convencerme de no llevarlo a cabo, comenta que me echará una mano, pero que vaya con sumo cuidado y que, si me veo en apuros contacte con una persona de su confianza de la cual me ha facilitado los detalles.

Vuelo a Marrakech esa misma tarde con una interminable escala de por medio en Casablanca. Llego al riad totalmente exhausto, aun así, me voy al despacho a ver qué tengo por la mesa. La chica que está habitualmente en la recepción me está ayudando mucho con el papeleo desde que no está Naia. Ya urge contratar a otra persona si es que quiero vivir un poco en paz...

A las tres de la mañana decido que ya está bien de tortura y me voy a descansar. Al día siguiente me espera otra interminable jornada.

Como de costumbre a las siete ya estoy en pie y salgo a correr. Me relaja. A esa hora la Medina todavía está en calma, pero cojo el coche, conduzco unos kilómetros hacia las afueras y corro.

Ya de vuelta me voy directo a la ducha y Farah, mi estimada cocinera y casi madre como la llamamos aquí, me ha preparado un copioso desayuno que devoro...

En el despacho tengo unos trescientos emails por leer y contestar... ¡esto es una locura! Necesito a alguien que me ayude y ¡pronto! Me quedo absorto mirando la foto que tengo en mi

escritorio, la que estoy con Celia en París... Reflexiono por unos minutos, preguntándome si es buena idea ir a Nassau a hacer lo que planeo. Sólo quiero encontrarme con Karen cara a cara y que me explique el por qué... Si no me amaba, con divorciarse hubiera sido suficiente. Pero caigo en la cuenta de que entonces se hubiera quedado sin nada: todo era mío, teníamos un contrato prenupcial y, sin hijos tampoco hubiera habido manutención... Pero si me conocía tan bien como creo, también sabría que jamás ¡jamás! la hubiera dejado en la calle con una mano delante y otra detrás.

Meses con pesadillas tras el tsunami: autodestrucción, dolor, terapia... Sólo quería respuestas. A Roger, con darle un puñetazo y tumbarlo se me pasaría... Quería empezar mi vida con Celia y cerrar ese capítulo para siempre. No pensaba decirle nada ya que, obviamente, me lo hubiera quitado de la cabeza de un plumazo.

A los dos días, faltando cinco para Navidad, Pierrard me dice que los tenía «en el bote»; ¡habían picado!

Tal y como habíamos planeado, les fue con el cuento que yo, el supuesto millonario ruso *Ivan Orlov* estaba interesado en la mejor mansión de su cartera: una fabulosa casa de mil doscientos metros cuadrados que costaba cerca de cinco millones de dólares. Evidentemente, tras una negociación con ellos, enviando documentos falsos sobre mi identidad y todo lo que sólo sabe hacer Pierrard, los convenció por completo. Fijamos una cita en el hall principal del hotel *The Cove Atlantis* para cerrar la compra el 28 de diciembre. Eso me daría tiempo para poder regresar y pasar el fin de año con Celia, como estaba previsto.

Mañana por fin vuelo a París para celebrar las fiestas con mi familia y mi pequeña Celia.

42. Celia y Najib. Navidad dulce Navidad.

Es 24 y ya hemos aterrizado en París. Mi madre está como atacada no, lo siguiente, pero en el buen sentido. Mi padre, como siempre calmado y feliz.

Celine ha insistido en que nos alojemos en su palacete ya que hay espacio de sobras para siete familias al menos.

Nos recoge una limusina en el mismo aeropuerto que nos lleva directamente a casa de los Lefebvre, donde ya nos esperan Najib y su familia. Mi madre está *en su salsa* ¡flipando en colores!

¡Qué nervios! No podía creer que volviera a estar allí ¡y con mi familia! en plan súper formal. Esto iba en serio, muy en serio.

Nos abre la puerta Najib, que me abraza y me da un tímido beso en los labios, imagino que para no ofender a mis padres que estaban allí delante. Me guiñó un ojo y supe enseguida lo que eso significaba: que en cuanto fuera posible, en el próximo rincón oscuro, nos besaríamos y nos meteríamos mano, que era lo que nos apetecía en realidad.

Najib presentó mis padres a su madre y a Sven y, desde ese mismo instante mi madre y Celine no dejaron de conversar, agarradas del brazo, como si se conocieran de toda la vida, al igual que mi padre con mi futuro suegro.

Celine le enseñó el palacete a mi madre mientras mi padre y Sven intentaban comunicarse con su pobre castellano. Aunque mi padre habla un inglés perfecto Sven quiere intentarlo en español para practicar.

Les oigo conversar:

—Juan, ¿*tú* *gustar* *golf*? —le dice.

—Sí, es uno de mis deportes favoritos, Sven. Cuando quieras vamos a hacer unos hoyos.

Siguieron los cuatro hablando, riendo, parecían todos encantados. Yo simplemente era feliz.

Najib de repente me coge de la mano y tira de ella.

—La situación está bajo control —me susurra— ¡ven! ¡Escapémonos!

Me llevó a su rincón favorito de la casa: una estancia apartada, con su piano ¡cómo no!

Me besó efusivamente mientras me decía que me amaba.

—Yo también te amo, Najib. Te necesito esta noche... y todas las demás. No soporto más separaciones. Me duele el corazón cuando despierto y no estás a mi lado.

—Queda poco, cariño. Después de fiestas acabamos con los papeleos y nos casamos ¿aún lo deseas, verdad?

—Es mi mayor deseo, Najib, sólo quiero ser tuya esta noche y siempre.

Me abrazó y nos besamos con pasión...

—El 27 tengo que salir de viaje otra vez, pero te prometo que estaré para final de año. Llegaré el 30 al riad si todo sale según lo previsto. He preparado algo especial. Toma —sacó unos billetes—, es para que nos veamos allí directamente. ¡No faltes mi amor!

—Allí estaré pero ¿trabajo en medio de las fiestas? —pregunté.

—Hay vendedores caprichosos... Los negocios son así, cielo. Me han citado para estas fechas y no lo he podido arreglar de otra manera. Te pediría que vinieras conmigo, pero te vas a aburrir y además es un viaje largo para sólo un par de días. Voy a Estados Unidos por una operación inmobiliaria.

—Suen a rollo patatero —dije—, pero si vuelves a tiempo te perdono, cariño —dije pellizcando levemente su trasero.

Volvimos a besarnos, como si el mundo se terminara...

Sin embargo Najib estaba raro. Imaginé que era por la presión que lleva encima y que no consigue quitarse. No quise agobiarlo más de lo necesario. Era Navidad, la época más feliz del año.

Nos retiramos a descansar un rato y luego Najib estuvo ayudando a su madre a preparar todos los detalles de la comida del día 25 de diciembre.

Pese a tener servicio, a Celine le encantaba ser la organizadora de todo, desde el menú hasta la decoración de la mesa. Leila, que ya había llegado, también se puso a ayudar. Me encantaba el modelo de familia que tenían, eran una piña.

Nos vestimos y a la hora convenida nos fuimos al espectacular restaurante de la *Torre Eiffel* donde Najib nos invitaba amablemente a cenar en familia.

Durante la velada mi madre no dejaba de explicar a Celine lo orgullosa que estaba de mí y de Daniela. ¡Hay que ver cómo cambian las cosas!

Mi padre estuvo todo el rato intentando hablar con Sven y, aunque el idioma no lo dominara demasiado, se entendían de maravilla.

Najib y yo estábamos realmente contentos porque todo se amalgamaba, todo era homogéneo... rozando la perfección, tal y como deseábamos.

Leila nos presentó a su amigo especial, pero nunca como su novio ¡esta chica no quiere atarse! Me recordó por un momento a alguien...

La cena terminó y regresamos a casa.

Nos fuimos a nuestra habitación y sus manos de pianista me desvistieron con ternura, besando cada centímetro de mi piel... Me acariciaba con delicadeza, como si yo fuera algo muy valioso, como si de un jarrón de la dinastía *Ming* se tratara.

Yo le despojé de su camisa y empecé a besar su pecho... Estar junto a él era lo único que necesitaba esa noche... me daba todo igual.

—Te necesito esta noche —le dije al oído— y todas las noches de mi vida.

Mientras dormíamos Najib tuvo una pesadilla y nombró a Karen. Imaginé que se trataba de algún duro recuerdo tras el tsunami y no quise darle más vueltas ni preguntarle. ¿Para qué, si seguramente ni recordaría lo que había soñado? Ella era parte del pasado y no iba a volver. Najib y yo ya teníamos una promesa de matrimonio y sería para siempre esta vez.

A la mañana siguiente, Navidad, nos reunimos todos junto al árbol para recoger nuestros regalos. El mío para Najib era una pluma de oro con la inscripción «amor eterno» en árabe. Le encantó. El suyo para mí, un colgante precioso que lleva su nombre.

Mis padres y los suyos también se intercambiaron algunos detalles. Todos estaban felices. Era la Navidad más bonita que recordaba en años. La anterior ya estaba mal con Carlos, muy mal. Fue horrible.

Miré a través de los enormes ventanales de la sala y nevaba. Era la típica estampa navideña, aun así estaba intranquila. Notaba a Najib preocupado por algo; son los negocios —pensé—, una punta de estrés... Sin embargo cuando me abrazaba yo le sentía tan cercano como siempre o más. Apenas habíamos comentado nada de cómo había ido todo por Dubái. Estaba decidida a no hablar de trabajo por un día y liberarle de las tensiones.

Tras la copiosa comida Celine sugirió:

—Najib, por qué no nos tocas algo al piano, algo clásico.

—Mamá ¿qué te gustaría? —respondió.

—Me encantaría oír la *Sonata Claro de Luna* de *Beethoven*...

Najib, haciendo caso a su madre, tocó parte de la pieza con maestría mientras los demás bebíamos *Champagne*, aunque yo hacía rato que no lo probaba debido a mi ardor de

estómago que había aparecido de nuevo ¡qué fastidio! Estuvimos un buen rato deleitándonos con la fabulosa música que mi amor ejecutaba como si de un profesional se tratara. Lo que él transmitía era infinito.

Mi madre lo miraba como si fuera un ángel que Dios había puesto a mis pies. Por primera vez en meses la vi satisfecha o como diría Anna: «en su salsa» o «más feliz que una perdiz en *Valladolid*».

—¿Alguna petición especial, cariño? —preguntó Najib.

Me vino a la cabeza una canción que me encantaba y que ya tenía unos añitos; *Hero* de *Mariah Carey* del disco que nos llevamos «sin querer» de *El Corte Inglés*. Se la pedí...

—Un momento, cariño —dijo— y se fue, volviendo a los pocos minutos.

—Esta canción tan bonita no está en mi repertorio habitual. He tenido que buscar información en internet e imprimir la partitura. Para ti, mi amor...

Tocó una de mis canciones favoritas, mirándome y sonriendo feliz ¡Me encanta su sonrisa!

A mí se me escapaban las lágrimas y Leila me cogió por la cintura diciéndome:

—Gracias por hacer tan feliz a mi hermano. Nunca le había visto así.

La miré y la abracé...

—Gracias al destino por ponerlo en mi camino, Leila —dije agradecida por sus palabras—. No sé qué sería de mi vida si él no hubiera aparecido. Sois una familia adorable, tengo mucha suerte de que me aceptéis así.

—Nosotros somos los afortunados, Celia.

La abuela de Najib, Madeleine, pese a pasar de los noventa, tenía aún el porte y la belleza que tuvo antaño. Najib me enseñó fotos de ella en su juventud y era preciosa. La que tuvo, retuvo. Algún fallo de memoria, pero una salud de hierro.

La abuela me comentó lo bella que estaba.

—Najib te adora, por tanto yo te adoro —me dijo—. Es mi primer nieto y es un niño muy bueno. Sé que lo que haga será lo correcto *ma petite chérie. Je t'aime*...

Me sonrojé y le di un beso en la mejilla diciéndole:

—Gracias, abuela ¿puedo llamarla abuela? *Je t'aime* —dije mientras la abrazaba.

—Por supuesto, ya eres de la familia. Sólo hay que mirar los ojos de Najib para saber lo mucho que te quiere y, si él te ama, es que eres la chica más maravillosa del universo.

Volví a sonrojarme. Nunca pensé que sería tan fácil, tras lo que había pasado Najib, ser aceptada en su familia. Estaba en una nube de la que no me quería bajar.

Acabó la música y la fiesta. Todos los invitados se iban retirando y nos quedamos solos Najib y yo... no hacían falta palabras... sobraba todo. Con sólo mirarnos ya sabíamos lo que queríamos y necesitábamos.

Pasamos una velada encantadora ese día. Una vez más, Celine se había superado tanto con el menú como con la decoración. Se nota que es una mujer con sumo gusto y una maravillosa organizadora de eventos familiares.

Yo estaba muy pero que muy cansada. Najib me acompañó a la habitación para que pudiera reposar. Pensaba que estaba pillando un catarro o algo similar. Estaba agotada.

Se tumbó junto a mí e hicimos la siesta abrazados. Cuando nos quisimos despertar ya era casi de noche. Decidimos no bajar a cenar y estar juntos el máximo tiempo posible.

Al día siguiente yo volvía a Barcelona y él volaba a Miami el 27, pero nos veríamos el día antes de fin de año en el riad.

El 26 volvió a ser un drama: la despedida otra vez, el adiós. Cada vez me costaba más estar físicamente separada de él; pero nos quedaba muy poco para cumplir nuestro sueño. Tras este último viaje nada podría separarnos... yo me iría a Marrakech y... ¡que salga el sol

por Antequera!

43. Najib. Bahamas.

He mentido a Celia. No voy a Miami ni a EE.UU., voy a Nasáu, Bahamas. No quería preocuparla ni por un segundo. Esto será rápido. Es sólo una mentira piadosa, no quiero inquietarla.

Pierrard ha hecho bien su trabajo, aunque me ha vuelto a decir que es una auténtica locura lo que pretendo. Le he dicho que lo tengo todo bajo control y que le llamaré si la cosa se complica.

He aterrizado en Nasáu y estoy hecho polvo. Hay mucha diferencia horaria y prácticamente no he pegado ojo en todo el vuelo. Tras una pequeña escala en Miami, ya estoy aquí.

La verdad es que me sigo preguntando si es buena idea lo que tengo en mente. Sólo quiero una explicación de Karen, la necesito. Después se pueden ir los dos al mismísimo infierno que es donde deberían estar. No querré saber nada más y me olvidaré por siempre jamás de ellos.

Lo que me robaron supongo que estará todo invertido en su negocio. Ya casi ni me importa el dinero, me da igual, aunque intentaré recuperarlo.

Quiero ver a Karen, que me mire a los ojos y que me explique el porqué ¿Por qué me hizo pasar por esto? Sufrir de esta manera es inhumano. Si ella hubiera decidido separarse jamás se lo hubiera puesto difícil. Nunca aceptaría a nadie a mi lado que no me amara con toda el alma.

Tampoco soy idiota; mi patrimonio es mío. Tanto el riad como los otros negocios han surgido de las rentas de mi familia. Karen en un principio llevaba las relaciones públicas, pero luego tuvimos que dejarlo en manos de Naia y ella me ayudaba a co-dirigirlo. Tenía un sueldo, como todos los demás empleados y no era precisamente bajo.

Llego al hotel donde hemos quedado, que es donde me alojo, *The Cove Atlantis*. Es un hotel muy lujoso. Imagino que se les quedarán los ojos como platos cuando me vean.

La cita es mañana a primera hora. No sé si vendrán juntos o sólo ella o, quizá venga él. Por lo que comentó Pierrard, ella es la imagen de la empresa; es probable que venga sola para la primera toma de contacto. También me dijo que estaban encantados con la cita del millonario ruso. Los rusos andan comprando propiedades de lujo por todo el mundo, era una coartada muy creíble.

Estoy nervioso, inquieto. Me voy al *gym* del hotel aunque estoy muy cansado. Necesito desfogarme y hacer ejercicio para aplacar el sentimiento de odio y rabia que llevo dentro. Acto seguido subo a mi habitación. Pido una ensalada al servicio de habitaciones y, tras tomarla, envío un mensaje a Celia justo antes de irme a dormir:

«Llegué bien, cansado pero bien. Te llamo mañana. Te quiero cielo».

Me desagrada mentirle, pero no puedo ni por asomo decirle qué pretendo hacer. Sé que es de locos y con razón, ella me lo hubiera impedido. Entonces jamás hubiera venido. No puedo negarle nada...

Son las once de la noche y en España ya es tardísimo... Evidentemente no me contestó en ese momento, pero me alegró y animó encontrar al despertar su respuesta:

«Yo te quiero mucho más. Ten cuidado mi amor. Contando las horas para verte en el riad. Mil besos».

Me doy una buena ducha caliente y desayuno en la misma habitación. No quiero exponerme a que me vean antes de hora. De hecho, intentaré llegar quince minutos tarde para que ellos ya estén allí esperándome.

Sólo quedan dos horas para el encuentro y ni siquiera sé qué voy a decir. Nos hemos citado

en el hall para que haya mucha gente alrededor. Prefiero no estar solo... no sé cómo puedo responder ni de qué manera pueden actuar ellos. Es una encerrona en toda regla. Quiero pillarlos con la guardia baja y dejarlos totalmente descolocados.

Aprovecho este momento para llamar a Celia pero no responde. Es posible que esté fuera con Olivia, pues me dijo que la llevaría a un parque temático y pasarían el día solas. Lo llaman el día de la ahijada de oro o algo así. Todas las ideas de Celia me parecen buenas y está tan dedicada a los demás... A veces debería de pensar más en ella misma, ser un poco egoísta. Es demasiado buena persona y en este mundo de cabrones las buenas personas sufren, lo sé de primera mano.

Justo antes de bajar envió un correo electrónico a Pierrard y le doy unas sencillas instrucciones que debe seguir al pie de la letra llegado el momento.

No me gusta dejar nada al azar, todo debe estar bajo control. Sé que soy un poco maniático en ese sentido, pero no lo puedo evitar.

Me visto elegantemente... Quiero que, especialmente ella, me vea lo más atractivo posible; como diciendo ¡mira qué bien me va sin ti!

Ahora mismo todo ese dolor que sufrí me lo ha curado Celia. Estoy perdidamente enamorado de ella, pero el daño que me hizo Karen no se puede describir con palabras.

Bajo al hall y examino a todos los que por allí moran; hay bastante gente. Miro, busco, chequeo la zona, compruebo el entorno. Quiero verificarlo todo. No quiero correr ningún riesgo. Sé que él es un mafioso y podría intentar cualquier cosa si le descubro.

Observo y veo a una mujer rubia que está sola, tomando lo que parece un té... No me ve venir ya que está de espaldas. Ese gesto característico de remover con la cuchara es típico de Karen. Un escalofrío me recorre el cuerpo: es ella... está sola...

Voy acercándome paso a paso, lentamente... intentando no hacer un movimiento en falso y que se gire, me vea y salga corriendo. Mi estrategia es cogerla por sorpresa.

Viste elegante. Se nota donde se están gastando el dinero que me robaron. Reconozco que está muy guapa, apenas ha pasado el tiempo para ella.

Llego hasta ella...

—La señora Kim Johnson, supongo —digo.

Karen palidece. Creo que ha reconocido mi voz, se le ha caído la taza de té.

Me siento en el sofá de al lado...

—No te muevas, no te vayas y ni se te ocurra gritar —digo en tono amenazante—. No voy a hacerte ningún daño, al menos no a ti ¿dónde está el cabrón de Roger, o Adam o como cojones se haga llamar ahora?

—Na... Najib, yo... Najib... No me hagas daño...

—¿Acaso te hice alguna vez daño durante nuestro matrimonio? Lo sé todo Karen... o Kim ¿Cómo prefieres que te llame?

—Lo que pasó en Phuket no fue premeditado, te lo juro Najib.

Es lo primero que me dijo.

—Eres una zorra insensible —interrumpí—. Huiste y dejaste que creyera que habías muerto. Ni siquiera quiero denunciarte a la policía; no quiero que vayas a la cárcel... Me gustaría que sufieras como yo lo hice.

—Déjame explicarte, por favor —suplicó.

Entonces, entre sollozos, fue cuando me contó que el tsunami realmente la arrastró y que cuando despertó, lo hizo en un hospital totalmente desorientada. No sabía ni donde estaba, ni qué hacía allí. Al ir indocumentada nadie sabía nada sobre ella. Ni tan sólo Karen lo sabía. Tardó días en recuperar la memoria y acordarse de su nombre y procedencia. Vio el cielo

abierto... Cuando se recuperó y con la ayuda de Roger, salió del país como Kim Johnson.

Pensaron que ese era el golpe perfecto. Él tenía el dinero, ella sería libre y yo, un viudo más.

—Nunca tuviste en cuenta mis sentimientos —dije—. No sabes por lo que he pasado, Karen.

—Aquí me llamo Kim. Karen murió en Tailandia. Tengo un hijo, Najib —sollozó—. No me denuncies, no nos hagas daño. Haré lo que me pidas ¡te lo ruego!

—¿Por quién me tomas? —dije— ¿estás loca? Jamás te tocaría. ¿Dónde está mi dinero? Quizá si lo recupero os dejo en paz y desaparecéis para siempre. A ti no te denunciaré, pero sí a Roger. Ya no te amo Karen, no siento más que pena por tu negra alma... Después de muchos años de lucha ya he rehecho mi vida con otra mujer y somos muy felices. ¡Ojalá hubieras «muerto» antes!

Quise que mi tono fuera lo más cruel posible...

—Mi hijo sólo tiene dos años y no lo dejes sin padre ¡por favor Najib! Necesito que me perdones. He pensado muchas veces en lo que hicimos y sé que fue una mala decisión. He estado tentada mil veces a confesar la verdad. Aún tengo pesadillas...

—Esto no se arregla con un simple perdón. No quiero más que mi dinero, el que me robasteis.

—Fue Roger, yo no tuve nada que ver. Me enteré mucho después.

—No me lo creo, eres tan cómplice como él. A la vista está que te lo estás gastando ¿Desde cuándo estáis liados? Sospecho que desde mucho antes de que desaparecierais...

—Najib, mi vida era muy triste, teníamos problemas —dijo entre sollozos— no fue algo premeditado... Tú viajabas mucho, Roger me comprendía y surgió... Lo nuestro estaba muerto ¿acaso no recuerdas por qué decidimos ir de viaje?

Por un momento sentí lástima por ella, aunque no la suficiente.

—Y eso era mucho mejor que decirme la verdad a la cara, separarte y desaparecer de mi vida ¿verdad? Claro, de esta manera no habrías sacado ni un dirham por nuestro contrato prematrimonial... ¡Me das asco! ¡No sé como pude enamorarme de ti!

—Yo te amé Najib —empezó a llorar—, luego me enamoré de Roger, no lo planeé ¡lo juro! Te ruego ¡te suplico! que no le hagas daño.

Le dije que únicamente quería mi dinero y desaparecería.

—Déjame que hable con Roger. Te prometo que esta misma tarde te hago llegar una propuesta ¡tenemos un hijo pequeño!

Le di el número de teléfono de tarjeta que había adquirido para mi estancia en Nasáu.

—Quiero una respuesta antes de las cinco de la tarde, de lo contrario os denunciaré. Si hui, os volveré a encontrar ¡lo juro! y entonces no seré tan comprensivo ¡te lo garantizo! Pondré a la Interpol tras vosotros y entonces... ¡te olvidarás que tienes un hijo en el momento en que entres en prisión!

Me levanté y me fui.

Anduve por las calles de Nasáu durante varias horas... No quería estar metido en el hotel. Estaba agobiado. Mi vuelo de vuelta era mañana día 29 y este tema debía de quedar zanjado.

Recordé unas palabras de mi madre sobre Karen justo antes de casarnos: «no me gusta Najib, no tiene la mirada pura. Esta chica te destrozará el corazón».

Obviamente pensé que eran celos maternos y ya está; no le di más importancia. La verdad es que mi madre nunca se había inmiscuido en mi vida sentimental. Tras ese comentario nunca hizo ninguno más, aunque las reuniones familiares, las pocas que teníamos entonces, eran muy tensas; justo lo contrario a las que tenemos ahora con Celia. Se nota que les ha llegado al

corazón.

Yo me enamoré de ella perdidamente. Éramos jóvenes pero maduros. Nuestra vida en Tanzania fue muy agradable, de hecho pensábamos que sería nuestro hogar definitivo hasta que enfermó de Paludismo. La infección que causa el mosquito anófeles puede llegar a ser muy grave y a Karen le afectó bastante a su salud, ya de por sí delicada.

Los médicos nos dijeron que si queríamos tener hijos algún día nos fuéramos de allí. La malaria se puede volver crónica y muy peligrosa.

Vendí todo a mi socio y fue una suerte encontrar el bonito riad que reformamos con mucho cariño para empezar de cero. A Karen no le gustaba vivir en la medina y entonces compramos un dúplex en la parte nueva de Marrakech.

Así estuvimos hasta que apareció su «amigo» Roger que se metió en nuestras vidas. Eso y su locura por lograr un embarazo nos llevó al desastre...

A las tres en punto Karen llamó:

—He hablado con Roger. Vamos a devolverte hasta el último céntimo y como prueba de nuestra buena fe —siguió— te entregaré un talón de doscientos mil dólares. De momento no hemos tenido tiempo de reunir más dinero.

—Me parece bien, es un comienzo. ¡Que venga Roger también! «Tengo ganas de estrecharle la mano» —dije en tono sarcástico.

Y tenía ganas... pero de estrechársela en su puta cara.

—Vendré sola, Najib. Este es el trato. O lo tomas o lo dejas.

Entonces colgó. Tenía miedo de que le hiciera daño y no iba desencaminada. Me hubiera gustado presentarle a mi puño.

Me dio una dirección donde debíamos vernos a las siete en punto. No tendría el gusto de poderle partir la cara a Roger; el muy cobarde no tenía los suficientes huevos de dar la talla y presentarse ante mí. Ese malnacido llevó mis finanzas durante años, fue uno de los hombres de los que más me fiaba, mi mano derecha. Yo confiaba plenamente en él debido a su estrecha amistad con mi mujer. Fue la misma Karen la que me lo presentó. Esto reforzaba mis sospechas... Ellos debieron tener un lío ya en la Universidad y luego «surgió» como ella dijo.

No me creo nada de lo que me ha contado. Esto ha sido mucho más planeado de lo que dice. ¿Cómo pude ser tan gilipollas?

Al menos esta mañana he visto el miedo en su cara. El mero hecho de poder perder a su hijo si iba a prisión la ha aterrorizado. Por este motivo vamos a llegar a un acuerdo. Por muchas ganas de venganza que tenga, no quiero dejar a ningún inocente sin padres y en manos de una casa de acogida. Si recupero algo de mi dinero estaré contento. Lo que ellos no recuperarán nunca será la dignidad.

Pero me hacía sentir bien que ella por un momento pensara que la quería destrozar. Me di cuenta de que realmente me conocía muy poco.

Llegué a mi cita, puntual...

El lugar estaba apartado del centro y oscuro, no me hizo mucha gracia que fuera en ese sitio, pero para lo que íbamos a hacer era más que suficiente.

Estuve esperando unos minutos que se me hicieron eternos. Chequeaba el móvil por si hubiera algún nuevo aviso. Nada.

Pensé que se habían rajado. Ya iba a marcharme de vuelta al hotel y dar parte a la Interpol, cuando de la nada alguien apareció y, por la espalda, me apuñaló en repetidas ocasiones: al menos conté cinco cuchilladas a traición, pero creo que fueron algunas más... perdí la noción... Noté como se llevaba mi documentación y mi teléfono mientras agonizaba...

Estaba tendido en el suelo y sólo pude ver cómo Roger corría hacia un coche blanco que

conducía Karen y a toda velocidad, desaparecían...

Recuerdo el rostro de Celia venir a mi mente mientras yo perecía allí, en el suelo, desangrándome. Sus dulces besos me acompañaron hasta que empecé a notar frío, mucho frío y todo se volvió oscuro...

44. Celia. Najib no aparece.

Hoy es 29 de diciembre y Najib no responde al teléfono. Estoy un poco preocupada. Un poco mucho. Prometió llamarme antes de coger el vuelo de regreso.

Mañana salgo para Marrakech y quiero hablar con él, pero no hay forma. Incluso he llamado al riad y su personal me comenta que hace dos días que no saben nada, lo cual es muy extraño pues suele hablar con su equipo a diario. Estoy muy, pero que muy asustada...

Mi nerviosismo aumenta por momentos ¿y si ha tenido un accidente con el coche? Alguien me hubiera avisado, supongo. Por otro lado, tampoco tengo los datos del hotel donde se aloja en Miami.

Antes de ponerme más histérica aún decido esperar al día siguiente. Seguro que no es nada y mañana nos veremos en el riad. Najib llegará mañana por la mañana, casi a la misma hora que yo. Quizá haya perdido el teléfono, no sé.

Ya es día 30. Le he llamado como cien veces y le he dejado mil mensajes. Tengo un mal presagio. Esta noche no he conseguido pegar ojo...

Me fui al aeropuerto no sin antes apagar y encender mi móvil unas veinte veces, por si se hubiera quedado colgado sin poder recibir llamadas. Seguí intentando contactar con él, pero pensé que en ese momento era inútil ya que estaría volando.

Fueron dos horas y media interminables. El vuelo más largo de la historia. Ni siquiera noté mi fobia a volar. Estaba tan preocupada por Najib que no podía pensar en nada más.

Llegué al riad a las diez de la mañana. Najib ya debía estar allí según el plan previsto.

Me recibió Farah. Muy preocupada me dijo que Najib no había llegado y que seguían sin tener noticias de él...

Hablé con todo el personal, uno a uno, para que me dijeran en qué hotel se alojaba en Miami, pero nadie sabía nada...

Estaba temblando, muerta de miedo. Estaba convencida de que le había pasado algo. Se me ocurrió ir a su despacho y revolver todos los papeles de su mesa a ver si encontraba algo que me diera una pista de donde podía estar: hoteles, contactos, teléfonos, algo a lo que aferrarme.

De repente encontré un sobre cerrado; sólo ponía CELIA, escrito de su puño y letra.

Lo abrí estremecida, pensando que era una despedida o algo así, que me dejaba, que se había cansado de mí y no tenía el valor de decírmelo. Todas esas hipótesis pasaron por mi cabeza en pocos segundos.

Leí con desesperación:

«Cariño... lo primero, perdóname. Te he tenido que mentir. He encontrado a Karen y Roger. Si estás leyendo estas líneas es que algo ha salido mal. Llama a Pierrard. Teléfono 555-646788. Él te dará más detalles. Te amo más que a nada en el mundo»

Me asusté mucho... me horroricé. Até cabos: él estaba raro porque planeaba este viaje para encontrarse con ellos y vete a saber qué diablos había ideado. No tenía a Najib como vengativo, pero con el daño que le habían hecho durante tantos años... Obviamente si me hubiera contado algo de lo que pensaba hacer, se lo hubiera quitado de la cabeza inmediatamente.

¡Estaba histérica!; llamé al número indicado y respondió Pierrard...

—Soy Celia del Valle ¿Dónde está Najib? ¿Dónde?

—Tengo instrucciones para usted Sra. del Valle, Najib me las envió por correo electrónico el mismo día que llegué a Nasáu.

—¿Nasáu? ¿No estaba en Miami?

Pierrard me puso en antecedentes. Me explicó cómo había dado con ellos y lo que Najib pensaba hacer. Era una locura, una auténtica locura. Me temí lo peor...

—¿Está muerto Pierrard? —sollocé— ¡dime que no está muerto!

—No lo sé Celia —decidió tutearme y lo preferí— déjame que haga unas llamadas y te llamo en unos minutos.

—Pierrard, no tardes ¡te lo ruego!

Nasáu... Bahamas. Estaba segura de que se había ido de viaje por algo totalmente opuesto a hacer negocios... Me entró un miedo que no sé describir.

Pierrard no tardó ni cinco minutos en llamar:

—Celia —dijo muy serio—, he llamado al hotel donde se alojaba. No saben nada de él desde el día 28 por la mañana; tiene todas sus pertenencias allí. Debía haber dejado el hotel ayer a primera hora pero no apareció y no había dormido en su cama.

—¡Nos vamos a Nasáu! —grité— ¡En el primer vuelo!

—Celia —se sinceró—, tengo instrucciones claras de Najib: informarte e ir yo a averiguar qué ha ocurrido.

—¡Ni hablar! —estaba fuera de mí— ¡Voy contigo! Sé que está perdido, asustado o quizá lo han secuestrado esos hijos de puta ¡me dan igual las instrucciones que te haya dado Najib! Salgo en el primer avión disponible. Te llamo cuando tenga los detalles del vuelo...

Ni siquiera se lo dije a Celine, no quería preocupar a nadie más, solamente quería llegar a Nasáu cuanto antes.

Conseguí un billete para Miami esa misma tarde vía Madrid y conexión con Nasáu nada más llegar. Sería rápido. Pierrard se reuniría conmigo allí. Llegaríamos el mismo día bien entrada la noche.

Con esa llevaba ya dos jornadas sin descansar. Sólo podía pensar que él estaba en peligro o quizá muerto. Sabía que algo malo había ocurrido; Najib y yo teníamos esa conexión. Podía notar que estaba en peligro extremo, lo intuía... Tenía un profundo dolor de estómago.

Durante el vuelo estaba tan nerviosa que la azafata de *American Airlines* me dio un tranquilizante y eso que está prohibido. Lo recordaré toda la vida «lo hago como amiga no como azafata». Ni con el tranquilizante pude relajarme.

En el aeropuerto de Miami me esperaba Pierrard que llegaba pocos minutos antes que yo vía Paris y volaríamos juntos a Bahamas. Me conoció él a mí. Yo no sabía quién era, no le había visto jamás, pero debió detectar por mi nerviosismo que era yo.

Lo primero que hicimos al llegar a Nasáu fue ir al hotel por si había dado señales de vida: No había ni rastro de Najib. Chequeamos sus pertenencias, que habían reubicado en un oscuro cuarto, en busca de alguna pista que seguir. Cogí una de sus camisetas y la estreché entre mis brazos, percibí su aroma impregnado en ella ¿Qué te había pasado cariño?

No encontramos nada que pudiera indicar el paradero de Najib.

El siguiente paso fue denunciar su desaparición a la policía. Les dijimos que teníamos sólidas sospechas de que Kim y Adam Johnson estaban detrás. La policía se puso manos a la obra para buscarlos e interrogarlos, siempre que aún estuvieran en Bahamas.

Yo sabía que todo estaba relacionado. Era mucha casualidad que Najib hubiera desaparecido sin dejar rastro justo tras haberlos ido a buscar. Sólo ellos tenían la clave de dónde podía estar o qué le había ocurrido.

Pierrard sugirió llamar a hospitales y clínicas. En ninguno constaba un Najib Al-Mansour. La policía también constató que en la morgue no había ningún fallecido pendiente de identificar, aunque eso tampoco me tranquilizó mucho... ¿y si lo habían matado y habían hecho

desaparecer su cuerpo?

Ya de madrugada decidí ir personalmente a los dos hospitales más importantes de la capital e insistir. Al ser enfermera sabía que empatizarían conmigo enseguida.

En el primero no sabían nada y me presenté en el segundo. Expliqué la situación; volví a enseñar su foto al personal de urgencias, de recepción y tampoco obtuve respuesta.

Una chica muy amable vio mi cara de preocupación y busco y rebuscó en la base de datos. No existía. De repente se acercó una compañera a preguntar qué ocurría y comentó:

—¿Recuerdas el paciente en coma del que no sabemos nada? Iba indocumentado.

—¿Coma? —pregunté entre sollozos.

Entonces me vino a la cabeza algo que podría funcionar para identificarle:

—¿Tiene un tatuaje en el pecho? ¿Como este?

Les enseñé el tatuaje gemelo al de Najib y que él lleva en el pecho cerca del corazón, «amor eterno». Ese amor que sentíamos el uno por el otro y que decidimos plasmar en nuestra piel para siempre.

—Déjame consultarlo pero creo que podría ser él. Ahora que lo pienso tiene varios tatuajes.

Mi corazón se salía del pecho... fuimos a la UCI y, efectivamente, allí en esa cama estaba Najib... en coma. Tenía golpes en su rostro, por eso era difícil identificarlo con una foto. Yo le reconocí en apenas un instante aunque no era mi Najib. Lo habían destrozado.

Estaba lleno de cables, sondas... máquinas de esas que asustan a los que no saben lo que son... Pero a mí, que no me eran ajenas, aún me resultaban mucho más aterradoras.

Creí volverme loca. Soy profesional sanitaria y sabía muy bien lo que significaba: necesitaba respiración asistida.

Hablé con el médico al cargo.

—Recibió siete puñaladas —dijo—. Una le perforó el pulmón, otra el hígado y otra, la que le tiene así, el cuello. Perdió muchísima sangre. Las demás no son tan graves. Seré claro —siguió—, no sabemos cómo está vivo todavía, es una especie de milagro. Unos turistas perdidos lo vieron tirado en el suelo la tarde del 28. No es una zona muy transitada, es una bendita casualidad que alguien pasara por allí. Cuando llegó la ambulancia apenas le quedaba un hilo de vida. Tenía el pulso muy débil, entró en parada allí mismo y los sanitarios consiguieron reanimarlo. No quiero desanimarte, pero está muy grave. Es muy serio. Es buena noticia que él sea tan fuerte y esté vivo después de dos días así. El coma es inducido hasta que esté más estable. Cuando decidamos sacarlo del coma, no tenemos garantía de que despierte y si lo hace, no sabemos en qué condiciones.

Yo escuchaba al médico y no podía creer que el que estaba luchando por vivir en esa cama de la UCI fuera Najib. Pedí al personal que me dejaran estar con él todo el tiempo... Es una UCI y sé perfectamente que no se puede estar allí las veinticuatro horas, pero me lo concedieron, imagino que por ser del gremio.

Quería trasladarlo a Barcelona pero me dijeron que eso era una locura hasta que no estuviera estabilizado.

No tuve ni fuerzas para llamar a Celine o a las chicas. Todos los minutos de mi existencia serían para estar junto a él.

Pasé el resto de la noche a los pies de su cama y dormí un par de horas, estaba agotada por completo. Me desperté encontrándome muy mareada, lo cual supongo era normal teniendo en cuenta las circunstancias: no había dormido demasiado y tampoco había comido en condiciones.

Una enfermera me tomó la tensión y realmente estaba muy baja. Eso unido a los vómitos

por los nervios, hizo que la chica sugiriera que me hicieran un par de pruebas para descartar algo más grave.

¿Más grave? —pensé—. ¿Qué puede haber más grave que ver a Najib en coma?

—Te recomiendo —dijo Mariah, la enfermera— más bien te ruego, que te dejes hacer un par de pruebas. Una rápida analítica nos dará una idea de si te pasa algo. Dices que hace días que estás así ¿cabe la posibilidad de que estés embarazada?

La pregunta me dejó de piedra.

—¿Embarazada? —me pregunté a mi misma—, he tenido el periodo hace poco. No es posible.

—Okey, entonces déjame hacerte unas analíticas de sangre y orina... No hace falta ni que te muevas de la habitación, aquí mismo te cojo la muestra y te traeré algo para comer; es bastante probable que tengas anemia.

A mediodía pasó el doctor de nuevo. No era la noticia que quería oír, pero era la mejor que había recibido por el momento: Najib mejoraba poco a poco. Sus heridas parecían estar sanando, sin embargo no había que descorchar la botella de *Champagne* todavía. Si seguía mejorando o mejor dicho, en caso de no empeorar, en dos días retirarían la medicación que le mantenía en coma así como el respirador y veríamos si despertaba.

Esa tarde Mariah volvió a la habitación. Venía con un colega que traía un ecógrafo portátil. Pensé que querían hacerle una prueba a Najib.

—Celia —dijo Mariah—, estírate aquí por favor.

Imaginé que me habían encontrado un parámetro alto en la analítica y querían hacerme una ecografía hepática. No pregunté; me estiré y me dejé hacer. Realmente me daba igual mi estado de salud, sólo pensaba en él.

El compañero de Mariah empezó con la prueba. Yo no quería ni mirar el monitor, tenía miedo. Tras hacer la prueba habló con ella y luego Mariah se dirigió a mí:

—Enhorabuena Celia —dijo—. ¡Estás embarazada! De unas quince semanas calculamos.

—¿Qué? No es posible... He tenido dos periodos seguidos...

—¿Cómo fueron estos periodos? ¿Fueron normales? ¿Fueron escasos? Podría tratarse de pérdidas por implantación, es muy común en el primer trimestre —dijo Mariah—. Voy a pedir al ginecólogo de guardia que te visite ¿estás de acuerdo, cielo?

Mariah estuvo maravillosa conmigo. Yo no sabía si reír o llorar. Estaba en shock. Por un lado, me daban la maravillosa noticia de que esperaba un bebé del amor de mi vida y por el otro, Najib podía morir. Sentimientos encontrados.

Recordé que las últimas semanas no me había cuidado nada: había bebido alcohol, tomado pastillas para la supuesta regla, no había comido en condiciones... tampoco estaba tomando vitaminas de ningún tipo, que es lo recomendable en los primeros meses de embarazo. Por no hablar del estrés.

Me entró terror.

¿Y si encima tenía un bebé afectado o con alguna malformación? Dios mío, no quería ni pensar en las locuras de las últimas quince semanas...

45. Pierrard. Atando cabos.

La mañana del 31 fui inmediatamente a hablar con la policía para explicar que finalmente habíamos encontrado a Najib. La policía me informó que también habían dado con los Señores Johnson: habían fallecido en un accidente de tráfico el día 28, la misma tarde en que atacaron a Najib. Parece ser que se salieron de la carretera por exceso de velocidad y chocaron frontalmente contra un árbol. Murieron en el acto.

El oficial que llevaba el caso me explicó que cuando encontraron a los Johnson estrellados en su coche, también hallaron un cuchillo ensangrentado que no sabían cómo encajar con el accidente. Ahora todo podía tener más sentido.

Yo estaba seguro de que esa sangre era la de Najib y pedí a la policía que lo investigara. De dar positivo el resultado, estaba bastante claro lo que había pasado: Roger apuñaló a Najib, le despojó de su documentación y en la huida se mataron en un accidente. El Karma quizá.

No encontraron ningún tipo de documento cerca, pero podría haber dado tiempo a quemarlo, tirarlo o deshacerse de ellos de alguna manera.

Seguro que los Johnson le habían dado por muerto cuando huyeron. Siete puñaladas, tres de ellas prácticamente mortales y, encima en un lugar a las afueras donde apenas nadie transitaba... De no haber sido por esos turistas que lo vieron allí tirado, con apenas aliento y que dieron la voz de alarma a las autoridades, estaría muerto.

Fue totalmente premeditado.

La policía creyó que se trataba de una reyerta, algún tema de drogas o algo por el estilo. Nunca lo relacionaron con Najib Al-Mansour y menos todavía al no llevar ningún tipo de identificación encima.

Najib siempre tuvo razón sospechando de Roger y Karen. Yo lo tomé por loco durante un tiempo, hasta que todas las piezas simplemente encajaron.

Celia está muy agobiada. Debemos llamar a la familia de Najib y no encuentra el valor para hacerlo. Quizá tengamos que tomar una decisión drástica si no despierta del coma o si se diera el peor de los casos, ya que podría morir en cualquier momento.

Pienso que si Najib sobrevivió a un tsunami donde murió tantísima gente, podrá superar esto. Es un tío duro y fuerte.

Le recomendé encarecidamente que no fuera solo a Bahamas, que yo podía encargarme. No quería que hiciera ninguna locura; mis contactos aquí hubieran hecho lo que él hubiera encargado, sin problemas y sin dejar rastros. Por lo menos supo cómo avisarnos en caso de que algo no saliera bien. Un tipo listo.

Hace ya años que le conozco, mucho antes del tsunami. Era apenas un crío que se movía por los despachos de dirección con total soltura.

Con anterioridad ya me había encargado un par de investigaciones. No, no se trataba de asuntos mafiosos o de espiar a su esposa... Solía pedirme informes de personas que trabajaban o iban a trabajar con él o para él. Los negocios a ese nivel han de ser seguros. A Najib no le gustan los cabos sueltos.

Algunos de sus socios potenciales fueron descartados de inmediato: por insolventes, por relaciones de dudosa procedencia, por financiación irregular... Najib es un tipo decente, le gusta la verdad y las cosas bien hechas. Es honrado y eso hoy en día es difícil de ver y más en los negocios donde se mueve tantísimo dinero.

En estos años de relación no puedo decir que la nuestra sea como la de un padre y un hijo,

pero sí la de una muy buena relación comercial que se respeta al máximo nivel.

Él aprecia mi discreción y yo, aparte de sentirme muy valorado por mi labor, estoy muy bien recompensado económicamente. Najib es una persona que paga sus deudas y, si algún día te tiene que ayudar, hará todo lo que esté en su mano para poder hacerlo. Es difícil encontrar a alguien más honrado. Así es Najib.

He quedado con Celia que me encargaría de ir a liquidar la cuenta del hotel y traer todas sus cosas al hospital.

Lo primero que ha hecho ha sido envolverse en una de sus camisas y hacerse un ovillo junto a la silla, al lado de su cama; es una chiquilla de la edad de mi hija. Me recuerda a ella en cierta manera. Veo dolor y sufrimiento en su rostro.

Es una chica hermosa y totalmente enamorada, de eso no tengo ninguna duda. Sólo deseo que Najib se recupere y haga feliz a esta niña con el alma rota. No hacen falta palabras para saber lo que le pasa por la mente.

Finalmente por orden de Celia he informado a la familia de Najib de lo sucedido. No ha tenido suficiente coraje para hacerlo ella misma; rompe a llorar cada vez que intenta hablar.

Celine, Sven y Leila están averiguando cómo llevar a Najib de vuelta a España. Confían en Celia; ha trabajado en uno de los mejores hospitales del país y su padre es un alto cargo del centro. Es la mejor opción, sin duda. Pero no está todavía lo suficientemente estable como para viajar, ni siquiera en un avión medicalizado. Sólo queda esperar que ocurra un milagro.

Confío en que abra los ojos y vuelva a ser el hombre que era...

46. Celia. Sentimientos.

Me siento junto a Najib. Ya son tres días los que llevo aquí sin apenas moverme.

El ginecólogo me ha dicho que todo está bien, pero que debo cuidarme. Sufren por mi estado emocional. Lo sé, debería cuidarme más... Me confirman que estoy de quince semanas... ya en el segundo trimestre y yo sin darme cuenta.

Eso explica mi excesivo sueño, mi cansancio, mis emociones a flor de piel y, por supuesto, el malestar y las náuseas que a veces duraban todo el día. Siendo enfermera parece mentira que no lo hubiera deducido, pero las pequeñas hemorragias de implantación, que yo creía reglas desajustadas junto con mi síndrome premenstrual que es muy bestia, me despistaron por completo.

Ha vuelto a pasar el médico que se encarga de Najib. Ha habido mejoras y van a intentar bajar la medicación. Conforme vayan bajando el nivel de sedación eliminarán la respiración asistida. Tengo mucho miedo. Sé que hay que hacerlo, pero siento terror de que no despierte por sí solo.

¿Y si le quedan graves secuelas? ¿Y si nunca llega a saber que esperamos un hijo? ¿Y si nunca más nos podemos abrazar? ¿Y si no se acuerda de que existo? ¿Y si no vuelve a ser el Najib de siempre?

Todo pasa por mi cabeza muy rápidamente e intento eliminar esos horribles pensamientos de mi mente. Voy a estar aquí y no me pienso mover hasta que mejore.

Mariah me trae cosas para comer... Me permiten ducharme en el hospital y estar todo el rato dentro de la UCI. De algo me ha servido cursar enfermería; siente empatía, aunque estoy segura de que ella es así con todo el mundo. Sin duda siempre lo recordaré.

He llamado a Celine. Por fin he tenido el valor. Pierrard ya los había informado, pero debíamos hablar. No le he contado nada del embarazo, todavía estoy asustada. También he hablado con papá, que enseguida se ha ofrecido a venir al igual que Celine; les he dicho que por el momento poco pueden hacer aquí, que esperen a que haya mejores noticias. No he querido dar muchos detalles sórdidos, prefiero contar toda la historia cara a cara o aún mejor, que sea el propio Najib quien lo explique. Ojalá lo pueda hacer algún día...

Ha llegado la hora. Han empezado a retirar los medicamentos.

Lloro en silencio. Él está totalmente monitorizado; ante cualquier señal de alarma tardarán cinco segundos en presentarse en la habitación.

Le hablo a todas horas, sin siquiera saber si me escucha. Se me ocurre explicarle que tengo una gran noticia que contarle, pero que para ello debe despertar.

Han pasado ya dos horas... Le quitan la respiración asistida y parece que es capaz de respirar por sí mismo, aunque no recupera la consciencia. Es una buena noticia a medias...

—No desesperes Celia —me dice Mariah—, ya sabes cómo va esto... Paciencia, cariño.

—Gracias Mariah, me estás ayudando mucho. Te lo agradezco de corazón.

—Debe ser un gran hombre para que te tenga tan enamorada —dijo mientras salía de la habitación.

—Lo es. Es el amor de mi vida —contesté.

Lo supe cuando acaricié por primera vez su piel. Hasta ese momento había vivido mi vida con las manos vacías. Najib es la casualidad más bonita que me ha ocurrido en la vida.

No suelto la mano de Najib en ningún momento. Le hablo todo el rato, quiero intentar estimular su cerebro. Le recuerdo nuestra primera conversación en el riad, nuestra escapada imprevista... No dejo de contarle cosas... Quiero que reaccione.

Me vino a la cabeza una canción de los setenta que me encanta: *If you leave me now* de Chicago que mi padre solía poner en casa a menudo y se la tarareo.

¡No quiero que me dejes Najib! ¡Te llevarás toda mi vida si te vas! Me lamento al recordar la canción. ¡No te vayas por favor!

De repente noté como su mano levemente intentaba estrechar la mía. Seguí tarareándole la melodía y diciéndole que nuestro amor era tan especial que era difícil de encontrar y que no podíamos dejar que se esfumara. Habíamos llegado demasiado lejos como para permitirlo y le necesitaba más que el aire que respiro. No concebía mi vida sin él.

Su mano iba cogiendo fuerza, iba apretándose a la mía... Repentinamente empezaron a pitar varias máquinas...

Aquello se llenó de personal sanitario en segundos. Fue una locura.

—¡Responde! —dijo Mariah— ¡Está respondiendo!

Me hicieron salir de la habitación rápidamente. Los pocos minutos que estuve fuera me parecieron interminables.

Había una reacción... eso era bueno, pero aún no había abierto los ojos. Sólo quería verlos, notar su mirada clavada en la mía una vez más.

Volví a entrar y cogí de nuevo su mano y, él la apretó una vez más...

—Te quiero cariño —susurré—, te necesito esta noche. ¡Vuelve conmigo! Tenemos mucho por hacer... Estoy aquí, a tu lado y no me pienso mover...

Al menos ya respiraba por sí mismo. Su médico estaba bastante contento con la evolución; a mediodía se lo llevarían para hacerle un TAC.

Por experiencia sé que el despertar de un coma no es como en las películas, que los protagonistas tal cual abren los ojos se van a su casa. En la mayoría de ocasiones se despiertan desorientados, no entienden qué hacen allí y se sienten doloridos. Además, no sabíamos el alcance real de sus lesiones.

He aprovechado para llamar a Anna. Aquí son las tres de la tarde y en Barcelona las nueve. Sólo les había enviado un par de mensajes explicando la situación y fue Leila la que las informó con más detalle.

—¿Cómo estás, cielo? —responde Anna— ¿Cómo está Najib?

—Mejora, poco a poco —contesto—, pero no abre los ojos. Se lo acaban de llevar para hacer un TAC.

—Nena, esto es terrible. Estoy contigo, cariño. No dejo de pensar en ti. Olivia te manda besitos y a Najib también. Le ha hecho un dibujo muy bonito, luego te lo mando por mensaje.

—Gracias Anna. Os echo de menos. Estaré aquí no sé por cuánto tiempo, pero no me moveré de su lado.

—Cualquier cosa que esté en mi mano... no hace falta ni que lo diga ¿verdad? Somos *mosqueteras*.

Nos despedimos. No pude seguir conversando pues mis lágrimas no me dejaron continuar. No quise comentar nada de mi embarazo, ni siquiera a Anna. La prioridad era la salud de mi amor.

El TAC está tardando demasiado. Ya lleva fuera dos horas y me estoy devorando los nudillos.

Mariah se acerca a la habitación para decirme que esté tranquila, que aún tardará un rato en subir de nuevo ya que le están haciendo más pruebas. Me pide que aproveche ese momento para bajar con ella a la cafetería. Es su hora de descanso y así nos tomamos un café.

Ella me pide una infusión y un sándwich; sabe que no he comido apenas y en mi estado

debo cuidarme.

—Cómetelo por favor Celia —dijo—, piensa en tu bebé.

—Esta es la tercera vez que me quedo embarazada —confesé—, pero nunca llegué tan lejos. Los dos primeros los perdí; fue con mi primer marido.

—Este embarazo parece que va todo bien, sin embargo debes cuidarte, cariño. Ya estás en el segundo trimestre y el riesgo de aborto es mucho menor, pero tienes que tomar conciencia y vigilar. El estrés es lo peor... Este bebé debe de estar muy bien agarrado.

—No lo esperábamos... quizá ha sido lo mejor, no esperar ni buscar. ¡Qué cosas tiene la vida! Me pasé luchando años para quedarme embarazada y ahora sin planearlo... Estoy tan preocupada...

Le expliqué brevemente mis historias del pasado, mi divorcio, cómo conocí a Najib, cómo me ha salvado la vida...

Quizá Najib sólo era una persona más en el mundo, pero se había convertido en mi mundo.

—A ver cómo sale el TAC —cogió mi mano, tranquilizándome—, tienes que tener esperanza.

Con Mariah tuve la sensación de que nos conocíamos de toda la vida. Me ayudó mucho en esos momentos tener a alguien al lado. No es fácil tener a tus seres queridos tan lejos en esta situación.

Pierrard ya había vuelto a Francia tras cerrar el caso con la Policía. Estaba prácticamente claro todo. La documentación de Najib finalmente apareció en una papelera a medio kilómetro de la agresión.

Me enteré que los Johnson tenían un hijo de casi dos años que quedaba huérfano. Me dio pena por el crío, un ser inocente... Un niño perdía a sus padres y el que yo llevaba en mi vientre quizá nunca conocería al suyo. Pensar eso también me puso muy triste...

Subí de la cafetería y todavía no habían traído a Najib; estaba histérica... habían pasado ya cuatro horas.

Caí rendida en el sofá y soñé:

«Estábamos en casa, observando a nuestra niña a que habíamos llamado Maryam en honor a la habitación que ocupé en el riad la primera vez que estuve allí; nuestra princesa, que ya correteaba, jugaba en el patio de la fuente; feliz, riendo. Nosotros cogidos de la mano, enamorados, mirando a aquella niña que, como un milagro, está en nuestras vidas... Como nosotros, que nos conocimos gracias a una bendita casualidad, ella estaba en este mundo del mismo modo».

Desperté justo cuando el celador lo traía de vuelta a la habitación. Seguía dormido; sólo esperaba que al menos tuviera sueños bonitos mientras estaba así. Sentí pánico pues el médico no vino, pero entendí que era tarde y que quizá estaba atendiendo alguna urgencia. No quise desesperarme aún más e intenté mantener la calma.

Cogí la mano de Najib y la acerqué a mi vientre, en el que ya se apreciaba una ligera hinchazón por mi estado. Y le susurré:

—Debes despertar... Te necesitamos, tu bebé y yo...

Me acaricié con su mano... Mano que seguía siendo la del pianista: bella y suave.

Empecé a tararearle *Need you tonight*...

Algo ocurrió. Najib abrió los ojos. No dijo nada, simplemente los abrió y me miró...

Una lágrima recorrió su mejilla mientras yo me aferraba al botón rojo para avisar.

Mariah acudió de inmediato y al ver sus ojos abiertos, dio la voz de alarma para que todo el personal disponible acudiera urgentemente.

—¡Najib! —le dijo—, estás en el hospital *Merci* de Nasáu.

Najib no respondió.

Mariah me miró.

—Es totalmente normal, está desorientado. No te preocupes.

Los ojos de Najib estaban clavados en mí, como si hubiera visto una aparición, pero no articulaba palabra.

—Cariño —dije—, te quiero, te necesito... No voy a moverme de tu lado. Amor eterno, recuerdas —le mostré mi tatuaje en la nuca.

Subió al fin el médico con el resultado del TAC y me hicieron salir de la habitación unos minutos para reconocer a Najib. Yo me moría de los nervios.

Finalmente el doctor salió a hablar conmigo:

—Celia —su semblante era serio—, Najib está consciente pero desorientado, es normal. El TAC no muestra ningún daño cerebral. Esa es la buena noticia.

Enseguida pensé que si había una buena noticia, también podía haber una mala.

—¿Cuál es la mala? —pregunté sin titubeos— si no tiene ningún daño neurológico...

—Nos preocupa el pulmón perforado, tiene neumonía. De momento lo tenemos controlado, pero está muy débil.

—¿Neumonía? ¿Se pondrá bien, verdad?

—Su estado es delicado —respondió— Como perdió tanta sangre es mucho más vulnerable. De todas formas creemos que está controlado. En veinticuatro horas sabremos cómo evoluciona con los antibióticos. Ha abierto los ojos y, aunque no habla, tengo la esperanza de que lo haga pronto. Es normal que tras un coma...

—Lo sé —interrumpí—, soy enfermera jefe en un hospital y mi padre es neurólogo. Sé que no es tan sencillo como nos lo muestran en la tele ¿Cuándo podré trasladarlo a Barcelona?

—En cuando supere la neumonía, lo consideramos. Las otras heridas evolucionan bien. Ten esperanza —dijo—. Esta noche será clave. No tiene alergia a ningún medicamento ¿verdad?

—No que yo sepa —respondí con serias dudas—, pero ahora mismo contactaré con su hermana para pedir más información. Él nunca me lo comentó, con lo que entiendo que no.

Cuando volví a entrar Najib tenía de nuevo los ojos cerrados.

—Le hemos puesto morfina para el dolor —dijo Mariah—, sino sufrirá mucho y no queremos que eso ocurra ¿verdad? Ahora mismo está dormido, no inconsciente.

—No, por supuesto, no quiero que sufra —dije mirándola asustada— ¿Vamos por el buen camino, verdad?

—¡Claro que sí! —respondió Mariah con entusiasmo— se ve un chico fuerte, lo superará.

Me agarré a su mano toda la noche y volví a dormir un par de horas.

A la mañana siguiente sentí un dolor intenso en mi barriga y asustada se lo dije a Mariah...

—Vamos a ginecología ahora mismo —dijo— seguro que todo va bien, pero mejor que te miren.

Me hicieron una ecografía donde confirmaron que efectivamente, todo estaba bien. Me dijeron que esos dolores pueden deberse a muchos motivos, entre ellos que mis órganos se estaban adaptando para dejar espacio al bebé que ya crecía sano en mi entrañas. Esas molestias no tienen por qué indicar nada malo siempre que no vayan acompañadas de pérdidas, eso lo sabía muy bien.

—¿Quieres saber el sexo? —me dijeron— te lo podría decir casi seguro.

—No —respondí—, quiero estar con Najib cuando me lo digan.

Preferí quedarme con la intriga y estar con él cuando llegara ese momento tan especial. Era lo que deseaba y me aferré a todo porque sabía que no podía tener tan mala suerte y perderle. Él se iba a poner bien.

Volví justo cuando el médico le estaba visitando y Najib volvió a abrir los ojos...

—Celia, Celia, Celia...

Apenas con un hilo de voz, pero me llamaba.

—Aquí estoy mi amor —dije feliz—. Tienes que ponerte bien ¡tenemos mucho por hacer!

—Najib, estás mejorando más rápido de lo que pensaba —intervino el médico—. Tu neumonía evoluciona favorablemente. ¿Sabes dónde estás?

—Nasáu —dijo con la voz aún más ronca por el efecto de estar intubado tantos días.

—¡Bien! veo que estás orientado ¡es muy buena señal! ¿Cuántos años tienes? ¿Qué te ha traído a Nasáu?

—Cumpliré treinta y nueve en febrero —dijo— y, vine aquí por una estupidez...

Le acaricié el rostro y me miró a los ojos fijamente...

—Perdón Celia, te mentí.

—No tengo nada que perdonar, cariño —le besé suavemente en los labios—, te amo y te amaré siempre.

—Ahora descansa un rato Najib —dijo el médico—, estás aún muy débil.

Se marchó y nos quedamos solos.

—¡Vaya susto me has dado! —le dije en tono de broma— ¡no lo hagas nunca más!

Tosió y puso cara de dolor.

—Tienes varias lesiones, algunas de ellas graves —seguí— es normal que te duela al toser.

Volví a besarle y él respondió con sus pocas fuerzas.

—No recuerdo apenas nada ¿Cómo acabé aquí?

—Ahora te hará efecto la medicación —dije acariciándole el rostro—. Ya hablaremos de eso... En mis planes no estaba enamorarme, pero me sonreíste y lo arruinaste —dije completamente cautivada—. Necesitas descansar, chissst...

Se volvió a dormir.

Llamé a Celine para darle las buenas noticias: Najib iba mejorando y todo indicaba que en breve podríamos trasladarlo, aunque sólo lo haríamos cuando fuera seguro. La pobre mujer tenía el corazón en un puño y no hacía más que repetir que cogería el primer avión disponible. Le dije que no lo hiciera, que estaba segura de que muy pronto estaríamos allí. La calmé como pude.

Hablé más tranquilamente con el médico y nos autorizó a viajar en cuestión de tres días si Najib seguía evolucionando a ese ritmo, siempre que fuera en un avión medicalizado y con un médico a bordo.

Era una gran noticia. Llamé a mi padre para que en ese plazo tuvieran todo preparado para el traslado y, con la ayuda de Celine, empezamos con el papeleo para hacerlo efectivo. Mi padre me enviaría dos de sus médicos de confianza para que el viaje fuera seguro. No tenía suficientes palabras de agradecimiento.

Una noche más me dormí junto a su cama para verlo despertar, sin embargo esa mañana fue él el que acariciándome el cabello me despertó...

—Dulce Celia... —dijo—. He soñado contigo todos estos días.

—Hola mi amor ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera pasado un camión por encima...

—¿Sigues sin recordar nada?

—Sólo recuerdo que quedé con Karen, pero no recuerdo nada más...

—Puede tratarse de una amnesia temporal. Me alegra que me recuerdes a mí —dije bromeando— ¿te das cuenta del disparate que has hecho?

—Lo sé. Pierrard me advirtió de los peligros, pero necesitaba encontrarme con ellos cara a cara. No te enfades conmigo por engañarte... Prometo que no volveré a hacerte algo así.

—Puedo entenderte cariño, no estoy enfadada, pero no lo hagas nunca más.

Mariah entró canturreando en la habitación:

—Najib te veo muy bien y a ti también, Celia.

Miró los monitores, que yo ya revisaba cada cinco minutos y dijo que todo estaba perfecto.

—¿Cómo te ves para comer la estupenda comida del hospital? ¿Debes estar harto ya del suero? —dijo divertida— no sabe muy rico y además te vas a quedar en los huesos. Te vamos a traer algo sólido ¿okey?

—¡Cuidado! —intervine— ¡el señorito es muy sibarita!

—Sí, es verdad —dijo sonriendo—, me encantan los *petits fours*...

Su ocurrencia me hizo reír. Estaba emocionada. Le veía tan recuperado en tan poco tiempo que no podía sentirme más feliz.

—Y si se lo come todo —dije—, le explicaré un pequeño secreto.

Mariah salió de la habitación sonriendo y murmurando que iba a por el delicioso menú gourmet del hospital.

—Te quiero Najib, te amo con toda mi alma —besé de nuevo sus labios.

—Te amo dulce Celia ¿Qué me quieres decir? ¿Han pillado a esos dos cabrones?

—Cuando te acabes la comida te lo cuento todo.

Desabroché su horrible camisión de hospital y pude ver las heridas que poco a poco empezaban a sanar. Me horroricé al ver lo que le habían hecho. Lo habían cosido a puñaladas. No entendía cómo podía estar vivo, pero daba gracias a Dios por ello. Estaría marcado de por vida; puñaladas traperas por la espalda. Vaya mierda de tío pensé ¡cobarde asqueroso! Me alegré de que estuvieran muertos.

—¡Dios santo! ¿Qué te han hecho? —sollocé— ¿de verdad no recuerdas nada?

—No mucho... Quedé con ella, es lo último que recuerdo.

—Pierrard me dijo que según las evidencias de la policía, seguramente quedaste, no se sabe muy bien si con ellos o sólo con ella —seguí— ¿de verdad quieres oírlo?

—Sí, lo necesito.

—Parece que te tendieron una emboscada. Por la forma de las heridas te atacaron por la espalda. Te apuñalaron y te dieron por muerto. En su huida Karen y Roger tuvieron un accidente de coche y han muerto. Allí encontraron el arma ensangrentada que usaron para atacarte. Podrías haber muerto de no ser por unos turistas desorientados que pasaban por allí.

Najib se quedó mudo unos segundos.

—Ahora sí soy viudo de verdad —intentó bromear—. Todo ha acabado.

—Te tienes que acabar de recuperar —dije—. Vamos por el buen camino.

Mariah trajo el menú especial: una sopa de agua y un trozo minúsculo de algo que parecía pollo a la plancha. En la bandeja puso una flor.

—No está mal el servicio de este hotel —dijo Najib—. Esta sopa de *aguachurri* tiene buena pinta y *Le Coq Durisien* debe ser especialidad de la casa... Gracias Mariah.

Me hizo gracia la manera de definir el pollo duro que le habían servido. Najib hacía alguna que otra broma y eso me tranquilizaba. Poco a poco volvía a ser él aunque aún tenía el dolor marcado en la cara.

—Bueno, ya me lo he comido todo —dijo— ¿Dónde está mi sorpresa?

—Aquí —dije cogiéndole la mano y llevándola a mi vientre, mientras por mi rostro se derramaba una lágrima de felicidad.

—¿Estás... Estamos esperando un hijo? —balbuceó.

—Sí, lo he descubierto aquí, en Nasáu, estoy ya de cuatro meses. De ahí todos los malestares que tenía estas últimas semanas. ¡Ni siquiera había contemplado esa posibilidad! ¿Estás feliz? Sé que no lo hemos planeado y ni siquiera habíamos hablado de ello pero ¿estás contento?

—Acércate —dijo—. Bésame. Nada me hace más feliz.

A los tres días exactos ya teníamos el visto bueno para viajar a Barcelona donde nos esperaba su familia, mi familia y todos nuestros amigos.

Me despedí de todo el equipo médico y me abracé a Mariah, con la que ya tenía un vínculo casi fraternal. Dar las gracias era poco para todo lo que sentía. Hemos acordado que nos escribiremos y no perderemos el contacto. ¡Ha sido mi ángel de la guarda! Y por supuesto, será invitada de honor en el riad cuando ella quiera.

Subimos al avión privado que nos trasladaba, con servicio médico a bordo, tal y como nos habían pedido. Celine con sus contactos en la embajada y mi padre lo organizaron todo.

—¿Sabes? —me dijo en un momento dado durante el vuelo—, te oí cantar una de mis canciones favoritas mientras dormía... una de Chicago.

Me puse a llorar y él enjugó mis lágrimas.

—Te sentí cerca en todo momento y me aferré a la vida, Celia. No sé lo que me hiciste para que me enamorara así de ti, pero no dejes de hacerlo nunca.

Nos besamos con ternura.

Aterrizamos en aeropuerto de El Prat tras el interminable viaje y allí nos esperaban a pie de pista la ambulancia, mi padre y Celine.

Ya más tranquila en casa, en Barcelona, supe que todo iría bien...

FIN

Epílogo

Celia

Han pasado cinco meses. Ha sido muy duro. Najib estuvo ingresado casi un mes hasta que le dieron el alta hospitalaria y me lo pude llevar a casa; poco a poco vuelve a ser el mismo, la misma persona que me enamoró e hizo que mi vida cambiara por completo.

Va recordando detalles del día del ataque, pero psicológicamente está bien; me daba miedo que le quedaran secuelas, pero no ha sido así. Sólo las cicatrices ya suavizadas por el paso del tiempo quedan como recuerdo.

Najib está prácticamente recuperado y con ganas de hacer cosas y, casualidades de la vida, es él el que ahora me cuida a mí. Estamos a punto de tener a nuestra hija. La vamos a llamar como en mi sueño, Maryam. Tenemos muchas ganas de verle la carita... seguro que es aún más bella que en mis pensamientos.

Hemos vendido mi piso y comprado una casa a las afueras, cerca del mar. Cuando nazca la niña iremos temporadas al riad y otras las pasaremos aquí. Creo que es lo mejor hasta que la niña tenga que ir a colegio, luego ya veremos qué decidimos.

Ha fichado un Director adjunto para descargarle de trabajo. De momento por allí todo va bien, está todo bajo control. Con unas llamadas diarias y algún viaje al mes, todo se puede arreglar.

¡Cómo cambian las cosas! yo pensaba dejarlo todo e ir a Marrakech, pero de momento estamos de acuerdo en vivir en Barcelona.

Nos casaremos después de verano, ya está decidido. Quiero recuperarme del parto y estar presentable. Quiero tener la boda de mis sueños con mi príncipe azul... Sé que suena *repipi* pero es lo que deseo. Una boda cerca del mar o en un castillo, rodeados de la gente que más queremos, nuestra familia y amigos que no nos han fallado en ningún momento.

Mañana salgo de cuentas... Daniela ha venido para atender mi parto junto con mi médico de toda la vida, el Dr. Soler, pero se volverá a África con Abdu. Ha decidido seguirle allí donde vaya. Se han enamorado y eso es lo que más le apetece.

A mi madre no le emociona especialmente ni que Daniela siga en África ni que esté con Abdu, sin embargo a regañadientes lo ha aceptado. Es que no le queda otro remedio. Está intentando cambiar para que seamos felices.

Anna se casó en marzo por lo civil con su Jorge. ¡Hay que ver cómo ha cambiado mi niña! La escapada a Las Vegas la hemos pospuesto hasta que todos estemos en nuestro sitio, pero tenemos claro que queda pendiente ¡quizá hasta repitamos las tres parejas juntas! Sería divertido ¿no?

Seguimos con los encuentros semanales de *mosqueteras*, pero yo, en vez de *Manhattans* o *Margaritas*, tomo cosas sin alcohol obviamente. Nos lo seguimos pasando igual de bien o mejor que antes. Parece que las tres habíamos bajado a lo más profundo del pozo de maneras distintas, pero hemos vuelto a subir y con más fuerza si cabe. A veces hay que tocar fondo para luego poder ascender con más valentía ante la vida.

Los chicos ahora se autodenominan *mosqueteros* y también quedan los tres: Najib, Jorge y Sergio se han hecho inseparables. Cada miércoles hay salidita de chicos, los jueves nos toca a nosotras y también muchos *findes* quedamos todos en plan parejitas. Hemos formado un grupo sólido donde lo que más perdurará será el respeto, el cariño y la amistad.

Sonia acabó la radioterapia y no hay ni rastro del «bicho». Evidentemente pasará controles cada seis meses, sin embargo ahora está estupenda. Apenas es un mal recuerdo ya...

Celine se ha instalado con nosotros a principios de esta semana, dice que no se quiere

perder el nacimiento de su nieta ni en broma. Mi madre también está como loca de contenta, no sólo por la niña, sino por los lazos familiares que ello conlleva. Se *pican* entre ellas a ver quién va a ser la abuela del año. ¡*Miedito* me da! pero todo de buen rollo. Han congeniado muy bien.

Sven y mi padre se comunican casi por signos. Se sigue negando a hablar inglés para mejorar el castellano, aunque el hombre no progresa muy bien que digamos. Lo importante es que se entienden, en todos los sentidos.

Papá por fin pudo dar los puros en el Club por la alegría de mi embarazo. Será un gran abuelo... Ha sido y es un gran padre y yo no sería nada sin él.

Hemos arreglado la habitación de Maryam. Ha quedado preciosa, como sé que va a ser ella, como una princesa... Mezcla de árabe, francesa, española y alemana por mi abuela materna ¡vaya mezcla!

Carlos tuvo el detalle de enviar unas flores cuando Najib ingresó en el hospital. Sé que lo ha dejado con Laura y también me ha contado Anna que va de flor en flor, tal y como imaginé que pasaría; le deseo felicidad y suerte en la vida a pesar de todo. Gracias a su traición conocí al verdadero amor de mi vida. Ser la pareja perfecta no era nuestro destino.

De momento seguiré de excedencia, quiero cuidar de mi hija y estar con Najib el máximo tiempo posible. Es lo único que me importa en este momento.

Y el futuro... se decidirá solo. Nosotros somos los conductores de este vehículo, de esta historia y nos dejaremos llevar. Cada noche antes de dormir le abrazo y le digo «Te necesito esta noche».

Najib

Hoy sale de cuentas la que ya considero a todos los efectos mi esposa, aunque todavía no nos hayamos casado. Mi conexión con esta mujer fue especial desde el mismo momento en que se cruzó en mi camino.

Ya recuerdo perfectamente lo que sucedió el día de mi agresión: Roger me apuñaló por la espalda varias veces. Recordaba cinco pero fueron siete. Me quitó mis documentos y huyeron. Recordé también que antes de perder el mundo de vista, sólo pude ver a Celia.

Cuando estuve en coma oía cómo me hablaba y cantaba... lo recuerdo como un sueño, pero ese bendito sueño me ayudó a seguir unido a este mundo. Estoy seguro de que no sólo los médicos me han salvado la vida, también ha sido ella. Por ella me aferré a la vida.

Fiché a Gerard Ash para co-dirigir el riad. Ha sido una buena decisión. No quiero vivir con esa presión nunca más. También he vendido las acciones que tenía de mi padre de los hoteles de Dubái. Quiero estar con Celia y con nuestra hija todo el tiempo que pueda. No quiero viajar tanto. Mi tío se enfadó un poco, pero al final lo entendió. Ya no pertenezco a ese mundo.

Pierrard me contó que Karen dejó un hijo huérfano. También me dijo que si interponía una demanda judicial, recuperaría mi dinero o gran parte de él embargando todos los bienes. Le he dicho que no; quiero que se lo quede ese niño para su futuro. No tiene la culpa de nada. Ese dinero está en un fideicomiso a su nombre para que cuando sea mayor de edad disponga como convenga. Sé que ha sido adoptado por una buena familia que ha aceptado ese acuerdo. Pierrard lo cerró con un contrato, donde también consta que el niño nunca se enteraría de que sus padres eran unos estafadores; simplemente murieron en un trágico accidente. No quiero más desgracias y menos todavía, que un niño crezca sabiendo que sus padres eran unos malnacidos miserables. Es mi dinero, lo sé... me lo robaron y podría recuperarlo pero está manchado de sangre y de dolor. Definitivamente no lo quiero.

Estoy muy a gusto en Barcelona. Mi campamento base está ahora aquí; además estoy cerca de París con lo cual veo muchísimo más a mi familia.

Mariola ha resultado no ser tan «ogra» como me la habían pintado, sobretodo Anna. Nos llevamos bien y sé que ella está muy arrepentida por todo lo que le hizo pasar a Celia. Ya se sabe las madres... ¡cómo pueden llegar a ser!

Juan. A él le debo también la vida. Movié cielo y tierra para traerme y en el hospital supervisó todo mi tratamiento y recuperación. Estoy muy agradecido a mi suegro.

Hemos hecho pandilla con los chicos; todos ya casados o prometidos. Se acabaron las juergas de una noche. Somos tres bobos locamente enamorados de nuestras chicas por siempre jamás.

Anna

No han sido fáciles estos meses. Tras la vuelta de Celia y Najib todo ha ido mejor. Muy duro al principio, pero con final feliz como en las *pelus* chinas.

Jorge poco a poco fue perdonándome y olvidando lo ocurrido. Yo le amo. Tuvimos problemas sí, pero los estamos superando juntos.

Finalmente en marzo nos casamos. Fue una ceremonia íntima pero preciosa. Olivia traía los anillos. Mi pequeña está perfectamente y sin secuelas; vestía como una princesa y estaba muy feliz.

Por fin me veo preparada para llevar una vida con un sólo hombre: Jorge. Me tuve que dar cuenta cuando estaba en la cuerda floja y le perdía. Todavía sigo pidiéndole perdón ¿Cómo pude ser tan imbécil? Me lo pregunto todos los días.

Anders me envió un correo electrónico que ignoré de inmediato ¡Nunca jamás volveré a mirar a un hombre que no sea el mío!

Cuando salgo con mis *mosqueteras* ya no busco, ni miro, solo me divierto con mis chicas. Esa es la idea. A veces la vida te hace madurar en un segundo y ya iba siendo hora de hacerlo. Con ellas a mi lado me siento dichosa.

Entre mis planes está quizá tener un hijo con Jorge... estamos discutiéndolo. Aunque él dice que está bien sólo con Oli y conmigo, lo estamos valorando. Ahora que veo a Celia embarazada, me da hasta un poco de envidia sana.

Cuando todo se asiente, tal y como planeamos en un principio, nos iremos a Las Vegas y ¡seguro que lo petaremos! Seguimos siendo las mismas *mosqueteras* de siempre a las que se les han juntado los *mosqueteros*.

Sonia

Tras meses de tratamiento vuelvo a ser yo misma. Sin la ayuda de Sergio y mis chicas, nunca lo hubiera conseguido.

Estoy con controles, claro, pero ahora es sólo una anécdota para explicar algún día a mis hijos. Estamos pensando en la adopción ya que el tratamiento post-cáncer dificulta el embarazo. Quizá adoptemos en China o África, nos da igual, pero queremos un bebé.

Ya estoy incorporada de nuevo al trabajo y estoy encantada de volver a mi rutina perfecta. Como dijo Confucio: «Elige un empleo que te guste y no tendrás que trabajar ni un día más en la vida».

Siento que todas estas vivencias que hemos tenido juntas durante el último año y medio nos hace más fuertes y nos hace asimismo comprender, que la vida se te puede ir de las manos en menos de lo que esperas. Por eso valoro cada minuto que vivo.

La vida es un preciado tesoro. Es algo tan efímero que hay que vivir cada día como si fuera el último.

Daniela

Abdu y yo somos felices. Seguimos en Mogadiscio con limitaciones en el suministro, pero dándolo todo. Cada día es una aventura nueva.

He venido a Barcelona. Mi hermanita salió de cuentas ayer y está a «punto de caramelo». ¿Cómo me iba a perder ese momento? Hoy voy a examinarla, la veo muy cerca del parto. Hace días que perdió el tapón mucoso y eso indica que puede ser en cualquier momento.

El Dr. Soler y yo hemos quedado con Celia y Najib en su consulta de la clínica a las cuatro de la tarde.

—Vamos a ver cómo va la chiquitina —dijo el Dr. Soler— ¡uff si estás dilatando chica! ¿No tienes dolores? —preguntó a Celia.

Celia y Najib se miraron alucinando.

—¿Ya viene? —preguntó Najib—. ¿Estamos de parto?

—No siento dolor apenas. Algo parecido a como si me fuera a bajar la regla —respondió Celia—, ¿es normal?

—El hecho de tener reglas dolorosas te ha allanado el camino —dije—. Muchas mujeres no saben lo que es un dolor de regla y en el parto lo pasan fatal. Déjame mirar, a ver cómo está la cosa.

Cuando la examiné estaba ya de seis centímetros.

—Podemos ponerte la epidural si quieres. Así nos aseguramos de que no te duela nada de nada. La nena estará aquí en breve. La abrazarás esta misma noche si sigues a este ritmo.

Celia y Najib irradiaban felicidad.

—Va, pónmela *por si aca* —respondió Celia—, ¡no quiero sufrir más de la cuenta!

En apenas cuatro horas ya teníamos a Maryam en este mundo: tres quilos y medio y cincuenta centímetros de sobrina. Sonrosada, pelona, con los ojos bien abiertos, como si no quisiera perderse detalle alguno del mundo que la rodeaba.

—Ya tenemos aquí a nuestra princesa, cariño —dijo Najib embelesado mientras la besaba mirando a Celia—. Es el mejor regalo del mundo, mi vida.

—Nuestro mejor regalo, Najib —respondió Celia—. Te quiero.

Se besaron. Sus miradas eran las de dos enamorados, la de dos personas que habían nacido para amarse la una a la otra. Se necesitan esta noche y se necesitarán siempre. De eso estoy segura...